

The background of the cover is a complex, surrealist painting. It features a central female figure with long, dark hair, appearing to be in a state of distress or unconsciousness. To her left, a dog's head is superimposed on a human-like form. In the foreground, a hand holds a small, light-colored object. The overall color palette is dominated by earthy browns, blacks, and muted blues, creating a somber and enigmatic atmosphere.

ABELARDO CASTILLO  
*Crónica de  
un iniciado*

Lectulandia

Esteban Espósito llega sin saber cómo a Córdoba, ciudad tan mítica como real, donde el tiempo parece comportarse de un modo inexplicable, y donde pasará treinta y seis horas decisivas de su vida. Octubre de 1962. La inminencia de la guerra por la crisis de los misiles. Éste es el marco de Crónica de un iniciado. El amor de Esteban y Graciela, la inolvidable figura de Santiago, las rabelesianas apariciones del padre Cherubini y del demoníaco profesor Urba, las trampas de la benzedrina y el sexo, el misterio de una ciudad fundada cabalísticamente configuran una apasionante trama de superficie bajo la cual yace la verdadera: el viaje iniciático de Espósito que lo conectará con otras búsquedas existenciales, con el delirio, con el problema del Tiempo, con el sentido de la vida y de la muerte, en la recreación para nuestras letras del pacto fáustico con el diablo.

**Lectulandia**

Abelardo Castillo

# **Crónica de un iniciado**

ePub r1.2

Ariblack 13.09.14

Título original: *Crónica de un iniciado*

Abelardo Castillo, 1991

Diseño de portada: Ariblack

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Sylvia

Era como si el fantasma de un hombre que se hubiese ahorcado regresara al lugar de su suicidio, no por curiosidad morbosa sino por pura nostalgia de beber otra vez las copas que le dieron el valor de hacerlo, y para preguntarse, tal vez, cómo tuvo coraje...  
... como si al entrar así en el pasado hubiera tropezado con un laberinto, sin un hilo para guiarlo, donde a cada paso amenazaba el Minotauro; un laberinto que a cada vuelta conducía infaliblemente a un precipicio en cuyo fondo estaba el abismo.

MALCOM LOWRY,  
*Dark as the grave wherein my friend is laid*

Arrancó otra margarita, y desparramando los pétalos blancos continuó:  
—Ponga en fila a esos hombres con sus martillos, a las mujeres con sus cazuelas, a los presidiarios con sus herramientas, a los enfermos con sus camas, a los niños con sus cuadernos, haga una fila que pueda dar varias veces vuelta al planeta, imagínese usted recorriéndola, inspeccionándola; y llega al final de la fila preguntándose: ¿Se puede saber qué sentido tiene la vida?

ROBERTO ARLT,  
*Los lanzallamas*

... rosa evadida de la muerte, flor sin otoño, espejo mío, cuya forma cabal y único nombre conoceré algún día, si, como espero, hay un día en que la sed del hombre da con el agua justa y el exacto manantial.

LEOPOLDO MARECHAL,  
*Adan Buenosayres*

# **PRIMERA PARTE**

## **MAPA DE LA CIUDAD**

# I

GRACIELA, TE LLAMABAS. Hoy he vuelto a Córdoba; caminé solo por recovas amarillas, bajo las cúpulas y las arcadas y los tordos. Creí reconocer un campanario, algún hastial de piedra inscripto con letras rígidas, el arco colonial de una fachada, la sombra de un balcón sobre una tapia. Entré en bares y salí de bares, llovió, y una vez más me pregunté cómo eras. Llueve. Es trivial, lo sé, pero esta tarde caminé bajo la lluvia junto a los largos paredones de piedra donde asoman esos árboles de los que habló Santiago. Más antiguos que la ciudad. «Árboles», dijo, «que si los ves de pronto a medianoche no sabes si ponerte a rezar o a pegar saltos desnudo bajo la luna, callejones ciegos, chango, árboles en avenidas titánicas, antiguos como el miedo, y al final de los árboles un monasterio donde se ahorcó un jesuíta». Y ahora recuerdo el perfil aindiado de Santiago, su traje gris que se borraba contra los paredones, y es misteriosamente lo que mejor recuerdo de aquel hombre: su perfil y su silueta delgada, brumosa, bajo su traje gris un poco grande que le daba un aspecto vago, huidizo, como si anduviera siempre caminando contra el viento. Era riojano, tal vez. O jujeño. O a lo mejor ninguna de las dos cosas, pero a mí, no sé por qué, me gustó que fuese jujeño, del mismo modo que elegí tu risa: un matiz sombrío de tu risa, que si no existió debiera haber existido. Literatura, supongo. Las palabras que hacen tan fácil una lluvia, que se meten en la vida (en mi vida) y la desplazan, desalojan tu cuerpo real y tus ojos —pardos, raros, parecidos a los de otra mujer y tal vez por eso te dije que te quería, o te quise— ojos que en algún momento de esa primera noche me hicieron decir una idiotez, salpicados como eran de puntitos negros, de gata, eso fue lo que dije. Y vos te burlaste. «Es fatal», dijiste sonriendo: «Los gatos, las brujas». Tenías la voz oscura, alargada en un canturreo. Cierto, dije molesto, la originalidad. Me mirabas. Que la originalidad se la regalo a los que no tienen otra cosa. Dijiste que no era para tanto y dejaste de sonreír. Después no sé. Una de esas conversaciones caóticas y disparatadas que son como tanteos o como señales luminosas emitidas en la oscuridad por dos que se buscan, cuando uno ya siente que se orienta hacia el otro, que se aproxima al centro de la otra incógnita. Una especie de juego en que la carta mágica puede aparecer en cualquier momento. Hay que estar muy alerta. Una palabra aparentemente casual o un gesto imperceptible: pequeños datos que luego se utilizarán para insistir en esa dirección o para cambiar de rumbo. Como cuando las fogatas de San Pedro y San Pablo, pensé esa noche, o pienso ahora, como perseguir un rostro en esas romerías de pueblo en las que me deslumbraba una muchacha desconocida y la buscaba guiándome por su vestido o el de sus compañeras, por alguien que va delante o detrás de ella hasta que en cualquiera de las vueltas el orden se desbarata y la muchacha ya no aparece detrás de quien debió aparecer. Se habla del sexo o de los sueños. Se habla del comunismo o de Bob Dylan



o de Dios. Cada uno teme exagerar la importancia de esas pálidas señales y las palabras se dejan caer ambiguamente, de modo que al primer dato adverso un gesto o una pequeña aclaración puedan cambiar por completo el significado de lo que acabamos de decir, aunque es preciso demostrar que se tienen ciertas convicciones, para que el otro, que acaso piensa lo contrario, no diga sin querer algo que pueda estropearlo todo. Estábamos sentados en el bar del teatro Arlequín. Cartelitos, en las paredes amarillas, informaban provincianamente que en París también había teatros así, con bares incómodos y sombríos metidos en plena sala. *Pentesilea*, leí; y pensé que eso explicaba muchas cosas. Viva la patria, pensé, somos chicos jugando a las visitas, a estar en París, a estrenar a Von Kleist. Un grupo de gente entró desde la calle. Entre ellos reconocí a Santiago. Lo acompañaban dos mujeres, de una voy a acordarme siempre: de la señorita Cavarozzi, parecida a los pájaros, un absurdo pájaro mal hecho de una especie un poco cómica, pero que no puede dejar de ser un pájaro, la pobre señorita Etelvina que quería llamarse Ethel y que ahora, abriendo y cerrando su manito, me saludaba desde lejos. Simulé no verla. El gesto se le congeló en un ademán vago, aturdido; se rió y se tocó la boca. La otra era una mujer extraña. Verónica. Liviana como una muchacha nórdica pero con el rastro caliente de la Puna de Atacama en la piel. Verónica Solbaken. Nórdico el pelo, pero con un fantasma mestizo y violento galopándole la sangre, el de Laureano Zamudio, vencedor de Lamadrid, general improvisado del Ejército Grande, el abuelo Laureano que una madrugada de hace ciento cuarenta años, parapetando con la espalda a su gringuita rubia de nombre escandinavo, aguantó, a puñaladas y carajos, a cincuenta montoneros de Estanislao López. «Cuando lo acorralaron en los pantanos del sur», me contaste, «dicen que le disparó a la mujer la última bala del trabuco». En la cabeza, entre lo más tupido del pelo, pensé yo. «En el corazón», dijiste. Un amanecer colorado, despavorido, en un país de leyenda muerto y sepultado para siempre. Agregaste algo, no recuerdo qué. He olvidado tus palabras y tu cara, no la acaso inexistente música sombría de tu risa y el sonido de tu voz. Entonces pensé, alguien dentro de mí pensó: *Graciela, te llamabas*. Una idea anacrónica e imperiosa. Lo sentí de golpe o quizá lo dije y me miraste con asombro, y supe, ya en aquella mesa, que todo iba a terminar así, escrito. Lo supe como si me viera abrir la puerta de esta habitación. Pienso esta noche si no he vuelto a Córdoba buscando una excusa para olvidar del todo, si no estoy forzando con palabras esta lluvia, esta ciudad y esta pieza de hotel sólo para acabar de una vez con este sueño. Nunca supe quién eras. Graciela, te llamabas. Eras alta. Me acuerdo de tus manos. Es casi todo.

## II

Que esta vitrina esté abierta y yo pueda meter la mano y robar ese libro, pensé, no tiene nada del *otro* mundo. Lo que no pensé es por qué se me ocurrió que no tenía nada del otro mundo. La soledad de la biblioteca, su convencional misterio de biblioteca en penumbras, se había vuelto vagamente amenazante. Qué hago acá y dónde se habrán metido esas momias, dos preguntas que me hice mientras esperaba. Esperar me enferma. Una mujer de bronce, sin brazos, mutilada por su autor a la altura de las rodillas, me miraba con sus órbitas negras al pie de una escalera. Las estatuas de mujer son inquietantes: sus ojos de epilépticas. Di la vuelta y me coloqué detrás. Fue peor. Ahora no podía apartar la vista de sus glúteos de etíope, formidables, un culo como para sentarse a meditar en Dios sobre la cumbre del Aconcagua. Menos mal que en seguida oí pasos y voces y el lugar se llenó de manos, apretoncitos, caras con sonrisas y toda clase de buenas costumbres. La señorita Cavarozzi dijo: «Creíamos que ya no vendría a Córdoba» y agregó que no me imaginaba así, aunque, enigmática, no dijo cómo me imaginaba. Pensando vieja loca cara de pájaro le pregunté si me quedaba tiempo de ir al hotel y pegarme un baño. La señorita Etelvina dijo que sí, me quedaba tiempo, dos horas hasta las nueve de la noche para andar por la ciudad o bañarme. Y se rió, no sé de qué. Tenía un modo de reírse, de caminar alrededor de uno, de mover las alitas, que daban ganas de tirarle alpiste. Definitivamente, esa mujer tenía algo; quiero decir la escultura. Volví a examinarla con inquietud. ¿Dónde había visto algo parecido?, ¿y por qué era importante? La vieja señorita Cavarozzi, siguiendo a saltitos mi evolución alrededor de aquel esperpento, creyó oportuno informarme acerca de su autor, especie de Rodin cordobés, gran imaginación creadora. Me doy cuenta, dije yo. Ella me habló de solidez y equilibrio. Yo le pregunté si no le parecía demasiado culona. La vieja señorita me miró. Si no la han puesto demasiado cerca de la escalera, si ese macetón no le quita espacio. Saludé y me fui. En la puerta me crucé con Santiago. Santiago o algún otro que hacía versos y que venía del norte del país.

No sé muy bien qué hice durante esas dos horas, antes de verte por primera vez, Graciela. Me acuerdo de veredas muy angostas con olor a garrapiñadas y de una tempestad de pájaros negros cayendo sobre los plátanos y los robles azules de la Plaza San Martín. Me acuerdo de una librería en la que estoy comprando el horóscopo de Aries y *John Barleycorn* de Jack London. Al meterlos en el portafolio vi el otro libro. Un *in-octavo* encuadernado en rojo con una filigrana de oro en la tapa y, en uno de los tejuelos, un diminuto tridente entre llamitas del infierno. Muy bien, lo he robado de la biblioteca de la Dirección de Cultura de Córdoba: la señorita Etelvina Cavarozzi tendrá que dar cuenta algún día de la edición facsimilar de *Das Volksbuch von Doktor Faust* (Frankfurt, 1587) y yo acabo de completar la

documentación para el capítulo central de este libro. En una farmacia compré Bazedrina. La noche anterior no había dormido. Ni tampoco la otra. Y tal vez por eso la noche siguiente me dormiré con brutalidad abandonando mi cabeza sobre tu vientre y sin haber llegado a mirar nunca tu cuerpo larguísimo, desnudo esa noche y extendido infinitamente a mi lado; noche que entonces era mañana y fue la última, con galerías como socavones y puertas golpeándose en la oscuridad y tu sabiduría de murciélago, tu nocturno magisterio de ir guiándome exacta en la tiniebla de la quinta de Verónica, en el Cerro de las Rosas. Dos noches en vela, pensé mordiendo la Bazedrina. Cincuenta horas sin dormir, pensando. Millones de segundos lúcidos. La famosa realidad, vista desde mi Bazedrina horriblemente amarga disolviéndose entre la saliva, no era más que eso. Esa tensión. Lo que uno entiende de lo que ve, lo que pienso de las cosas mientras estoy despierto. El problema es no saber qué pensar de lo que veo. Si el mapa de la ciudad que me dieron en el hotel no miente, lo que ahora estoy viendo es la fachada del Seminario Mayor. Se lo pregunto al chico que me lustra los zapatos. Me dice que sí. Y esas mujeres furtivas, ¿qué son? Se deslizan junto a las paredes, como larvas: una de ellas lleva un vestido violeta ajustado como una vaina, con un cierre relámpago desde el escote hasta las rodillas. «Ah, ésas son las putas», dice el chico. Más veredas con graves iglesias coloniales y olor a garrapiñadas. Santerías y quioscos chinos. Un cine donde alguien trepado a un andamio termina de pintar la palabra *mañana* sobre un gran cartel. *Hace un año en Marienbad*. Después oigo mi nombre y estoy en un lugar llamado el Paraninfo. Vi otras caras, apreté nuevas manos y comprendí que habían expirado vertiginosamente mis dos primeras horas en Córdoba. Y todo, desde antes del principio, ya era de una tristeza impura, Graciela, porque una historia de amor puede empezar en cualquier parte, pero algunos lugares son peores que otros. Y esto es un acto académico, no un parque entre la ceniza del atardecer, esto es el paraninfo de una universidad no el boulevard de la barranca por las noches, el boulevard con su luna amarilla sobre los astilleros y enfrente el fulgor remoto de las islas, el estallido silencioso de las quemazones, esto es el acto de apertura de un debate sobre sabe Dios qué, en Córdoba, en la Argentina de los años sesenta. Viejas *Rotary Club*, profesores Suplemento Dominical, polígrafos Boletín de la Academia, chicas *Blowin in the wind*, muchachos Todo el Poder a los Soviets, subgerentes Lunario Sentimental, chicas *Hiroshima mon Amour*, chicas *El Miedo a la Libertad*. Busqué un apoyo entre las caras y los objetos. En las paredes, cuadros de gorditos tonsurados y caballeros con mostacho. Imposible la grandeza de ideas mirándolos. Tal vez, los tirantes del techo. Con un esfuerzo podía reemplazarlos por los de la casa vieja de los abuelos, en los veranos de San Pedro. O los del Don Bosco. Colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles. San Esteban yo. Protomártir. Diez años, guardapolvo gris, de rodillas ante los cirios cuyo temblor infundía coraje al brazo armado de Miguel pues yo vi más de

una vez cómo sé modificaba el ángulo terrible de su espada, cómo flameaba su divisa. ¿Quién como Dios? Me he puesto granos de maíz bajo las rodillas y te dedico mi agonía Santa Madre Auxiliadora porque te he mirado como a mujer, envuelta en esa túnica. La ceñida túnica celeste. Secreto de amor por el que iré al Infierno. Pero te amaba, yo, rival de Dios. Los tirantes del techo tampoco, esa gente va a pensar que tengo un aire en el pescuezo. Y en ese momento la vi.

—Quién es —pregunté en voz alta.

El acto de apertura, por lo visto, había comenzado hacía un buen rato y el rector de la Universidad, de pie a mí lado, acababa de nombrar a don Jerónimo Luis de Cabrera, ilustre fundador de Córdoba. Se interrumpió y me miró. Con una sonrisa yo le di a entender que mi pregunta no se refería al prócer y me zambullí detrás de un gran jarrón con flores y plantas que ornamentaba la mesa, buscando la oreja de la señorita Cavarozzi. No la encontré. Del otro lado de las flores estaba Santiago, el poeta jujeño. Noté que tenía una cara hermosa y patética. «Debemos parecer *La Primavera* de Botticelli», murmuró, y creo que era la primera vez que hablábamos, «te queda muy bien ese gladiolo en el ojo». La señorita Cavarozzi, apareciendo detrás de Santiago, también entre las flores, se llevó el dedo a los labios, aunque ya era para siempre nuestra cómplice. «¿Qué le pasa?», me dijo en un susurro. Señalé con la cabeza hacia la primera fila y repetí mi pregunta. Pero no me refería a vos. Vos llegaste en ese mismo momento, y años más tarde yo reflexionaré muchas veces sobre esto. Porque no hay casualidades, ahijadito, me dirá alguien en la quinta de Verónica la noche siguiente. Los anacronismos, las transposiciones de jugadas no existen. Hay un orden secreto: el demonio me lo dijo. Vistos desde la horqueta de la Vía Láctea ciertos encuentros y desencuentros, ciertas interpolaciones y hasta ciertas muertes, equivalen a sacrificar un peón en la apertura, perdonando la metáfora. Y cuando me lo dijo yo estaba sentado al pie de una escalera con una botella de whisky entre las piernas y afuera tronaba, pero antes habrá este Paraninfo donde aún resuenan ecos de cantos gregorianos y este ridículo congreso o seminario sobre la Simbólica del Mal o sobre la presencia o ausencia de algo en el arte contemporáneo o sobre la muerte de las ideologías o sobre todo eso junto, tan típico de intelectuales argentinos, mientras fuera del Paraninfo la realidad arde por los cuatro costados y el mundo está a punto de reventar como un tomate podrido y, dentro del Paraninfo, yo acabo de preguntar quién es esa muchacha (no vos), esa muchacha de ojos alarmantes que me había hecho recordar algo, una estampa, en un libro, esa muchacha que ahora sí sos vos, porque de pronto ya estabas allí, y las caras, los cuadros, los tirantes del techo, mis benzedrinas y hasta los gemidos y el crepitar del doliente mundo, todo se reorganizó a tu alrededor y yo escuché por primera vez tu nombre.

—Graciela Oribe.

El resto son voces e imágenes indistintas. El nítido recuerdo de un ladrido que

llegó desde la calle, un relámpago amarillo que saltó sobre mí al abrirse una carpeta, el temor de que empezara a dolerme la cabeza, y como si la realidad se rearmara súbitamente desde otro centro, la presencia amenazadora de Bastían. Estaba ahí, en el otro extremo de la mesa, mirándome con el mentón apoyado en el revés de la mano. Recuerdo su cara fascinante y atormentada, sus gestos vagamente fetales, la fijeza irónica de sus ojos, y recuerdo que a partir de nuestra primera mirada me odió (y yo a él, sobre todo yo a él), como si me odiara desde mucho tiempo atrás. Pero tal vez esto sucederá al día siguiente, en el pabellón España, acaso esa misma noche, en cualquier otro lugar. Da lo mismo. La memoria impone un orden que excede las leyes del tiempo y su lógica. El atardecer en el puente de piedra, la muerte de Santiago, la mirada de Bastían, mi grotesca aventura en el alto recodo de la escalera desde donde se ve el cementerio de las Catalinas, la fiesta en el cerro, las Máquinas que Cantan, todo eso está ocurriendo *ahora* en una ciudad paralela a ésta, hecha de palabras, ciudad que también se llama Córdoba y en la que hay también un Paraninfo donde Bastían me está mirando como desde un espejo que me odiara. Por fin oí un estruendo, que resultó ser un aplauso, y nos pusimos de pie. Vi, casi a mi lado, a la muchacha que me había hecho recordar una estampa en un libro. En ese momento estuvo a punto de ocurrir algo, lo sé; pero una voz dijo «Inés», ella se dio vuelta y el dibujo que comenzaba a formarse se deshizo o se armó para siempre en otra figura. «Ahí la tiene», dijo a mi oído la señorita Cavarozzi. Miré hacia cualquier lado y ella me dio un tironcito de la manga. «Ahí», repitió. Te vi acercarte, lenta y sombría como un álamo. Tan hermosa que pensé caramba...

—Ya no llueve.

Rechonchos toneleros germánicos, en las paredes, bebían cerveza alegremente, tumbados bajo las pipas de los barriles. Cervecería Wittemberg. Dos de la mañana.

La voz funeral de Edmundo Rivero cantaba a Discépolo como si estuviera salmodiando *Ego sum aba cucaniensis* en el sótano del convento de Burana. Grandes salchichones colgaban del techo. Una fotografía de la puerta donde Lutero clavó en 1517 sus proposiciones contra el Papado, junto a la célebre instantánea de Leguizamo con Gardel. Todo esto a un paso de los aldabones españoles del Colegio Monserrat, de las cúpulas barrocas coloniales de la Catedral, de la estatua enana y patizamba de don Jerónimo. «Cambalache», dijiste en voz baja; pero tal vez te referías al tango. Igual te miré con desconfianza. Tenías el tipo justo de adolescente telepática que hace imaginar cosas a los varones de mí tipo. Sobre todo a las dos de la mañana y después de unos whiskies. Los ojos, tal vez: de egipcia. Algo separados. Más verdes que pardos, magnificados hasta el escándalo por la sombra de la pintura. O tal vez el pelo. Traté de imaginarte con la cara lavada y el pelo corto. No cambió nada, salvo la época. Una joven de los años veinte, vestido plateado muy suelto por encima de las rodillas, vincha, una estrellita en el pómulo y collar hasta el ombligo, bailando el

*shimmy* con largas piernas indecorosas mientras adivina mis pensamientos y oculta sus propias ideas taciturnas de gata o de serpiente. *Cambalache*, habías dicho, arrastrando la segunda a. Tal vez era sólo eso, cierta cadencia en las palabras que le daba a tu voz un matiz burlón y un poco triste. Tal vez era yo. Mejor pido otro whisky, pensé, y le hice una seña al mozo. «Dale nomás», decía Discépolo profético y festivo, «dale que va, que allá en el Horno nos vamo'a encontrar». Muy probable, sí. Lutero y Discépolo en el Horno, Gardel y Leguizamo en el Cielo, y yo a una cuadra de la Catedral de Córdoba con los pies empapados mirándote sobre un fondo de alegres bebedores de cerveza, perdiendo el tiempo en querer acostarme con vos como si fuéramos Cleopatra y Marco Antonio. Qué cambalache, realmente.

—Ya no llueve —dijiste, mirando hacia la calle.

—Estás aburrida.

—No, seguí hablando.

O sea que he estado hablando. Seguramente ya te conté que mi madre me abandonó a los ocho años, seguramente ya te conté mis peores defectos transformándolos en patéticas o radiantes virtudes. Seguramente ya te hablé un poco de la locura y el suicidio.

—No me gusta hablar de mí —dije. Sonreías con aire burlón y adulto.

—Sí te gusta. —Pero de pronto, cambiando de opinión, me miraste a la cara con asombro—. No sé si te gusta.

Momento en el que por alguna razón me sentí perfectamente bien.

—Es lo único que me gusta —dije.

Y pedí el whisky y me encontré relatando a grandes rasgos uno de aquellos anticipados capítulos de mi biografía que, en vida, siempre me llenaban de melancólica ternura y hasta de cierto orgullo. Yo fui soldado de caballería. Lo cual, considerando mi figura, si bien armoniosa nada gigantesca, un metro setenta y tres, descalzo, dije exagerando tal vez dos centímetros, equivale, en escala argentina, al vindicatorio corte de manga de Cambronne ante los ingleses del duque de Wellington. ¡Mierda! Furriel, nada menos, del Escuadrón Comando del Regimiento 2 de Caballería Lanceros General Paz, Tercera División de Caballería, Guarnición Olavarría, clase 35. *Tacatac tacatac tacatac*. Para el soldado de caballería, princesa, no hay nada imposible. Su divisa es: El soldado de caballería no tiene problemas. Los causa. Mira el horizonte un metro por encima de la raza humana en general. Ahí está el detalle, el *epos*: lo heroico en su antigua acepción clásica. Un soldado de caballería, por otra parte, no puede desconocer el contradictorio corazón del hombre, puesto que trata a diario con toda clase de caballos. Sabe reír a grandes carcajadas, beber en grandes jarros, levantar grandes polvaredas, y no respeta más autoridad que la de quien monta el yeguarizo de mayor alzada, motivo por el cual le gustan las mujeres grandes. Como a Gauguin. Y sabe que cuanto más parecida a un buen

caballo, más femenina será una mujer. Ejemplos. Como el caballo, deberá tener crines sedosas; ancas anchas y firmes; manos y patas fuertes y largas, afinándose hacia los cascos o terminaciones. Cola ondulante y pecho alto. Y buenos dientes. Como Berenice.

Parecías reflexionar, concentrada en la tarea de ir quebrando escarbadienes, uno por uno, y armar minuciosas pagodas sobre el mantel. Un rito misteriosamente antiguo y familiar. Lo mismo que el mío ahora. Soplé.

Gran tifón en las costas de Borneo. Volviste a armar los aleros dispersos.

—Es raro —dijiste finalmente.

—¿Raro?

—Como si alguien o algo dispusiera de antemano ciertos gestos y palabras. Como si lo real estuviera ocurriendo en otro lado.

—Se llama paramnesia.

—No. —Con un movimiento inesperadamente brusco deshiciste vos misma las pagodas—. No. No se llama de ningún modo. —No me mirabas a la cara: mirabas como si yo tuviera las entendederas a la altura del nudo de la corbata—. No hace ninguna falta que todas las cosas tengan nombre. —Te acercaste a la mesa; parecías a punto de agregar algo, una explicación sutilísima más allá del alcance de mi limitada inteligencia—. Clase 35. Qué quiere decir eso —preguntaste, sin la menor lógica.

Te lo expliqué. Me escuchabas, inquisitiva y neutral. No pude saber si mis casi veintiocho años te parecían demasiados o demasiado pocos. ¿Cuántos años tendrías? No más de veinte. Al menos en ese momento y con esa expresión.

—Miles —dijiste secamente—. Y también los que parezco.

Demasiada seriedad, para una réplica tan teatral. Ése era el tipo de respuesta que a ella no se le hubiera ocurrido nunca. Beatriz, pensé. Se pensó solo, con resentimiento y ferocidad.

—Graciela —dije—. Graciela Oribe. *Paf*, y Beatriz desapareció.

—Qué.

—Nada. Te nombro.

—Olavarría —dijiste de golpe, abriendo los ojos con incredulidad—. Yo pasé un día y una noche en Olavarría, ese mismo año. Volvíamos con Patricio de la casa del faro y paramos en Olavarría. Había unas calles anchísimas y una iglesia amarilla en una plaza. Enfrente de la plaza había un cine. Me acuerdo de un club, grande. Con un lago. Tenía una isla y una estatua.

Con disgusto recordé el nombre de aquel club. No me atreví a pronunciarlo. Un nombre convencional, de club. Capaz de estropearme esta página algún día, pensé, lo pensé en aquel mismo instante, sólo que no era exactamente pensarlo porque no todo lo que llamamos pensar tiene que ver con el pensamiento, era como un susurro irónico, como si alguien con voz de falsete me soplara en la oreja ahijadito, alegre

silbador, diabloteín, te gusta mi violín, diabloteín, dame tu corazón, y yo no pudiera pronunciar el nombre de ese club. Como si alguien me arrancara de la silla en aquella mesa y me sentara en esta otra, en este cuarto. Por cosas así, Graciela, se mató Santiago y yo cambié la vida por la literatura.

—Dónde estás —oigo ahora.

Oigo tus palabras y el sonido apagado de tu risa, pero en esta habitación, oigo tus palabras abriéndose paso desde las hojas de un cuaderno cuadriculado entre los ruidos de la calle y la lluvia y los *Kindertotenlieder* de Mahler horrorosamente deformados por la estática de la radio, veo los relámpagos en la ventana y el empapelado de luces de las paredes, oigo tu voz oscura y risueña y siento el leve golpecito de unos dedos sobre el dorso de la mano. «Dónde estás». Como si me tocara una alucinación o una muerte.

Retiré la mano con tanta brusquedad que volqué un vaso sobre el mantel.

—Lo importante era el puente —dije—. No el club. Tenés que haberlo visto. Un poco más allá de la estatua, entre los árboles. Largo, angosto. Sobre el brazo del arroyo.

—De madera, sí, largo. —Te entusiasmaste, (de noche se oía el agua, no se la veía).

—Me acuerdo, te juro que me acuerdo. (Como el de *Gunga-Din*).

—Como el de *Gunga-Din* —dijiste—. La parte aquella del elefante.

—Era una elefanta —dije.

—Fue un sábado. No, espera. Un domingo. Había un soldado, solo, en la mitad del puente, mirando el agua. ¡Eras vos! (yo de garibaldina y vos entre los sauces, cabello lacio larguísimo, te agachaste a recoger algo, la pollera te rodeó como una campana y de pronto alzaste los ojos y me miraste).

—Yo iba peinada con dos trenzas. Acordate, por favor. Y me asomé a la ventanilla del coche al pasar.

—Me acuerdo perfectamente —dije.

Nos reímos.

El whisky empezaba por fin a emborracharme. Después de todo lo que había tomado en el bar del teatrillo, ya era hora. Uno flota dentro de sí mismo y ve las cosas perfectamente aisladas, afuera. Las ve tal como son y conoce su sentido real. Las manchas en el mantel, los toneleros, un pie de mujer sin su zapato trepando por la pierna de un hombre, el dibujo que traza una gota en la ventana: todo parece tratar de decir algo. Lo dice. Oigo tu voz un poco grave y arrastrada, y sé de pronto que es tu verdadera voz, como sé que esa ráfaga sombría de tu risa no está sólo en tu risa sino en la inquietante belleza de tus manos, en el pelo sobre tu cara, en cierta manera de agachar la cabeza y alzarla repentinamente como un desafío. Hablábamos, no sé de qué. Y no creo que en ese momento importara mucho. Yo había repetido *Gunga-Din*,



y vos decías que sí, que te acordabas, aunque para vos toda la historia se limitara a un elefante que toma una purga, derriba un calabozo de piedra e intenta cruzar un puente colgante. «El jorobado», dijiste después, «el jorobado o Enrique de Lagardére». Y el que se acordaba era yo. No era natural que tuviéramos recuerdos comunes, y en realidad no los teníamos, sólo elegíamos las coincidencias y hoy pienso que las elegíamos con cierta velada desesperación, como si de esos frágiles contactos, de esos puentes ilusorios, dependiera algo que los dos buscábamos a tientas, sin saber del todo que lo buscábamos. Vos recordabas el verdadero nombre de Robinson Crusoe (nacido en la ciudad de York, el año 1632, de una familia distinguida pero extranjera en el país...) y yo la palabra herretes, que eran las piedras por las que Ana mandó a D'Artagnan a Inglaterra, y vos, casi milagrosamente, recordabas a Charlie Chan. ¿En la colección *Pequeños Grandes Libros*? No, qué era eso. Te reías, parecías más chica, repentinamente infantil y de verdad adolescente. No era ningún libro, era una película donde todo el mundo tenía kimonos con dragones. Nombreste a alguien llamada lo y yo me vengué con Giro-Batol. Y mientras seguíamos hablando, riendo, buscando algo en esa mesa de la cervecería Wittemberg, en Córdoba, yo abrí sin querer una de las puertas-trampa de la memoria y, por alguna razón para mí incomprendible aquella noche, esa puerta se comunicaba con otra que te dejó a solas con tu propia memoria. Giro-Batol, había dicho yo, y vi un patio de baldosas ocre y negras: *Sandokán*, el primer libro sin ilustraciones que leí, un triunfo, un esplendor colmado de palabras. Es la hora de la siesta. Tengo ocho años y estoy sentado junto a mi prima Laura con el libro abierto sobre mis piernas. El dedo de Laura recorre los últimos renglones de la página y se detiene en la palabra *kriss*, la punta del dedo sobre la palabra *kriss* y el resto de la mano sobre mi pantalón. Laura tenía once años y no sabía qué era un *kriss*. Había otras palabras, al pie de otras páginas, que también desconocía. Después no haría falta *Sandokán*.

—Por lo visto te pasaron muchas cosas a los ocho años —dijiste.

—Y no sólo a mí. Ya hubo uno que a los siete había descubierto su alma negra. Pero no fue la mano de una prima, sino la de su hermana. Es una sospecha que tengo sobre la locura de Nietzsche.

—No me interesa —dijiste con brusquedad. Algo había pasado.

—Hay historias peores —dije—. Sin ir más lejos, Lagardére se acostó con la hija.

—No era la hija. —Habías agachado la cabeza y buscabas algo en la cartera. No pude verte la cara—. Pero es cierto, hay historias peores... —Te mirabas en un espejito de mano. Lo que veías no pareció gustarte—. Qué monstruo —dijiste inexpresivamente, pero no hablabas de tu cara, ni conmigo—. Voy a pintarme.

Te miré caminar.

Me causó gracia imaginarte unos años atrás. Vos y un primo, menor, naturalmente. Amparada en la impunidad del parentesco, de la inexperiencia de los

dos, porque el secreto era ése, estar lo bastante cerca de la inocencia verdadera como para sentirse del todo angelical. No tenía ninguna gracia.

Le hice una seña con el vaso al mozo. No me vio. Mal augurio cuando los mozos enceguecen. Empezó a dolerme la cabeza, lo que me faltaba.

—Qué te pasa.

Ahí estabas. Sentada frente a mí como si nunca te hubieras movido de la mesa. Pintada como Nefertiti.

—Nada. Una especie de puntada en la nuca.

—Estás cansado. Vamos, si querés.

Lo que más detesto en el mundo es que me cuiden. Estuve a punto de decírtelo pero sentí que era absurdo. Iba a estropear estúpidamente la noche. No iba a estropearla: ya estaba estropeada. Hasta ese momento no había notado la repugnante cara del mozo que nos atendía. Cara de gestapo, pensé. Y esas pinturas en las paredes, por favor. Y yo acá jugando al alma atormentada con Graciela Oribe alta de manos bizantinas, a la que le gustaba caminar de noche descalza junto al mar, lectora de Teresa de Ávila y de la pequeña Lulú, devota de Bob Dylan y de Mozart, que quería ser yo, que quería ser Bernardette, y después Monelle y seguramente todas sus hermanas, las pequeñas rameritas. Y mientras yo estoy acá, miles de chicos caquéticos en el norte del país, ahí nomás, cruzando Córdoba. Y el mozo de mierda ese, qué mira. Lo que pasó de inmediato estaba previsto. Detrás de mí comenzaron a levantar sillas y a apilarlas sobre las mesas. Nos estaban echando. Pero sobre todo a mí. Pedí un whisky, pedí la cuenta y pagué. Puesto que eran casi las tres de la mañana había que irse, y si eran casi las tres de la mañana no existía ninguna razón para que una niña de familia de veinte años, si es que tenías veinte años, anduviese fuera de su casa con un desconocido. A menos que esté bastante acostumbrada a llegar con cualquiera a cualquier hora. Sin contar, ahijadito, que habernos sentido Francisco de Asís lamedor de chancros gracias al inesperado bálsamo de la niñez caquética argentina, nos revelaría para nuestros adentros no carecer de cierto fangoso y más que regular cinismo.

—Vamos —habías repetido.

Y de nuevo aquello, esto, esta sensación más que física de dolor, un desgarramiento simultáneo y total que parece nacer en la cabeza, en la nuca, o a veces sólo en un costado, en el costado izquierdo de la cabeza y se expande como la onda de una explosión silenciosa dentro de mi cuerpo como si estuviera metido en una campana atmosférica y alguien me fuese quitando a bombazos el aire mientras el universo es un puro vacío y siento la dilaceración de cada centímetro de mi carne como si quisieran arrancarme el alma o como si algo pugnara por saltar libre, a lo mejor eso, libre hacia algún sitio que imagino lejos y alto e inalcanzable, o perdido voluntariamente para siempre, como aquel juguete roto por mí una mañana de Reyes

cuando, acaso por primera vez, pensé esto no, esto no lo quiero, esto es demasiado hermoso y se me va a romper algún día y es necesario algo irrompible, diamantino, absoluto, no tristemente sujeto a la vejación del tiempo y a la inmundicia de la muerte, y entonces ya no lo quiero y tomo un martillo, pego, veo saltar los resortes y las pequeñas ruedas de lata, miro casi con felicidad la estación en ruinas, los rieles en pedazos. O como la paloma. Mi mejor paloma, paloma que regalé pero debí matarla, reventarle la cabeza contra las piedras porque un segundo antes yo la tenía en mi mano y en la otra mano estaba su pareja, hermoso macho azul de ojos color borravino que se quedó conmigo mientras ella saltaba el saledizo de la trampa del palomar, y otro macho cayó como una sombra desde el cielo y yo no podía moverme, fascinado por la excitación y por el asco, porque a unos centímetros de mi cara ella se agazapó como hacen las palomas y el otro hinchaba el buche arrogante, daba vueltas a su alrededor, murmuraba el terrible canto de amor de los palomos, y yo gritaba puta, puta porque ella se agazapó y el otro estaba encima, puta como mi madre, mientras al hermoso macho azul se le partía el corazón como una copa de sangre.

—¿Cómo? —dijiste.

—Cansado —dije yo—. Que es cierto, estoy cansado. —Nos habíamos puesto de pie; salimos—. Viajar todo el día, y después las viejas. Y encima el doctor Cantilo, calculá.

Cruzamos una avenida, lloviznaba.

### III

—Qué le anda pasando, chango —dice Santiago. Habla sin detenerse ni mirarme, sonriendo con aquel gesto socarrón y algo distante. Nos hemos cruzado en el pasillo del hotel. Trae una toalla sobre los hombros y un mate en la mano.

—Vení —agrega, cuando ya entra en su pieza—. Préndetele a unas jodidas yerbas... Sí —dice después de escuchar un rato, sentado ahí en su cama—. Sí. Como nadar en un barrizal, pesadamente. —Se ríe y me alcanza un mate.

—Otros le llaman vivir. La vida no le sienta bien a todo el mundo.

Yo antes había dicho:

—Una laguna oleosa, y sobre todo el cansancio —y me pregunté por qué estaba hablando con el jujeño de estas cosas—, pero un cansancio como de abrirse paso en un pantano. Y siempre pienso lo mismo.

—Volverte a tu pueblo, pegarte un tiro o hacerte comunista.

—Algo así. Pero vos cómo lo sabes.

—Eh —dice Santiago.

Esto sucederá al día siguiente. Ahora todavía es de noche.

## IV

Pulcro, agrónomo. Correctas rayitas jaspeadas. Cuarenta y tantos años. Roque Cantilo, esposo de Verónica. Especialista en algo que entendí como posturas intensivas, pero que resultó ser pasturas. Sin ningún esfuerzo imaginé que se sujetaba las medias con ligas. Gordura discreta, reloj y corbata discretos. Todo haciendo juego y en el lugar exacto. Anteojitos. Nada de marcos negros; color carey. En vez de saludarlo daban ganas de decirle qué limpio está usted. Mi primera impresión fue que se parecía a una farmacia o a un inodoro flamante.

Vos estabas diciendo:

—Y el mar, por supuesto. De noche. Caminar sola por la arena. Y, sobre todo, ser Monelle. —Hiciste un gesto como para borrar lo que acababas de decir—. Pero eso fue hace mucho. Y después, es ahora. —Miraste hacia la otra mesa—. No debí traerte acá —dijiste con voz dura.

Estamos en el bar del teatro Arlequín. Son las diez de la noche y el inodoro acaba de entrar con el jujeño y dos mujeres. El bar está casi metido en la sala, todavía a oscuras. *Pentesilea*, dice un cartel, también dice que uno puede ver la función desde allí mismo o trasladar su silla adonde guste. Hemos terminado con la noción de espacio, todo esto es sueño, y el sueño viste sombras de bulto bello en cualquier parte. No puedo evitar imaginarme a *Pentesilea* entre las mesas, rodeada de su jauría, chumbándolo a Oxo, despedazador de jabalíes, y a Melampo que no tiembla ante los leones (¿o ése era Halicaion, de dura pelambre?), clamando por las Furias, gritándole a Ananké que la siga y saliendo todas por el lado de la máquina de calentar salchichas con sus arreos de guerra y sus elefantes en medio del vivo retumbar de los truenos mientras los espectadores varones les deslizan unos pesos en el escote, como a las turcas. Vos me estás diciendo algo pero no consigo escucharte. Una de las mujeres de aquella mesa es la señorita Cavarozzi; la otra, una paradoja. Piel humahuaqueña y ojos de acantilado. Verónica. Se llama Verónica pero yo todavía no lo sé. Verónica Solbaken. Está sentada algo lejos; y sin embargo oigo su voz. No es que la oiga, ya que ni siquiera está hablando; oigo su voz del mismo modo que huelo el tenue perfume de su pelo. Una voz grave, algo apagada, que rivaliza con la cegadora claridad del flequillo escandinavo. Santiago tiene aspecto de desamparo. Todavía no es del todo Santiago ni jujeño pero sonrío al verme, como quien reconoce en el destierro a un compatriota. Nuestro agrónomo también ha sonreído. Usa grandes calzoncillos blancos siempre planchados. Trato de imaginar el ombligo de Cantilo pero no puedo. No tiene ombligo. Ni ombligo ni otras partes del cuerpo.

—Quién es.

La señorita Cavarozzi abrió y cerró varias veces su manito, saludándonos. Me hice el que no la vi. Algo le causó gracia y rió con pequeñas convulsiones. Un

gorrión, pensé. Un gorrión mientras se baña.

—Quién es quién —preguntaste.

—El señor carón.

—Pero si ya te lo dije.

¿Cuándo me lo habías dicho? Me estás mirando con un poco de desconfianza. Tengo la curiosa impresión de que no sólo hemos terminado con la noción de espacio en Córdoba, también el tiempo tiene algo raro. Va y viene, como el vuelo de una mosca. Veo junto a mi vaso tres botellas de agua tónica: eso significa también tres ginebras. Bueno, por lo menos hace más de un minuto que nos conocemos. Hemos debido hablar de ciertas cosas.

—Por supuesto que sé quién es. Lo que te pido son detalles. No me mires así.

—Se llama Cantilo.

—Eso ya lo sé. Y qué más.

—Que me gustaría saber si vos escuchas algo de lo que se te dice. A ver, ¿cómo se llama?

—Cantilo. O pensás que no escucho lo que me dicen.

—El nombre de pila, cómo se llama de nombre.

—El nombre de pila, qué manera de hablar. Nombre de pila. ¡Roque! —dije de golpe—. Ahí tenés. Se llama Roque y es agrónomo. ¿Por qué está tan limpio?

—No sé. Pero sé que si no salimos de acá va a venir o va a hacer algo rarísimo para que vayamos.

—Viste que siempre hay más —dije sin dejar de mirar a la mujer rubia. No le faltaba más que el fiordo. Ilene, joven dama vikinga amada por el Príncipe Valiente. ¿O se llamaba Aleta? ¿O Valiente era bígamo? Pero ahora qué pasa. Ella le está pidiendo fuego a Santiago, tiene el cigarrillo en los labios, se le acerca. Los ojos un poco por debajo de los del jujeño. Lo mira, lo mira fijamente desde ahí con equívoca actitud de mujer que pide fuego, le habla sin dejar de mirarlo. Oigo en la piel de Santiago la voz apagada de Verónica. Gracias. La voz se abrió paso con lentitud, el humo del cigarrillo la retuvo un segundo en sus labios y luego turbiamente la dejó ir, el humo del cigarrillo que ahora, entreverándose en su pelo lacio caído sobre la cara, la rodea como si fuera el cuerpo de la voz, no el humo—. Esta vez sí que no te escuché —dije.

—Verónica. Que la persona que estás admirando se llama Verónica. Y de cerca no es tan joven, aunque es muy hermosa en todo sentido. Es la mujer de Cantilo. Pinta. Desciende de noruegos y de un caudillo puneño de la época de Rosas, es algo así como *Civilización y barbarie* ella sola. Pinta cuadros. No siempre, a veces duerme con poetas desesperados —decías esto en voz muy baja y sonreías hacia ellos. El dualismo me molestó. Los dos dualismos: también algo infantil en tu gesto unido a la minuciosa malignidad del verbo dormir. Verbo adulto y corrupto—. Tiene la manía de

pensar en Perón.

—¿Eh? ¿Quién?

—Por favor, él. Cantilo.

—Vamonos a cualquier otra parte. Este lugar es infecto y yo necesito hablar con vos.

Me miraste extrañada y murmuraste que desde hacía media hora me lo estabas pidiendo.

—Ya no podemos —dijiste después con naturalidad. Santiago venía hacia nosotros. Dijo que el caballero nos invitaba a compartir su mesa.

—Conoció a Arlt, le dice Roberto. En seguida te lo cuenta. Eso y lo de la cárcel. No le vayas a nombrar a Perón.

En ese momento sentí una especie de soledad repentina y al mismo tiempo antigua. Tenía que ver con vos, pero sobre todo con Santiago y conmigo. Un hueco de algo entre el jujeño y yo.

—De cualquier modo es un buen tipo —murmuró el jujeño cuando llegamos a la mesa—. Es como es.

—El doctor Cantilo quería conocerlo —casi gritó la señorita Cavarozzi—. Íntimo de Roberto Arlt.

Yo dije que me parecía notable.

—Qué notable —dije.

Verónica y vos se besaron, cosa que en ciertas mujeres resulta inquietante. O a mí me inquieta. Ligeramente es pornográfico, pero así: como si a través de la mujer que está con uno, uno tuviera acceso a la del otro, el otro a la de uno, y ellas a su vez a cada uno de nosotros.

Cantilo dijo las veces que habremos hecho diabluras, de jóvenes. Diabluras con Roberto. Comportamiento diabólico que si no hubiera bastado para hundir en la melancolía la juventud de cualquier ser humano, a un hombre de genio lo habría sepultado en la más negra desesperación. Aventuras dantescas, ni bien se pensaba que cuando Arlt tenía veinte años el doctor Cantilo andaría por los tres. Tomé dos whiskies y soporté a pie firme la parte en que Roberto Godofredo, con sus planos bajo el brazo, requería la opinión del pequeño Roque sobre la fábrica de galvanizar medias o la Rosa de Cobre, y al llegar el electrizante momento en que la vida se pone injusta y el narrador debe pagarle un café con leche a Aquel Idealista Incorregible, sentí, de golpe, que algo muy raro estaba pasando. Miré hacia el costado.

Y me vi.

Ahí estaba yo, sentado a otra mesa. La luz era difusa pero se me distinguía perfectamente. Y no sólo a mí. Corrí la silla, cosa de ver bien sin apartar mucho los ojos de Cantilo. Una adolescente, de espaldas a esta mesa, estaba allá sentada frente a mí. Tenía la cara redonda. Tenía el pelo castaño. Tenía una dulce y tenue cicatriz en la

mejilla derecha. No necesitaba verla desde acá para saber todas estas cosas. Se llamaba Beatriz. Yo, sobrio, tomaba allá un café. El de acá interrumpió cortésmente a Cantilo y pidió un whisky, el tercero, o tal vez el sexto si se contaban las ginebras anteriores con la alta muchacha de pelo negro. ¿Graciela se llamaba? O sea que todo esto puede ser muy bien lo que la gente llama estar borracho. Pero whisky más ginebra no se suma, especies diferentes: falacias de la Lógica. Y además esto es otra cosa, bien real. Y hasta mucho más que real. Siempre lo supe: no hay el mundo, sino los mundos. Nada posible deja nunca de suceder, sólo que en otra secuencia de la realidad. Hay una historia humana en la que Cleopatra tenía, efectivamente, la nariz más larga. ¿Qué habrá hecho César al verla? Y hay una historia mía que está ocurriendo en aquella mesa; hay allá atrás una ventana que da a Plaza Irlanda, en Buenos Aires, a una calesita girando iluminada en la noche, al misterio de las verjas y los árboles y las hiedras del Colegio Santa Brígida. Uno podría deslizarse hasta allí, si quisiera. En momentos como éste debe poderse. Antes de que todo aquello desaparezca, antes de que Cantilo deje de hablar, yo sé que es posible encontrar el pasaje. Frente al otro, de espaldas a mí, Beatriz ha de estar preguntándole qué mira. Tiene la cara redonda, tiene una dulce y tenue y casi imperceptible cicatriz en la mejilla derecha. Tiene enormes ojos donde lentamente vuelan en círculo pájaros marinos. Pero mejor quedarse de este lado, mejor beberse con tranquilidad un whisky.

—Adiós y que sean felices. Me mirabas. Todos me miraron.

—¿Cómo? —dijo Cantilo.

—Que me llama mucho la atención lo que ha dicho, doctor. Que estoy como conmovido. Que usted no se imagina lo que me pasó mientras lo oía. Casi que me tomaría alguna cosa.

—Lo comprendo, joven —dijo Cantilo—. No crea que no lo comprendo. Pida lo que quiera, por favor.

Luz de sala. Yo tengo que irme. En cualquier momento esto se llena de amazonas y elefantes.



## V

Caminamos en silencio alejándonos del centro por veredas húmedas y cada vez peor iluminadas. Ya no lloviznaba. Viva Cristo Rey, leí. Frondizi Judas. Viva la Mazorca, comunistas y judíos a la horca. Después este boulevard arbolado, las agujas góticas de Santa Lucía, que esa noche era sólo una imponente y grave silueta innominada contra el ciclo negro, y en el centro de la calle un largo acueducto con sombrías parejas besándose, sentadas sobre el borde del parapeto. Gente apasionada a la que no afecta la humedad. ¿Y por qué me estás llevando por allí? La luz de un relámpago te sobresaltó y dejaste de hablar. Mamer, habías dicho. La Madre Superiora. Lo cual significaba *ma mere*, y sobre todo significaba que lo del paseo en silencio era más bien una impresión mía. ¿Has vuelto a oír el llamado del Señor, Oribe? No, madre. Ábrete a Él y escúchalo con el corazón, y sobre todo no vayas tanto al cine. Sí, madre, buenas noches y viva Jesús. Viva María, hija.

—Cómo se llama este lugar —pregunté.

—La Cañada.

Me asomé al parapeto. Un abismo bastante considerable, mucho más teniendo en cuenta que allá en el fondo no se percibía sino un tenue hilito de agua.

—Y eso, esa especie de pis de gato que corre ahí abajo, de qué torrente se trata.

Oí nacer un trueno lejano. Muy adecuado a la situación. Como provocado por mí, por mi hostilidad. Trece siglos y medio atrás me habrían dado cinco años de cárcel por causar tempestades. *Líber Poenitentialis*. Desde hacía un rato largo sentía la maligna necesidad de ser desagradable e hiriente. ¿Te darías cuenta?

—Un río —dijiste—. El Río Suquía.

—Caudaloso. El ingeniero que proyectó este entubamiento tenía una idea algo febril de las cosas.

—Mamama Albertina te puede contar de las inundaciones.

—¿Mamama?

El trueno se arrastró a lo largo de la noche de Córdoba como un vago bramido y se apagó al otro lado de las sierras. En el silencio, tu voz:

—Mamama. *La grana mamam* —en perfecto francés. Sí. Te dabas cuenta.

—Tu abuela —dije.

Oí tu risa en la oscuridad, como una absolución.

—La tuya.

Y ése hubiera sido quizá el momento de hacer algo natural y razonable. O de empezar a hacerlo. Darle alguna utilidad a ese parapeto. Besarte. Apoyar, con o sin consideración, alguna mano sobre algún lugar. Nadie se va a la cama por combustión espontánea. Y seguramente estuve por intentarlo; pero algo me lo impidió. Como brotado de la tierra apareció él. El perro. Un esquelético perrazo amarillo,

intempestivo y sonriente. Los faros de un automóvil lo iluminaron a no más de medio metro de nosotros. Gritaste y te sentí pegada a mi cuerpo.

—No es para tanto —me oí decir mientras la bestia se alejaba con la cola entre las patas y yo me insultaba interiormente por lo que ibas a escuchar de inmediato. Ya no había fuerza en el mundo capaz de impedir que lo dijera—. No hacía falta este tipo de colaboración.

Te apartaste sin brusquedad, lo suficiente para mirarme. No vi tus ojos porque la luz me daba de frente. No me gusta imaginar tu mirada en ese momento. Y mucho menos mi cara. Tengo un talento especial para la ridiculez, eso no iba a poder negármelo nadie.

Después estamos ante una enorme puerta en arco y vos buscas las llaves en la cartera.

Entonces recordé que yo no conocía Córdoba. Empezaba a hacer frío y no tenía la menor idea de dónde estaba ni de cómo encontraría mi hotel. Ahora no podía preguntarte cómo me las arreglaba para volver ni pedirte que me dibujaras un mapita.

Me fui. Una solución razonable era rehacer todo nuestro trayecto al revés hasta llegar a alguna parte. Cuando pasé por la Cañada, el monstruo, babeante y sardónico, todavía estaba allí.

## VI

Chango, oí a la mañana en el hotel, al despertar, y en ese mismo instante, pero en un lugar distinto, el otro sonido: la risita. La luz me embistió como un baldazo. Santiago estaba sentado en el borde de la cama y tenía un mate en la mano. Durante la noche me desperté tres veces. Recuerdo la palabra *expósito*, a las cuatro de la madrugada: un deslumbramiento o una revelación. Como si me hubiera fulminado el sonido. Un flash: expósito. También vi mi cuerpo caído sobre las piedras fabulosas del sueño. Me levanté y corrí. Corrí desnudo bajo el más rojo desorden planetario y llegué al sitio de siempre, a rastras sobre las afiladas piedras, deshollado y casi ciego bajo esos planetas de sangre, pero vivo. Galopes y ladridos detrás. Los perros, los perros. Y una mujer con una flor en la boca. Me despertó una risita muy suave sacudiéndome los hombros desde adentro: mi propia risa. Eran las cuatro y diez. Oigo pasos. Santiago se pasea en la habitación vecina; hace años, la habitación vecina era ésta. Un borracho pasa farfullando obscenidades por la vereda. Una mujer lejana grita que la dejen, o que la lleven: no entiendo las palabras, sólo oigo en la noche su remoto chillido de rata acosada. Las ciudades también duermen: la noche en sus calles son sus pesadillas. Una explosión. Un largo silencio. Los pasos insomnes de Santiago. Cosas que recuerdo o invento, Graciela, pero que de algún modo son como las digo. Cualquier hecho que imagine o crea recordar es real. La cláusula, el contrato es así, el insinuado contubernio que sacude los hombros al despertar. Bien, pensé, esto es Córdoba. Córdoba de la Nueva Andalucía. La única ciudad de la conquista española fundada en homenaje a una mujer. El centro exacto del país. *Omphalos*. El ombligo peligrosísimo de la tierra con su Catedral de frente neoclásico y cúpulas barroco portuguesas. Con su Pasaje de Santa Catalina. Que en iglesia comienza y en iglesia termina. Corredores, allá abajo, acaso donde ahora están los cimientos de este mismo hotel, vieron morir a brujas criollas condenadas según la irrefutable prueba del agua: si al ser sumergida en el río la bruja se ahoga, acaso es inocente. Si no se ahoga, es, sin lugar a dudas, bruja. Matarla sin dilación. Firmado: Inocencio. Papa. Y de pronto descubrí que la mujer del sueño, el rostro que tanto amo, se parecía a vos. Ella, la cortejada por los pájaros hasta que llegan, alevosas, las alimañas putas de la noche. Pesadilla tan repetida que hay un momento en el cual se torna previsible, no modificable pero sí previsible, y que reitera una imagen: siempre la misma mujer. Por lo tanto, había que pensar. *Cuidado*, fue lo primero, y *esto va muy rápido*. La mujer me señaló una puerta y al abrirla reparé en Santiago. ¿Qué papel podía estar jugando el jujeño, acá, con las piernas aplastadas por una viga?, él y yo ahora, los dos bajo la catástrofe, súbitamente juntos bajo el sordo cataclismo de esas lunas sangrientas. Me despertó un grito: el mío. Eran las cinco de la madrugada y me estaba quemando los dedos con el cigarrillo. Salí a la calle sin hacer el menor caso del señor Ripul,

hotelero de grandiosos pantalones quien me persiguió hasta la vereda reclamándome las llaves. En una farmacia de turno pedí Dexamil; la Benzadrina idiotiza. Al volver amanecía tormentosamente y me fui derecho a la cama. Pero no tenía el menor deseo de dormir y era preferible inventar monstruitos. Eso es un murciélago, por ejemplo. Si estuviera un poco más así y no se le vieran los botones, qué espanto. Cuelga de la silla adoptando inútilmente la apariencia de un saco inofensivo. *Monstrum horrendum, informe, ingens*. Hocico de ratón, alas de trapo. ¿Echarás a volar? Oí la risita y en el mismo instante: «Chango». Un sonido en el entresueño y otro en la realidad, superpuestos, pero como si me tironeasen la conciencia desde dos regiones inconmensurables.

Santiago, sentado al borde de mi cama, alzó las cejas con curiosidad. Tenía un mate en la mano.

—Todo lo que puedo ofrecerte es mate —dijo—. O ginebra. O ginebra con mate.

—Qué fecha es —pregunté.

Un porroncito de ginebra pareció materializarse en la otra mano del jujeño. Con toda naturalidad bebió un trago. Después se cebó un mate.

—Me imagino que tratas de averiguar la hora. Admití que ésa había sido mi intención.

—Casi las ocho.

Yo no estaba muy seguro de haberme despertado nunca en mi vida antes de las dos de la tarde, y hasta algo peor, no estaba muy seguro de nada que hubiese ocurrido en el mundo antes de mi arribo a Córdoba. Una especie de amnesia, pero deliberada. O más bien consentida. Y ya era bastante esfuerzo saber que estaba realmente en Córdoba, como para seguir intentando en otra dirección. Suponiendo que hubiese podido. Porque lo que estoy viendo es un mamboretá. Del antepecho de la ventana saltó, verde y matemático, al barrote izquierdo de la cama y ahí se quedó, en actitud de rezo. Y ahora rota hacia mí su poliédrica cabecita de esmeralda y me mira fijamente con sus coriáceos y malignos ojitos de otro mundo. La espalda se me empapó de sudor. Aparte el asco que me inspira cualquier insecto que no sea la vaquita de San Antonio o ciertos escarabajos que son como gemas vivas, como pequeños planetas de oro, aparte el asco patológico que me producen esas infames pesadillas que en sus peores noches soñó la vida (hay que imaginarse una mosca del tamaño de un teléfono, una cucaracha que al pie de la cama pueda confundirse a primera vista con un zapato), yo tenía una cuestión personal con los mamboretá. O al menos con uno. Y el mayor inconveniente de éste es que fue absorbido ante mis ojos por el barrote de la cama.

—Carajo —dije sentándome de golpe contra el espaldar.

—Buen día —dijo Santiago.

¿Cuándo y por qué había entrado el jujeño en mi pieza? Vi a sus pies, en el suelo,

un calentadorcito plateado. Un mechero en forma de budinera. Gran amigo despierta a otro con el mate, hondo sentimiento nacional. Será atado en el cielo. Dios los cría, pensé.

—No era un saludo —dije—. Es mi plegaria matutina. Dame un mate.

Traté de olvidar qué cosa desagradable había estado a punto de ocurrirme, y en qué esferas, y, por un procedimiento que me recuerdo usando desde la niñez, hice descender lentamente en algún sitio dentro de mi cabeza una compuerta pesadísima. Santiago entonces me preguntó algo y yo contesté cualquier disparate. La puntada de la noche anterior, alojada todavía en el centro de la nuca, se dilató espesamente. Un dolor familiar, un modo de tener cerebro.

—Beatriz, qué Beatriz —está diciendo el jujeño—. Graciela. La criatura divina de anoche.

Me está mirando.

—Y yo qué dije. —Me afirmé bien afirmado contra el espaldar de la cama. La puntada, yéndose de un momento a otro, iba a resultar como un mazazo. Fue un mazazo, pero al revés. Un golpe de bienestar tan súbito que casi me desmayo. Un segundo es mucho tiempo: no debo olvidarme de esto—. Estoy pensando macanas —le digo—. ¿Qué miras? Balzac lloraba cuando se le moría un personaje, a mí me pasa lo mismo. Es una cuestión de genio, en Jujuy no entienden de eso. —Y la compuerta acabó de caer pesadamente, *plof*, sin dejar una grieta.

—Anda a cagar a los yuyos —dijo Santiago.

—Eso sí que es poesía. Pensar que ustedes inventaron la inspiración. Si a la gente la dejaran escribir a lo que salga, el planeta estaría lleno de mierda. Es la primera palabra que se le ocurre al ser humano. Sin ánimo de ofenderte, ¿no te parece un poco temprano para la ginebra, y hasta para el mate? ¿No se te ocurrió pensar, es un decir, que yo podría estar durmiendo?

Con beatífica naturalidad bebió otro trago. Me aseguró que levantarme temprano me devolvería el amor a la vida:

—Te noto un color ceniciento que no presagia nada bueno.

—Sí —dije señalando el porrón—, se ve que vos tenés ideas muy rígidas acerca de la salud.

—Si lo decís por la ginebra, es medicinal. Verte tomar anoche era un espectáculo escalofriante. Imagino que si esta mañana no te asistía con un vasito de algo... ¿Nunca te dijeron que tenés un aire a Ray Milland en *Días sin huella*? Ya te lo van a decir.

—Alcánzame la camisa.

Se levantó, riendo. Dijo que él le cantaba a la luna porque alumbra y nada más, que era un guitarrero. Me tiró la camisa por la cabeza.

—¿Siempre te despenas así?

—No, a veces vuelvo todo embarrado.

—Ya me parecía —dijo Santiago—. A otros les produce nada más que cirrosis.

—Un médico de Rosario me lo advirtió hace unos días. Parece que tengo un hígado diamantino y soy inmune a la diarrea. Pero puede afectarme los sesos. De cualquier modo, nunca me emborracho antes de las cinco de la tarde. Ni uso trajes marrones. Como el duque de Edimburgo. Y vos podrías hacer lo mismo. —Me puse la camisa—. En realidad, nunca me emborracho.

—Yo nunca uso trajes marrones —dijo Santiago. Echó delicadamente un chorrito de ginebra en la tapa del porrón, y lo bebió—. Tengo una curiosidad —dijo después—. ¿Viste una especie de langosta que estaba ahí y saltó por la ventana?

—No —dije—. Pero una vez vi un mamboretá. Un mamboretá comiéndose una mariposa. Verde y esquelético, parecía comulgar. Se la comía con una parsimonia que helaba la sangre. Era casi sagrado. Yo estaba más o menos a dos centímetros. Tienen la cabeza como una esmeralda muerta. De golpe giró sus ojitos de marciano en el extremo del pescuezo y me miró.

—Bueno —dijo Santiago—. Las langostas suelen comer de todo. Mientras uno esté sobrio y la cosa esté realmente ahí...

—Dame los pantalones. El delirio alcohólico debe ser algo así. O hasta un poco mejor.

—¿No nos está saliendo una conversación algo descomunal, considerando la hora? —dijo Santiago.

Con el borde de la cobija entre los dientes, comencé a ponerme los pantalones debajo de las sábanas. Santiago seguía atentamente mis movimientos. Canturreó:

—*Dominus vobiscum*. Juntó muy rectas las manos.

—*Et cum spíritu tuo* —contesté.

—Jesuita.

—No, salesiano.

Durante un rato, tomando mate, evocamos la vida del internado. «Lo único que me quedó», diría él, «las tres cosas que se heredan de una buena educación religiosa, ponerme los pantalones como vos, debajo de la colcha, un latín pésimo, y esa forma rara de ateísmo que consiste paradójicamente en cagarse en Dios a cada rato». Con cuidado registré esa idea; me ofendió un poco que no fuera mía. Casi le confieso que yo había estado a punto de ingresar en el Seminario, pero me arrepentí y le propuse salir a la calle. Me habría resultado difícil explicar por qué Stefano, el Casto, renunció una noche al dulce *lignum*, dulce clavos, *dulce pondus sustinet*. Yo quería ser santo. Y antes, Papa. Hubo años salvajes en la espantosa jungla africana hasta que Roma me llamó e integré el Colegio de Cardenales. Mi celda de la meditación en los días temblorosos de la fumata, a la muerte del Santo Padre, se tiñó con lacerada sangre de mi cintura. Finalmente, yo, primer pontífice argentino y el nonagésimo

nono de la Iglesia, el último, *humildísim amenté* me ceñía la diadema y heredaba la Tiara. ¡*Papa habemus, Satana!*

El señor Ripul nos miraba. Santiago me miró a mí. Yo me acordaba ahora de mis funerales, de las campanas doblando a muerto en Rusia, de las tres iglesias congregadas el día de mi canonización. Santiago parecía reflexionar.

—Y ellos se juntan —dijo mientras salíamos Graciela. Pensé. Un nombre pérfido. Dadora de Gracia. También pensé que llevaba tres noches sin dormir. Tener cuidado, ahijadito.

Salimos del hotel e ingresamos en la Historia. Nos recibieron cúpulas coloniales, fachadas veteadas de barroco, campanas fundidas hace tres siglos en Talavera de la Reina, veredas angostísimas sobre las que resonaron las botas y los pies descalzos de la Independencia, claro que había que seleccionar: saltarse el *art nouveau* de la Plaza España y la fórmica de las pizzerías. Nos quedaba algo más de una hora para la reunión en la Ciudad Universitaria. Santiago habló: su tonada era bella, musical. Yo pensaba en vos. No me cabía la menor duda de que estarías allá, y esta certeza, la sensación de libertad que me causaba ir postergando a mi antojo nuestro encuentro, me hizo sentir bien. Una especie de inmortalidad. Hasta el cielo había adquirido, de pronto, una discreta palidez otoñal. Odio el sol. Y muchas veces he pensado si esto del sol no es el símbolo un poco demasiado evidente de enemistad que se manifiesta en toda mi vinculación con la naturaleza, enemistad o examistad, ya irreconciliable, cada día más remota, entre ciertas cosas al estado puro y yo. Nunca he podido saber, por ejemplo, cómo se las arregla la gente para soportar el contacto de la arena en una playa, de las ramitas que se hunden en la piel, del aire, que los poetas llaman brisa pero que sólo una o dos veces en la vida normal de un ser humano sopla con tanta perfección como para no ser, o demasiado fuerte, o más bien tórrido, o francamente helado. Puedo entender y por decirlo de algún modo hasta gozar de una tormenta, de la furia que le recuerdo al río de mi infancia, su espanto de arrancar embalses e inundar las islas; hay algo salvaje y hermoso en todo eso; pero cómo es posible resignarse a la incomodidad de unas ortigas entre los pantalones, del polvo en los ojos, de las piedritas que se meten dentro de los zapatos. No sé si me explico. Y de cualquier modo no tiene nada que ver con lo que quería decir. Porque esa mañana, caminando con Santiago por las calles de Córdoba, el sol pálido, el aire, me hicieron el efecto de una ablución purificadora. Como de un campanario al que el día espanta (o posterga) sus murciélagos, se me volaron de la cabeza todas las ideas sombrías de la noche anterior. Traté de no pensar en la escena, que ahora juzgaba imbécil, de nuestra despedida. Necesitaba verte, hablar largamente con vos, confesarte unas cuantas cosas que, lo sentí de golpe, se me estaba haciendo muy tarde como para que volviera a confesarlas nunca. Lo sentí, pero por el momento no quise investigar qué significaba *muy tarde*, no, al menos, mientras me alegraran como entonces los hechos

más triviales: un chico que pasó ululante, golpeándose el culo e inventando un vertiginoso aparato de correr que era un Centauro o un cacique. Me gustó una cúpula. Le agregué miriñaques y antiguas señoritas de un tranvía que pasaba, inmemorial y destartalado. *Hoy: Hace un año en.* Y comprendí que toda esa fiesta no era tanto la mañana en sí misma como la curiosa idea de que, con el tiempo, yo iba a recordar melancólicamente esa mañana.

—¿Qué? —preguntó Santiago.

Y noté que acababa de interrumpirlo diciéndole, nada menos, que hay modos idénticos, formas de la mañana que se arquetipan para siempre. Santiago levantó las cejas. Como de cualquier manera ya no tenía remedio continué:

—Ésta, por ejemplo. Fíjate. Para mí, ésta es una mañana inédita y rara. Podrá repetirse, se me repetirá, seguramente. Siempre pasa. Volverá a darse en otro lugar — y al decirlo me recordé hacia adelante. Una calle de otoño, tal vez la callecita de una ciudad europea. Fue tan vivido que me di una especie de pena—. Y cada vez que me suceda una mañana así voy a sentirla fuera de lugar.

—Lo miré de reojo, el jujeño no tenía expresión irónica, al contrario, hubiera jurado que le pareció natural. —Hay mañanas de otra parte. Maneras de ser que tiene el aire, el frío.

El jujeño parecía pensativo.

Caminaba mirándose la punta de los botines, con las manos cruzadas en la espalda, su gran carpeta negra bajo el brazo y el diario de la mañana asomándole del bolsillo del saco. Misiles, leí. Cuba.

—Pasa con los domingos —dijo sencillamente, como a la media cuadra.



## VII

Hoy, durante la tarde, pareció que definitivamente dejaría de llover. Lo temí. El silencio, no sé por qué —este silencio particular en el que no cuentan los gritos y rumores de la calle, los pasos y las voces en los pasillos, las puertas que se abren y se cierran, sino sólo el haber dejado de oír el golpeteo del agua en la persiana—, me desarraiga con brutalidad del pasado y me impide seguir escribiendo. Como si la lluvia, su fácil, su convencional tristeza de lluvia, presidiera de algún modo estas páginas o dotara a las palabras de un ritmo secreto que, al cesar, desbarata los rostros, las calles, los campanarios, los cafés, y, como en aquellas funciones de prestidigitación en mi pueblo cuando cambiaba la música, escamotea ante mis ojos lo que hasta hace un instante fue la ciudad y me instala con violencia en este cuarto de hotel y en una Córdoba desconocida con templos reales, veredas ciertas, plazas con árboles y tordos y parejas irrefutables, pero que es apenas una caricatura de la otra, mientras la verdadera ciudad se aleja de mí como esos sueños que nos abandonan al despertar. Releo entonces lo que llevo escrito y me pregunto si no es absurdo continuar esta crónica. Todo se magnifica o se deforma al escribirlo. Esta tarde entré en la biblioteca de la calle Colón y estuve a punto de acercarme a la señorita Etelvina, no sé por qué; nunca lo había intentado desde que he vuelto. Ella evitó mirarme. Firmé unos libros. Alguien preguntó por mí y me dieron un sobre.

*Acabo de saber que estás en Córdoba. Te espero.*

Un dibujo y una firma.

*Verónica.*

Fui. Llueve otra vez ahora y es de madrugada. Al regresar di un gran rodeo. Crucé por el puente de piedra. Lo imaginaba distinto: más ruinoso, más inolvidable. Verónica, en cambio, es idéntica a Verónica; pero tal vez sería mejor no haber ido. Un pórtico o unos pájaros negros, un puente de piedra, los leones de la Plazoleta del Marqués y hasta el derruido esqueleto de lo que fue una terminal de ómnibus son suficiente motivo de melancolía, no hace falta la gente. Melancolía o no sé, algo parecido al dolor, una vaga tristeza de sí mismos que caracteriza a ciertos hombres que tienen necesidad de regresar a lugares, pasar por antiguos zaguanes, sentarse en inmóviles plazas de ciudades o pueblos en los que quizá estuvieron sólo una vez, en los que pasaron una sola noche. Hombres para quienes una madreselva que todavía cuelga de un tapial es más importante que un rostro o que la mano retenida allí en

otro tiempo, menos mortal que unos ojos cuyo color se olvida con más facilidad que el perfume nocturno por el cual, sin embargo, existen para siempre esos ojos, la mano, aquella cara. He vuelto a pueblos de espanto sólo por recobrar un ciclo aciago, que odié; he recorrido, siendo ya un hombre, las galerías de un internado sólo por tener otra vez miedo de las bóvedas, de los arcángeles amenazadores de la capilla y sus espadas del paraíso perdido. Como un criminal, me he apostado durante horas ante la puerta de una casa hoy deshabitada, esperando, casi ahogado de ansiedad, que ocurriese algo imposible y durante un segundo he llegado a sentir que aquella espera estaba sucediendo hacía años, y que justamente eso, ese cruce en el tiempo, era por fin lo imposible. Tal vez por cosas así no me reconozco en los vidrios de las ventanillas cuando viajo de noche: la cara transparente que me mira con cansancio no es la mía. Mi verdadera cara, mi antigua cara reflejada en vidrios de otros trenes, en tranvías desaparecidos, en aquel Ford destartado y crujiente que una noche manejó mi padre por un camino de tierra, viaja por la sombra hacia lugares que sus ojos verán por primera vez, lugares donde sucederá algo terrible o hermoso, inacabado y siempre difícil de comprender, cuyo sentido necesito recuperar para encontrarme. Nadie busca a otro cuando recuerda, por más que lo haya amado; sólo intenta recobrar lo que tuvo cuando existía el otro. Creemos llorar a un muerto y lloramos por nosotros mismos. Creemos evocar a una mujer y sólo anhelamos sentir, ver, tocar, lo que sintió, vio y tocó nuestro propio cuerpo. La memoria es hermana de la muerte; hace vivir lo que fuimos a expensas de la verdadera vida, que sucede y se agota ahora. Sin embargo, para ciertos hombres no hay vida más intensa que ese perpetuo regresar, y tal vez algunos consiguen el milagro de instalar el pasado en el presente. Todo consiste en convivir ahora con los fantasmas de otros tiempos, traerlos de allá como se podría traer un objeto de un sueño, no dejarse seducir por sus sonrisas muertas y sus manos de niebla, arrancarlos de su ciclo a fuerza de palabras. Por eso al volver hoy de la casa de Verónica pasé por el puente de piedra y por eso me empecino en seguir escribiendo estas páginas, aunque a veces, al leer Graciela o Bastián o señorita Etelvina, tengo la impresión de estar ante un idioma cuyo significado profundo no sólo es imposible de transmitir a los demás, sino, incluso, imposible de ser descifrado por mí. De cualquier modo, he comprendido algo. Como ante una encrucijada, dos fuerzas antagónicas se disputaron hasta hoy el camino hacia el final de este libro: la necesidad de saber dónde estarías ahora, o con quien, y el opuesto e inexplicable deseo de no saberlo; el miedo de encontrarme con vos en cualquier esquina y tomar súbita conciencia de que pudieras existir fuera de mí, de aquellos dos días, y que tu cara real se interpusiera como una máscara a los rasgos que con tanto cuidado y amor han ido perfeccionando las palabras y los años. Esta noche supe que no vamos a encontrarnos, no al menos en estas calles ni bajo estas estrellas. También supe un desenlace. Verónica me contó hace unas horas un final para esta historia;

uno, no importa cuál, porque ya no voy a escribirlo. Hay muchos más tan verdaderos como éste, y cualquiera da lo mismo. No importa si la realidad es más piadosa o más terrible, más verosímil o más grotesca de lo que yo quise imaginar en todos estos años. Hay una historia que será para siempre de Verónica, del mismo modo que existió una versión tan real como ésa, aunque más breve, que fue de Santiago. Inés supo una parte, aquella tarde, al pie de la escalera; la pobre señorita Etelvina, otra, sabe Dios cuál: quizá la que hoy le hizo bajar los ojos al verme. Y queda por fin ésta que sigo escribiendo ahora, la única que me está permitida y la única que algún día será verdadera, porque no está sujeta a las tristes leyes de la realidad ni sucede en el tiempo; la que empieza y acaba en aquellos dos días y de la que soy, infiel, el único testigo. Infiel, porque es condición de la palabra falsear lo que nombra, pero digno de fe porque a muy pocos se les ha puesto un precio tan alto para llegar a la verdad de su propia fábula. Sé cuánto hay de imaginario y falso en lo que llevo escrito; ni las palabras que se dijeron entonces ni las cosas que sucedieron corresponden a las situaciones y a los diálogos que recuerdo o invento y de cuyo origen real sólo queda un matiz, una sombra, un eco que acaso repito casualmente; ni hay sin embargo otro modo mejor de restaurar aquello. Como si debiera terminar un cuadro ajeno según el testimonio de alguien que habla otro idioma, o de un loco. Tengo junto a mí un viejo cuaderno Leviatán, escrito a lápiz, donde una parte de la historia ya sucedió de alguna manera: es como un mapa o una hoja de ruta que cada vez se parece menos al camino que siguen estas páginas. Tengo un mapa verdadero de la ciudad, con el nombre antiguo de sus calles y el recorrido de tranvías que ya no existen. Tengo, sobre todo, una libreta de notas que cabe en un bolsillo. La llevaba conmigo en ese viaje y es el único testimonio inapelable de aquellos dos días. Hay allí unos apuntes, marginales y de sentido casi secreto. Evocan una mancha en una pared; aluden a la forma equívoca y horrenda de un saco colgado en una silla. Hablan de Santiago, varias veces. Me recuerdan el título de una película que pasaban esa noche en el cine General Paz, un remolino de papeles y hojas secas en mi camino a la casa de Verónica. Hablan de Inés. Lo conmovedor en ella es su mirada, escribí: no los ojos, la mirada. Mira de un modo desolado y patético, como si estuviera reclamando de la gente actos grandiosos o perfectos. Las dos o tres veces que la he visto tuve la misma impresión, la de estar ante alguien que espera de mí o acaso de todo el mundo gestos heroicos o legendarios. Al comienzo de la tercera página dice: Graciela. Después, subrayada, la palabra marcas, en letras mayúsculas. En esa misma página hay un dibujo que representa la Plaza San Martín y las calles que la rodean; sólo que el Cabildo está donde debiera estar el Balcón del obispo Mercadillo y, junto al pasaje de las Catalinas, hay un signo de interrogación y la palabra verificar, lo que me hace pensar que lo dibujé en el hotel o quizá en Buenos Aires.

—¿Y eso? —pregunté. Bruscamente has escondido las manos—. Son marcas —

dije.

—Sí. —Mirabas hacia un lugar situado un centímetro sobre mis ojos—. Me quise matar.

—Matar, estúpido. Inferirme grave ofensa física. Abrí la navaja de Patricio, cerré los ojos y olvídenme, Graciela Oribe al suelo, totalmente muerta. No —dijiste de inmediato—. Fue con un vidrio, en una ventana, en la casa del faro. Ya te hablé de la casa del faro. Me apoyé en el vidrio y se quebró. La fábula diurna y la nocturna, pase y elija.

—Déjate de hacer la Esfinge.

—Tarzán furioso emplear el terrorismo —dijiste—. Ujiii, Tantor. Graciela ahora contar verdadera historia.

Y hablaste un rato en la jerga de los monos.

—Nadie se mata por eso.

—Por supuesto. —Te reías, moviendo lentamente la cabeza, con una mirada incrédula y húmeda—. Ya ves, lo real es que me corté con un vidrio miserable y sin grandeza. —Tenías unidas las palmas de las manos, con la punta de las uñas rozando los dientes y me mirabas con súbita malignidad—. O quizá otra cosa. Graciela llamarse Electra y vos ser mi instrumento para matar a Orestes. —Y yo pensé: A Egisto, debió decir a Egisto y oí a mi espalda voces confusas de mujeres entre las cuales distinguí la de Verónica y la risa de la señorita Etelvina Cavarozzi, quien ahora está junto a nuestra mesa y dice algo sobre un paseo al Observatorio—. Creo que de veras te necesito —murmuraste y, sonriendo hacia Verónica, agitaste levemente la mano diciendo que no, y a mí me hubiera gustado saber, entre otras cosas, no a qué, cuando la señorita Cavarozzi dice de corrido: «Véanlo al pícaro no pierde el tiempo Gracielita qué linda estás de qué hablaban»; y se sienta—. Del infierno —dijiste vos.

—Eso no es una conversación —dice la Cavarozzi.

Hay entre los apuntes una prolija descripción de la quinta de Verónica, en el Cerro de las Rosas, y sólo dos palabras acerca de la casa de la ciudad. Las palabras son: La escalera. El resto se refiere a la fachada del Seminario Mayor, al Museo Histórico que fue la casa del virrey Sobremonte (la casa del marqués, dice) y a la Capilla Doméstica, construida en 1643, a su bóveda y su techo de madera sin un solo clavo. En total, doce carillas.

Tu nombre aparece cuatro veces.

## VIII

La espadaña del monasterio de Las Teresas, de una hermosura casi sobrenatural esa mañana, al menos vista de golpe desde mi festivo corazón manierista. Palomas. Las torres de la Compañía de Jesús y, de perfil, la encumbrada silueta de Fray Fernando, escribiendo alguna cosa en el aire pálido de octubre, de pie junto a su alto pupitre invisible. Todo bajo un sol casi demasiado benévolo. ¿Cómo puede causar inquietud sentirse alegre? Me estaba haciendo esta pregunta cuando vi una librería de viejo junto al inesperado cartel de un club nocturno. *La cueva de la Sibila. Night Club*. El nombre de la librería también resultaba un pequeño anticlímax. *Fausto*. Librería y papelería. Textos usados y religiosos. Menos mal que debajo de la palabra *Fausto* se veían dos paisanos jetones de Molina Campos, compartiendo un porrón a la sombra de un arbolito. Bueno, pensé, por lo menos se trata del *Fausto* Criollo, pero por qué usados y religiosos. Y tan cerca de la cueva.

—No entremos —dije.

Santiago se detuvo en seco y me miró.

—De ningún modo. —Su tono era desconcertante; al principio no entendí. Me había quedado pensando en la señorita Sibila, quien fuera. La Sibila de Cumas. La gruta sibilante de la Sibila de Cumas—. Te juro que nunca pensé entrar —dijo.

O sea que únicamente a mí se me podía ocurrir el disparate de meterme en una librería a las nueve menos cuarto de la mañana. O en un *night-club*. Duerma bien, pensé, coma bien camine mucho lo que usted tiene es hambre. Dije que en el fondo era una pena, pero qué le íbamos a hacer. Lo de las unidades Angstrom, lo de las combustiones químicas. Y el jujeño me rogó que me explicara mejor. El color de unos ojos o la calidez del cuerpo de una muchacha, o lo que pasa esta mañana con el aire, que todo eso pueda medirse o descomponerse en unidades Angstrom, que sea el resultado de algo que se intercambia entre unas moléculas. La famosa angustia es una cuestión orgánica, te comes un buen especial de mortadela o te tratan del hígado y adiós tristeza.

El jujeño hizo un ruidito seco, un aborto de risa entre melancólica y doctor Caligari.

—Es cierto. En los últimos años han disminuido mucho las enfermedades microbianas. Lo que sigue aumentando es la locura. Me gustas —dijo después. Lo dijo de un modo extraño, como si en realidad estuviera pensando: Aunque no me gustes nada, creo que me gustas un poco—. ¿Cuántos años tenés?

Era fatal. Volví a espialo de reajo. De perfil, tenía el aire de un halcón cansado. Arruguitas en las sienas. Tres largas rayas como grietas le cruzaban la frente. Me sentí liviano y nítido (pero qué era eso, qué era lo que se avecinaba, eso que se había desencadenado en algún lugar de la ciudad y se avecinaba como una informe mole

sombría, por qué esta inquietud y, para decirlo de una vez, este miedo) y quise ser generoso o continuar sintiéndome generoso, porque, de un modo oscuro y difícil de precisar, lo de la desesperación que se cura como la hepatitis había sido un arrebató de alegría o de flor secreta, un homenaje, no del todo humorístico, no sabía por qué ni a quién.

Me agregué dos años, fue todo lo que pude hacer.

Vi, allá enfrente, la cúpula de mosaicos de la basílica de Santo Domingo. Estábamos a punto de cruzar la calle.

—Sos muy pichón —dijo él.

Hice un último esfuerzo. Me aferré al campanario y sus palomas, a los quioscos chinos, al aire que realmente olía a garrapiñadas.

—No te hagas el senil. En este país todo el mundo tiene el complejo de la edad.

Este país, como decir: esta pensión.

—No, chango; es algo mucho más profundo.

Y si esperaba que prosiguiera, me equivoqué. Pero qué país cachivache, realmente. Más profundo. Me irritó esa vaguedad, la sentí como un fraude, un argentinismo sencilló y astuto para fingir sabe Dios qué honduras de pensamiento, qué ideas abismales. Hoy, sin embargo, sentado frente a la ventana en el mismo cuarto de hotel que hace años ocupó Santiago, a unas pocas cuádras de aquella esquina, de aquel mismo campanario, pero separado de la ciudad por un infranqueable territorio que no miden la distancia ni las horas, sino la muerte, la ruina de los sueños, el olvido, sé que aquel lejano «más profundo» era el mejor modo de expresarlo. El jujeño cambió de brazo su carpeta negra y se echó hacia atrás el pelo con la mano. Un lindo gesto. Como un nadador que sale del agua.

Habíamos llegado a Velez Sarsfield. Eran exactamente las nueve de la mañana. Cruzar una calle no es siempre lo mismo que cruzar una calle, pensé.

—Oíme —me oí preguntar de pronto—, ¿alguna vez te sentiste...?

(...¿solo?, ¿único en el mundo?, ¿separado del resto de los hijos de puta que habitan este cementerio y te miran como a un peligroso ejemplar contra natura?, ¿jodido pero contento?, ¿como fraguado en un metal purísimo?...).

Pero mejor me callaba.

—Sí, chango —dijo entonces el jujeño—. Yo también, hace mucho, fui más joven que nadie.

Me hubiera gustado saber de qué se reía pero no tuve tiempo de preguntárselo, porque aquello, lo que fuera aquella cosa que se había desencadenado en alguna parte y avanzaba por la calle como un trueno negro ya estaba casi sobre mí, una masa sombría que patinó largamente sobre el empedrado con un vagido de animal mítico, una especie de brama o de relincho —... el de la Muerte, ahijadito, grandísima yegua que impide llegar con salud a la otra vereda, porque lo que estaba avecinándose ya

llega, porque venimos avanzando vertiginosos, desgolletados, dejando el culerío— mientras el jujeño me toma del brazo y con brutalidad me aparta, y una hoja, volando de su carpeta, planea un instante en el aire y *va a dar* a mis manos —¡Cuidado!— y yo alcanzo a ver en la cúpula la oscilación de la campana mayor a punto de tañer la primera llamada del Oficio de las nueve y a una de las palomas que, sobresaltada, anticipándose al tañido, inicia el movimiento del vuelo en el arco del campanario, imagen que bien pudo ser... —¡Póstuma! Imagen que bien pudo ser póstuma, dulce asfódelo, porque ya hemos soltado amarras y llegamos raudos, cacofónicos, pedorreicos, tocando a la manera antigua y a los cuatro vientos una dantesca trompeta con el culo.

—¡Cuidado! —dijo Santiago.

La hoja manuscrita voló de la carpeta y quedó en mis manos, hoja de la que sólo alcancé a ver el título (escrito con nítidas letras mayúsculas en el centro de la página), y que por la disposición de su escritura, como si fueran versículos, me pareció un poema, pero, según comprobé mucho más tarde al encontrármela en el bolsillo, era, para darle algún nombre, un compendio de la Historia del Mundo en los últimos dos milenios, o al menos de una zona de esa historia, enfocada desde el punto de vista de cierta actividad del Espíritu, dicho sea con mayúscula y sin ironía alguna.

Pero todo esto lo supe mucho después. Lo que ahora está pasando puede resumirse diciendo que casi me atropella un automóvil. Oí la frenada, el grito de Santiago y un portazo. Una ráfaga o un ala me rozó la frente, algo glacial y en cierto modo repugnante. Entonces, descendiendo, llegó junto a mí, apareció en Córdoba, querido lector, un personaje desacostumbrado.

## EL DIABLO

- *En el siglo I, en el siglo II y en el III, toma partido por el paganismo e incita a los Césares en su defensa. Resultado: las Diez Persecuciones.*
- *Siglo IV. Juliano el Apóstata. El pacto del monje Teófilo. Mientras tanto, la poderosa herejía de Arrio.*
- *Siglo V. El Imperio se había hecho cristiano; corrijo: los cristianos, imperialistas. El que Canta en las Tinieblas movió contra el Imperio a los bárbaros y los hizo desaparecer.*
- *En el siglo VII, los bárbaros eran cristianos y católicos. Don Patillas soliviantó a Mahoma, puso a medio mundo en manos de sus prosélitos, arrasó con estruendo los Santos Lugares, se metió en España. De donde nunca saldría, por decirlo así.*
- *En el siglo IX, la Ciudad de Dios se había organizado nuevamente en Imperio (mierda de tipos, realmente); pero Él sopló (!) en los corazones la rebeldía y el*

*orgullo, y el Imperio fue desbaratado.*

- *Roma, en el siglo x, es el circo donde prosigue esta singular contienda. Borrado el Imperio es necesario abolir el Papado. Los violinistas del subsuelo lo sumieron en la opresión, la vergüenza y el escándalo. Mala suerte, no se logró gran cosa.*
- *Los siglos siguientes, mejor ni acordarse. San Anselmo, las Cruzadas, la Escolástica, las Órdenes Mendicantes, la Divina Comedia, el Románico, el Gótico, la mística de la Ascética. Sobrevivir, en este clima, fue realmente heroico. En cuanto a la Comedia, no estoy muy convencido de que Él no haya estado en singular contubernio con el ñato florentino de los laureles.*
- *El décimo cuarto termina mejor. Salvajismo, prevaricación y desenfreno. Gran repunte.*
- *Siglo xv. A desnudarse. Los alegres dioses paganos se vienen como glaciación sin su sibónido. Lástima el nacimiento de Lutero. Gran muchacho en el fondo, algo serio a veces, para mi gusto.*
- *Y la Gran Alborada, la edad de oro, el asado con cuero de los Magos, mucha gente excesiva no obstante, pero en agua revuelta cuchillo de palo, íncubos, súcubos, posesos, monjitas como mariposas a las que el amor hace trepar por las paredes, pactos a rajabonete, embrujamientos al paso, maleficios, filtros, insurrección simbólica y ritual, pócimas. Bebe, bebe este nepente. Rabelais. Ya asoma en el horizonte la filosofía, entre las carcajadas de Gargantúa y Pantagruel, y aquí no descubro mi secreto.*
- *Siglo XVIII La Razón.*
- *Siglo xix, Friedrich Zarathustra tiene una buena noticia. La pagó con la cabeza, pero quién le quita lo bailado.*
- *Últimas semanas. Guarda en secreto estas palabras, dijo el Profeta.*

El campanario y el vuelo de la primera paloma, la página que se materializó un segundo ante mis ojos como una epifanía, mi gesto automático y vagamente clandestino de guardármela en el bolsillo, mezclados al portazo, a la voz de Santiago entre las campanas. Todo un poco mal sincronizado. Y este sonriente personaje que ahora descendía del coche, el astrólogo, un señor bajito de cejas revueltas al que hubiera jurado haber visto antes en alguna parte: el profesor Urba. Todo a destiempo, abalanzándose en cualquier orden como para llenar decorosamente un hueco de la realidad. Un enjambre, ésa es la idea: abejas que convergían atropelladísimas en el agujerito de un panal. El profesor Urba dijo que había sido un buen susto, sí señor. El hombre del taxi me preguntó a gritos de qué me reía. Yo, que había vuelto a levantar los ojos, vi en el cielo la imagen inversa del panal: un abanico. Un fulgurante abanico



de palomas. Yo de azogue refractando en dos direcciones la mañana. La primera paloma no había alcanzado a sobrevolar el techo del convento; cuando repicaron a pleno las campanas, el resto de la bandada se echó a volar, abriéndose en abanico, como palomas causadas por campanas. Volví a bajar los ojos y vi, o mejor, choqué con el rostro congestionado e itálico del taxista, quien, con locura creciente, agitaba mucho las manos. «Un buen susto», oí a mi espalda, «hay que estar más atento, muy atento». El taxista se tomó la cabeza, inesperada culminación de otros dos gestos, ya que antes, como desviándose del propósito de ahorcarme, una de sus manos le pegó una terrorífica palmada a su propia frente. Con precaución, me aparté. Epa, dije al tropezar con Santiago. El jujeño (muy pálido, según alcancé a notar) tenía cerrados los ojos en ese momento, como quien descansa, motivo por el cual perdió el equilibrio y el astrólogo le tendió la mano. Santiago abrió los ojos y se la estrechó. «¡Si es nada menos que el amigo Santiago de *juijuí!*», dijo el astrólogo. «No digo yo que el mundo es un pañuelo. Pero con qué otra cosa», agregó, «podríamos secar las lágrimas de este Valle que me han dado, sino con un pañuelo...», y se rió con el mismo sonido que había empleado para nombrar a Jujuy: juí juí. Yo oía ahora palabras sueltas, después creí reconocer mi propio nombre pronunciado por Santiago y entendí que debía estrecharle la mano al profesor Urba: gesto que él ni remotamente esperaba, lo cual me impulsó con ridiculez a darle unas amistosas palmaditas en el hombro al chofer del taxi. Afortunadamente el hombre no lo tomó a mal, sino más bien como un gesto conciliador. Sonreímos.

Todo, lentamente, se reorganizaba.

El señor Urba ya entraba en el coche cuando se dio vuelta hacia mí. Imaginé que iba a decirme algo; pero él sólo arqueó las cejas y movió la cabeza. Tiene un aire a Einstein, se me ocurrió. Llevaba puestos unos guantes de pécarí, amarillos, costaba hacerlo armonizar con el correctísimo gabán de corte europeo, y, a ambas cosas, con la estación del año en nuestro hemisferio. El astrólogo seguía observándome, ahora desde su asiento. Yo, un poco cortado, levanté a medias la mano izquierda con una tímida y automática digitación tipo saludito, y él sorprendentemente dijo:

—¡Momentito!

El taxista detuvo el motor. El astrólogo tenía la cara al nivel del borde inferior de la ventanilla, junto a la palma de mi mano. Levantó los ojos, me miró de allá abajo con mucha fijeza, volvió a bajarlos. Sujetándome la muñeca, sacó de alguna parte una lupa descomunal.

Todo esto ocurría en Córdoba, a las nueve de la mañana. En plena calle Vélez Sarsfield, supongo.

Santiago ha reiniciado el regreso a la vereda, y el astrólogo, achicando los ojitos, lo mira fríamente por encima de la lupa. Puedo haber alterado muchos hechos, puedo recordar mal o inventar cada una de las cosas que llevo escritas, pero no que

Santiago, de espaldas, fue mirado de ese modo.

El astrólogo dejó de examinarme la mano dijo que era interesante, sumamente interesante. «Y en especial», dijo, «el dedo lúdico». Agregó que naturalmente ya volveríamos a encontrarnos. Y a hablar. Había una línea rara, además, y hasta inquietante: demasiado orientada hacia el centro abisma. Abisma. Se interrumpió pestañeando; abrió los ojos como quien está a punto de estornudar. «¡Abismático!», dijo al fin. «Hacia el abismático centro de la mano... ¡A la Ciudad Universitaria, postillón!», le ordenó al hombre del taxi, y yo no me asombré de que, cada cual por su lado, fuéramos todos en el mismo rumbo. «Ah, otra cosa», alcanzó a decir, dándose leves y repetidos golpecitos con el dedo meñique en mitad de la frente. Él, de ser yo, de tener esa singularísima línea (que ahora, para mi ilustración, situaba en su guante de pécarí), él se cuidaría del alcohol y de los golpes. De ciertos golpes. El coche ya arrancaba; Santiago, tomándome del brazo, me arrastró hacia la vereda; dijo que mejor huyéramos de esa zona. Zona de tráfico, la llamó. Yo miraba alejarse el coche. En la cabeza: de los golpes en la cabeza. Y esto no lo escuché porque el señor Urba no lo dijo; lo deduje de su gesto. Había sacado su propia cabeza por la ventanilla, de espaldas, es decir, con la nuca hacia nosotros, y como un comediante que está seguro del efecto que ha causado, sin requerir nuestra atención pero dando por hecho que la tiene, iba señalándose con un dedo la coronilla.

## IX

Te reías divertida.

—Yo, Juana.

—¿Juana de Arco? —pregunté con disgusto.

—No, zonzo. Juana, la señora de Tarzán.

## X

Mientras cruzaba bajo las alamedas los jardines de la Ciudad Universitaria me pareció oír, cóncavo y horrendo, el rugido de un león. Cosa bastante extraña, ya que ni Hemingway debió de oír un rugido auténtico. Nada más raro que ese bramido sobrenatural que enmudece a los pájaros, paraliza hasta a los elefantes y hace que los monos se abracen con las monas en las altas ramas. Por alguna razón, Santiago ya no venía conmigo. Podía haberme equivocado de camino, pero no tanto como para estar en África. A menos que ésta fuera la famosa selva oscura. Idea que aunque estúpida me desagradó profundamente. Lo más probable es que por ahí cerca hubiera un zoológico, si es que el zoológico no era esto, muchachos con aire de futuros boticarios y viejas gallinetas que pasaban a mi lado cacareando sobre el Amadís. Pregunté por el Pabellón España. Allá estaba. Una especie de pórtico; detrás, un patio andaluz, donde todo el mundo estaría sintiendo al mismo tiempo la obligación de hablar con inteligencia y casi a gritos. Me fue fácil imaginar, Graciela, con inexplicable ternura al principio, que vos estarías allí, hastiada y tal vez algo ausente mirando hacia el sitio por el que yo debía llegar, e imaginé cómo, al verme, adoptarías un gesto ostensiblemente atento en cualquier gran mono culto de los que sin duda te están rodeando mientras yo vengo a tu encuentro por las alamedas y siento un repentino deseo de volverme. Porque ahora ya no te pensé con ternura sino con irritación. Te imaginé entre todos esos cretinos: adoptabas ese aire típico de mujer que ha leído tres libros, esa actitud asexuada de híbrido intelectual, sin advertir que los grandes monos cultos que te escuchan con atención, asintiendo, preguntándote qué pensás del psicoanálisis o de la revolución cubana o del concilio ecuménico, están, desde hace un buen rato, imaginándote en la cama.

Lo que de ningún modo imaginé es lo que ocurrió: no estabas.

Y si fuera útil señalar en qué momento exacto empiezan realmente a existir las cosas, mi entrada en aquel pabellón sería la metáfora. No estabas, y era como un hueco. Un modo mucho más rotundo de probarme tu existencia que si, apareciendo de pronto, te hubieras arrojado desnuda a mis brazos. Supe al mismo tiempo que durante toda la mañana yo había estado luchando contra una infantil sensación de angustia, de soledad, muy anterior a mi llegada a Córdoba, huyendo de algo o no queriendo enfrentarme con algo que ya me había alcanzado, y me di cuenta de que sin saberlo te había atribuido estúpidamente una importancia decisiva en mi vida. ¿Era ridículo? Y hasta algo peor que ridículo. Lo único que había entre nosotros eran unas cuántas palabras la noche anterior, la mitad de las cuales no significaban nada, algún roce casual, tu cara en un sueño. Yo lo había magnificado todo con mi insensata manía de atribuir el sentido más grandioso a los hechos más vulgares. Por lo tanto, ahí estabas: esa nada, esa natural prescindencia de mí, eso eras vos. No había

ninguna razón para que estuvieras y, sencillamente, no estabas. Me sentí humillado y absurdo. Mi contrición, los miriñaques que le inventé al tranvía, el centauro, la necesidad de ser o de crearme generoso con Santiago, todo se volvía grotesco y estudiantil. Por fortuna no tuve mucho tiempo para pensar en esto último.

—¿Dónde te perdí? —dijo Santiago a mi lado—. ¿Oíste el rugido del león?

—No.

—Uno de los dos necesita con urgencia un vasito de algo —dijo Santiago.

La señorita Cavarozzi se acercó. Agitaba su dedito ante la nariz del jujeño. «Impuntuales, impuntuales», gorjeó. «Ay, estos poetas». Después, percibiendo tal vez algún desequilibrio en el universo, pareció a punto de tocarme la nariz a mí. Algo en mi cara se lo impidió.

—Pío —me pareció que dijo.

—Pasen al aula —quiso decir.

Entramos. Mi primer impulso fue preguntarle por vos; sin embargo, tuve dos poderosos motivos para no hacerlo. El primero fue que *realizar* este tipo de averiguaciones siempre me resultó levemente repulsivo. Soy incapaz de ciertos esfuerzos sencillos como el de preguntar, fingiendo naturalidad: «¿Así que la señorita Oribe no ha venido?». Descarté por supuesto la indecencia de «su amiga» y, cosa curiosa, no me sentí con derecho de imaginarme preguntando simplemente por Graciela. El giro «señorita Oribe», aunque algo arcaico, contraponía su esencial decoro a la impresión sospechosa, o de idiotez, que siempre causa un ser humano en estos casos. Pero, aunque me hubiese animado, cómo preguntarle si no habías venido, cuando (como era indudable) no habías venido. Por supuesto que había otras fórmulas, pero sonaban por el estilo. Y además qué iba a sacar con que medio Córdoba sospechara que yo te andaba persiguiendo, o vinculara, y esto sí ya era catastrófico, tu ausencia con esta persecución y en pocas horas me atribuyeran los propósitos, los actos incluso, más aberrantes y vergonzosos. El segundo motivo fue la presencia del doctor Urba. Estaba allá, en el fondo del aula, sentado junto a un gordo y sonriente cura de nariz colorada que lo doblaba en tamaño. El doctor Urba, mirándome, le susurró algo al oído, y el gordo abrió mucho los ojos, sin dejar de sonreír. «¡Cazzo di Dio!», me pareció leer en su labios, «¿cosa fabla queste piccolo dotore infernale? Vade retro». Y con un gran pañuelo a cuadros se sonó estruendosamente la nariz.

Nos sentamos frente a la clase. La cátedra, un escritorio de color totalmente inadecuado, brillante, era demasiado pequeña para que nos ordenáramos cinco personas a su alrededor, a saber: la señorita Cavarozzi, Santiago y yo, un bigotudo poeta místico que había conocido la noche anterior y una persona de sexo indefinido que por algún motivo comenzó a hablar sobre el *Libro de Job* y la palabra hebrea *Behemot*. Desde el jardín, un rayo de luz caía exactamente sobre un gran tintero y de

allí a mis ojos. Behemot, maestro y copero mayor al que la Escritura describe como un monstruo fabuloso, símbolo de la glotonería, y al que algunos científicos identifican con el mastodonte, hoy extinguido. «Extinguido un cazzo», leí en los labios sonrientes del cura que estaba junto al doctor Urba. Volvió a sonarse y yo aproveché para pedirle al jujeño que me dejara sentar en su sitio. Hicimos, me parece, bastante ruido. Entonces me di cuenta de que aquello ya estaba en el aire: es decir, la clara relación entre tu ausencia y yo. Santiago no podía dejar de haberla advertido. Una o dos horas antes, ¿no me había preguntado por vos en el hotel? A qué venía esta repentina discreción. O yo era muy imbécil o carecía por completo de sentido que todavía no me hubiese dicho, irónicamente o incluso de buena fe, cómo era que vos no estabas. En algún momento —en el preciso momento en que nos cambiábamos de lugar— creí ver cierta chispita suspicaz en la mirada de la señorita Cavarozzi; ella también se había dado cuenta de algo. Y esto ya era demasiado. Un malestar violento y creciente fue apoderándose poco a poco de mi ánimo, sobre todo cuando comprendí que si yo estaba en aquella mesa era porque en cualquier momento iba a tocarme intervenir, y no tenía ni la más remota idea de qué era lo que se estaba discutiendo, si es que se estaba discutiendo algo. La voz había cambiado. El que hablaba ahora era el poeta místico de grandes bigotes. Mientras yo metía disimuladamente la mano en el portafolio, buscando el frasquito de Dexamil, oí no sé que cosa acerca de la misión redentora del artista, de su pureza esencial. Vi allá al fondo la mirada tártara y socarrona del doctor Urba; vi, o me pareció ver, la gorda manaza del goliardo cayendo amistosamente sobre el muslo del astrólogo. «Profesore», leí en sus labios, «aquesta mesa redonda e un reverendo sorete, me escabuyo a la cantina». Aplaudió, obligó a que todo el mundo aplaudiera, se levantó sonriente e, inclinando su cabeza de león hacia nosotros, se fue. El Poeta Místico, con redoblado fervor, hablaba ahora del Paráclito y de sí mismo, y para colmo el frasquito no aparecía por ningún lado. Miserable intermediario, oí, miserable intermediario entre Dios y los hombres. La idea me puso frenético, las dos ideas: la de que Dios pudiera realmente hablar por boca de aquel bigotudo, y la idea de que me hubiese olvidado las anfetaminas en el hotel. De pronto las encontré. Él decía que la belleza sólo puede ser insuflada por el Ordenador de toda belleza, y yo, maniobrando con el pulgar y el índice dentro del portafolio, destapé por fin el frasquito, pero las pastillas se desparramaron cuando quité el algodón. Porque el artista verdadero no tiene nada que ver con la anormalidad y cómo no pensar, oí, a qué alturas hubiera llegado una pobre alma como la de aquel gran desdichado (¿cuál?) de haber sido no recuerdo qué, porque, al llevarme dos cápsulas a la boca, vi que la mirada astral del profesor Urba no había perdido uno solo de mis movimientos. Traté de correr hacia mí la carpeta con el temario y, sin ninguna razón, describiendo un semicírculo, el gran tintero rodó sobre el escritorio.

—Pero, cómo ponen tinteros —dije en voz alta, y el Poeta Místico enmudeció de

golpe.

Tratando de evitar la salpicadura nos habíamos puesto de pie. Durante un momento la confusión fue enorme. Vino una alumna y trajo secantes, cosa que me maravilló. Así que los universitarios usan secantes. La señorita Etelvina hacía toda clase de evoluciones sin sentido aconsejando cómo limpiar y diciendo cuidado, cuidado con la ¡...Tinta! ¡Cuidadito con la tinta! Pues Él tenía un plan para el gobierno de los Mundos y de la historia de Esteban, según Su pensamiento que era la Verdad, la Belleza y el Bien, pero yo he torcido el curso de la naturaleza e introduje la confusión en todas las cosas, yo, que he levantado mi voluntad libre en contra de la Santa y he enmarañado los caminos de modo que ahora hay tantas sendas como hombres y días llegará en que haya tantas como estrellas...

—Cuidado, porque la tinta no sale.

Cuando se restableció el orden, el Poeta Místico no pudo retomar el hilo de sus ideas. Y poco a poco comencé a ver con asombrosa claridad todas las cosas. En los secantes, las manchas eran indistintamente estallidos de novas, flores de otro mundo y peces terribles, parecidos a tiburones, aunque no eran tiburones porque yo sabía perfectamente que tenían otro nombre mientras Santiago hablaba con su hermosa y grave voz de la grave y hermosa Edad Media, de la vieja edad en que todo era posible porque el tiempo fluía como un manso río y se podía visitar, aunque con pavora, el sótano helicoidal donde vuelan como palomas Paolo y Francesca, sumirse en redondo y bajar al círculo de Ugolino, que se comió a sus tres hijos y muerde desde hace siete siglos la cabeza tonsurada de un cura. Bajar y volver a subir, y contemplar de nuevo las estrellas.

—A usted —dijo la señorita Cavarozzi.

—A mí qué —pregunté en voz baja.

—Hablar —dijo Santiago—. Te toca hablar.

—De qué...

—... de lo que quieras, ahijadito. Con ellos, de lo que quieras. Y mientras tanto, escuchar. Hablar con ellos y escucharme a mí.

—¿Qué es esto?

—Esto es esto. Una interpolación intempestiva. Una charla conmigo debajo de tu charla con ellos. O mejor, un pequeño fragmento, previo a las Operaciones Brillantes, al luminoso contrato que aunque te hagas el loco, o justamente por eso, te fascina.

—¿Quién es usted?

—Te fascina, querido, pero no se verificará, no al menos hasta que depongas esa cautelosa retórica argentina que desde antiguo impide la familiaridad entre mis compatriotas y los tuyos, y que taimadamente te hace hablar de usted, para referirte a mí. ¿Por qué? Por falta de orgullo, y de país. Pero a Mí, ya se sabe, o se me tutea o nada. Sólo que en «este» país cómo tutearme, en qué idioma tutearse con ciertas

personalidades, ¿no es cierto? Conmigo pongamos, y con Dios. ¡Silencio, cretino!: Dios y yo por el momento somos meras hipótesis de trabajo o un resto de tu excelente educación salesiana. O una alusión a cierto chispazo del amigo Santiago. Sin contar con que acá, dentro de los límites de la ciudad, todo es posible, hasta los Misterios Teologales. Estamos en Córdoba de la Nueva Andalucía, la ciudad de las siete iglesias que miran hacia el este y del escudo de armas con un castillo sobre el que flamean siete banderas misteriosas, no muy lejos de las formidables piedras de la Compañía de Jesús donde hay siete altares con las mismas indulgencias que las siete capillas apocalípticas de San Pedro en Roma, y en cuyo presbiterio hubo una trampa con siete escalones que bajaba a laberintos donde algún pasadizo aún hoy remata en una puerta que (si llega a abrirse) desemboca en Dios. O no desemboca. O da a un jardín recoleto donde una novicia corta un asfódelo y te lo tira, y nuestro forastero regresa esta noche a su hotelucho con una flor que una novicia, en un sueño, cortó y le dio a un desconocido, hace unos siglos. Hermoso, lo reconozco. Cuento fantástico lo llamarías vos. Cuidado, ahijadito, diría yo. En Córdoba todo es posible porque es la ciudad imposible. Fue trazada una medianoche de 1577, mirando al sur, por don Lorenzo Suárez de Figueroa sobre un plano irreal de siete manzanas de base por diez de altura, lo que obligó a nuestro hermético vasco a diseminar en el papel parcelas ilusorias sobre la vieja Cañada, sólo para cumplir con la armonía preestablecida de los números y el dibujo de los astros. Hay una ciudad fantasma en la base misma de la ciudad real, te lo advierto. Pero volviendo a mi asunto: falta de orgullo, dije. Miedo a trabar ciertas perturbadoras relaciones. Cosa natural y perdonable pero, te seré franco, que únicamente he advertido en los santos y en los otros: en los, de algún modo, propensos. Hecho nada curioso si se reflexiona que, como diría el precipicio, dejad que los alpinistas y los que padecen vértigo se acerquen a mí. En principio, el miedo habitual a ciertos escalamientos; en segundo lugar, y luego de haber provocado este *vinculum* o Alianza con el Gran Ascensorista —conmigo—, en segundo lugar el pudor de las palabras. El pudor, no el Poder como lo llamó nuestro predilecto cosmonauta Eddie. El pudor, no la voz prometeica que al ser articulada pone en movimiento ondas incalculables que se desplazan, se expanden, tiran locamente hacia arriba y se abren en vastas ondas nuevas que convocan tempestades mientras transcurren los siglos y aquel movimiento inicial, la Palabra, sigue arreando nebulosas, ampliándose, arrastrando a su paso abanicos de arcángeles, hasta que por fin una noche hay un estallido deslumbrante y los astrónomos se *lanzan* sobre los telescopios. Y las niñas temen el Fin del Mundo. Y un poeta, en el Infierno, sonrío con esa cruz de melancolía triunfal y de ternura de Giuseppe el zapatero que mira desde la oscuridad a su hijo el doctor evocando los buenos viejos sufridos tiempos del toque toque taca, sonrío y dice: «A esa estrella, atorrantes, a esa estrella la hice nacer yo». Pero no. Nada de locura; viva el emotivo nudo en la garganta y trae para acá la



guitarra, viejita, que voy a llorarte de tú. Porque en «este» país los Grandiosos Sentimientos se cantan en román carantoño. Por un lado, la esfera realista y telúrica de tomar mate con Santiago, y, acullá, la dorada comarca de los astros nacidos en hermosa lengua española. Pandemónium que el expósito quiere solucionar puerilmente tratándome de usted, y que en ciertos Meta-Encuentros como éste obligará a nuestro habilidoso mulato a bordar arcoíris de palabras cosa de postergar hasta último momento la deforme, la confianzuda, la bárbara y revolucionaria conjugación patria. ¡Revolucionaria, he dicho! Y no sólo en la esfera estética, sino en el bruto territorio de lo humano, en el capítulo batifondero de destroncar la mierdosa sociedad burguesa y cambiarlo todo y construir la Gran loa humanista. Tal como suena. Que en el fondo todo es una cuestión de lenguaje. Ejemplo diabólico: ¡Proletarios del mundo, unios! Díganme un poco, por favor, si con semejante andaluzada van a hacer una revolución nacional, no digo ya una obra de arte. Silencio tovarich. Kung-Fú-Tsé, vulgo Confucio, al ser preguntado sobre qué es lo primero que haría si fuera gobierno, respondió: Corregir el lenguaje, porque si el lenguaje no es correcto lo que se dice no es lo que significa; si lo que se dice no es lo que significa, lo que debe ser hecho queda sin hacer; si lo que debe ser hecho queda sin hacer, la moral se deteriora, si la moral se deteriora, la Justicia andará extraviada; si la Justicia anda extraviada la gente quedará en una tremenda confusión. Y eso es el caos, dijo Confucio. Lenin hablando como los tres mosqueteros, uníos u os derribará el empellón de un pájaro, voto a Bríos, es el caos. Y, por si te preocupa, sí: en el momento mismo de gritar *¡Non Serviam!*, la divertida gente del subsuelo eligió la Historia. Diantre, dijo Tartini. El violín se empuña con la izquierda. Pero volviendo a la raíz del verbo: lo único que pretendemos por ahora es que des el primer salto. A mí, se me tutea o nada. Y en estas latitudes se me tutea de vos. En cuanto a quién soy, por el momento sería más adecuado decir *qué soy*. Nada, por ahora no soy nada. Dos noches sin dormir, la Benzadrina, o cualquier otra cosa. ¿Te lo recito? En las márgenes del río Amarillo, el cielo; en las del Ganges, el sonido gutural de una sílaba. En Escandinavia, un hombre que monta un caballo tordo, en la remota Ibernia, un enano. Por ahí, un hombre con dos caras; en Ascalón y Gaza media persona y medio pez. En Menfis, un toro; un carnero en Tebas. Y un ibis y un ave de rapiña y un cocodrilo, en Hermópolis, en Edfú y en Cocodrilópolis, respectivamente. A veces no tengo cabeza, en el Asia Menor la tuve de burro, pero sobre todo (oh, sobre todo) soy todavía una reminiscencia literaria, noble, no lo niego, pero ese «algo, glacial» de hace un momento, por ejemplo, «algo glacial y en cierto modo repugnante», ¿eh, Iván Karamazov? ...Lo demás será tratado en la próxima entrevista.

—Realmente una preciosidad —dijo la Cavarozzi, conmovida—. Una hermosura. Todos aplaudían.

El profesor Urba ya no estaba en el aula.

## XI

Ignacio Bastián. Treinta y tantos años, lúcidos ojos afiebrados y pelo muy negro. Mucho pelo. Por lo menos, mucho más que yo. Había en su aspecto algo levemente repulsivo, pero también fascinante. Era pálido y al mismo tiempo moreno, combinación que le daba un verde matiz de alga. Cara de gitano. Para algunas mujeres debía de ser una especie de imán. Murió en Barcelona algunos años más tarde, casi sordo, tartamudo y medio loco, pero aquella mañana no lo sabía y estaba bastante vivo. Todos lo estábamos. *Me odia*. Lo sentí la noche anterior y vuelvo a sentirlo mientras salimos del Pabellón España a una especie de rosedal o de patio andaluz. La señorita Etelvina Cavarozzi acaba de preguntarme si creo en la Astrología y yo le estoy diciendo por supuesto, también en la Quiromancia y hasta en la Magia Negra. El tártaro profesor Urba, allá lejos, me espiaba silente. Debo acordarme de describirlo. Esto lo pienso ahora, no aquella mañana: aquella mañana vi de reajo que Bastián se acercaba al grupo, es decir a mí, e instintivamente quise apartarme, pero Verónica me preguntó si ya conocía al fantástico padre Cherubini, y Bastián llegó casi a mi lado. Hago descender compuertas, rejones defensivos, alzo puentes levadizos y me oigo decir que sí, conocía al padre Cherubini desde mi más tierna infancia, es mi ángel guardián, cómo no iba a conocerlo. Y, ya en pleno disparate, estaba por llevarme a Verónica al amparo de alguna enramada cuando Bastián se me puso delante y dijo:

—Vos sos autodidacta.

Lo dijo a quemarropa. Como si preguntara si yo era comunista o expresidiario, pero sin preguntarlo. Me detestaba, muy cierto. No respondí de inmediato. Saqué los Particulares y le ofrecí. Él aceptó.

—Sí —dije—. ¿Por?

—Se nota —sonreía. Se rascó la mejilla con un gesto, rápido, una especie de tamborileo—. Por tu modo de hablar ahí adentro. Los autodidactas son tipos curiosos, ¿no? Quiero decir, raros. Saben cosas, muchísimas. Hablan y hablan. Como si necesitaran demostrar, no sé, algo. Me parece.

Lo decía siempre sonriente, con voz acariciante. Si calculé que mi cigarrillo lo había apaciguado o sorprendido, no tenía la menor idea de la clase de tipo que era. A nuestro alrededor se había hecho una especie de vacío de campana de vidrio. La señorita Cavarozzi pareció volatilizarse en el aire balsámico del parque, perdiendo alguna pluma. Hubiera jurado que la vi allá arriba, espulgándose con su piquito en la rama de un árbol.

—Cierto —dije—. Nunca había pensado en eso.

Me di vuelta y busqué con la mirada a Santiago. Lo vi junto a Verónica, ella lo había tomado de la mano y parecía querer llevarlo hacia algún sitio. Lo llamé, el

jujeño miró hacia acá y Verónica dejó de sonreír.

—Qué —dijo Santiago.

—Dónde almorzás —pregunté.

El jujeño me miró y miró a Bastián.

—Ahí voy —dijo—. Ya estoy yendo. Ya llegué. Almuerzo en un bodegón tan lúgubre que el único modo de no impresionarse es tomar vino: te invito. Hola, Bastián. De allá entre los arbustos creí percibir que no todo es amor y recuerdos en los parques...

—Hola —dijo Bastián.

—Hablábamos de los autodidactas —dije sorprendentemente, retornando de golpe una cuestión que parecía terminada, como quien finge atarse los zapatos y levanta del suelo un adoquín, y lo muestra—. Este hombre, fíjate, adivinó que no soy universitario. Me dio justo en el complejo. Tomemos un café en el barcito.

Me reí con repugnante cordialidad.

—Así como me ves —dijo el jujeño—, yo estudié astronomía. Y no me desacomplé. No sé si es Jujuy o el país, pero no me acostumbro a la Gravitación Universal. Más que nada yo me tomaría una ginebra.

Entramos en el bar o lo que fuera. Algo así como una cocina de campaña. Una mesa grande, sillas de paja y un banco largo de madera. Un fogón o un mostrador en algún lugar.

Bastián se sentó frente a mí. Yo dije:

—Vos estudiaste Filosofía y Letras, ¿no?

—No.

—¿No?

Verónica y los demás, en el patio andaluz, rodeaban al doctor Urba y al padre Cherubini. Vi a Inés, muy cerca de la puerta. Me miraba con más alarma que de costumbre.

—No —dijo Bastián—. Son dos carreras distintas. Inés desapareció.

—Es lo mismo. Dan un método. Por eso, cuando me preguntan si se debe seguir o no una carrera, yo digo que sí. No hay cosa más importante que un método. Vos qué opinas, Santiago.

—Déjame de joder a mí con los métodos.

Habló sin violencia. Se levantó y trajo tres vasos. Sacó del bolsillo trasero del pantalón una cantimplorita de viaje, se sirvió él solo, y oí que si hay cuatro o cinco cosas como la gente en este país de opereta, cuatro o cinco cosas que nos salvan de que nos recojan con una pala de juntar bosta y nos tiren a la basura, ni apilando a todos los analfabetos que las hicieron alcanza para armar, con método o no, un alumno de escuela diferencial.

—Y por supuesto vos estás convencido de eso —dijo Bastián.

Me lo dijo a mí. ¿Estaba loco?

Hice un gesto ambiguo, yo, limpio y ecuánime flotando entre los eucaliptus. Y ahora reparaba verdaderamente en el doctor Urba, en sus ojitos. Dorados, pensé. Lo que pasa es que ese hombre tiene los iris dorados. Bastián sonreía, pero levemente de otro modo. Un tic colérico le deformaba el costado izquierdo de la cara; se mordía el labio.

—No sean ridículos —estaba diciendo, sin levantar la voz—. Eso es mirar el culo de los hechos, de la realidad. Si es cierto que hay apenas cuatro o cinco cosas importantes no es justamente por eso, sino a pesar de eso.

Y qué era eso, por favor. Cuál eso.

—La falta de una cultura seria, la falta de una verdadera formación universitaria.

¿Ah sí? Y quién le había hecho creer que ser universitario y serio, y además culto, eran la misma cosa. Mejor nos íbamos a almorzar nomás al bodegón de Santiago. Entonces advertí con una especie de horror que quien había estado hablando en el último minuto era yo.

—Callate, chango —me interrumpió Santiago—. Voy a confesarte que este hombre acá es mejor de lo que parece.

Hablo de Bastián. Y larga la cantimplora o te va a pasar lo de anoche. Aunque no lo creas les tengo una especie de cariño, a los dos, pero sobre todo a él, que no es ningún pelotudo como te gustaría pensar. Es algo peor, sí; pero a lo mejor vos también... Capaz que uno de nosotros se muere dentro de un rato y ve que discusión al cuete. Si el negro Bastián y yo hubiéramos sido una sola persona, en este país habría un genio. Somos una tierra de despedazados: mira a Roberto, como dice el doctor Cantilo, mira si Arlt no es un pedazo de algo inmenso, la tajada de un dios. Sí, a lo mejor tiene razón Ignacio y es cierto que nos faltó escuela; pero yo les juro que el día en que aparezca un argentino completo va a dar lo mismo que sea doctor en algo, buzo o criador de chanchos. Esos novelones de Arlt, esas escenas truculentas donde un tipo se clava con un cuchillo la mano a una mesa, o la lame, se trepa a un árbol para ver a la gente desde arriba o mira a una mujer desnuda como si fuera una mosca, igual que en París sólo que antes, ¿cómo se aprende a hacer eso?, ¿dónde se aprende? Déjenme hablar que tengo poco tiempo, dame la cantimplorita, Bastián. Lo que veo es que se van a mamar los dos y después van a querer pelearme a mí; y lo que ustedes deberían hacer es romperse bien el alma a patadas, sin poner ninguna excusa. Hay gente que se mira y se odia, así anda el mundo. Decía que comer caca, lo que se dice caca, aquello desgarrador y atroz que hay en el alma de un desgraciado que hace algo grande o hermoso mientras busca la felicidad y come caca, eso a lo mejor se aprende. Pero dónde se aprende, Ignacio, cómo se aprende. Yo te digo cómo. Metiendo bien metida la cabeza en el agujero del excusado, pero sin dejar que la mierda se te gane en los sesos o en el corazón. Corazón dije, qué hay. O regalándole una oreja a una

puta como quien corta una flor. Locura, eso es lo que nos hace falta, o una gran pureza. ¿Sabes por qué somos mediocres, chango? Justamente porque aspiramos a la cordura, al equilibrio. Somos medio roñosos, medio inocentes, medio argentinos, medio borrachos, medio universitarios, medio putos, medio escritores, medio comunistas, medio fracasados. Yo soy un fracasado, lo admito, pero soy un fracasado con grandeza. Todos estos tipos —agregó en voz alta y se puso de pie y algunas caras se dieron vuelta hacia nosotros mientras el ademán del jujeño, ampliándose, parecía abarcar no sólo los claustros y los profesores y las cátedras sino las siluetas que deambulaban entre los jardines, y mucho más allá, entonces tuve un presentimiento y me dio miedo porque el gesto de Santiago ya no tenía nada que ver con sus palabras —, todos estos tipos, chango, aspiran a ser fracasados, pero con sello y firma.

No volvió a sentarse.

Bastián había recuperado su sonrisa irónica. Apoyaba el mentón sobre el dorso de los dedos en una actitud contraída, fetal. Su mano me recordó vagamente la pata de una gallina a la que se le han cortado los tendones.

—Y vos, qué sos —me dijo.

Me levanté. Verónica, de allá lejos, nos hacía señas con la mano.

—Dentro de cien años volvó —dije yo—. Alguno, ahí adentro, te lo va a explicar.

Bastián seguía sentado. Me miraba torciendo la cara. Santiago le puso entre las manos la cantimplorita y fue hacia la puerta. Bastián no hizo un gesto. Sin dejar de mirarme, dijo:

—Sos un personaje muy desagradable, sabes.

—Sí. Vos también. La mayoría de nosotros.

—Y tenés un miedo bárbaro, vos sí que le tenés un miedo bárbaro al fracaso.

—Conmigo acertás siempre. Sólo que yo le llamo ganas de justificar la vida.

Santiago estaba saliendo. Bastián se rió.

—Anótalo, jujeño. Dice frases para la historia. Se puso de pie y fue hacia el mostrador. Me daba la espalda. Lo llamé despacio.

—Bastián.

Se dio vuelta a medias, sin mover el cuerpo; girando sólo la cabeza. El jujeño había salido. Estábamos solos.

—Qué.

—Para qué todo esto.

Volvió a darme la espalda, después me miró de frente.

—Ándate a la puta que te parió —dijo.

## XII

Sentado, alrededor de mediodía, en un café de calle San Jerónimo, esperando verte pasar. No hay ninguna razón para que pases por allí, pero tampoco hay ninguna razón para que no pases. Enfrente, una alta puerta devastada, hundida en la pared entre contrafuertes dobles y medias columnas rematadas en lo que alguna vez fue un gran penacho elevado sobre el ático, intenta, desde hace un buen rato, parecerse a otra, vista por mí desde una ventana de café como ésta. La imagen se hizo casi sonora; revoloteó un segundo a mi alrededor y estuvo a punto de atraparme con su red de música trivial, de altoparlante fragoroso sobre una calle arbolada de plátanos. Una calle que desembocaba en una plaza.

Entonces te vi. Llamé al mozo, pagué y crucé casi corriendo.

Te diste vuelta con demasiada naturalidad.

—Hola —dijiste—. Te hacía rodeado de señoras.

De cerca, la puerta diluyó su ambigua amenaza de sirena. Sin embargo, aquello había estado ahí y acaso aún estaba, acechándome, y supe que al correr hacia vos lo hacía también en otra dirección, pero ¿en qué dirección?

—Por qué no estabas.

—¿Dónde?

—Cómo *dónde*. —Era un disparate, con el mismo derecho podría haber atajado al primer obispo que pasara por la calle, recriminándole que esa mañana no hubiese viajado a Marte—. No será en Marte —dije.

—No estaba porque no fui. —Me mirabas, sonriendo—. ¿Había que ir?

Mejor me callaba. Doblamos por Ituzaingó, hacia el norte. Sé que era el norte porque tengo un mapa de la ciudad sobre la mesa. Caminamos en silencio una cuadra. En la esquina, doblamos a la izquierda. Vi una pequeña terraza salediza rodeada por una baranda de hierro forjado y, en el centro, un mirador.

—La casa del marqués —dijiste.

Me hubiera gustado saber quién era el marqués. Caminamos otra cuadra y llegamos a la esquina de la plaza San Martín. Sin decir una palabra, señalaste una casa colonial de la vereda de enfrente. Sólo quedaban el gran balcón y la desolación de la portada; lo demás había que imaginarlo, o quizá soñarlo, pero era de una belleza angustiada. Y, sin embargo, no es la casa del balcón lo que me estás mostrando. No es la casa sino lo que han hecho con ella. Un negocio de souvenirs, suponiendo que ésa sea la palabra adecuada. Un cambalache. Entonces creí comprender algo: me habías llevado allí para que lo viera. Tu gesto en silencio, al mostrármelo, era como un puente entre la noche anterior y este encuentro. La casa del marqués, eso también había sido un puente. Una broma a costa mía, pero al fin de cuentas conmigo. Y el obispo o la marquesa desconocidos no reaccionan así cuando el energúmeno les

pregunta por qué no han viajado a Marte, lástima que ahora se hacía cada vez más difícil iniciar un diálogo razonable y el silencio amenazaba separarnos con la consistencia de un vidrio blindado.

Cruzamos hacia el negocio. Visto de cerca, aquello no era simplemente feo: era casi malvado. Ponchitos. Mates con virolas de plata. Rebenques liliputienses con la inscripción RECUERDO DE CÓRDOBA en la lonja. Una basílica con un tintero en el atrio, en forma de aljibe, al que no hacía falta llenar con tinta pues se trataba de una doble ilusión: era el mero sostén o receptáculo de un bolígrafo forrado en cáñamo de la India. Varios modelos de la difunta Correa para turistas que no pudieran viajar más hacia el poniente; diversas aves y felinos momificados, bolas de cristal dentro de las que se desataban ínfimas tormentas de nieve, sólo que no se desataban sobre una casita del Tirol, sino sobre el general Paz al cruzar Colonia Abrojo; radios a pila, hábilmente ornamentadas para que parecieran loros. Un pie. Un considerable pie izquierdo de terracota con una ranurita en el empeine y el lema LA PATA LLAMA A LA PLATA. Y, sobre un terciopelo púrpura, una colección que no entendí del todo: un anillo sin piedra, una flor de jade, y un ojo de vidrio que, según informaba una tarjeta amarillenta, perteneció a la ilustre familia Rivarola.

—Adónde ibas —pregunté.

—A almorzar —dijiste—. Me están esperando.

Te miré.

Agregaste:

—En casa. La sospecha de un segundo atrás se transformó en una certeza absoluta. ¿Por qué se te ocurría que una cosa tan natural necesitara explicaciones? ¿Qué derecho tenía yo? Nuestro encuentro ya ni siquiera me pareció una casualidad. Yo había estado esperando verte pasar por ese café de la calle San Jerónimo, y no por cualquier otro, lo que tal vez significa que algo me llevó a elegirlo: un comentario de la noche anterior, una palabra, un ademán inconsciente mientras caminábamos hacia el teatro o a la salida del teatro, algo que vos podías recordar y te hizo buscarme. Pero aunque todo este razonamiento fuera una locura, ya que tu ausencia de la Ciudad Universitaria era una prueba algo sólida contra la hipótesis de esa búsqueda, siempre quedaba la casa del marqués, tu gesto de silenciosa complicidad al mostrarme la vidriera de este cambalache. Vidriera en la que ahora estoy viendo algo indescriptible. Una catacumba. Una catacumba de cartón pintado en la que unos soldados romanos de yeso flagelan y martirizan a un hombre casi desnudo. Del techo, suspendido por un hilo demasiado delgado, baja, volando, un ángel que trae una espada rutilante en la mano derecha. Ese hilo está a punto de cortarse. Claro que, si se cortara, el universo entero podría estar contrayéndose, simultánea y catastróficamente, con todos nosotros dentro. La resistencia de un hilo no es proporcional a su sección. El hilo se cortó y el ángel se descabezó contra el piso de la

catacumba, y San Esteban, ya que el flagelado no era otro, quedó a merced de esas bestias, ante la mirada hipnótica del ojo de los Rivarola.

—Mejor crucemos —dije.

Vos, ajena al ángel caído, al ojo, al corte de un hilo que era quizá la prueba de que los mundos se estaban precipitando por fin unos sobre otros, volviste a decir que te esperaban en tu casa.

—En serio —dijiste. ¿Por qué decías en serio?

—Porque me están esperando.

Sí, de acuerdo, pero yo no te preguntaba eso.

Sonreías.

—No entiendo la sutileza —dijiste con tranquilidad. Es casi mediodía, va a llover y además tengo hambre. No razono con astucia cuando tengo hambre.

Las mujeres siempre tienen hambre, pensé. Eso debe significar algo.

—Lo que te pregunto —dije— es quién insinuó que podía no ser cierto. Ya no sonreías.

—Sí, supongo que sí —dijiste—. Quiero irme —agregaste, con injustificada rapidez—. Es tarde.

Fue como si el aire se enrareciera de golpe. Era algo que podía sentirse en la piel y hasta olerse en la mañana, lo sentí como dicen que los animales presienten y olfatean un peligro. Estaba en la ciudad. Era algo que desde la noche anterior parecía modificar la consistencia de la realidad y las relaciones entre las cosas y yo, algo que tenía que ver con el tiempo y que ahora instalaba de otro modo tu cuerpo en esa calle, le daba un color distinto al balcón en ruinas, a los árboles de la plaza, a la casa del marqués. Un vago e impreciso color sepia de vieja fotografía. Como si de algún modo misterioso, la ciudad, mucho antes de mi llegada, ya hubiera dado forma *para siempre* a cualquier cosa que pudiera suceder con nosotros y yo no tuviese más remedio que acatar ciegamente su desenlace. O tal vez no se trataba de la ciudad y de nosotros, sino del mundo, de nuestro florido y buen planeta viejo, como había dicho sonriendo el jujeño esa mañana en el Pabellón España, de nuestro florido manicomio que cualquier día, zacate, se queda sin resto y sin vino riojano y se nos vienen por esas pampas del cielo los Cuatro Jujeños del Apocalipsis. No se me rían, había dicho Santiago, que es para llorar a gritos viendo cómo se nos puso inútil el futuro; porque cómo escribir, con qué cara sentarse esta noche a escribir nuestro libro sereno y antiguo si a lo mejor mañana no nos va a quedar tiempo ni para santiguarnos; antes uno podía dejar tranquilo que los vándalos invadieran Europa y siempre le quedaba una parva de siglos llenos de arte gótico, silogismos, catedrales, para ir ordenando las cosas del cielo y el infierno como un largo poema bien medido; pero si la otra tarde, en Jujuy, me acosté a dormir la siesta en los Tiempos Modernos, y cuando mi mujer me recordó con el mate ya habíamos dejado atrás la Era Atómica y entrábamos en la



Edad Interplanetaria. Ustedes se ríen, muchachos, y hacen bien, pero yo cómo hago para ponerlo en verso, había dicho Santiago.

—No te vas a ninguna parte —dije yo—. Necesito hablar ahora mismo con vos.

No me importó tu asombro, fingido o no. Tampoco me importó tu exasperante gesto de inmediato aplomo.

—Hablar de qué.

Enfrente, otra vez la centenaria puerta del penacho en escombros. Habíamos caminado dando vueltas a la manzana.

—Todavía no sé de qué, y abandona por favor ese aire de ir de compras. Hablar. Hablar de cualquier cosa. Qué importancia tiene.

*Delphine Seyring: Hace un año en Marienbad.* Y, sin transición, el paredón de la Cañada. Como si la ciudad se desplazara a su antojo alrededor de nosotros.

—Todo esto es muy raro —dijiste. Te pregunté por qué lo decías.

—¿Por qué digo que es raro? —Me mirabas, divertida. Tu volubilidad era un poco desconcertante, suponiendo que se tratara de un rasgo de carácter y no de que hubiésemos caminado lo suficiente como para que todo volviera a ser normal—. Vamos a ver. ¿Por qué puedo decir que algo raro es raro?

No contesté. Me ponen nervioso ciertas respuestas de las mujeres. Me hacen pensar de qué hombre las habrán aprendido.

—Empecemos otra vez —dijiste—. Te escucho.

—No entiendo.

Dejaste de caminar, tan bruscamente que fue como si hubieras desaparecido.

—Que te escucho —dijiste—, que hace un minuto casi gritaste que yo no me iba a ninguna parte porque teníamos que hablar, que yo te pregunté de qué, y me contestaste que de cualquier cosa. Y que ahora te escucho. Estás a punto de hablarme de cualquier cosa. Pero si vos no hablas de cualquier cosa, yo voy a hablar de cualquier cosa. Esta noche hay una fiesta, en el Cerro. Podemos vernos ahí.

—Cómo una fiesta, en qué Cerro.

—En el Cerro de las Rosas. Y no es una fiesta, es una reunión, de esas con intelectuales y empanadas. De esas —y tu voz cambió, casi imperceptiblemente—, de esas a las que mejor no ir. Donde todo el mundo se entera de todo y están los amantes y las amantes de todo el mundo. Vino de La Caroya, música vernácula y del siglo dieciséis. Mujeres elegantísimas. Vos le llamarías puterío.

Me sobresalté. Era como si te oyera hablar por primera vez en mi vida. Como si de pronto, en tu lugar, se hubiera instalado otra mujer con tu cara y tu voz.

—Puterío —dije.

—Es la palabra que usaste anoche, cuando hablamos de esto mismo. Sólo que anoche me molestó a mí.

—No sé de qué estás hablando.

—Me lo imaginaba. A veces pienso que te conozco desde que naciste. Estoy hablando de esta noche, de la quinta.

—Necesito verte antes.

Entonces hiciste algo realmente extraño, sólo que para que haya sucedido es necesario que no estuviéramos caminando por la calle sino sentados frente a la ventana de un café.

Apoyaste los codos en la mesa, pusiste las manos abiertas una a cada lado de mi cara, y me obligaste a mirarte a los ojos.

—Me estás viendo antes —dijiste—. Me estás viendo ahora, aunque no sé si vos te das cuenta.

Vi de tan cerca tus grandes ojos pardos que casi pude contemplar la trama del iris, su tejido traslúcido, los diminutos pigmentos que se constelaban alrededor de la pupila, dilatada hasta causar vértigo, como una luna negra o como un espejo circular en el que, de pronto, vi mi propia cara.

## XIII

Cruzar una calle puede ser algo más que cruzar una calle. La segunda vez que lo pensaba esa mañana. Tener cuidado, pensé, obrar con mucho cuidado. Tocar apenas tu cintura al cruzar esta calle. Contacto tan imperiosamente leve que no podías dejar de sentirlo más allá de la piel. Un cuerpo ahí, otro cuerpo acá. Y entre esas dos islas, la casi inexistente complicidad del tacto. Volvíamos de algún lugar de La Cañada, del fantasma de un murallón español que, hace tres siglos, protegía a la ciudad de las inundaciones y hoy es un nombre y un montón de piedras. El Calicanto, dijiste, la ruina de la ruina de lo que fue un dique. Cruzamos. En dirección opuesta a la nuestra, venía caminando un muchacho. Un adolescente delgado, alto, de ojos oscuros y grandes. Sonreía con familiaridad; es decir: te sonreía. Había un ligero matiz de burla en su cara. Lo vi un segundo más tarde de lo necesario, pero fue suficiente.

—El Calicanto —habías dicho—. Lo construyeron hace tres siglos. Era el muro de contención de La Cañada.

Y hablabas todavía de las inundaciones, del puente viejo, de las historias de mamama Albertina, cuando sentí en la punta de los dedos la rigidez de tu cuerpo, y aparté instintivamente la mano.

El muchacho pasó a nuestro lado. Saludó. Y yo tuve la certeza de que aquel encuentro, aquella sonrisa, aquel saludo, eran como un alfabeto cifrado, un mensaje cuya clave era muy anterior a mí, pero ya no podía prescindir de mí.

—Quién es —pregunté. Tardaste demasiado en contestar.

—No, nadie —dijiste—. Mariano.

## XIV

Lo comprendo, joven, no crea que no lo comprendo, había dicho la noche anterior el doctor Cantilo, llamado Roque, odontólogo y catedrático de la especialidad pasturas intensivas en la universidad experimental de Ascochinga, interesante distancia, no la que mediaba entre estas dos disciplinas sino la que había hasta aquella localidad, suponiendo que fuera Ascochinga y no Fraile Muerto o Laboulaye, distancia en kilómetros que por alguna razón o, para decirlo mejor, por si acaso, fiché mentalmente mientras miraba a su mujer, Verónica, quien, en el otro extremo de la mesa, hablaba con vos de alguna cosa que era como una telaraña que avanzaba amenazadoramente sobre nosotros. Sobre Santiago y yo. Entonces supe qué era lo que me había molestado al llegar a la mesa, porque Santiago, aquella primera noche, no era todavía Santiago sino apenas el poeta jujeño. Sonó un timbrazo, comenzaron a bajar las luces y debí postergar mi conferencia destinada al doctor Cantilo, sobre la cuestión del peronismo. Cuestión en la que nunca había pensado hasta ese momento de mi vida, pero que aquella noche, aclarada en mi alma súbitamente y para siempre por algún whisky, dos benzedrinas y el anisete de la señorita Cavarozzi, que me tomé al pasar mientras nos poníamos de pie, sentí que era un deber moral exponer ante Cantilo. Estábamos entrando en la sala del teatrillo y yo, ahora, escuchaba a mi lado la voz apagada de Verónica. Tenía, en efecto, la voz apagada, bella y casi grave. Había en ella, no sólo en la voz, en toda la mujer y hasta en sus gestos, algo impúdico pero casual, inquietante, de sereno estilo clásico. Cuando habló de la fiesta, por ejemplo, no habló conmigo: se dirigió a vos. La artesanía era meticulosa y sutilmente provocativa: no me hablaba a mí, hablaba de mí. Como contar un secreto para que sea transmitido en el acto, sólo que aquí se sumaba el refinamiento de que por más que vos no me lo transmitieras yo no podía dejar de escucharlo. Candilejas, *spots*. Detrás del torreón el mar está agitado: un centinela monta guardia junto a las baterías con su hermoso casco bávaro, y por lo tanto esto es el segundo acto de *La Danza Macabra*, de Strindberg, y no *Pentesilea* de von Kleist como imaginé o recordé hasta hoy. Mar de tormenta y ruido de olas, sea. Y Verónica. Verónica que en voz muy baja te está diciendo algo de una fiesta en el Cerro de las Rosas. Una fiesta a la que debías invitar al pescadito de color, a mí, la noche siguiente. El Capitán, delirando durante el sueño, pretendía haber resuelto el enigma del Universo; ya amanecido, descubrió la inmortalidad del alma. «Cállate», murmuró el doctor Cantilo a Verónica, suavemente, con el acento en la primera a.

Je, je, ríe Kurt en la costa bávara. Je, je, sarcástico, haciendo cuchufletas y aun chilindrinas, zumbón, cállate quieres, a costa de la persona del Capitán, ¡ja, ja! Y me tenté. No porque el Capitán se haya figurado un igual de Dios sino porque ahora era cuestión de vida o muerte: yo tenía que hablar de cualquier cosa con aquel inodoro.

La señorita Cavarozzi me está preguntando al oído de qué me río. Le susurro que no, que es una mera sonrisa. Siempre me río. Y menos mal que estoy sentado en punta de banco y vos has quedado algo lejos porque debo taparme la boca con el pañuelo; y morderlo, y trato de recuperar la seriedad pensando en la locura de Strindberg, en el terror con que debió escribir estos disparates, método que misteriosamente dio resultado inmediato. «No serás tan imbécil», dice inquieto el Capitán, «como para creer en... ciertas cosas»; quiere hacerse el agresivo pero se ve que está asustado. La cara que pone Kurt no me gusta nada, le va a contestar alguna porquería. «¿No crees en el infierno y estás metido en él?». ¿No te dije? Y ahora hace mutis, o sea que es. Pero este diálogo es del primer acto, no del segundo, esta obra marcha en sentido contrario y además por qué Kurt vase, si falta que el Capitán grite que no quiere morir. Es una adaptación, me explica la Cavarozzi, una adaptación libre del instituto. ¿Qué instituto? De lenguas germánicas, ella misma les ayudó a los alumnos del elenco, ahora venía la parte del ventarrón, yo iba a ver en seguida qué lindo el efecto del cuervo contra la ventana y el barómetro fluorescente. «Chisstt, Ethel», murmuró Cantilo, y el Capitán, que ya se barruntaba lo del viento, dice: «Ya me lo barruntaba». Y yo siento que me voy a morir, lo barrunto. Cierro los ojos y trato de recordar cosas tristes. Una vez me mataron un conejo y me hicieron comerlo, yo no sabía que era mi conejo, hijos de puta, lo del conejo nunca me pasó pero surte efecto. Estoy llorando. La señorita Etelvina a mi lado, también llora. El cielo truena, el mar brama, el cuervo de Poe aletea contra el frágil vidrio de la ventana del mundo Y yo lloro con los ojos cerrados junto a la señorita Etelvina que medio me palmea la mano, aunque también llora, a ella seguramente sí le han hecho comer engañada el muslo de su pollo favorito, la pechuga de su ave del paraíso, el ala de su ángel guardián, tiene todo el tipo.

Fin del acto.

Aplausos. Larga oscuridad para que nos calmemos. Luz de sala.

—Perdón —dije en la mesa, mirando de golpe a Cantilo—. ¿Cómo es?

La pregunta no estaba formulada para ser comprendida. Se hizo un silencio.

—Me distraje —agregué.

Verónica y vos juntas en un ángulo del bar. Vos hablabas por teléfono. La Cavarozzi en el baño, llorando quizá por el barómetro fluorescente. Santiago, frente a mí pero como si estuviera muy lejos, fumaba y bebía. Hay que aprovechar esta especie de soledad para hacer algo con Cantilo.

—De puño y letra —volvió a explicar él—. Son mi pequeña vanidad. —Cartas, eran. Quería decir que eran cartas. Cartitas, dedicatorias, esquelas, servilletitas de papel, autógrafos, facsímiles, menús donde el valeroso militar o el concertista, el político o la danzarina moderna, el obispo o Mongo Aurelio expresaban, de puño y letra, la simpatía que les había despertado nuestro agrónomo coleccionista—. Y hasta

el abanico de tía Teresita, con una cuarteta de Rubén.

Yo extraje del fondo de mi alma mi cara más impenetrablemente idiota y pregunté con fría brutalidad:

—¿Rubén? Cuál Rubén. Él dijo con sencillez:

—Darío.

Y agregó alguna cosa acerca de alguien, pero yo sólo retuve la palabra generosidad.

## XV

No, nadie. De acuerdo. Pero a qué grado de desinterés debí llegar con los años para no vivir aplastado o idiotizado por respuestas como ésa. No, nadie. Qué significa responder no cuando uno ha preguntado quién. Qué significa esa incoherencia en boca de una mujer; qué es, en realidad, lo que está contestando; qué está negando. ¿Y por qué? Dejo el interrogante abierto a todos los adolescentes tardíos, cornudos y almas poéticas que repoblarán el florido y buen planeta viejo de Santiago; yo cultivo mi viña y crío mis abejas. Hace rato resolví estas cuestiones. ¿Nadie? Como en una placa fotográfica me quedó grabada para siempre aquella cara. Mariano. Un adolescente delgado, alto, de ojos oscuros y grandes. Pelo muy corto, como de concripto. Esta conjetura, la de que pudiera tener veintiún años, en vez de tranquilizarme me causó un malestar parecido al miedo. Vos también eras muy joven. Y quizá menor que ese chico. La misteriosa antigüedad que yo atribuía a tu risa, la sabiduría lenta de tu paso, tu voz un poco ronca, la gota de Eleusis o de Babilonia a través de la que yo te veía, eran al fin y al cabo mi contribución mitopéyica a la realidad. Una forma de locura como cualquier otra, que me permitía escribir novelas sin necesidad de papel ni lápiz más o menos desde los cinco años. Que la gente fuera como le gustara, yo la vestía o la emplumaba, la recortaba contra un fondo de violines, le ponía un halo sobre la cabeza, la rescataba de los caníbales, la sacaba en brazos de casas incendiadas y me iba a dormir la siesta con mi perro. El problema es cuando se nos muere el perro. Y ese adolescente y vos tenían cara de tener perro. Se movían por la ciudad en el mismo espacio. La distancia, el perro muerto, estaba en mí. Yo había llegado casi a las puertas de mi inminente treintena, y en cuanto me descuidara: *In mezzo del cammin di nostra vita*. Ya me faltaban tres muelas. Pero no se trataba de eso (o sí, sobre todo se trata de muelas y pelos perdidos, de perros fantasmas, de baldíos en los que hubo una casa, de vías muertas donde se herrumbran trenes, pero no todavía, no entonces), sino de aquella sensación múltiple y contradictoria que recupero intacta y en la que confusamente se mezclaban no sé qué premonición de cosa maligna, cuyo símbolo era aquel saludo, y de pronto el disparate de una asociación de ideas que, debo confesarlo, todavía hoy me divierte bastante. Ese chico se parecía a *Snoopy*. Ignoro de qué perverso mecanismo se vale la mente —la mía, al menos— para defenderse de ciertas ideas peligrosas, para conjurar un dolor cualquiera o para racionalizar impulsos, tan poco naturales, como la irritación o el temor que me produjo esa cara. Ignoro el mecanismo, pero sé que existe. Es el mismo que nos obliga a hacer una broma en un cementerio, a contar una anécdota blasfema en un lugar santo. En fin, algo así como una manifestación de salud. Y aquel adolescente se parecía a *Snoopy*. Quiero ser ecuánime. No era en absoluto un rostro desagradable, al contrario, es verosímil suponer que resultara interesante.

Conmovedor. Eso fue lo que pensé conmovedor. Nada del otro mundo, es cierto, pero tampoco se le podía exigir a Dios Todopoderoso que distribuyera cabezas como, en su caso, lo hubiese hecho Donatello. Sólo que esto lo pensé después; antes sentí simplemente que mi sombrío malestar daba paso a otro sentimiento, casi angelical, tan cómico que por un momento me sentí feliz. Todo lo que se quiera, pero este muchacho se parecía a *Snoopy*. De cualquier modo, atención. Hay algo más, reflexioné de inmediato; por alguna causa, algo me irritaba en aquel simpático conglomerado facial. Cierta ligero matiz de desamparo. Muy poético, en efecto, pero yo no me irrito sin razones. Esa cara ocultaba algo: nunca me engaño en estos casos. Vamos a ver, pensé, admitido lo de *Snoopy* no hay tanto que temer. Sólo que no tanto es algo más que nada. Para empezar, vos habías tardado un segundo en responder; y para empezar del todo, ustedes dos se conocían en un grado tal como para que al verte conmigo él se sorprendiera (su sorpresa no alcancé a comprobarla, la deduje), ¿pero cómo puede ser que alguien se sorprenda viendo a un conocido? Dos comechingones que se cruzan casualmente por la calle en Bielorrusia pueden quizá sorprenderse, pero no se miran con misterio. Arman sencillamente un escándalo y corren a festejar el notable acontecimiento, así se hubieran odiado antes toda la vida. No hacía falta ser un genio, le dije más tarde a Santiago, para darse cuenta de que ésa no era la situación y Santiago, chupando pensativamente la bombilla del mate, decía que sí con la cabeza. Lo único sorprendente de la situación, ¿*qué era?* Vos, dijo Santiago, te juro que lo único sorprendente eras vos. Yo, muy bien. Por lo tanto a ese chico lo molesté yo, se sintió herido y, viéndonos juntos por la calle, sonrió de un modo equívoco y anormal. Ese mediodía, cuando volvíamos del Calicanto, pensé: Qué me hubiera llevado a mí, a los veinte años, a dar lástima a una mujer de una manera tan impúdica y ostensible. Respuesta: Querer dar lástima. Conclusión: *Snoopy* te amaba. Se sentía lastimado, celoso, herido hasta la muerte por vos, y ocultando su candor bajo sombrías pestañas de muchacho, te lo demostraba al pasar.

—Te pasa algo.

Una pregunta artera: no hay otra palabra. Era una afirmación, no una pregunta, pero hecha con una voz tan casual e inocente que se mantuvo flotando en una zona de pálida ambigüedad. Trémula mariposa verbal. Es increíble la mala fe de las mujeres cuando saben que sí, que pasa algo.

Y me quedé petrificado.

*El Vesubio*, leí. Un cartel de latón con el dibujo en colores de un volcán. *El corazón de Nápoles en el centro de Córdoba*. Eso, en la vereda enfrente, ante lo que parecía ser una cantina o una trattoria; en esta vereda, el Colegio Monserrat, su portalón cribado de remaches, sus paredes amarillas y sus rejas. Y, aferrado a las rejas, el fantasma de Monteagudo buscando eludir la vigilancia del todavía más remoto fantasma del obispo Duarte para cruzar hasta El Vesubio y comerse una



porción de muzzarella. Alrededor del volcán, y sobre su cráter, el Mediterráneo y el cielo eran azules como los ojos de Julia Felice; del cráter brotaba una suerte de humito alegórico. Fue tan inesperado que me ofendí.

—Sí, me pasa algo. Me pasa que te están esperando. En tu casa. Y que dentro de diez o doce horas nos veremos en el Cerro de las Rosas. Suponiendo que no me atropelle un auto. O el tílburí de la familia Rivarola. Si es que ahora mismo no estoy muerto, porque sospecho que tengo cierto tipo de percepciones que no pertenecen del todo a este mundo. Y en el Cerro de las Rosas tal vez te encuentre siempre que te reconozca entre dos o tres mil fantasmones doctísimos y elegantísimos, amigos tuyos. Y, si te encuentro, razonaremos a cuatro metros de distancia sobre el hibridaje del ser nacional, que es un buen tema.

—No entiendo. Es...

—¿Absurdo? O injusto. Tenés cara de pensar que es injusto, lo que significa que sí entendés. O a lo mejor no entendés, cosa que no tendría nada de anormal. Me voy a almorzar con Santiago.

—Hace un minuto dijiste que necesitabas hablarme.

—Pero no así, no trotando por la calle como un turista. Y menos por esta calle de ciencia ficción. Parece un Banco de empeños, no una calle. Parece un Monte Pío. Parece la vidriera de *La piel de zapa*. Me querés explicar, antes de irte, qué significa eso del corazón de Nápoles frente al Monserrat. Lo pregunto en serio. Significa algo. Es una metáfora, o una clave, da una especie de miedo.

Sentí que me estabas mirando; pero no ahora: no mirándome en ese momento o desde hacía unos segundos, no Graciela Oribe en esta calle de Córdoba, que fue algo así como mi Piedra de Rosetta de la ciudad y desde donde se veía frente a la Universidad Mayor una placita que se llamaba Obispo Trejo y muchos años después, durante una semana, se llamó Cantilo Torres, y hoy podría llamarse la Ruina de los Sueños; no vos desde tus ojos, sino un género, una raza, una especie entera, dejándome hablar como a un chiflado inofensivo y mirándome desde hacía varios milenios. La mirada antiquísima y sosegada, los ojos inmemoriales de la *Bona Dea*. Momento en que me oí decir que tenía sacado el pasaje a Buenos Aires y que me iba al día siguiente.

—Tengo sacado el pasaje —dije—. Me voy mañana.

Mentí, con absoluta impremeditación. Cuando terminé de hablar, era cierto.

Muchas veces, a lo largo de estos años, me he oído pronunciar palabras casi idénticas y he sentido sobre mi esa misma mirada, su apenas perceptible fulgor de ironía, esa grave ternura, parecida a la resignación, de la mujer que mira a su hijo practicar esgrima con la nada; he aprendido a reconocer los menores gestos, las mínimas crispaciones de cejas o de labios que significan que soy yo quien está fuera del natural y armónico y respetable sistema donde, al ritmo de la zampona universal,

gira el buen planeta viejo del jujeño, parque de diversiones tan bien pensado que no olvidó incluir, para los sujetos de cierta calaña, el manicomio, la cárcel o esta pieza de hotel, según se decidan a seguir adelante, a hacer las del amigo Filiberto Toriano, de quien no sé si ya hablé, o a interrumpir con un balazo el sueño de los vecinos. Porque tampoco sé si ya dije que Santiago se mató esa noche, en esta misma habitación. Se pegó un tiro mientras yo estaba en el Cerro de las Rosas, en mi Walpurgis, conversando con el astrólogo de cosas como éstas en un pasillo de la quinta de Verónica.

Ya no me mirabas.

—Quiero decir —dije— que no conozco la ciudad ni tengo la menor idea de donde queda tu casa ni pienso averiguar tu número de teléfono, y es probable que nunca vaya al Cerro. Eso es lo que me pasa. Quería caminar, hablar con vos, noirme mañana, tal vez meterte en una cama y cantarte un aria de Puccini, *Che gélida manina*, en búlgaro.

Di media vuelta y me fui.

## XVI

Doblé por cualquier parte. Tomé un taxi y a las tres cuadas me salió al paso el edificio de la vieja Terminal. Me recuerdo discutiendo por un pasaje que no quería utilizar y volviendo al hotel por una vereda junto a la que se alzaba un paredón de piedra en el que vi una puerta con la siguiente inscripción: *Casa de Dios y Puerta del Cielo*. Hoy sé que era el paredón de la Compañía de Jesús, entonces no lo sabía. ¿Qué pasará si entro?, me limité a pensar. Antes hay como una laguna, una zona imprecisa y ambigua donde, estoy seguro, ocurrieron las cosas definitivas. Una moneda que se me cayó de las manos. O la aparición de la sirenita. Hechos pequeñísimos de los que recuerdo la forma, pero cuyo significado real se me escapa como si mi memoria fuese exactamente una laguna, como si todo lo ocurrido aquellos dos días fuera eso, un agua caótica donde yo trato inútilmente de recoger matices, cifras, sombras, con una red demasiado tosca por donde se escurre lo que de veras importa. La señorita mayor, por ejemplo, o el color del cielo, un cielo que repentinamente se vuelve plomizo y hostil y que en aquel momento me pareció un signo anunciador de algo. Una palabra oída al pasar, que influyó quizá en mi ánimo, que tuvo sentido, que tal vez fue la verdadera causa de mi decisión de comprar aquel pasaje. Iba hacia la terminal y era como si la ciudad se borrara y en su lugar comenzara a construirse el fantasma de otra, otra que ahora es ésta, en la que no siempre las calles corren en la dirección exacta ni los monumentos o las plazas están en el punto que marcan los planos, mi ciudad, donde las paralelas se cortan y una misma ochava española puede estar en dos esquinas distintas. Era poco más de mediodía; pero parecía el atardecer. Cine General Paz, leí desde el taxi, *Hace un año, en Marienbad*, y pensé que si fuera de verdad el atardecer me habría gustado dar una vuelta por la Plaza Martín para ver la llegada de los tordos. Negros, cayendo como la tormenta sobre los robles y los plátanos, si no chillasen tanto serían un espectáculo alucinante, pensé. El último sombrío cuadro de van Gogh, claro que allá son cuervos. Y además no fue el último.

—De dónde salen los tordos, los de la plaza —le pregunté al hombre del taxi. Hubo una pausa extraña.

—Los tordos —dijo—. Para mí no son tordos.

—Pero de dónde salen.

—Y vaya uno a saber.

Fue todo lo que hablamos, o quizá yo no le presté atención. Mientras le pagaba, se me ocurrió la fantástica idea de que ese hombre podría haber estado tratando de insinuarme algo. Lo miré fijamente. No alzó los ojos al darme el vuelto. Tenía la cara justa de no haber querido decir nada. Pero nunca se puede estar seguro. Entonces sucedió lo de la moneda. Una moneda que el hombre acababa de darme se me escapó de las manos y cayó al suelo. Si sale ceca, pensé, va a ocurrir algo extraordinario. El

automóvil arrancó y yo me quedé al borde de la vereda. No quise mirar.

Esto es la Terminal. Esto debería estar sucediendo mañana. El llamado violento de los altoparlantes anunciando coche número tanto sale con destino a tal parte. Mujeres nerviosas, hablando en voz alta. Mujeres con pañuelos en la cabeza y sus muchos colores de mujer que viaja. Hombres con valijas interplanetarias y camisas fuera de los pantalones. Chicos disfrazados de enanitos esquimales. La trepidación de los motores. El viento entrando por las dos bocas de la galería. Todo un poco estruendoso e innoble. O sea que desde este lugar infecto me voy a ir para siempre al día siguiente. ¿Y adónde me voy a ir, si se puede saber? Ahora discuto a gritos junto a una ventanilla, discuto absurda y empecinadamente para conseguir un asiento que no tengo el menor interés de ocupar. Sobre la rueda, no; jamás sobre la rueda. Imposible leer. Vea, señor, yo le pago para viajar en el asiento que a mí se me antoja, y además quiero dos, detesto que la gente se apoltrone a mi lado y converse. Una voz dijo entonces la palabra amor casi junto a mi oído, y me sobresalté. Después vi una chiquita de ocho o nueve años corriendo hacia su madre, quien acababa de llamarla con la palabra amor. Tenía un pie descalzo y en el otro llevaba un zapatito de bailarina, dorado. Sus grandes ojos de niña y su boca embadurnada de chocolate y su pie de oro. Llevaba bajo el brazo uno de esos enormes libros infantiles que leen las niñas que luego crecerán y amarán a un escritor atormentado y adulto. Si yo hubiera tenido diez años me habría puesto a caminar *cabeza* abajo, o por lo menos habría dicho una chanchada, para llamar su atención. Mire, le dije al tipo de la ventanilla, déme el asiento que quiera, usted no tiene la menor idea de lo que puede dejar de suceder, si no viajo.

Salí a la calle. El cielo sucio no podía estar más de acuerdo con mi alma. Siempre pasa. Un mundo que se maneja con imágenes convencionales, dioses groseros y sin fantasía. Volví a quedarme detenido en el borde de la vereda, oyendo a mi espalda el ruido de los motores y las voces en el pabellón de la Terminal. Después me agaché para buscar la moneda que había dejado caer antes de entrar. No pude encontrarla por ninguna parte. Una moneda, sin embargo, no desaparece porque sí. Nadie llega a una estación de ómnibus con tiempo para mirar el suelo y ver monedas, pero, aunque alguien la hubiese visto por casualidad, nadie se toma el trabajo de recoger diez centavos cuando está por viajar setecientos kilómetros.

—¿Perdió algo?

Unos botincitos negros, de señorita mayor, se detuvieron muy juntos a mi lado. Yo estaba en cuclillas. Los botincitos eran redondos en la punta. No tuve más remedio que recordar tus propias palabras frente a El Vesubio. «¿Te pasa algo?». La gente ve a un hombre descalabrado en el medio de la calle y lo único que se le ocurre preguntar es si se cayó. Hablan por teléfono, la comunicación se corta, vuelven a marcar el número y lo primero que dicen es: se cortó. A esta clase de cosas se le

llama lenguaje humano. Alguien nos hizo creer que es un modo de comunicación muy superior al canto de los pájaros o al fanalito intermitente de las luciérnagas.

La dama de los botincitos pensaba seguramente que no había hablado lo bastante alto.

—¿Perdió algo, joven?

La miré oblicuamente, desde allá abajo.

—No. Estoy haciendo gimnasia.

La mujer, al principio, pareció sonreír. Después, su cara se contrajo. Cuando se alejó vi que iba vestida totalmente de azul y tenía puesta una gorrita estafalaria, como de vigilante; en la cinta, grabado en letras doradas que ahora yo no podía ver, decía, por supuesto, Ejército de Salvación. Renuncié a encontrar mi moneda. Iba a ponerme de pie cuando, a unos centímetros de mis ojos, vi el dibujo a todo color de una joven de largo pelo rubio y hermosa cola de pez. El libro de la nena del pie de oro. La dueña del libro tenía la mano extendida con la palma hacia arriba. Mi moneda.

—Una señorita preguntó por usted —oí, en el hotel.

## XVII

Había llegado instantáneamente, como a través de un sueño. Un sueño exasperado y barroco, uno de esos sueños poblados de imágenes indescifrables que se olvidan súbitamente al despertar. «Una señorita preguntó por usted». Como un perro que al salir del agua se sacude frenéticamente en todas direcciones, al ver la cara regordeta del hotelero traté de organizar este nuevo aspecto del mundo a mi alrededor. Este hombre se llamaba Ripul. Era bajito y tenía manos de bebé enorme. Usaba unos pantalones extraordinarios, muy anchos en la cintura. Lo que unido al hecho de sujetárselos con tiradores causaba la molesta impresión de imaginarlo colgado. O de que alguien lo hiciera flotar tironeándolo desde arriba con un mecanismo sujeto a la entrepierna. Daba un poco de miedo. Como si Humpty Dumpty estuviera a punto de transformarse en Peter Lorre. Susurraba. «Una señorita preguntó por usted», dijo. Como si acabara de almorzar algodón. Una señorita, por mí. Hacía unos minutos que nos habíamos separado en la esquina del Colegio Monserrat. Era imposible, o por lo menos bastante improbable, que hubieras venido a buscarme a un hotel que no conocías.

—Una señorita. ¿Cómo una señorita?

La forma de mi pregunta no sólo era ilógica, sino agresiva. El hombre me miró con timidez, como si se disculpara. Dijo:

—Me pareció una señorita.

Recuperé el buen humor de golpe. Aquella respuesta era tan fantástica y el señor Ripul parecía tan abrumado por haber supuesto, sin la menor prueba ni derecho, que fue una señorita y no una morsa lo que vino a buscarme, que si le hubiese dicho por esta vez está perdonado, pero que no se repita, él habría respondido cualquier otro disparate, y si le hubiese gritado que, en efecto, quien estuvo a buscarme no era ninguna señorita, sino una morsa, él, antes de huir despavorido, habría alcanzado a murmurar que sí.

—Lo que quiero saber, excelente señor Ripul, es cómo era esa señorita.

Pensó un buen rato, y no se lo reprocho. ¿Cómo eras, realmente? Cómo hacer para describirte, sin mentir demasiado. Tu pelo, tus manos, tu sombría esbeltez de álamo, la exagerada pintura de tus ojos: nada de eso era verdad. Tal vez el señor Ripul veía a la adolescente real que ocultaba su cara con el pelo y agachaba la cabeza cuando se reía. Esperé. Tal vez este hombre había sido puesto detrás de ese mostrador para ayudarme. Terminó de pensar y dijo:

—Alta.

Habías venido.

Era casi imposible pero habías venido y todo encajaba a las mil maravillas en aquel rompecabezas de manicomio. Cuando volví a verte, casi dos horas más tarde, ni

siquiera me asombró comprender que durante el tiempo que permanecí en el hotel hablando con el señor Ripul o mirando el cielo raso de mi cuarto, vos estabas enfrente, en un café, a menos de diez metros de mi cama. ¿Cuánto tiempo es casi dos horas en una historia de amor que abarca poco más de un día? Ulises viajó por el mar menos de lo que yo estuve solo en esa cama. ¿Y por qué no me viste entrar en el hotel? Tal vez has ido hasta el baño; tal vez en las paredes del baño hay inscripciones inmundas. Estás leyendo las atrocidades que escriben o dibujan las mujeres en los baños y yo vengo de negarme a entrar en la casa de Dios por la Puerta del Cielo. Hay otras posibilidades, naturalmente. Hablando en general son peores. El mundo real no me gusta, nunca me gustó.

—Pero ¿no dejó dicho nada? —pregunté—. ¿No dejó un papelito, algo?

El señor Ripul pensó.

—No, señor.

Y ahora qué hago, imaginé decir para mis adentros, pero debí de hablar en voz bastante alta porque el hotelero dijo:

—No sé, señor.

Lo miré de cierto modo.

—Gracias —dije secamente.

El señor Ripul pareció sumergirse con lentitud dentro de sus pantalones. Desde ahí, muy abajo, emergió una mano semejante a un molusco, a un pulpito, y me alcanzó la llave. Me produjo un vago horror y desvié los ojos.

En el pasillo apareció Santiago.

—Qué le anda pasando, chango —dijo.

Traía una toalla anudada en el cuello y un mate en la mano. Habló sin detenerse ni mirarme. Creo que en aquel momento comprendí por qué ese hombre me gustaba. Vagamente el jujeño me recordó a mi padre. El parecido residía en su sonrisa. Una sonrisa, o mejor una especie de sonrisa, apenas dibujada. Una sombra o un eco de sonrisa que no tiene nada que ver con la alegría y hasta puede nacer en algún rincón de lo vivido donde siempre estuvieron excluidos sentimientos como la alegría, la felicidad, la dicha. En muy pocos hombres la he visto y siempre me ha dado no sé qué idea de madurez, de adultez serena y en algún sentido protectora. Un gesto que no tiene acaso equivalente en una mujer. Ninguna mujer sonrío así. Con piedad, puede ser; hasta con caridad y con secreta ironía, en el mejor de los casos. Pero en ellas se adivina casi sin remedio el lugar común de las hormonas, el famoso sentido maternal. Órgano enigmático que debe de estar situado por la zona del ombligo, como si tuvieran allí una oreja o un ojo, algo raro, que se manifiesta en cada momento de su relación con el varón, y sobre todo en la cama, de tal modo que mientras más lo aman con más fuerza tratan de volverlo al origen, como si intentaran parirlo al revés. La sonrisa que digo, en cambio, no nace en el cuerpo, ni siquiera en

los sentimientos. Es menos generosa, más dura. Nos deja lejos, solos ante nuestra propia libertad, pero hay en ella una sabiduría esencial y condescendiente, un poco socarrona, ya de vuelta de todas las cosas, que tal vez por eso nos autoriza y nos confirma. Como si en cierta manera todo estuviese hecho o prefigurado desde mucho antes en el destino de otro hombre, y por lo tanto fuera más fácil conseguirlo, o intentarlo.

—Yo que vos dormiría una siestita —dijo Santiago. Estábamos sentados en su cama. Me dio otro mate—. Pero por qué te acordaste de eso.

—De qué.

—De tu pueblo.

Casi le confieso que su sonrisa se parecía a la de mi padre cuando recordé la otra sonrisa, junto al Calicanto.

Entonces le conté nuestro encuentro, embellecí a mi favor dos o tres cosas y, al llegar a la parte de *Snoopy*, él se reía.

—No hace falta ser un genio —dije— para darse cuenta de que ahí lo único raro de la situación era yo.

—Debe ser un gran tipo.

—Quién —pregunté.

—Tu padre. Únicamente un gran tipo puede tener hijos tan jodidos. Veme a mí. El viejo era un animal grandote, colorado, en la puta vida de Dios lo vi triste. Pero qué casualidad lo de tu pueblo... Larga el mate, la bombilla se chupa, no se muerde. Fijate el viejo: nunca me animé a mostrarle un verso porque de la carcajada que pega nos da vuelta el rancho... Qué casualidad que tu pueblo también se llame San Pedro. Después que murió encontré un cuadernito suyo en el ropero. Había copiado a mano mis poemas. Y con qué letra. Parecía un petroglifo... Toma, ginebra no te doy porque no son las cinco de la tarde. Tuvo que atropellarlo un tren para matarlo. Y ni así. Aguantó dos días y dos noches casi partido por la mitad. Con un brazo en Tinogasta y una pata en Fronteritas. Yo gritaba mátenlo de una vez, denle una inyección, hijos de puta. Trae. Cuando no queda nada de un hombre, ¿no es cierto?, hay que matarlo.

Dijo esto y volvió a reírse. Después dijo:

—Hasta mi mujer es buena. Y tengo dos changos. Velos.

Sacó de la billetera una fotografía de bordes ondulados. Y yo sentí que todo aquello, sus palabras arrastradas y el tono intrascendente, sus gestos lerdos, su risa, por algún motivo que yo no podía comprender formaba parte de una gran broma secreta, una travesura colosal de la que el jujeño me hacía su cómplice al mismo tiempo que me excluía. O quizá no lo sentí ni podía sentirlo y lo imagino ahora. Miré la fotografía e hice un gesto afirmativo con la cabeza, como quien da el visto bueno o aprecia la cicatriz que el otro tiene en el brazo.

Él murmuró:



—Así es la cosa.

No volvió a ofrecerme mate ni habló más.

Entonces me sucedió algo. Al meter la mano en el bolsillo superior del saco, toqué los anillos. No sé qué buscaba, ni si buscaba alguna cosa. Tal vez fue uno de esos gestos mecánicos y sin sentido con los que simulamos tener algún propósito en la vida, aunque sea mínimo. Y ahí estaban los anillos. Dos anillos lisos y otro con una perla. Fue como si una descarga eléctrica me recorriera de la punta de los dedos a la conciencia: aquello había estado ahí, al acecho, esperando cualquier distracción para saltar sobre mí. La grava de la Plaza Irlanda, sus altos faroles que alumbraban las copas de los robles y los terebintos; las verjas del Colegio Santa Brígida; una calesita girando en la noche como un astro errante que agoniza. Y una lápida, algo como una lápida inmensa. Eso era Buenos Aires y era yo. Existo desde antes de este viaje a Córdoba. Soy anterior a este dolor de cabeza y a esta resaca de borrachera. *Me llamo Esteban Espósito*. Santiago seguía tomando mate, solo, a mil kilómetros de distancia, su perfil silencioso y contemplativo superpuesto con la fuerza de un grito a esa revelación de mí mismo. De haber sabido entonces lo que hoy sé, habría comprendido la razón. Había algo religioso y casi sagrado en aquel abstraído tomar mate del jujeño, como si ese cuarto fuera un templo donde un sacerdote (¿pero de qué liturgia?) estuviera celebrando ante mis ojos mi rito de iniciación. Dónde vas, ha preguntado el jujeño al ver que me pongo de pie. Necesito pensar en mí, le digo, y la frase suena tan grandiosa que me siento ridículo y sonrío, y él quiere saber si me pasa algo.

Salí de su pieza y entré en la mía. Una hora después, salté de la cama pensando: Tengo que verla. No estaba dormido, sin embargo cuando oí el tumulto y el último galope formidable fue como despertar.

## XVIII

Me llamo Esteban Espósito. El cielo raso, los muebles, el empapelado de luces de las paredes, todo absolutamente inocuo. Ni manchas ni rajaduras. Leonardo da Vinci, ante un espectáculo así, hubiera sentido una fuerte desolación. Leonardo da Vinci es una excusa, las frases son una excusa; no hay público, se sincero, cabrón. Esto es Córdoba de la Nueva Andalucía, en Sudamérica, el ombligo, el mándala, o tal vez el culo del mundo, y yo soy Esteban Espósito, argentino, estado civil soltero, un grandísimo hijo de puta en el más cabal y nada metafórico sentido del concepto, profesión: escritor. Soñé toda mi vida con llegar a un hotel y en el registro de pasajeros del señor Ripul gusano gelatinoso zambulléndose con lentitud dentro de sus pantalones, estampar junto a mi nombre la palabra *Escritor*. Qué portento, qué rareza, oh. Niñas nubiles de vestidos vaporosos rodeándome y cantando *Sanctus, sanctus Stephanos qui erat, et qui est, et qui venturus est*, algo así. Me dejaba crecer el pelo, por ejemplo, larga melena heroica primero; más tarde, los versos vienen solos. El mayor peligro que se corre jugando a ser un genio, es llegar a serlo. Es fatal, es Ibsen. No. Todo otra vez, payaso. Hundirse usted, meterse bien adentro hasta el límite cloacal de tu podrida almita, bello espíritu llamado Esteban Espósito, no olvidarlo: se acabó el juego, *voi chentrate lasciate ogni speranza*, arder y comer caca, nadie prueba en joda los famosos y nada románticos y más bien con un siniestro sabor a acumulado sufrimiento ajeno, hermanos míos, los mundialmente conocidos Elixires del Diablo.

Cortina musical de Sibelius; cuento hasta diez y empiezo, lo juro. No, querido, ya, sobre la marcha dirás vine a Córdoba huyéndole a dos cosas que son la misma, a la espantosa angustia de no ser ya adolescente, nunca más serlo, jamás volver a serlo ni cantar *O solé mío* por las galerías del Colegio Nacional de San Pedro, pase Espósito, no estudié, y Julieta Capuleto mirándote entre orgullosa y seguramente alarmada pensando él no estudió porque sufre. Voy a matarme ahora mismo, ahí está. Lo único que me falta es el gato de Pavese. Pero nunca voy a matarme, capaz que allá no hay nada. La cara torcida, además, toda llena de sangre; los sesos amarillos contra las paredes. La fealdad es innoble. ¿Cómo?, ¿qué? Lo otro, querido alfeñique de cuarenta y cinco kilos convertido para siempre en Charles Atlas, lo otro, la otra parte de las dos cosas que son una, la parte donde se narra por fin la decisión impostergable de quien huyendo a Córdoba se encontró con la sorpresa de no ser ya adolescente y va a tener que aceptarlo. ¿Conforme, ahora? Me llamo Esteban Espósito. Ni nombre de escritor tengo.

*Glup.*

Nací en el año de la *Nova Hércules*, el 27 de marzo de 1935. Aries. Eran las ocho de la noche. Escorpio. Signo de fuego y sexo, nuevamente oh, incurable. Cuidado con los golpes en la cabeza. No le falta más que la túnica, el zodiaco atrás y esa especie de juguete enorme, el universo, con planetas y círculos. Urba. Doctor Urba. ¿Usted se golpeaba a menudo, mijito?, no lo dijo pero lo oí, y él ponía ojillos con elle, rendijas o ranuras de alcancía, muy tipo *Doktor Urba Herr Proffesor und Privatdocent Urba*. Y el otro, ¿quién será? Cherubini. Padre Custodio Cherubini. ¿Y por qué habla de esa manera? Pero el hecho es que sí me golpeaba a menudo y que la cabeza cada día me duele más, como si me barrenaran el cráneo o como si quisieran arrancarme algo con una gran pinza de dentista, tirando hacia abajo para desarraigar una muela gigantesca y podrida. Quizá los fórceps. Salí todo machucado, mamá, resistiendo heroicamente hasta último momento, conmigo no podrán hijos de puta. Al menos te habrá dolido bastante, grandísima atorranta. Llámame tía y cuidadito con decirle nada a tu padre. Y creo que me daba cuenta, por supuesto que me daba cuenta, si ahora me doy cuenta es porque entonces ya me daba cuenta. Nadie recuerda lo que no recuerda. Complicidad infantil, protoalcahuetería. Estebancito Celestina de siete años traidor a la causa del gran *Sandokán*, su padre, con quien sin embargo navegaba de noche por la Rada de Batavia, recuerdo su voz profunda leyendo al abordaje mis tigres, voto a bríos, entre el tronar de los arcabuces y las espingardas, sin saber él que yo la llamaba tía y que el avión aquel me lo regaló un señor. Perdón, papá. ¿Quién será Bríos? Hace unos días soñé con ella, venía caminando de espaldas desde el fondo de un pabellón. De espaldas pero con la cabeza vuelta hacia mí. No fue un buen sueño. Tenía un guardapolvo con un número o una letra, que yo veía claramente pero que no podía leer. Un alfabeto de manicomio. Sus ojos, sobre todo. El lago del corazón del que hablaba Dante no está en el corazón, está en los ojos. Yo creo que la locura se hereda. En el fondo me gusta la idea. No seré noble pero vivan las taras familiares. Blasón no, ley de herencia. El menor peligro que se corre jugando a ser loco, es llegar a serlo. Fiksler también jugaba, algún día ir a visitarlo al Neuropsiquiátrico y escribir sobre la cordura de don Jacobo. Sólo que por qué jugaba. El famoso demonio de la perversión, chueco jorobadito ladino que hace leer a Artaud, al viejo Poeta, a Nerval: hacete el loco que te queda lindo. Mi madre con sus enormes ojos opacos, como cuando de noche se sentaba de golpe en la cama y me decía Esteban, tuve un presagio. ¿Qué es presagio? Una premonición, un anuncio: ellos están cerca, vienen hacia acá, me van a llevar. Y yo pensaba quién va a hacerme el café con leche por la mañana, mamá. Pensar eso era el miedo. De mañana era buena, madre-diurna, hacía caricias, contaba historias, decía que las soñaba. Y una mañana no estaba más, zas, pensé, se la llevaron, pero mi primo Julio dijo se plante con un tipo y empezamos a rodar por el patio de baldosas, caí de cabeza pero igual le gritaba retirá lo dicho. Laura estaba mirando. Sucia carroña, gritaba yo. Me parece que uno ya viene con la

literatura puesta. Anankee. Las estrellas inclinan pero no determinan. Como el materialismo histórico. Santo Tomás pensaba algo parecido, el futuro de los pecadores está bajo el dominio de los astros, sólo los pecadores tienen destino. Idea rara. Algo puede haber, sin embargo. Como la influencia de la Luna sobre las mareas, algo así; o sobre las cosechas. ¿Las mujeres? Por ejemplo. Lógico: astro lógico. Mira a van Gogh, multicolor imbécil, loco ariano desorejado babeándose gritando imposible imposible. O Baudelaire. He cultivado mi histeria con regocijo y terror, ¿cómo seguía?, y hoy *nosecuánto* de *nosequemés* de *nosequé año* he sentido pasar sobre mí el viento del ala de la imbecilidad. Ahí tenés lo que se llama un presagio. Bach también de Aries, pero manso. De todas maneras uno se tiene que ir dando cuenta. Al principio debe ser algún tartamudeo. O enojarse por cualquier estupidez. O ver algo que no está. Las voces, eso es lo raro. Hace unas noches, en Rosario, en esa casa de Fisherton. Pero fue de dormir poco, y del botellón de whisky que tomamos en esa casa. Había un médico pelirrojo, pelitioso y peligroso. Parecía un fósforo recién encendido. Su apellido era fácil, significaba algo que se parecía a él, raro que no me acuerde. Nunca vi a nadie tomar tanto, creo que tenía una cuestión personal conmigo. Cantaba bien. No tan raro, ya que cuando salí de esa casa yo no sabía ni mi propio nombre. Como esta mañana. La cuestión es que lo oí clarito. Pactemos. Y me desperté, en la bañera. Además no estaba dormido ni eran voces. Era como pensar con fuerza, como si ahora pienso: Pactemos. ¿Qué? El asunto de los pájaros ya es un poco más divertido, el cansancio hace oír pájaros. Trinos. Pajaritos en la cabeza. Signo, señal. Indicio y dato. Humo y fuego.

Pactemos.

¡Fuego!

Un tiempo de roja locura se avecina, ahijadito, galoparás, galoparás delante y te dirán maestro. *Also sprach Esteban*. Abandonó su patria y el río de su patria, se retiró a la montaña, una mañana se levantó con el crepúsculo del alba, increpó al Sol, se despidió de su águila y de su víbora y comenzó su *Untergehen*, cuesta abajo, dando gritos como un sátiro adolescente, no, nunca más adolescente, lo sé, se acabó el efebo brillante a quien rondan protectoras matronas Cavarozzis deslumbradas ah llorando su antigua nubilidad en andrajos, pensando quizá lo hubiera amado tanto, *snif*, el tiempo, el Tiempo. Para mí, también. Tengo tres pelitos blancos en la barba, los vi, tres niveos pelitos de un lado y cuatro del otro, que se multiplicarán como las frutas en las cumbres del Líbano, como la hierba en los prados. Motivo por el cual, *caput*, Jodón dios Pan de pueblo chico, basta. Cabeza de ratón ha muerto. *Ecce Homo*. La gran quiebra adentro, el límite aquel de la lectura: un punto del que es imposible regresar, nadie regresa. Sí, firme aquí con sangre. No, nadie regresa entero, sólo el consuelo de la letra escrita y yo con ella hasta donde aguante, reventaremos juntos, amada mía, aunque no sea lo mismo, aunque el agujero aquí, corazón de trapo. Pero y

por qué. No por nada llegué huyendo, Beatriz, y te encontré Graciela Oribe alta de manos balsámicas, matadora de la serpiente. Y Esteban da siete pasos de león y mirando a su alrededor dice: *Homo fuge*. La cosa está que arde. ¿Volver adónde? San Pedro ya no existe. Buenos Aires nunca existió, Buenos Aires es una plaza en Flores, una plaza con robles y terebintos junto al gran colegio irlandés de tejados rojos. Y su pelo. Buenos Aires era el resplandor de su pelo tan raro por las noches, tan no sé. No parecía real visto contra la brillazón de los focos. Una calesita a lo lejos. Y, siete años después, la triste despedida, ella y yo junto al sobrerrelieve de *Los Amantes*, en la Plaza Irlanda, lindo lugar para la patética ceremonia. Despidiéndonos como dos enanos junto a la titánica pareja de mármol. La formidable amada de dos metros de alto mostrando el culo, y el amado descomunal, portador de una hoja de parra en el pito. No sé por qué la Municipalidad imagina que las nalgas de una señora son menos ofensivas que su bajo vientre. Francamente. Tampoco sé cómo hacían los antiguos para taparse la pistola con una hojita deleznable sin que se les viera, no digo las pelotas, pero aunque más no sea algo de las pelotas. Me mirabas, Beatriz. Te estás sonriendo, dijiste, siempre estás sonriendo, hasta hoy. No, es que. Pero cómo explicar. Cómo explicar, mientras me dabas los anillos y me decías guárdalos vos y si dentro de un año, cómo, en qué lenguaje de este mundo explicar lo de los glúteos y la hojita. Un año, qué coraje el mío. Un año de plazo pedido por mí. Un año de ardiente soledad creadora, doce meses de libre libertad febril, trescientos sesenta y cinco domingos áureos poblados de millones de minutos fulgurantes para redactar mi *Zepher Yetzirah*, porque al parecer la marcada tendencia de Esteban Espósito, en esos últimos tiempos, a rodar borracho por la escalera o despertarse en camas ajenas, no era la fresca viruta sino desesperación poética. Déjame que te explique, hermana paloma: una especie de autodestrucción simbólica, de autovejación, como de santo que macera su triste carne para purificar el alma inmortal, sólo que un poco al revés. O de rebelión. Combatir la impotencia del espíritu a rudos golpes de bragueta. Me engañabas, Esteban, eso es lo único que yo sé. Cómo explicar, cómo decir que no. Que realmente era otra cosa. Y además para qué, vengan el cintillo y las alianzas y adelante con el *Amor Fati*. Comprometerse, cajita azul, anillos. Bien mirado hay que ser cursi. Yo, quiero decir, porque la idea se me ocurrió a mí, poeta colosal. Gran sorpresa en el Pasaje de la Piedad: Te voy a inventar un sitio, vení. El pasaje colonial engastado súbitamente como un camafeo en plena Bartolomé Mitre al 1600, a tres cuadras del siglo XX, laberinto dormido en el tiempo frente a la iglesia de la Piedad, con su letrero ruinoso ENTRADA PARA CARRUAJES y su empedrado recoleto que pisan fantasmas de enlutadas. Mira si no es de otro siglo, de otro mundo; hace abstracción de esa rata y de los tachos de basura y decíme si no es Poe. Mira esa casa. Y ahora dame la mano. No, la otra; el dedo, afloja el dedo. *Ego vos conjugo. Consummatum est*. Aunque declaro que su helado brillo lunar, el de las sortijas, no significa que sean

de oro blanco ni mucho menos platino, en cambio la perla del solitario es auténtica y no me salgas con que trae mala suerte porque mi abuela Ramona la usó *sesentitrés* años y tuvo nueve hijos, sólo uno epiléptico.

*Ite, missa est.*

Meses más tarde: el sobrerrelieve, la gigante culo al aire, el titán atrofiado por las paperas. Y cualquier día de estos se cumplirá el año atroz y me morderé pa'no llamarte. Cuándo se cumplirá el año, dicho sea entre paréntesis. De cualquier modo, no pienso aparecer, a ver si no va. O si va. Eneas y Dido. Kierkegaard y Regina Olsen. *Odi et amo*. Tania y Discépolo. Esteban y... Viaje a Córdoba en los veloces y confortables trenes Flecha de Plata y toque allá la mandolina durante treinta y seis horas. Me quedan veinte.

Hay otros planes de excursión. Firme aquí.

Me llamo Esteban Espósito, no es un buen nombre.

En efecto, no es ningún nombre. Somos mil. Él es mil. Legiones de argentinos se frustran sistemáticamente alrededor de los treinta años, dejarlo que reviente. Viva el fracaso. Veinte millones de malogrados, deslucidos, abortados y fracasados te saludan, viejo Discepolín. Adelante, cabrón. Hundirse usted. Confesar me llamo expósito que no sólo no es un nombre estupendo sino siquiera un nombre de ninguna especie.

Trataré.

Ficha históricogenealógicaprenatal de Esteban Espósito, única protobiografía completa de un argentino, desde el zanjón ignoto hasta los fórceps, desde el estado espermático hasta su casi fatal naufragio fetal en el líquido amniótico, sus muchas diversas metamorfosis, y sus correspondencias con otros ensayos de la Naturaleza, análogos y monstruosos, que precedieron a la aparición del hombre sobre la Tierra.

Bien. Algún antepasado mío fue arrojado a la alcantarilla y de allí lo recogieron; aunque, si se lo mira con calma, ésta también es una idea narcisista. Dejemos la alcantarilla. El hecho es que un hombre remoto cumplió la mayoría de edad y, al salir del orfelinato, el Señor del Escritorio dijo: Atención, guachito, vamos a darte un apellido. Te llamarás Expósito. Con equis. Y él, que seguramente tenía el humor siniestro de casi toda mi familia, pensó gracias, Spicciafuocco es peor. Sin contar con que si uno se llama Gambastorda o Roncaforte puede jurar por Dios que no pertenece a la casa de Alba. Yo, en cambio, soy mi propio origen, me celebro y me fundo a mí mismo. Que vengan a probarme que no desciendo de Alfonso el Sabio o de Bernal Díaz del Castillo, gran prosista. Y él salió a la calle, miró en torno y dijo: Todos los argentinos somos expósitos. Guacho: gaucho. Un orfanato planetario de 3694 kilómetros de largo por 1460 en su anchura máxima, limitado al norte y al poniente con otros asilos de desolación, al este con el exilio y al sur con la Nada. Lo cual explica muchas cosas; entre otras, nuestra falta de orgullo nacional, nuestro

sensiblero amor a la madre y nuestra moral de *carpe diem*. Veamos, reflexionó. Ontología patria. Expósito Ixpiacoc, el abuelo primordial, intenta echar raíces. Oye una fanfarria, ve a distancias telescópicas un árbol copudo, observa a unos niños rotos y gambeteadores disputándose con pasión una pelota. ¿Qué ha percibido? Himno nacional que celebra de los rudos campeones los rostros, Marte mismo parece animar. No es un himno, es una payasada. Para no hablar de la Marcha de San Lorenzo, con Febo, que asoma, y un sordo ruido que oír se deja. De corceles. Ñatos matungos petisos y unos paisanos chuecos que vienen a ser las Huestes. Cero en historia. El árbol es un ombú, que ni es árbol ni pertenece al paisaje. Es una planta, un yuyo, un arbusto a escala de dinosaurios. Solo y anacrónico como los leones de don Quijote. Algo lo desarraigó de la selva y lo empujó hacia el sur, Dios, o el azar, o su propia voluntad de gigante loco que se puso a caminar contra el pampero por contrariar a la naturaleza. No sirve ni para leña ni para empalizada ni para muñirse de garrote. Fofa como una madre, sólo da sombra. Y asilo. Una planta desarraigada para el descanso de la huida de un huérfano trasplantado. Deporte típico: *foot ball*. Balompié es peor. Boca juniors. Algo así como un concubinato monstruoso entre Garibaldi y la Reina Victoria. Qué país, manes de Atahualpa. Si hasta él, zorzal criollo, el bronce que sonrío. Viejo Carlitos, cómo nos hiciste la porquería de nacer en Francia. Habría que fundar todo otra vez, dijo. Y creció y se multiplicó y perdió la equis. Hasta que, en la conmoción oscura y violenta de una siesta pueblerina: el Gran Misterio del Galpón. Jodienda y cachondeo sobre las tibias amarillas pajas. Ellos, los microzoos metafísicos. Conmigo a la cabeza. Eran miles, somos miles, cientos de miles arremetiendo juntos. Nunca imaginó nadie jornada más gloriosa. Un batifondo de epopeya conmoviendo los valles de la uretra, Falopio que soplabla su trompeta; los hocicos resollantes de las tencas. Y él, Güemes bicrobiano, Estebanzoide, dando feroces alaridos épicos. Y él era yo. Los otros rodearon suicidas los últimos reductos, de cabeza locamente se lanzaban hasta que las resistencias cayeron con fragor, y yo, que entonces era él, advertí de pronto la Puerta Estrecha, la grieta franca y enigmática. ¡Ábranse!, debí de gritar mientras pensaba para mis adentros: Y ahora, qué. Me derrumbó la noche. Oremus. Esbebanzoide ha muerto. Te llamarás Estebanfeto. Bien. Y él fue como los pólipos. Y él durmió, y al despertar fue como el pez de pupila alucinada. Y soñó. Y al despertar fue como los renacuajos. Entonces, meditó. Encogido sapo, filósofo uterino, reflexionó acerca de profundos misterios. Quién, qué soy, se interrogó clamando en la honda noche húmeda, de dónde vengo, para qué. Y cantó en las tinieblas su canción acuática: Oh lejana irrecuperable infancia, yo era el alegre delfín cola de pez, había sitio en el universo para mí y ahora todo tan remoto y sumergido. Porque se encontraba a punto de tomar una resolución, y Esteban, como la Naturaleza, cuando está triste o desorientado canta. Pero a veces sus cantos son espantosos. Y la resolución que él debía tomar era crecer. Y creció. Y

él mismo fue en sí mismo y dentro del claustro materno todo el origen de todas las especies, y la naturaleza evocó y repitió en él sus primeros repugnantes tanteos, sus horrorizadas vueltas atrás y sus deformidades. Un día le borró la cuerda dorsal como ya otra vez había diezmado los peces de enormes caparazones. Y, delirante, al día siguiente, le inventó riñones gigantescos, esponjas bestiales que poblaron hasta casi reinar en ella, la bóveda del peritoneo. Y tuve un hígado titánico, un hígado prometeico, que combatió por su mundo visceral: un hígado como para mil buitres. Y tuve una cabeza de pesadilla, fantástica en su pavorosa degeneración, una cabeza del tamaño del vientre de mi madre, que reinó y mandó sobre mi triste cuerpo. Cosa que aún me pasa y que es algo molesta para vivir, hablando en general. Pero no quemar etapas. *Natura non faecit saltum*. Estamos aún en el planeta húmedo, en el fangoso y demencial período de agigantamientos, época incoherente y monstruosa que, en la panza usada por mis equinodermos y moluscos y medusas para dar una forma nueva y un alma inmortal, corresponde a las noches ciegas y horrorosas en que la vida planetaria borroneaba históricamente bestias descabelladas, reptiles con plumas, quimeras fuera de toda lógica, bichos heteróclitos, abortando sin amor sueños infames que eran simultáneamente pájaros y caimanes y algas devoradoras y mamíferos y reyes del agua. Entonces, y no antes, comenzó la Creación: la equilibrada música, el ordenador principio masculino del arte frío y de la naturaleza diurna. Los peces de enormes caparazones, los gusanos altos como árboles de gelatina y miedo, los pobres seres gigantescos con cerebros de pollo que aprendieron a mamar de madres como montañas, fueron descartados como capítulos de borrachera y locura, y yo, que entonces era todos ellos, sentí disolverse el riñón primitivo, la vesícula umbilical, los apéndices teratológicos e irrumpió en mí o yo irrumpí en la forma, el más inexplicable secreto del universo: cayó como una magia en el centro de mi repulsión y operó fría, cautelosa, corrigiendo errores y brutalidades. Y él creció y envejeció en sus pantanos. Y una mañana, al crepúsculo del alba, fue el Diluvio microcósmico, el estallido de las bóvedas fetales, el líquido amniótico desbordado a torrentes de los ríos del cielo. Y todo era otra vez como siempre había sido. Él pensó: Voy a morir, lo sé. Lo último que sintió fue una presión formidable en la cabeza y un relámpago que lo dejó ciego. Edades glaciales se precipitaron sobre el caliente mundo. Lo deslumbró la blancura de la muerte mientras pensaba: ¿Y ahora, qué? Nací el 27 de marzo de 1935. RIP. Te llamarás Esteban Espósito. Y ahora qué.

Los caballos últimos, la alta yeguada espléndida, huerfanito, el huir para siempre de los perros vengativos que vienen con la repetida muerte: no hay más que esto, esta disparada vertiginosa hacia el Estebanfuego. Inexorable y solo. Expósito.



**SEGUNDA PARTE**  
**SANTIAGO O LAS MÁQUINAS**  
**QUE CANTAN**

# I

SANTIAGO SE MATÓ ESA NOCHE. El balazo le abrió el cráneo en cuatro, como un gran huevo, y la explosión le saltó un ojo. La idea, aproximadamente, es ésta: un huevo a medio empollar, porque es necesario imaginarse un huevo con cierta consistencia interna, partido en cuatro. El pollito, formado a medias y con ese aire de ambigüedad gelatinosa que adoptan las criaturas de Dios antes de llegar al mundo, entre la putrefacción y la vida, vendría a ser, derramándose pesadamente por las grietas, la masa encefálica del jujeño. Yo no lo vi, puesto que a esa hora, Graciela, deambulaba buscándote entre los cantos y la tormenta, en el Cerro de las Rosas; pero igual me acuerdo. Sólo tengo alguna dificultad para pensar el ojo. El ojo de Santiago, aparte, con el iris de un verde tenue, ligeramente traslúcido; solo sobre la mesa o quizá aún más lejos, caído en el suelo. Intacto. Mi error consiste, supongo, en que no puedo imaginarme a Santiago desde ningún ángulo del cuarto, como no sea de allí, desde el ojo.

El resto de la imagen: el cuerpo todavía sentado, los objetos de la habitación, la posición de la cabeza, el empapelado de luces, el brazo derecho del jujeño balanceándose al costado de la silla, sobre todo el balanceo isócrono de su brazo, y los dedos, aún enganchados al guardamonte de la Ballester Molina, dos dedos: todo esto sigue siendo tan nítido para mí como la última imagen que me queda de él. La de la galería en construcción, ese anochecer.

«En esa galería, ya terminada, todavía hoy están las máquinas que cantan», dice mi cuaderno Leviatán. Escribí esas palabras hace años, en el hotel donde se mató Santiago. Hoy las corrijo en un bar de Buenos Aires, lejos de todo aquello y de las primeras páginas de este libro. He vuelto más de una vez a Córdoba, tratando de encontrar no sólo a quienes vivieron esta historia sino al que hace años regresó para escribirla. Ni yo ni ellos ni la ciudad estábamos allí. Escribo ahora en cualquier parte. He descubierto, acaso demasiado tarde, que la ciudad y vos, Esteban Espósito y la muerte de Santiago irán conmigo adonde yo vaya sin necesidad de que los busque. Es extraño ver pasar el tiempo no sólo sobre la vida sino sobre lo que se escribe. A medida que los años me acercan al final de este libro, los años me alejan de la historia que cuenta, y mientras más me alejo de ella, más cerca me siento de comprender quiénes éramos. Tal vez un día lo termine; tal vez ese día sepa realmente cómo eras o por qué, antes de matarse, Santiago entró en la galería en construcción. En esa galería, ya terminada, estaban todavía, hasta hace unos años, las Máquinas que Cantan. Él me habló de ellas, al mediodía. Las Máquinas que Cantan, ese nombre les dio. Son aparatos tragamonedas. En la parte superior, detrás de un vidrio, contra un decorado de palmeras, plátanos y cocoteros, se ve una orquesta de animales de paño, preferentemente patos y monos. «Uno echa una moneda», me explicó Santiago, «y

los tipitos empiezan a tocar y a zarandearse como locos». Y sacudía la cabeza al decírmelo, riendo, como quien piensa: lo que no inventan. Son feas, naturalmente, pintadas de colores chillones. El inagotable mal gusto de nuestro tiempo ha querido que tengan una vaga semejanza con los aparatos de televisión. Sin embargo, la última cosa que hizo Santiago, antes de matarse, fue recorrer la galería de punta a punta y poner una moneda en cada máquina. Lo vi cuando volvíamos del Observatorio, ese anochecer. Vos habías dicho: «El poeta, tu amigo», y señalaste hacia el lejano extremo de la galería. Pensé decir que no, que aquel hombre que entraba no era Santiago; pero después te fuiste y me quedé solo, envuelto en ese crepúsculo y en mitad de la calle, y pensé que sí. Únicamente a él, al jujeño, podía ocurrírsele una idea semejante: la de meterse en una galería en construcción sin advertir que del otro lado no había salida. Lo vi regresar sobre sus pasos y alejarse de mí, seguido de una creciente musiquita, múltiple, estrafalaria. Y aunque más tarde, en el hotel, cruzamos unas palabras a través de la puerta entornada de su pieza y volví a verlo un instante, digo que aquél es mi último recuerdo de Santiago porque me resulta imposible no vincular ese acto, al anochecer, con el otro, a la madrugada. A tal punto que sin aquella música su muerte se me hace pobre, casi inútil, inconclusa.

«Cantan, te digo», y se reía. Cómo que cantan, pregunté, contagiado yo también por su risa: ¿los animales cantan? «No, las máquinas. Toda la máquina: es como si la máquina entera cantase». Y yo dije: Toca música, querés decir; hay un disco que toca música, adentro. Todo era tan absurdo que a los dos se nos sacudía el cuerpo de tanto reírnos y Santiago tenía la vena de la frente como si fuera a estallarle, aunque cuando hablé me miró de un modo extraño, sin dejar de reír, pero con un gesto casi patético y tan poco adecuado a la situación que aún hoy sólo encuentro esa palabra (extraño) para describirlo. Dijo: «Bueno, supongo que sí, que ésa ha de ser la explicación, chango». Y se me atragantó un sorbo de mate y casi lo dejo escapar por la nariz, mientras el jujeño soltaba una carcajada limpiísima, idéntica a la de esa mañana repitiendo que sí, que ésa y no otra era la sensata explicación de todo. Esto fue al mediodía, Graciela: antes que él contara la muerte de su padre y me mostrase la fotografía de bordes ondulados, antes que yo, al tocar los anillos, recordara haber roto un año antes mi compromiso matrimonial con una muchacha de nombre Beatriz y recordara otras muchas cosas vinculadas a Esteban Espósito. No tantas, es cierto, como para entender qué hacían esos anillos en este saco, ni por qué me obligaban a pensar en la Plaza Irlanda, pero suficientes como para despreocuparme del jujeño y de sus palabras, y (aunque lo hubiera sentido) también de todo lo que me obsesiona, que no he visto, pero que no puedo dejar de ver ahora, desde el ojo.

El balanceo del brazo, por ejemplo. El brazo, con la pistola, una Ballester Molina reglamentaria, balanceándose colgada de la mano derecha. El dedo índice y el dedo del corazón calzados dentro del arco del guardamonte, sobre el disparador, como si el

jujeño hubiera gatillado rabiosamente, con los dos dedos. Porque lo primero que veo desde el sitio que dije es la mano, afilada y morena, y su movimiento pendular; detrás, la pierna derecha rodeando con firmeza la pata de la silla. Para que el cuerpo ofrezca resistencia y aguante el sacudón. La otra pierna hacia adelante, más descansada y blanda. Cómo hizo el ojo para caer al costado del cuerpo, y no hacia el frente (lo que me hubiera impedido ver la cabeza del jujeño, a causa de la mesa) lo ignoro, pero el hecho es que el señor Ripul, cuando abrió la puerta esa madrugada, lo primero que vio fue el ojo. Gritaba que estuvo a punto de pisarlo. Esto me han dicho, al menos, aunque también me han dicho que, mucho tiempo más tarde, el hotelero, al abrir esta puerta, aún juraba sentir «como si lo estuviera mirando», pero no desde el suelo, sino desde encima de la mesa. Ignoro por qué prefiero la primera versión, pese a que me obliga a imaginar el ojo saltando hacia adelante, como un tapón de sidra, chocando con algún objeto y rodando, por fin, hacia el sitio desde el que puedo ver la mano, la pierna, y con un gran esfuerzo, arriba, doblada sobre el brazo izquierdo, ocultando piadosamente lo más horrible de ese estrago (el vacío, sobre el pómulo) la cabeza del jujeño, partida en la forma que ya he dicho.

Un sacapuntas, sobre la mesa. Es dorado y tiene la forma de una diminuta copa de trofeo; la palabra VICTORY aparece calada en la base. No me cuesta mucho imaginar que también a Santiago le gustaban estas chucherías. Sobre la pared, clavado con una chinche en el borde de una repisa, un detalle de *El Jardín de las Delicias*, recortado de una revista barata. También me acuerdo de nuestro último diálogo, a través de su puerta. Eran las diez de la noche y yo salía para el Cerro de las Rosas.

El jujeño estaba cebando mate.

—Llegaste, entra —me dijo—. Bébetes otras jodidas yerbas.

—No puedo —contesté—. Me esperan en el Cerro. Lo alcancé a ver, a través de la puerta entornada, mirando la noche por la ventana.

—Lloverán bigornias —murmuró; después levantó la voz—. Van a llover bigornias de punta.

## II

Un galope o un desmoronamiento. Y el estallido de la palabra expósito como un mazazo admonitorio aplicado contra una campana neumática sumergida a incalculable profundidad y soportando, conmigo de pasajero, la presión fantástica de millones de atmósferas. Me devolvió a la superficie de las cosas, a Córdoba, a vos, como si me *arrancara* desde el fondo de un mar. Quedé sentado en la cama. Alguien o algo acababa de abandonar el cuarto y yo tenía la espalda empapada. No había dormido; sin embargo, cuando oí el tumulto y escuché mi nombre fue como despertar. Salté de la cama pensando: Tengo que verla. El saco, sobre la silla, volvía a ser un objeto inofensivo y familiar, o acaso lo del saco fue a la mañana. Y el origen del escándalo, afuera, se redujo a unos ruidos de fratachos, a unas picas, a una sonora máquina de mezclar cemento. Moraleja, pensé. ¿Cuál? Lo pensé un momento después, en la vereda, cuando el albañil me dijo que su cigarrillo era negro. No hay como ver un obrero, en ciertas circunstancias. Tan saludable que me pareció panfletario. Con gorra y todo. Debe descender de vascos: colorado, sonriente y enorme como un bebé de dos pisos; da la impresión de haber hecho una revolución social para él solo. En una mano traía un cigarrillo, en la otra, un balde de mezcla. Iba por la realidad con su balde de mezcla como un nene con la budinerita de la hermana. Yo le había pedido fuego. Tenía mi encendedor en el bolsillo, pero yo le pedí fuego, no pude evitarlo, supongo que se trataba de algo parecido a mi frase sobre la metafísica y la hepatitis, esa mañana con Santiago. Pero estaba visto que hoy me había metido en el mundo por una puerta equivocada, porque él, antes de poner en contacto su cigarrillo con el mío, creyó necesario advertirme simplemente: «Es negro». Crucé la calle con mi propio cigarrillo negro apagado, vi un bar, fui derecho al mostrador y pedí el teléfono. Yo tenía que hablar inmediatamente con vos. Cuando levanté el auricular me di cuenta de que no sabía a qué número llamarte. El barman me miraba. ¿Y ahora? Algo había que hacer con ese teléfono. No todo estaba perdido: yo conocía, por lo menos, el número de mi hotel. Marqué y oí del otro lado un susurro algodonoso. El señor Ripul. Como si un gusano de seda se comunicara conmigo a través de las paredes de su capullo.

—En ese hotel pernocta un escritor. Espósito. Un escritor muy importante. Dígale que lo llama la madre. Rápido, por favor.

—Un momentito —dijo Ripul.

Esperé. Ya había redactado mentalmente un mensaje complicadísimo, destinado a mí mismo, cuando oí que levantaban el auricular, y oí, hablándome desde allá, mi propia voz.

—Hable —dijo mi voz.

Colgué.

Entonces te vi. Sentada en la penumbra del café ante un vaso que no era daikiri ni calvados ni pernod, vestida totalmente de negro, a mediodía, con el largo pelo sobre la cara, pero sentada ante un gran vaso de leche, rodeada de ningún misterio, en una mesa desde la que se podía vigilar la puerta de entrada a mi hotel, terminando de comer algo que en el mejor de los casos podía ser torta de manzanas y, en el peor, una porción de pizza. En silencio me senté a tu lado.

—No te vi llegar al hotel —dijiste. Como si la escena frente a El Vesubio nunca hubiera ocurrido—. Casi me voy.

Terminaste de beber tu vaso mientras me mirabas. Cuando bajaras ese vaso te iba a quedar una orla blanca alrededor de los labios. Fue exactamente lo que ocurrió. Ahora se limpia la boca con el dorso de la mano, pensé. Y aún hoy no sé qué era lo más inquietante en vos, si este tipo de comportamiento o aquellas otras zonas de ambigüedad que dejaban transparentar ciertas palabras, ciertas alusiones a un mundo que me era totalmente ajeno. El mundo de Verónica o de Bastián, el mundo amenazante y hostil del Cerro de las Rosas, el mundo de Mariano o el tío Patricio, suponiendo que a Patricio ya lo hubieras nombrado. Sin dejar de mirarme, te limpiaste la boca con el dorso de la mano. Tu boca era grande y sensual, desnuda de pintura. Y la palabra desnuda significa precisamente lo que sentí. Volver a verte era como estar mirándote siempre por primera vez. Como si te pintaras los ojos por la misma razón que mostrabas tu boca tal como era o escondías la cara bajo tu pelo. Lo que yo ignoraba era esa razón, a menos que ciertas cosas carecieran de razón, o significaran todo lo contrario de lo que parecían. Yo había comprobado infinidad de veces que la belleza de la mujer es su escudo. Esas formas o combinaciones de formas que llamamos belleza, las que despiertan el instinto sexual del varón, son las mismas que lo cohiben o paralizan, de ahí que las mujeres hayan venido paseándose más o menos desnudas desde el principio de la creación, o más o menos vestidas, lo que es peor, sin que uno tenga una idea clara del secreto de esa impunidad. Y estaba a punto de encontrar una relación muy compleja entre la inhibición sexual que produce cierto tipo de mujer bella y el origen del placer que provoca la contemplación estética, cuando me di cuenta de que era necesario decir algo.

—Qué comías —pregunté.

—Pastafrola. Dos. Y vas a tener que pagármelas porque no tengo con qué. Ya estaba un poco desesperada. Tuve que pedir la otra para ganar tiempo.

—Y qué pensabas hacer si no me veías.

—No sé. Alguien iba a pasar. De todos modos estás acá, ¿no?

Llamé al mozo y le pedí un café doble. Me miraste. No tuve más remedio que preguntarte si querías algo.

—Bueno —dijiste—. Pastafrola. —El mozo me echó una rápida mirada de complicidad y asombro, como si pensara «¿qué me dice?», o «quién iba a imaginarse

una cosa semejante». Era un mozo sensible y chapado a la antigua. Fue hacia el mostrador y vino como si le doliera el corazón—. ¿Con quién hablabas? —preguntaste y yo no comprendí—. A quién llamabas por teléfono.

—No es tan fácil de explicar.

Sonreíste y dijiste que intentara. Después tomaste los paquetitos de azúcar de mi plato y, cuidadosamente, comenzaste a desenvolverlos. Parecías absorbida por aquella operación. Satisfecha, echaste uno de los terrones en mi taza. Yo dije que mi intención había sido llamar a tu casa pero que ya tenía el teléfono en la mano cuando recordé que no sabía tu número (movimiento afirmativo de cabeza), lo cual me puso en una situación incómoda ante el señor de la caja registradora (gesto de no entender el problema) porque soy de esas personas enfermizamente tímidas (mirada neutra) que no lo parecen. Nadie pide prestado un teléfono, levanta el tubo y vuelve a colgar sin marcar ningún número. Vos dirías que mucha gente lo hace (afirmación), ya que uno tiene todo el derecho del mundo de arrepentirse, pero justamente mi problema es que no soy como mucha gente (mirada neutra) de modo que cuando tengo un teléfono en la mano y alguien me mira, o hasta si nadie me mira, siento el impulso irrefrenable de hacer algo con él (¿por ejemplo?), metérselo en el culo a la señora de esa mesa que no se pierde palabra de lo que digo (tos en la otra mesa) de modo que llamé al único número de Córdoba que recordaba, el de mi hotel, y pregunté por mí, calculando que me dirían que no estaba y todo volvería a la normalidad.

—El problema es que sí estaba —dije.

La señora de la otra mesa pagó y se fue. Vos, sin mirarme, sostenías en la punta de los dedos uno de los terrones de azúcar.

—En el hotel. Estabas en el hotel. Y... ¿de qué hablaron?

—No hablamos. Me atendió Santiago. Cuando dijo «hola», te vi.

Dejaste caer el terrón en mi taza y abriste el segundo paquete.

—Santiago y vos tienen la voz muy parecida. Es cierto.

Yo no podía apartar mis ojos del movimiento hipnótico de tus manos, ocupadas, pensé, no tentó en ir poniendo el azúcar en mi taza como en repetir una ceremonia, pero no una ceremonia tuya sino mía. Y esto tampoco era fácil de explicar, suponiendo que necesitara explicárselo a alguien. Puede resumirse diciendo que los tipos que se comen las uñas tienen grandes dificultades para abrir paquetitos de azúcar. Si están solos, los abren con los dientes. Si no, ocurre lo que estaba sucediendo entre tus manos y mi taza. Como entretejer algo, la trama de un tejido impalpable.

—Vos te vas a enojar mucho —dijiste de pronto, sin interrumpir el hilado de esa red—. Pero yo creo saber lo que te pasa. —Como confesión era inesperada y hasta intimidante. Estabas a punto de hablar demasiado seriamente de cosas que requieren años de convivencia. En las novelas de Tolstoi estas conversaciones ocurren entre

Nicolás Rostov y la condesa María en herméticas habitaciones nupciales. Y en la realidad también, cuando la mujer ya nos ha visto demasiadas veces sacar pecho delante del espejo o hacer flexiones en calzoncillos. No son necesariamente irreparables, y hasta forman parte de la felicidad humana. Sólo que ningún hombre está preparado para oírlas—. Vos buscas algo que no vas a encontrar nunca. Es como si no vivieras. Miras, buscas por todas partes, y te olvidas de vivir. Te ves vivir.

—Estás hablando en serio —dije. Terrón, mirada.

—Estoy hablando en serio. Te ves, te ves continuamente, y eso es lo que te impide estar de veras en el lugar que estás. Te dije que te ibas a enojar, y los cigarrillos están ahí.

—No busco cigarrillos. Necesito una pastilla para el corazón. Ya está. En veinte segundos te explico todo, pero antes a ver si entendí bien. Según vos, cómo decirlo sin parecer enojado, según vos a mí me importa un soberano carajo del mundo real, busco algo que no sé qué es, husmeo el aire y voy de acá para allá como si fuera un perro loco, sólo que todo esto ocurre más bien dentro de mí mismo, o sea que soy como un chico autista que tuviera Parkinson, y además me desdoble. Ah, no, no me digas que no, ahora empecé a hablar y sigo hasta aclararte tus propias ideas sobre mí, porque sabes una cosa: es cierto, pero y vos cómo lo supiste. Cómo hace todo el mundo para saber siempre lo que me pasa y yo nunca lo sé hasta diez años después.

—Por eso, porque te ves vivir, no te das lugar a sentir las cosas como son. Digo lugar, no digo tiempo. —Entonces me sobresalté realmente, porque si vos acababas de decir eso tenías mucha más razón de la que creías. No era en absoluto posible que este diálogo fuera posible, nada de esto podía suceder—. Estás acá —dijiste—, estás hablando o simulando escucharme, pero vos, vos mismo no estás conmigo, andas vaya a saber por dónde, mirándonos hablar. Y lo sé, Esteban, porque estar con vos es como no existir del todo. Ni yo me siento real.

Y en el momento en que dejabas caer el último terrón en mi taza supe que si yo tenía algo que decir, debía hacerlo ahora, porque todo el tiempo que me quedaba para hablar iba a terminarse apenas dejaras de hacer lo que habías comenzado a hacer en este preciso instante, de modo que en cuanto tomaste la cucharita y comenzaste a revolver lentamente mi café me zambullí de cabeza en el minúsculo *maestróm* negro y dije que sí, que no tenías ni la más remota idea de la verdad que estabas diciendo, pero que sí; sólo que por casa cómo andábamos ¡mirada de sorpresa! o dicho de otro modo, ¿vos habías estado viviendo realmente el acto de ir poniendo terrones de azúcar en mi taza, estabas de veras revolviendo mi café? Pero no debía interrumpirte, debías seguir haciéndolo, de lo contrario corríamos el riesgo de desvanecernos en el aire, en serio te lo estoy diciendo, y sobre todo espero que ahora seas vos la que se enoje, cómo podías hacerme creer que estabas conmigo con tanta intensidad, pasión, entrega naturalidad, inocencia vital o como se llame tu modo de estar conmigo si al



mismo tiempo podías percibir que yo estaba buscando algo (mirada de no entender), no digo buscando en la vida, digo en los bolsillos, muy bien, y que eso era exactamente lo que me pasaba a mí sólo que multiplicado por cien mil, por un millón, cosa que de ninguna manera me parecía una virtud o un privilegio sino una desdicha, una tara, y puesto que habíamos llegado a este punto de la condición esencial de Esteban Espósito, pero no por mi voluntad quede bien claro, debía confesarte que yo había buscado como nadie una sola cosa en mi vida, la felicidad, hasta que una mañana o una noche me desperté en el infierno o en una cama ajena enfermo de una curiosa pestilencia que se llama *tristitia* aunque le caben casi infinitos nombres y que desde ese día no pude volver a estar nunca ligado a mi propia vida, ni a la de nadie, y comencé a ser una especie de espectador de los otros y aun de los que amé y sobre todo de mí, *sobre todo de mí*, como si tuviera en la cabeza un fantástico ojo de mosca (gesto de leve repulsión) y al mismo tiempo viviera dentro de un ojo poliédrico, y entonces te ves, por supuesto que te ves, pero porque no puedes dejar de verte, te ves riendo, amando, hablando por teléfono a tu hotel, y el único momento en que no te ves (dejaste de revolver el café y me miraste) es cuando te sentás a escribir diez rengloncitos de mierda sobre lo que imaginas que has visto, revolvé otro poquito por favor, y ahí es cuando te empiezan a ver los otros, los que dictaminan si tus diez rengloncitos sirven para limpiarse el culo o qué. Y esto se llama cantar *Che gélida manina* en búlgaro.

Apoyaste la cucharita sobre el plato. Cuando todo estuvo en orden, arrimaste hacia mí la taza como quien ha iniciado algo importantísimo y ahora alienta al otro a que lo termine victoriosamente.

—Se te enfría —dijiste.

Me reí. Me reí de tal manera que casi me caigo de la silla.

—Vos me entendés —dije.

Dijiste que sí, mientras yo cantaba para adentro una cosa que sonaba más o menos como *aspeti signorina* le diré con *due parole qui son e que facho e come vivo. Qui son. ¿Qui son? Sonó un poeta. ¿Que cosa facho? Scribo. ¿E come vivo? Vivo.*

—Las dos y media —dijo una voz, a mi espalda.

### III

Las dos y media. ¿Las dos y media de la tarde? Según esto me has estado esperando en este café casi dos horas. Me doy vuelta y le pregunto al señor de la otra mesa qué hora dijo. El hombre, sorprendido, también se da vuelta y durante unos segundos que parecen durar muchísimo nos quedamos así, retorcidos e incómodos, casi tocándonos. Una cara solemne y vegetal. Como una mandioca que fuera al mismo tiempo profesor de urbanística. Me parece haberlo visto la noche anterior, en el Paraninfo, enmarcado en una de las paredes. No sé a quién puede haberle dicho la hora, porque con él no hay nadie. Tal vez es un hombre preocupado y habla solo; tal vez la voz vino de alguna otra parte.

—La hora —le digo.

—Ah, sí. Cómo no —dice. Busca en el chaleco su reloj de doble tapa, heredado de fray Mamerto Esquiú, lo abre, se pone los anteojos de leer—. Catorce y veinticuatro, exactamente.

—Muy amable, licenciado. Gracias.

—El gusto ha sido mío —pasmosamente dice el hombre. Tal vez tiene un sentido del humor prodigioso; tal vez es un melancólico que se ríe secretamente del mundo. Tal vez he estado dialogando sin saberlo con un ser solitario y extraño que merecía todo mi respeto. De nuevo frente a mí tus ojos. La palabra es convencional pero irremplazable: relámpago. Tan fugaz que casi se me escapa. Hace un segundo significó algo.

—Qué pasa —pregunto.

—Ahora nada.

—No, no digo ahora. Hace un momento.

—Pensaba —dijiste. Acercaste tu cuerpo hacia mí por encima de la mesa. Muchacha en la cama, acurrucándose. Me invadió de pronto una invencible ternura y me dejé arrastrar por ella, qué podía perder. Un caballero angelical con cara de mandioca, tal vez algo loco, había realizado un mínimo milagro. Hay en vos, pensé, zonas claras e infantiles que me desconciertan y que acaso temo mucho más que a las otras. Y en las otras para qué pensar. Y vos dijiste—: Cosas oscuras, no sé. Tenés pozos de resentimiento y hasta de maldad. No hagas caras, es cierto. Y a veces, como hace un momento, cuando hiciste esa morisqueta, es como si salieras de un lugar tormentoso a otro de transparencia. No te rías.

—No me río.

El señor de la mesa de atrás se ha levantado. Debió correr su mesa hacia adelante para no molestarme pidiendo que yo corriera mi silla. Tan sigiloso y gentil que apenas alcanzo a verlo salir del café. Pienso algo absurdo y, por alguna razón, casi intolerable. La primera persona de la ciudad que desaparece para siempre de mi vida.

## IV

Caras, lugares, palabras. Hay, incluso, palabras que fueron pronunciadas no sé cuándo, y que no encuentran sitio, como si hubiesen sucedido en el plazo brevísimo de un sueño que, al ser contado, maravilla por su extensión; recuerdo la palabra *frialdad* y una voz que dice: «Qué poco significan ciertas palabras, ésa por ejemplo, o egoísmo. Quién sabe dónde terminan la frialdad y el egoísmo y empieza lo único verdadero que tenemos, chango. Vivir. Pero a qué le llaman, qué es vivir para estos atorrantes», dijo Santiago y no se refería a nadie en especial, ni siquiera daba la impresión de estar hablando conmigo. Detrás de él había un largo paredón de piedra contra el que parecía borrarse el gris de su traje, y asomaban unos árboles. Antiguos, había dicho antes, *como el miedo*. «Estamos solos sobre el corazón de la tierra atravesados por un rayo de sol, y de pronto anochece», lo dijo y yo me asombré: era difícil imaginar al jujeño leyendo a Quasimodo. «Vivir. Hoy lo nombraste a Balzac: ¿vos te crees que se pueden escribir semejantes novelas si el gordo hubiera hecho alguna vez lo que éstos llaman vivir? Dos mil personajes, madre mía... Pero me gusta la vida, ahí está la cosa. La vida de ellos, sí, más que la de Balzac. Quiero tomar vino en bota y cojer tirado en el pasto, estoy podrido de libros y de emparedarme en una pieza a la luz de una lamparita eléctrica en pleno día o en plena tarde, mientras afuera un sol redondo grandote como chupetín de mil pesos. Ahí tenés una metáfora». Se rió. «Y la mujer y los hijos», dijo con seriedad, «en la pieza de al lado, tratando de no pisar fuerte para no meter bulla porque el poeta está de parto. *Papá escribe...* Vean qué lindo. Sin embargo, era lindo...». Me miras con cara de risa; soy contradictorio. Y cómo querés que sea. Porque oíme, ¿de qué mierda sirve la vida?... Suponete un tipo que nace a contramano, algo así como un albañil con las ideas de un arquitecto gótico, que quiere hacer la Portada de la Gloria de Santiago de Compostela, pero con un fratacho y medio kilo de cal, que viene y te dice: y vos te crees que vale la pena tu famosa vida, tus verdes yuyos y tu linda chinita, tus vides como manzanas y todo el cielo arriba y toda la gente abajo y toda la risa de dos changos gordos como el niño Jesús, y uno en camino, si no podes levantar el San Lorenzo, como quería Leonardo, y ponerlo sobre otro pedestal, o escribir los dos mil personajes de Balzac... Te regalo un tema, Espósito: un pobre infeliz que, cuando se sentía modesto, lo menos que pensaba era cantar la guerra de Troya y se enganchó en el ejército de Agamenón y anduvo a los hachazos y violó a una teucra. Y se tomó todo el vino de la ciudad, cantando y asolando. Pero escribir, no pudo. *O pior*, fíjate. Un día se topó con un linyera ciego que, por un vaso de tintillo, agarraba el laúd y se acompañaba en la *Ilíada*. Me reí.

—Llegaste tarde —dije—. Eso se llama *Mozart y Salieri*, y lo escribió Puschkin. Santiago, que estaba apoyado en la pared, se puso a caminar tranquilamente. Lo

seguí. Me pasó un brazo por el hombro y murmuró:

—Te das cuenta. Eso, justamente, es lo que yo digo. Luego volvió a hablar de los árboles.

## V

—Pero por supuesto, doctor. Total y definitivamente de acuerdo. Yo también creo, es más, afirmo, y hasta me atrevería a desafiar a que alguien me desmintiera, que este país es un cachivache.

—No, joven, no —dijo Cantilo—. Yo quise decir todo lo contrario.

—Yo también, doctor, y ése es el origen de uno de nuestros peores malentendidos. Me refiero a los argentinos, no a usted y a mí, se entiende. Pensándolo bien, qué tiene que ver el país. ¿Qué es el país? Nada, un abstracto. Este país y cualquier país es su gente. Usted, ese gordo, la señorita Cavarozzi. Hasta yo mismo soy el país. ¿Adónde quiero llegar? Permítame. —Yo estaba dispuesto a hablar del peronismo con aquel hombre antes de que acabara el entreacto o aunque debieran suspender el drama de Strindberg. Pero tal vez ha llegado el momento de ser justo. Si hubiera sabido, esa primera noche, dos o tres de las cosas que hoy sé, a este libro le faltarían unas cuantas páginas. Una de las cosas que sé es que Cantilo no es como yo lo estoy viendo; y me adelanto a escribirlo por miedo de olvidar sus soldaditos. Cantilo tallaba soldaditos de madera. Húsares, patricios, paisanos montoneros del alto de un pulgar, legionarios. A esto le llamaba con un poco de vergüenza su *hobby*, y era en realidad una conmovedora forma de la locura que era también un arte. Tenía un tallercito casi secreto en el Cerro de las Rosas y ahí, sábados y domingos, se entregaba como un demiurgo un poco mamarracho a aserrar y pulir e iluminar guerreros de una perdida epopeya nacional microcósmica. Este agrónomo de grandes calzoncillos que por alguna razón muy superior a mi entendimiento también era odontólogo, y por alguna otra razón, que descubrí o creí descubrir al día siguiente, aceptaba que su mujer se acostara con tipos como yo, merece un poco de respeto. Eso es lo que quiero decir, y a su modo ya me lo había adelantado Santiago—. No sea tan ansioso, doctor, si no me deja redondear el concepto va a dar la impresión de que habla usted solo. Y el conocimiento es más amigo del silencio que de la palabra, como dicen los árabes. Tiempo al tiempo. No se siente la utilidad de las nalgas hasta que nos nace un forúnculo. La boca del sabio está en su corazón. Hoy mismo, por ejemplo, en el tren que me traía a Córdoba, vea lo que me pasa. Me encuentro en el coche salón con un señor, uno de esos caballeros, fíjese, asépticos. Pulcros. Que más bien parecen una farmacia. —El jujeño se ahogó con el vino. Vos y Verónica, lejos, allá en la oscuridad de la barra. Y oyendo toser a Santiago pensé: Un amigo, uno de esos remotos amigos de adolescencia con los que bastaba una mirada, un gesto subrepticio de complicidad, sin que hubiera que explicar nada. Ahí está lo que falta en esta mesa—. ¿Me sigue? Bueno, que el hombre hablaba, como nosotros, del país. De este país. Y, por supuesto, a los diez minutos se la agarró ¿con... qué? Exacto, doctor. Con el peronismo. Sólo en un país como éste, ¿no es cierto?, podría darse un fenómeno de circo como el

peronismo. Él no era el país. Mongo Aurelio era el país.

La señorita Cavarozzi, en otro mundo desde el final del acto, aún no se había repuesto de la virilidad de Kurt, quien, en cuanto Alicia se sacó la blusa, se precipitó como una bestia sobre ella, le mordió la garganta, y luego de arrojar a la primera actriz y a la señorita Etelvina en cualquier parte, salió violentamente por el lateral izquierdo.

El doctor Cantilo dijo:

—No me *negará*, joven, que el peronismo...

—Qué le voy a negar, doctor. Si fue lo mismo que argumenté yo. No me va a negar que el peronismo, considerado como fenómeno histórico, fue el producto espiritual de una profunda necesidad argentina. Ya sé lo que va a decir, le dije, se lo leo en la cara. No se ganó *Zamora* en una hora. Que Perón haya sido un dictador y hasta un payaso, está bien, es decir está mal. Lo oíré es lo que no está de ningún modo. Cómo qué otro. Lo otro es la negrada, los lirios del campo, los cabecitas negras, los que se nos vinieron el 17 de octubre con el bombo. El pueblo, la murga, llámelos como quiera. Lo otro es lo que ni el propio Perón se imaginaba, y en eso estamos de acuerdo, no sólo no se los imaginaba sino que si no los para le expropián hasta el tordillo. Que la policía y las torturas y la picana, todo lo que quiera, le dije. Que la quema de las iglesias y la Alianza Libertadora, no me aparto; pero Josefa Bartolotti, que no le había puesto un par de zapatillas a sus hijos hasta que se las regaló Eva Perón, y no me salga con la demagogia y la mala fe política, le dije, doctor, porque entonces Josefa Bartolotti se pone a gritar viva la demagogia, o basta de demagogia, y se hace comunista, ella qué corno tiene que ver con las torturas y la picana. Seamos mayéuticos. Hemos quedado o no hemos quedado en que un país es la gente. No es una pregunta, así que no hace falta contestarla. Hemos quedado. Josefa Bartolotti, por lo tanto, también es este país. Muy bien. También hemos quedado en que esta ejemplar matrona de vasta prole no tiene nada que ver con los aspectos negativos del fenómeno analizado, pero que ella misma, en cambio, *calzada* por primera vez de dignidad y zapatillas, es *per se* un fenómeno positivo. La parte cachivache y a raer de la faz de la Tierra ¿cuál sería entonces? Pero sí, doctor. Justamente lo que yo le dije a mi ocasional contertulio del coche comedor. La parte a raer somos nosotros, los tilingos, los de la picana, los incendiarios, los fabricantes de cepillos. Quién tiene la culpa de la desgracia del peronismo, Josefa Bartolotti, que sólo buscaba calzarse de autoestima y, como dicen los bereberes, encontrar su propio centro para irradiar desde allí la llama de su *amor fati*, o nosotros, usted y yo, que nos pasamos doce años rezando para que Perón nos metiera presos, cosa de tener después algo que contar.

—Ah, no —dijo el doctor Cantilo—. Yo estuve realmente detenido.

—Mis propias palabras, doctor. Yo estuve detenido, señor mío. No hablo por

resentimiento o frustración. Detenido es poco. Porque mi inerte cerebro no avanzaba para distinguir Perón de peronismo. ¿Le soy franco? En cierto modo estuve detenido hasta hace diez minutos. La conciencia es dialógica. Uno no sabe qué piensa de lo real hasta que salta de lo monológico a lo conversado. ¿Qué me iba a decir? No importa. La cuestión hay que plantearla así, le dije. San Martín, que yo sepa, nunca estuvo mayormente preso. Y no me va a comparar a Perón con animales como Fernando Séptimo. Por eso, doctor, yo opino como usted. Hay que dejarse de payasadas y de creer que porque Perón nos metió presos, San Martín, que andaba suelto; viene a ser una especie de acomodado. Ya lo sé, ya lo sé: «Nos levantábamos avergonzados cada mañana», como me dijo mi profesor de Botánica una tarde, en el jardín *des Plantes*. Durante doce años, nos levantábamos avergonzados cada mañana. Y creo que no mentía. Yo más bien me levanto tarde, pero sé qué es eso. Sueño cada cosa. No como San Agustín, que nunca se hizo responsable de sus sueños. Así que comprendo la vergüenza de mi viejo maestro, máxime cuando todo lo que sé de las monocotiledóneas lo aprendí de él, por eso no me animé a preguntarle «Qué has hecho de tu vida», como aquellos personajes patéticos y tremebundos de su amigo Roberto. Sí, doctor, no me diga nada. Ya sé que mi hombre estaba chocho e hice bien en callarme, pero lo malo es que en este país todo el mundo chochea. Y esto sí se lo dije, no a mi mentor sino al caballero del coche salón, pedazo de cínico, le dije, no ve que todos ustedes están chochos, los reblandeció equivocarse con el peronismo, creer en la revolución libertadora, votar a Frondizi, no saber qué hacer si Fidel Castro se declara comunista, sin contar que acá, después de los treinta años, se comienza a chochar por método, por miedo a perder el alma o a que nos vengán almorranas si nos asalta una gran pasión o una gran idea. Nada de grandeza. La grandeza no existe o de lo contrario yo soy enano. Y por eso nos levantábamos avergonzados cada mañana. Pero dígame un poco, doctor, le dije, cómo se levantaban antes, ¿felices?, ¿alelados?, ¿entumidos? ¿No sentían un poco de asco, cada mañana? ¿Y cómo se fueron a dormir la noche de Uriburu? ¿Y ahora? Y la semana que viene. Qué vamos a hacer todos, dentro de quince años, por la mañana, cuando nos despierten al compás de la marcha Capibará y al afeitarnos nos encontremos con eso enjabonado, la jeta, pegada en el espejo, blanca como los sepulcros aquellos de que hablaba mi catecismo. Muy cierto lo que está pensando, doctor, tiene toda la razón del mundo, soy algo joven e inexperto para hablar con serenidad de estas cosas. La tetera mejora con los años, proverbio japonés. Pero quién dijo que en este país hace falta serenidad, y además, ¿yo qué tengo que ver con Perón?, si cuando subió al poder yo estaba pupilo en un internado salesiano y cuando lo bajaron me encontré arriba de un caballo tirando tiros para cualquier parte y a la única que casi le acierto es a Josefa Bertolotti, hágame el favor, le dije.

Alcancé a agregar dos o tres proverbios y oí por fin el timbre de llamada para la

última parte de *La Danza Macabra*, de Strindberg. Ignoro qué ocurrió con exactitud mientras hablaba o cuál era la expresión del doctor Roque Cantilo. Y en cuanto a esto, mejor que lo ignore. Tampoco sé qué hizo Santiago ni por qué vos tardaste tanto en hablar por teléfono. Me acuerdo mejor de tus ojos, afantasmándose entre el humo, y de cómo, más tarde, Verónica no apartó su brazo cuando, en un movimiento casual, su brazo quedó junto al mío en la oscuridad. Verónica, que ahora, con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro entre las palmas de las manos, como dentro de un tulipán abierto en dos, y mirándome desde un fiordo noruego, está preguntando de qué conversábamos, con tanta animación.

—De bueyes perdidos —dijo Cantilo.

Apagón. Luz sobre el Capitán, ojeroso, canoso y ajado. Se ve que también ahí arriba el tiempo pasa de cualquier manera. El Capitán hace una cantidad de cosas, como ser: tirar una caja de cigarros por la ventana, sacar del armario tres botellas y también tirarlas por la ventana, son de whisky, se ve que está loco. Va hacia el piano, le pega unos cuantos puñetazos al teclado. Tira una llave por la ventana. Saca de la *chiffoniére* un gran paquete de cartas atadas con una cinta azul. No las tira por la ventana, las quema en la estufa.

—Mañana, pedile a Cantilo que te muestre los soldaditos —murmura Santiago a mi lado, en la oscuridad.

—Qué soldaditos.

¡Húsares, blandengues, granaderos...!

—Vos decile que te los muestre.

El Capitán, en la costa bávara, sigue rompiendo todo. Si alguien no interviene, este hombre va a hacer un estrago.

Por fin, te veo llegar. Antes de que te sientes, me pongo de pie.

—Vamonos, Strindberg me da miedo —te digo.

Dijiste que sí.

Cervecería Wittenberg. Rechonchos toneleros germánicos, en las paredes, bebían alegremente cerveza, tumbados bajo las pipas de los barriles. Ves llorar la Biblia, dice la voz sobrenatural de Rivero. *De profundis clamavi*. Ves llorar la Biblia junto a un calefón, clama el tango, desde lo profundo del abismo.



## VI

El sonido de la caja registradora, la llegada de Santiago, un canillita que pasó casi cantando «los cubanos no retiran los misiles ultimátum de los Estados Unidos buques soviéticos avanzan hacia la zona de conflicto naves argentinas apoyan el bloqueo» y que fue como un entremetimiento de la realidad, brutal y súbito, exigiendo de Esteban Espósito un certificado de legalidad, un salvoconducto, aquel acto o aquel gesto como un papel firmado y estampillado y puesto en regla, aquello, lo que fuese, que justificara este minuto mío en esta mesa del café frente al hotel donde tus manos se han posado casual y por primera vez familiarmente sobre mis manos, mientras afuera la inminencia de la lluvia, la sombra de Mariano, la amenaza de la guerra, el fantasma sin cara de alguien llamado Patricio, la ciudad repentinamente ensanchada hasta abarcar la circunferencia del mundo y en uno de los rincones de esa megalópolis a punto de estallar, otra ciudad, llamada Buenos Aires, con un desesperado o un loco, Filiberto Toriano argentino de cuarenta y ocho años capturado en un bar de la calle San José llevando un paquete con una bomba de fabricación casera atado debajo de la camisa. El detenido, de filiación peronista, declaró que su intención era detonarla en el Departamento de Policía y suicidarse. Santiago, sentado junto a nosotros, recortó con mucho cuidado la noticia y la guardó en un bolsillo. Quién es Patricio, alcancé a preguntar. «El padre de Mariano», habías dicho evasiva y secamente, y agregaste que ahora sí debías volver a tu casa pero antes de que te fueras todavía sucedió algo, una especie de juego o de viaje imposible, conmigo y con el jujeño, un viaje a una isla, un disparate o un sueño que de todos modos *no pudo suceder* porque no hubo tiempo ni de que lo imagináramos. Más tarde Santiago cruzó al hotel; alguien lo llamaba de Jujuy. Un momento después vos también te has ido y estoy solo. Camino por la vereda de Santo Domingo, veo un remolino de papeles y hojas secas, recojo en el aire la página de un diario. Ley Marcial en Venezuela. Avión norteamericano viola espacio aéreo soviético. 50 Aniversario de la fundación de Río Cuarto. Dos naves flechter argentinas, el Espora y el Rosales, navegan hacia Cuba. Los chinos preparan masivo ataque contra Assan en la India. Cine Novedades: *La cabalgata del circo*. Dólar 136,50 para la compra. Leo riendo un recuadro, lo recorto lo mejor que puedo y tiro el diario a una alcantarilla, pienso que esta noticia sí debería verla el jujeño.

Concilio Vaticano II  
LA REALIDAD DEL INFIERNO  
SE CONFIRMO POR MAYORÍA

LA VOTACIÓN FUE UNÁNIME

CIUDAD DEL VATICANO, 19. - El Concilio Ecuménico Vaticano Segundo aprobó hoy un documento que reafirma la realidad del infierno como el lugar destinado para el castigo eterno por los pecados cometidos.

La referencia al infierno estaba incluida en el séptimo capítulo del documento "De orlesia" (sobre iglesia) que describe las perspectivas del futuro de la iglesia en el mundo.

Algunos oradores del Concilio habían solicitado durante el debate que el capítulo que describe el cielo y los santos también reafirme la realidad (existencia) del infierno.

El nuevo texto fue aprobado por abrumadora mayoría en una serie de cuatro votaciones en las opiniones negativas nunca fueron más de 20 de los 2000 votos emitido por los cardenales, arzobispo y obispos y otros prelados de la iglesia

En ese trayecto, otra vez la Cueva de la Sibila y, a su lado, la librería y papelería *Fausto. Libros usados y religiosos*. Entré. Salí con este cuaderno. Llegué a la casa de Verónica y, desde hace años, estoy allí, detenido en el descanso de la escalera de caoba. La escalera es larga, describe una pequeña curva y va a perderse allá abajo, en la opalescente penumbra del vestíbulo. De un lado, la gran ventana que da al patio de las Catalinas; del otro, el retrato de Laureano Zamudio. El abuelo me contempla socarrón: espera pacientemente su turno. Sabe, desde una madrugada despavorida de hace ciento cincuenta años, que ése que está ahí ha venido también a contar su historia. Él lo sabe, yo en la escalera todavía no lo sé. Yo acumulo rostros, nombres de lugares, la voz de un canillita, palabras que fueron decisivas y palabras oídas al pasar, inscripciones, una lámina de San Jorge que no veré hasta la noche, el fulgor de una moneda (¿cara?, ¿ceca?) en la mano de la Sirenita, el puente de piedra, un remolino de papeles y hojas secas en mi camino a la casa de Verónica, sin ningún orden de importancia ni jerarquía. Con la avaricia de un coleccionista loco. Las pequeñas cosas y las grandes, no por grandes o por pequeñas, sino porque no hubo más que ésas y todo consistirá en que algún día yo las nombre y escriba con ellas una fábula, una historia a la que hoy el recuerdo impone este desorden, o que me impone a mí su caos. Porque esta salvación depende de eso: de que yo evoque cada cosa y la

escriba, como voy escribiendo cada una de las palabras que son Santiago, como escribiré cada una de las que serán Verónica, Lalo o Bastían. Lalo. Es extraño llevar tantas páginas escritas sin haberlo nombrado ni una sola vez. Lo vi esa tarde al llegar a la casa de Verónica. Lalo Ocampo. Cuarenta y seis años. Alto, curtido por el sol, pelo que había dejado de ser rubio para empezar a encanecer, lo que acentuaba su aspecto aristocrático. Cazador de caza mayor. Lo he visto esa mañana, o anoche, durante algunos minutos, y vuelvo a verlo ahora, hablando del suicidio de Hemingway y de rifles de repetición con la señorita Etelvina y sus muchachas. Entre ellas, Inés. Mirada alarmante, pensé.

Borges escribió algo parecido a eso, Villiers también. Pero su mirada igual es alarmante. Inés tenía un pequeño libro en la mano. Todos junto a la mesita de campaña del fraile Aldao. Verónica me presentó al cazador. Lalo, dijo simplemente. No tomes en serio ni la mitad de lo que dice. Él me pidió disculpas por sentirse mal ante los seres profundos y patéticos que usaba Verónica. Soy nacionalmente frívolo, dijo, y explicó que todos los argentinos éramos frívolos. Frívolos como mariposas. Éramos unas locas. Lo cual, para Lalo, explicaba que nos muriésemos por tener pasado. Como las locas. Tener historia nacional y personal, cualquiera, pero venir de lejos, de la Independencia o si es posible de la Conquista.

No importa que tu abuelo fuera analfabeto y chanchero en España, o que uno de los míos, el fraile dueño de esta mesita, haya sido un arquetipo de Lombroso, vos conseguite un apellido y en vez de farmacia decía botica y te entierran envuelto en la bandera. Te aclaro que no me río del pasado, me río del presente. Aquellos bestias no querían descender de nadie, querían *ser*, descender es lo mismo que bajar. Yo no tengo gran simpatía por Bartolomé Mitre, aunque tuvo un lindo *tapage noctuine* con mi tía abuela, pero ¡qué diferencia con ahora! Vos te imaginas a un general de éstos traduciendo *La Divina Comedia*, qué digo traduciendo, te los imaginas leyéndola, qué digo leyéndola. ¿Te imaginas algo cuando pensás en un general? Encienden un pucho en el puesto número uno de Campo de Mayo, ven el resplandor y gritan: Guerra, arriba el escuadrón, atentado peronista. Perón, en el fondo, nos había hecho un favor. Nos hizo sentir históricos. La Segunda Tiranía, caramba. No habremos tenido doce Césares pero tuvimos dos tiranos. Hitler casi borró a Europa del mapa pero era uno solo. Ya no seremos el granero del mundo pero nos dimos el gusto de bombardear nuestra propia Plaza de Mayo. Para Lalo, éramos al mundo como los rosarinos a los porteños, éramos los rosarinos del mundo. Después dijo que lo perdonáramos pero que no asistiría al cierre del interesante acto académico en la Universidad. Medía un metro ochenta y cinco y era un hermoso ejemplar de animal macho. Cualidad, para Lalo, que no existía al estado puro, sin el aporte de lo femenino. E hizo el gesto insólito y amaneradísimo de cazar una mariposa en la frente de Inés tomándole las alas con la punta de los dedos. No iría a la Universidad, repitió, porque estaba hasta

los bolorcios de esta manía que nos había dado ahora de querer ser argentinos y tener *Weltanschauung* e indagar el ser nacional. Pero decime un poco, le preguntó a Verónica, en qué se parece tu salvaje aborigen de Jujuy, pongo por caso, al agrónomo de tu santo marido. Y yo creí sorprender una mirada equívoca de Verónica o acaso sólo recordé una mirada similar de la noche anterior y el gesto duro e impenetrable de Santiago. O el joven literato de ningún apellido, dijo señalándome, al tío Patricio o al repelente Bastían o al resto de la colección de la que te dije.

—No rimamos, m'hija. En el Yukón he visto mexicanos, y en Borneo peruanos. He visto alemanes e ingleses en Zanzíbar y en Ordo. Pero argentinos, en ninguna parte, ni acá.

## VII

La Historia Argentina, para Lalo, se reducía más o menos a una década. Empezaba hacia 1813 y terminaba en el invierno de 1821, cuando degollaron al abuelo Laureano en los pantanos del sur. Después era todavía hoy, un perfecto quilombo. Si quieren, les cuento cómo degollaron al abuelo, es una historia de amor, dijo Lalo, y la señorita Etelvina y las chicas reunidas junto a la mesita de campaña del fraile Aldao dijeron que sí. Pero antes tengo que explicarles cómo eran los argentinos de antes. Esa gente, dijo Lalo, tenía ideas y propósitos formidables. Había que independizarse de España y crear un continente, y dentro de ese continente una Nación, qué te parece Cholito. El problema es que cada uno quería crearlo a su manera, más o menos como ahora, con la única diferencia, a favor de aquéllos, de que en ese tiempo nadie pensaba en negociados ni se llevaba la plata a Suiza. No te rías, Etelvina, que estoy hablando muy en serio. Por un lado armaban ejércitos libertadores para correr a los españoles, y por el otro juraban por Fernando Séptimo o querían traer al infante de Paula para proclamar un rey propio, casar a alguien con la de Braganza o coronar a un descendiente de los incas. Sólo que también querían una república centralista unitaria y una confederación democrática, y no es solamente que unos quisieran esto y otros aquello, sino que querían esto y aquello más o menos al mismo tiempo y más o menos los mismos próceres. Te pongo el ejemplo de Belgrano. «Ah, no», dijo la señorita Etelvina, «no te voy a permitir que te metas con Belgrano». Pero si ya sé que es el más grande y conmovedor tipo humano que dio este país, Ethel, y que hizo la bandera, dijo Lalo, además viene a ser antepasado político de la parte putativa de mi rama materna, sin contar que es de los pocos próceres a los que tengo cariño, por aquello de que daba órdenes espeluznantes con vocecita de seminarista pero, mal que mal, se mandó un campañón militar para el que se necesitaba tener los huevos del tamaño de un rancho, con perdón de las chicas y sobre todo de la nena del librito, que parece al borde de algo. Sabes lo que yo creo, Ethel, yo creo que esa parte de la historia argentina debió ser escrita en verso. Esos tipos como Belgrano que no ganaban nunca una batalla o cuando la ganaban volvían a perderla por dejar libres bajo palabra a los realistas, como nos pasó después de Salta, a mí no me digas que no están por encima de los historiadores nacionales. Vilcapugio, Ayohuma. Mira qué nombres. Uno dice Vilcapugio o Ayohuma y siente una cosa acá, después te enteras de que nos derrotaron pero la impresión no cambia. Te darás cuenta de que eso no es historia, es poesía. Pensá en la *Ilíada*. Héctor, Patroclo, mismo el iracundo Aquiles. Terminaron hechos bolsa, y por eso son interesantes. Agamenón o Menclao, en cambio, quién los conoce, salvo por el hecho de ser cornudos. «¿Y Ulises?», dijo una chica. No me interrumpas con pavadas, nena, dijo Lalo. De qué estaba hablando, de la gesta nacional y de la muerte del abuelo.

Muy bien, por un lado los ejércitos libertadores cruzando los Andes, custodiando las fronteras, arrasando godos, y por el otro los caudillos, Artigas, Güemes, el abuelo, que en la mayoría de los casos pertenecían a estos mismos ejércitos. Galopando la patria para todas partes, degollando portugueses, peleándose entre ellos y tratando de no dejarse exterminar por Buenos Aires. Y en algún lugar, Buenos Aires, que mandaba a pelear a esos ejércitos o los llamaba para que invadieran las provincias y la protegieran de esos mismos caudillos. Todo esto, chicas, no eran muchas cosas distintas y contradictorias. Todo era una misma cosa. Por eso nadie entiende a los argentinos. Yo les juro que todos esos hombres, Belgrano, Artigas, Güemes, el abuelo y hasta el tirifilo demente de Rivadavia, más o menos hasta el año 21, pongamos hasta el 22 que fue cuando San Martín dijo adiós patria y se terminó todo, esos hombres querían exactamente lo mismo. Ser libres, independientes y estar unidos. Mira qué fácil.

—Contales de Aasta y el abuelo —dijo al pasar Verónica.

Lalo dijo que eso era precisamente lo que estaba haciendo, pero que necesitaba recrear el ámbito histórico, por llamarlo así, o nadie iba a entender nada, en esa casa todo el mundo tenía cara de existencialista francés y esto era un buen pedazo criollo de historia patria.

En resumen, que el abuelo Laureano Zamudio había sido comandante de frontera en Jujuy, vale decir, estanciero y caudillo, y había peleado con Güemes y a veces un poco contra Güemes, pero sobre todo había hecho toda la campaña del ejército del Alto Perú, el de Belgrano, hasta que un día pensó que Buenos Aires era más peligrosa para la Confederación que los españoles y armó un ejército propio y se vino desde Jujuy hasta Santa Fe para unirse con Estanislao López y con Ramírez, con la intención de llegar hasta Buenos Aires. El problema es que López ya había aceptado treinticinco mil vacas de los estancieros porteños y que la cabeza de Ramírez era exhibida en la plaza de Santa Fe, en una jaula. Cuando el abuelo quiso acordarse, estaba solo, meditando arriba de un mangrullo. Yo creo que en ese momento ocurrió uno de los hechos más hermosos de la historia argentina, pero ahora tengo que irme, dijo Lalo. Esta noche se los cuento, en la quinta del Cerro.

## VIII

Como pantallazos de una moviola manejada por un loco. Ignoro el orden, Graciela, en qué orden sucedieron las cosas, pero sé que lo que llevo escrito y hasta lo que quisiera o he de callarme sucedió de todos modos. Todavía está sucediendo. Los dos muchachos, ese mediodía. Una pareja muy joven. Los oí caminar a nuestra espalda antes de que cruzáramos hacia el Calicanto y nombraras por primera vez a Mariano. Habíamos dejado atrás las ménsulas y el dosel de tejas de la casa del marqués, el portal del obispo, la herrería forjada de su balcón en ruinas desde donde, hace dos siglos, en las noches de Corpus, podían verse los fuegos artificiales de la Catedral y, todas las demás noches, las lámparas de barro llenas de sebo y mecha que iluminaban las cuatro esquinas de la Plaza Mayor. Habíamos dejado atrás la vidriera del cambalache donde vi el martirio de San Lucas al que aquella mañana, o mucho después, al escribirlo, confundí con San Esteban. Sé que lo confundí porque hoy, riendo, volví a leer esa página escrita a lápiz y casi borrada por el tiempo, y me sorprendió ver allí mi nombre. No lo corregí ni hace falta que lo haga. Ya no hay ninguna razón para cambiar nada; mis palabras saben mejor que yo lo que pasó con nosotros. Sólo que a veces me pregunto si todavía tengo derecho a decir *mis palabras*. Lo que hago se parece menos a escribir que a revolver los trastos de un desván ajeno buscando la memoria de otro. Córdoba está a setecientos kilómetros de esta noche; la ciudad que yo conocí, mucho más lejos. Ya no existen el balcón ni la portada que vimos hace un momento, y el último vestigio del paredón del Calicanto, hacia el que ahora estamos cruzando, fue demolido hace una semana, acabo de leerlo en un diario. El consuelo que brindan las palabras es que me basta escribir Calicanto para ponerlo otra vez en el lugar que estaba, podría, si se me antojara, ir mucho más lejos y rehacer la Cañada entera como la conoció mamama Albertina. Las ventanas de las casas, los tiestos de malvones, los patios con sus limoneros daban sobre las dos márgenes del cauce, me dijiste que ella te contaba. La cruzaban más de diez puentes y en algunos lugares, entrecerrando los ojos, una podía imaginar que estaba en Venecia. Oír eso me gustó, porque la Cañada vieja lindaba con el barrio de los pobres. No pude dejar de ver a una peripuesta niñita del Centenario vestida como si la hubiera dibujado Doré para un libro de Dickens, entrecerrando los ojos junto a un niño zaparrastroso, mintiendo un poco sobre el Puente de los Suspiros. Momento en que apareció la pareja. Nos detuvimos y ellos estuvieron a punto de llevarnos por delante. Saludables, pensé al verlos, también pensé que debían ser hermanos. Él traía un libro de Gramsci bajo el brazo, Gramsci o Lukács o alguna otra cosa formidable en ese estilo. La chica dijo que querían preguntarnos algo, al jujeño o a mí: lo que significa que, por alguna razón, Santiago venía en ese momento con nosotros. Querían cambiar ideas, la corrigió el muchacho. Yo pensé que por mi parte no sentía la menor

necesidad de cambiar ninguna idea, estaba muy contento con las mías y en ese momento vos entraste en un café para hablar por teléfono. Sé que esto debió suceder necesariamente al mediodía porque un campanario dio la hora y conté, un por una, doce campanadas. Las doce. El comienzo del día cabalístico. El Sol, aunque invisible, exactamente sobre mí cabeza. Sólo que al terminar de pensarlo estoy solo en esa calle. Los muchachos, Santiago, tu llamada, han ido desplazándose hacia el final de la tarde, en los altos del Observatorio, mezclándose con otras voces y otras caras y otra llamada telefónica, hasta ocurrir por fin cuando atardeció, porque ahora es necesario que vos y yo entremos en este bar de la Cañada y que vos digas la palabra *iuio* y que hables de los sapos azules. Creer que los sapos son azules y que no lo sean. Yo no podía imaginarme lo horrible que fue eso. Un azul como el de las lentejuelas. O mejor traslúcido. Como un jade azul. Igual que los sapos sapos, pero azules. Y él llegando hasta tu cama con un infame bicho verde colgado de dos dedos por una de sus patitas. Como una mano abierta y verde, el sapo. Mira, boba, más verde que tu abuela.

—¿Él?

—Y también salíamos a escarmentar.

—Escarmentar.

—Con mis primas, a los más chicos. Les decíamos cosas espantosas. Malas palabras. Les contábamos del Infierno y los obligábamos a rezar los ejercicios de la Buena Muerte. Y hacíamos muecas. ¿Te acordás de *Le voyage de l'Impezial*?

—No.

—Bueno, exactamente así. Éramos flacas, largas, con el pelo lacio. A mí me peinaban con dos trenzas recogidas como argollas, una trenza a cada lado de la cabeza. Eso era salir a escarmentar. Flaca, espantosa, ¿me imaginas? Saltando.

Te llevaste las manos detrás de la cabeza e hiciste una mueca tan espeluznante que temí no volver a ver tus ojos y tu boca reales. Vi una nube de chicos, huyendo con los brazos en alto por una calle de tierra.

—Y Mariano y yo teníamos las Malvinas.

—¿Las Malvinas?

Me mirabas con desconfianza. Una chica abrazada a un juguete que no quiere compartir. Bajaste los ojos y me observaste las manos con una fugaz expresión de hostilidad; después, echándote hacia atrás en la silla, estiraste los brazos y cruzaste los dedos sobre los míos, como quien aparta algo. Pudo ser la primera vez que me tocabas.

—Me siento hecha un *iuio* —dijiste.

Llegó el mozo. Le pediste un café doble y un poco de leche. «Y eso de ahí», agregaste, señalando algo que tenía el vago aspecto de un alfajor desproporcionado. Cómo puede ser posible, pensé; es capaz de comérselo. A los dieciocho años, ese



alfajor me habría partido el corazón (...desde la casa se escuchaba el río, ella se llamaba Cecilia y él, sentado en la cama, le leyó un poema mientras ella andaba por algún lugar de la casa, vestida sólo con la camisa de él, camisa que le quedaba tan obscena y conmovedoramente bien con sus piernas al aire como a cualquier mujer y casi a cualquier edad le quedan las camisas de cualquier hombre, sólo que ellas parecen saberlo desde que nacen y uno lo descubre tardísimo, cuando ve a la primera y acaso únicamente si la camisa es propia. Era necesario leer en voz alta o levantarse envuelto en una sábana, como un poeta romano o griego. Buscarla, ahora en silencio, por los cuartos. Hasta verla por fin entre los árboles del patio, con su gran camisa pero sorda a todo verso, chupando pensativa una naranja de tamaño concurso para fenómenos cítricos. El rapsoda pensó: A los catorce años esto me habría partido el corazón...).

El mozo parecía llevar algunos meses mirándome.

—Un whisky —dije—. Sin hielo.

Ya que era cuestión de rememorar la infancia había que hacerlo bien. *El pato Donald*. Más páginas, más color: 20 centavos. Mi expectativa nocturna, cada lunes. Saber que al día siguiente caminaría por Terrero hasta Gaona, con deliberada lentitud, siendo eterno una cuadra y media. Vería por fin el cartel: LÓPEZ y LIVOLSI LIBROS. López diría: «A ver los veinte». Acá están. Él me da la revista, y yo, con majestuosa suficiencia, dueño de la eternidad, digo que no. No, ésa no, observe que está doblada, la otra, o mejor una de las de abajo.

—Lo leía en un banco de la Plaza Irlanda. Otras tres cuadras, sin mirarlo.

Hacías trabajosamente, con la mano izquierda, dibujos en una servilleta de papel. Unas flores, Malvinas, leí al revés.

—Plaza Irlanda —dijiste—. Eso es Buenos Aires. Plaza Irlanda, pensé. Eso es hoy.

—Sí —dije.

—Anoche hablabas de un pueblo.

—Es probable. Confundo mis infancias, tuve por lo menos tres. Una la pasé en un internado salesiano, cuando mi madre.

—Tu madre qué.

—A esa mujer ya la vi dos veces —dije.

Junto al muro de la Cañada pasaba, con su alcancía y su gorrito, una vieja señorita del Ejército de Salvación a la que nunca había visto en mi vida, no todavía. Dije que debía ser un símbolo, Ejército de Salvación nada menos, agregué que se parecía un poco a la Cavarozzi y te reíste. Plaza Irlanda, pensé, y encendí un cigarrillo y me quedé pensando. Marienbad. ¿Hace un año?, ¿en Viarrienbad? Entonces sí que vi a alguien conocido. Panzón e inmenso, con un pañuelo a cuadros colgándole del bolsillo de la sotana, allá enfrente iba el padre Custodio Cherubini. Se inclinó al

pasar, me sonrió, y metiendo el pulgar entre el dedo índice y el dedo mayor hizo el gesto que los italianos llaman *figa*.

Vos otra vez ahí. Abstraída en el dibujo de tus flores torcidas.

—Qué —dijiste.

—Las Malvinas. Que ahora me contabas lo de las Malvinas.

Había que hacer un gran esfuerzo para que las cosas, no sólo los objetos sino la gente, y hasta el pasado, se quedaran quietos en un lugar. Un mundo como telones de papel transparente, un telón detrás del otro y yo de este lado, detrás del último. Se veían, bastante nítidos, el mundo real y sus criaturas. Pero a veces una forma anacrónica se traslucía allá atrás, yuxtapuesta a otras, un árbol de otra realidad o la sombra de un pájaro o una cara. El árbol adquiere entonces el color de esa cortina, ahí, se lo ve opaco y ondulado en los pliegues del paño, un árbol púrpura o un pájaro de río que vuela detrás del inmóvil torero pintado en la pared del café. Hasta que en cualquier momento, al cerrar por descuido los ojos, al abrir por descuido una puerta, de cabeza al otro lado. Se corre, incluso, el peligro de pasar de largo y caer junto a otro árbol, que está todavía más atrás y sobre el que vuelan otros pájaros; se corre el peligro de ir hasta el final y reconocer por fin esa cara. Caramba con la realidad, pensé. Sin contar con que si uno se atreviera a dar vuelta la cabeza cuando está allá, ¿entonces qué? Ha de ver esto, estas figuritas. Sólo que al revés, como un negativo. Lo que aquí estaba a la derecha lo ha de ver a la izquierda.

Con disimulo te quité el lápiz, pegué con él un golpecito sobre la mesa y volví a dártelo, en la mano derecha.

Vos habías dicho que no.

—Lo de las Malvinas no. Pero puedo contarte la historia de la torta de manzanas. Fue horrible.

No me interesaban las historias con tortas de manzanas. Me interesaban las Malvinas.

—Puedo contarte lo del pan con manteca. Nos dejaban comer budín inglés con el té si, antes, nos comíamos tres rebanadas de pan con manteca.

—Tampoco me interesa. Además no veo lo dramático.

—Que cuando terminábamos el pan ya no teníamos ganas de comer budín.

—En La Quiaca se han visto cosas peores.

—Te cuento lo del pelo... —Hiciste una pausa—. Podrías haberte ahorrado el comentario.

—Perdón —dije—. Aunque no entiendo por qué tengo que pedir perdón yo... Las rebanadas de pan te las comías vos —me oí decir—. Contame lo del pelo.

—Para qué. Ahora todo se volvió estúpido.

—Me da igual. Lo invento y es peor. Te cortaron el pelo. Tuvieron que raparte porque te contagiaste piojos en una visita de beneficencia a un contingente de chicos

pobres que venía de La Quiaca. Y las Malvinas eran un escondite. Un desván. Lámparas rotas, un fonógrafo a manija, baúles y un trabuco naranjero de tu abuelo. En las Malvinas te encontrabas con un chico pobre de La Quiaca y le regalabas pan con manteca. El budín te lo comías vos.

—No. Las Malvinas eran un lugar secreto del parque, en la casa vieja. Pero no importa lo que eran, sino lo que pasó.

—Y qué pasó.

—Me enamoré de un piojo que venía de La Quiaca.

—¿Y él?

—También se enamoró. Se enamoró tanto que se quedó sin pelo.

## IX

La casa de Verónica, en la ciudad. Tres plantas. Muebles coloniales, paredes blanquísimas. Madonas bizantinas y batallas de Cándido López en las paredes. Un Miró casi demasiado auténtico. Whisky escocés. Gulley Jimson tiene razón, lo bueno de la gente verdaderamente rica es el trato igualitario y la atmósfera cristiana. Comparten todo porque tienen de todo y no se molestan si uno les quema la alfombra. Son bien pasadas las tres de la tarde. Pienso en Jimson porque me he puesto a hojear las carpetas de dibujos y acuarelas de Verónica. No están mal, tampoco están bien. No están nada. En algún lugar de la casa, el padre Cherubini, a grandes gritos y entre grandes carcajadas, discute en varios idiomas y en alguna lengua muerta con el profesor Urba sobre la naturaleza luminosa del Empíreo. O eso creo. La señorita Cavarozzi y un pequeño grupo de muchachas rodean a Lalo, que está contando la historia del abuelo Laureano. Inés me mira, o por lo menos mira algo que está en mi dirección. Tiene un libro en la mano. Sus ojos como dos estrellas fijas, pienso con la colaboración de Poe. Santiago y Verónica hablan en el jardín, se ve que hablan en voz muy baja. Verónica ha puesto su mano sobre el brazo del jujeño; el jujeño retira con suavidad el brazo y repite que no con la cabeza. Por favor, pareció haber dicho ella y él vuelve a negarse. Por tercera vez. Me gustaría saber a qué. «¡Cazzo di Dio!», prorrumpe el padre Custodio, «*merde alors*, te digo que esplendía, era propio la *plenitudine luminosa del refolgimiento*». Soltó un puñetazo que hizo retumbar la mesa y se sonó la nariz como un trueno. Tengo la sensación de que sólo yo percibo que hablan. El doctor Urba dice no recordar que esplendiera y sonrío, con las cortas piernas cruzadas hacia adelante y las manos apoyadas beatíficamente sobre la barriga. «Mentís, sotreta! Esplendía. *Ego vide* todo clarito y cara a cara, no *per speculum et in asnigmate, cum toda esta gentuza...*, ¿et tú, Urbanito, vos mesmo *non l'ai guárdalo en su Original brightness, como dixiti il bardo cegatone?* Entonces en qué quedamos. Esplendía». ¡*Original brightness!*, pregunta riendo el profesor Urba, y dice que, en ciertas esferas, eso se llamaría un acto fallido. «¿Lo qué?», pregunta el padre Cherubini. El profesor Urba dice que el verso habla del Otro, y dice:

... *his form had yet not lost*  
*all her Original brightness, nor appear'd*  
*less than Arch Angel ruin'd...*

«¡*Mein Gott!*», murmura asustado el padre Custodio, «me cago en Milton».

—Hola —dice Verónica, repentinamente a mi lado. Yo tengo entre las manos un desnudo de mujer ostensiblemente parecido a Verónica. Levanto la cabeza y encuentro sus ojos, los acantilados—. Te gusta —pregunta.

Hago un esfuerzo por adivinar algo equívoco en su voz; cuando por fin lo encuentro, resulta que sí, que me gusta. Ella, no el dibujo. La mirada de Inés, al fin de cuentas, va a resultar razonable.

—¿Y Santiago?

—No sé —dice Verónica—. Estará en el hotel. ¿Por?

—Me pareció verlo con vos hace un momento, en el jardín.

—¿No habrás tomado mucho? —dice Verónica—. A menos que veas el pasado. Hace años que Santiago no pisa esta casa. No pongas esa cara de loco —dice de inmediato—. Claro que estuvimos en el jardín. ¿Cómo nos viste?

—Por esa ventana. —Me doy vuelta y señalo una pared donde, al menos ahora, no hay ninguna ventana. Pienso que acaso es cierto, he bebido un poco de más. O dormido un poco de menos—. O a lo mejor veo a través de las paredes —digo—. O estaba en otro lugar de la casa.

—Hace años hubo una ventana ahí —dice Verónica—. ¿Cómo sabías?

—Cómo sabía qué.

—Vos tomaste demasiado —dice Verónica.

«*Caro magister, patere quam ipse faciste legem*», está diciendo, o tengo yo la impresión que está diciendo el padre Cherubini, se pone de pie y agrega que pa' sufrir han nacido los varones. «¿*Ti vedo in festichola?*».

—*Vade in pace!* —vocifera luego hacia todo el mundo, saludándonos o bendiciéndonos con la mano en alto. Desde la puerta me mira—: *Ett rókmoln stráckes óver stadskonturen som bilden av en svart ofantlig hand. Attenti piatti.*

Y se va.

—Dijo algo, o me pareció —le pregunto a Verónica.

—No entiendo mucho el sueco —dice Verónica.

—Entonces dijo algo.

—Sí —dice Verónica—, dijo *attenti piatti*. Y antes dijo que va a llover.

—Yo también los dejo —dice de pronto el diminuto profesor Urba a mi costado—. Verónica, beso tu mano y tu calcañar. Y usted, cuídeseme, hijito. Yo les traduzco lo que dijo. Dijo que una humareda o nubarrón de la gran puta se extiende sobre la ciudad como una negra y enorme mano.

Y también se va.

—¿No son angelicales? —dice Verónica.

—Servime un poco de whisky —digo yo—. De qué discutían.

—¿Ellos? No sé, siempre discuten.

—No hablo de ellos. Hablo de vos y Santiago.

—Santiago y yo no discutíamos. Por qué te interesa tanto Santiago.

—No sé si me interesa. ¿Y tu marido? —pregunto casi sin darme cuenta, mientras veo que los grupos se disgregan y que ya casi no queda nadie en la casa.

—En algún campo. No vuelve hasta mañana.

—Qué interesante. Este dibujo. Lástima los caballos, no armonizan bien con esos dos que se dan con todo atrás del sicómoro. ¿Qué están haciendo?

—A vos qué te parece.

—¿Puedo decir culo? —pregunto yo.

—Sí —dice Verónica.

—Para mí que él se lo está rompiendo a ella —digo yo.

Verónica se ríe.

—Más o menos —dice.

—Cómo más o menos.

—Son Castor y Pólux —dice Verónica.

—Con razón los caballos.

—Cuando se vayan todos, quédate —dice Verónica. Y yo pienso que esta mujer no es de las que dan demasiadas vueltas cuando quieren algo—. ¿Graciela dónde está?

—En su casa. Me dijo algo sobre un acto de clausura en la Universidad o en el Observatorio. Que vos sabías todo, que me dejaba en tus manos. ¿Qué quiso decir?

—¿Dijo así? Bueno, quiso decir eso.

Y ahora estoy en el atelier de Verónica, ella dibuja mi cara y la casa está vacía.

Sólo ha quedado la señorita Cavarozzi.

—A quién te hace acordar —dice.

Su voz es extraña. Yo empiezo a sentirme como un enano vestido de terciopelo. Un pescadito de color en exposición. Sólo que la voz de la señorita Cavarozzi no sólo es extraña sino vagamente patética. Tal vez no soy el único que ha bebido un poco de más. Me doy vuelta para mirarla: no la reconozco. Tiene la boca torcida y me mira como si caminara de espaldas hacia el pasado. De pronto vuelve de allá, con mil años encima. Qué vieja es, pienso.

Verónica se retira un paso del caballete. Hace un trazo rápido y habla con la Cavarozzi.

—Aja —dice.

Un momento después yo conocía la historia. Madura profesora enamorada de alumno canalla. Cómo no se me había ocurrido antes. La señorita Etelvina tiene el tipo exacto para ese género de catástrofes. La imagino guardando violetas aplastadas entre las páginas de Bécquer; casi puedo verla, durante las clases, mirando furtivamente a un previsible desalmado que por lo visto, se parecía a mí. «Total, que se enamoró como una retardada», dice Verónica sin contemplaciones mientras la señorita Etelvina, a mis espaldas, simula reírse de sí misma con un cloqueo capaz de partir en dos una piedra basáltica. «Y el muy turro», dice Verónica, «jugó una apuesta y se acostó por fin con ella», pero cuando lo dice la pobre señorita Etelvina ya se ha

ido y el boceto está terminado. Verónica y yo estamos solos en la casa vacía.

—Pobre Ethel —dice Verónica—. La primera vez, y a su edad. Al otro día lo sabía todo Jujuy. Pedile a Santiago que te lo cuente.

—Y en qué se parecía a mí.

—En nada. Fue un gesto que hiciste. Todos ustedes traen como una marca de familia.

Estoy por preguntarle quiénes somos nosotros, pero me he quedado pensando en algo.

—Jujuy —digo—. Y vos cómo sabes la historia.

—Yo también perdí la virginidad en Jujuy, claro que en otras circunstancias. Me vine de allá cuando me casé.

Verónica se ha puesto de pie y va hacia la puerta del estudio. Da vuelta la cabeza y me mira. Hay miradas y miradas; ésta pertenece a las del segundo tipo. Estoy preguntándome cuántos años tendrá cuando ella, a su vez, quiere saber mi edad. Por alguna razón, me quito un año. Me doy cuenta de dos cosas. Que en los últimos minutos hemos estado sentados juntos, tal vez demasiado juntos; que debo levantarme y seguirla. El hall está en penumbras, tan vacío y ordenado como si nunca hubiera habido nadie en él. Mucamas y sirvientes sigilosos deben deslizarse como larvas por los rincones. O acaso nunca vi a ninguna de las personas que imaginé ver. Estoy por aferrarme a esta segunda hipótesis cuando, sobre un pequeño arcón de nogal, junto a la talla de una virgen de rasgos aindiados, descubro el pequeño libro de poemas de Poe que traía Inés. Oigo girar la llave de la puerta vidriera que da al jardín casi de inmediato, la voz de Verónica hablando por teléfono con alguien. Con una mujer, pienso. No entiendo las palabras pero el tono es confidencial, de logia. Y vuelvo a recordar la mirada de Inés, su candor. Entonces hice algo que, en ese momento, me pareció hermoso y hasta conmovedor, pero que hoy, mediatizado por los años y unido a lo que va a suceder dos horas más tarde al pie de ese viejo arcón, es poco menos que una obscenidad. Busco, en el índice del libro de Poe, un poema, el que transcurre *in this kingdom by the sea*, para qué voy a negarlo. Después de todo, el Esteban Espósito que organizaba estos milagros prealcohólicos tenía alrededor de veintisiete años y era, para decirlo en pocas palabras, un adolescente tardío; sobre todo con unos whiskies y anfetaminas de más antes de las cinco de la tarde. Pienso que la chica tiene que volver en algún momento para recuperar su libro. Junto al mar turquí. Un reino junto al mar turquí, ha escrito un poco enigmáticamente el traductor español. Bueno, tan mal no está. Turquí viene de Turquía y por alguna razón quiere decir azul oscuro. Turquesa. Cada uno ve el mar del color que quiere. Los griegos lo llamaban oinos. Marco la página con la cinta del señalador y lo dejo abierto a la deriva sobre el mar turquí, mar que ya ha comenzado a encrespase bajo nubarrones funestos. Pienso que la chica es muy capaz de no darse cuenta de lo que ha ocurrido

en el pequeño reino de su libro. Sería una lástima. Lástima por ella. Lo bello es absoluto.

—Nene.

La voz de Verónica, unos pasos detrás de mí. Y si yo necesitaba algo para saber qué me estaba pasando desde que me quedé solo en aquella casa, esa palabra era suficiente. No sólo la palabra, el tono apagado de la voz, su sedoso imperativo de valva dorada. Lo que yo tenía era miedo. Me doy vuelta y la miro. Hay miradas y miradas. La mía pertenece enteramente a las del primer tipo. Es una mirada sorprendida, juvenil y tan *kingdom by the sea*, que, si no logro disimularla, voy a tener que tirarme a la calle por alguna ventana.

—Qué —digo secamente.

—No se pregunta qué —dice imperturbable Verónica—. Se agarran esa botella y esos dos vasos y se sube conmigo por esa escalera.

Con los años he descubierto que el varón le llama a esto conquistar a una mujer. No sé qué imaginaba entonces al respecto pero me recuerdo subiendo al dormitorio de Verónica con la botella en una mano, un vaso tintineante ensartado en el pico de la botella y, en la otra mano, el vaso que, en esos tiempos, yo era capaz de beber subiendo una escalera. O encuentro el modo de sentir que estoy manejando esta situación, o encuentro el modo de escaparme decorosamente de esta casa. Supongo que lo pensé. Sólo la más innoble de las petulancias masculinas, esa presuntuosa estupidez de poder que el macho ha conferido a sus quince o veinte centímetros ilustres, puede haberme puesto en esta situación. Verónica es hermosa, me atrae como la piedra imán al barco de Simbad, ya he conseguido, por alguna razón que ignoro, puesto que estas cosas siempre ocurren fuera de mí, convencerla de que ella tiene ganas de acostarse conmigo. Muy bien, qué necesidad de ir más lejos. Ya está. Lo sustancial y metafísico del acto se ha cumplido. Por qué debo someterme a la violencia de sacarme zapatos, medias, enjuagarme lugares quizá destinados a dar un nuevo ejemplar a la raza humana, si lo que más me gusta de esta mujer es su voz, la armonía de las líneas de su cuerpo, el modo que tiene de mover los brazos. El anacoreta que hay en mí me susurra al oído que mi destino es comer langostas y miel silvestre, y hasta me dice que la miel es un placer excesivo, una concesión a la sensualidad y al desorden. Cierta lúbrico enano con testuz de chivo, que también me habita en circunstancias como ésta, me trata de impotente cretino, me ordena que agarre de una vez una buena porción de esa mujer que se ha detenido ante la puerta del dormitorio y haga algo inolvidable o escandaloso con ella, me recuerda que deben ser más de las cuatro y que la rapidez nunca fue nuestro fuerte. Ya es un poco tarde casi para cualquier cosa, acota uno de mis habitantes objetivos, el peor. Me he pasado la vida enfrentado conmigo mismo como ante varios antagonistas simultáneos, emperrados, astutísimos contrincantes que me acorralan, como ahora, en los



momentos más inesperados.

## X

En la cama las mujeres embellecen. Este fenómeno siempre me ha asombrado. O mejor: me da miedo. El vago y antiguo horror al vampirismo. Verónica, desnuda en esa cama, daba qué pensar. Frágil, pensé. Se vuelven frágiles. Como una botella de nitroglicerina hecha de cristal delgadísimo. En cuanto a su desnudez, sucedió; hay cosas que ocurren como cuando uno dice que amanece o que llueve. Que yo sepa, nunca desnudé a una mujer ni tengo la menor idea de cómo se hace una cosa semejante. Sé que es un acto más bien prodigioso. Ningún varón está preparado para eso. Cualquier brutalidad (el mecanismo de un cierre relámpago que se traba, un broche que no se encuentra o se pasa por alto) puede precipitar a los ángeles del cielo en el chiquero del fondo. Forcejeos inútiles o botones que saltan: herejías. El sexto mandamiento las execra. Y por eso el verbo fornicar suena como suena. Salomón, que tenía setecientas esposas legítimas y trescientas concubinas, conversaba con Dios de estas materias. En tal sentido, Verónica era bíblica, sus gestos, el modo casual de anular un ganchito o un bretel dando sin embargo la impresión nada repulsiva de que era yo quien lo hacía, estaban en el límite exacto entre un callejón nocturno del Dock Sur y la *Estética* de Hegel. Si esta página hubiera sido escrita hace cien años, ahora se leería: ¡Ah, dulce, gentil e irreplicable Verónica...! Pero nos tocó el innoble y cambalachero siglo xx, y lo que va a leerse es que, gracias a Dios, Verónica no simuló en ningún momento nada parecido a ese payasal y putanesco Amor Súbito con que ciertas argentinas estragadas de literatura nacional, ilusionadísimas por las revolcativas escenas de pasión bajo incineradores de basura, las convulsiones epilépticas y los aullidos que sueñan nuestros novelistas, acometen al educado hombre que acaba de saludarlas y lo voltean sobre la alfombra, como si creyeran que el amor físico y la lucha grecorromana suponen la misma sensibilidad. Como si creyeran que rodar por las dependencias, gritar amor mío o querido ó ¡más!, caerse del colchón y, jadeando como focas, morder, son afrodisíacos infalibles. Sistema, en mi opinión, capaz de petrificarle los riñones a un turco, y del que no sólo tiene la culpa la novela valiente, ejercida en general por novelistas tímidos, sino también y sobre todo el psicoanálisis. Sí señor. El psicoanálisis tiene la culpa. Ha inventado una calamidad irreparable: el circo romano de dos plazas. Hace charlar a las mujeres de sus órganos de reproducción y de los nuestros, con natural elegancia, a la hora del té, pero a la hora de irse a la cama tratarlos babilónicamente. Liberación, se llama. Les ataca de golpe. Al segundo de haber transpuesto el umbral del dormitorio. Como si en el tiempo que va de entrar en una habitación con un ser humano, quizá desconocido, a echarle llave a la puerta, se desatara en sus almas una bestia apocalíptica y fornicadora. Una cruza entre la Bella Otero, chanco y Anita Freud. No se debe descartar tampoco la responsabilidad del cinematógrafo. Él y ella, en contrapicado,

dando vueltas carnero por el piso, resollantes, derribando salvajemente los muebles como dos lacedemonios dopados con hachís, son, para nuestras estudiantes de humanidades, el *Tristán e Isolda* del siglo atómico. Estrago incalculable, si se considera que el pudor comunal obliga a los cineastas exhibir sólo una especie de terremoto interruptus, y que la fantasía salvaje de nuestras madres, hermanas, esposas e hijas, biológicamente inclinadas a soñar que el orgasmo es la caída de la casa Usher, agrega a estas vistas no sólo lo que falta sino, en proporción geométrica, conjeturas de fornicación y desenfreno capaces de matar a los cuatro padrillos del Juicio Final.

Verónica, en cambio, parecía haber nacido para pervertir la noche de un arcángel. Lo que no comprendí, lo que aún hoy no puedo imaginar sin alguna molestia, es que esta mujer fuera esposa del doctor Cantilo. ¿Qué le podía encontrar Verónica a ese lechón? Nada. Eso estaba muy claro. Pero, entonces, ¿dónde residía el secreto del agrónomo?, lo que fuera, aquello que hacía soportar a Verónica un cuerpo como el de Cantilo, su barriga, la pelusa rubia de la barriga del doctor Roque Cantilo. Rubia o ligeramente pelirroja. Variedad de abejorro boca arriba. Lleno de erres roncando con fragor.

—En qué pensás.

Verónica hablaba en el hueco de mi cuello. Habían pasado dos horas. Yo fumaba uno de sus cigarrillos.

—En esto —dije.

—¿En esto?

—Sí —intenté mentir. Lo conseguí a medias: dije algo que estaba pensando debajo de mis pensamientos—. ¿Cómo preguntártelo?

Me dio miedo hierla. Ella, asombrosamente, dijo:

—Tenés miedo de herirme.

—No.

—Estás pensando en qué edad tengo.

Sentí un sacudón.

—Cómo sabes —pregunté.

Lo pregunté con sequedad, inamistosamente. No porque no fuera cierto; sino porque yo no había querido pensarlo. Un malestar que no tenía nada que ver con mi animal postcoito. Una sensación penosa, análoga a otra. Hacía doce años. Sólo que entonces llegué desde una cama a mi casa y le dije a mi padre: No voy a entrar en el Seminario; y pensé: Esteban Espósito abre la otra puerta, no la estrecha, y se mete dramáticamente en la adolescencia. Ahora salía de allí, y no me sentía dramático sino más bien con sueño.

Verónica dijo:

—Lo pensabas. Es fácil saberlo.

—Por qué.

—Porque vos no sos mi primer chiquilín.

Iba a enojarme, pero me reí. Me reí de verdad.

—Tengo *nada más* que veintisiete años. Hoy me saqué uno porque... No sé.

—Por puerco —dijo sonriente Verónica—. Te sacaste un año por puerco, para hacerme sentir mayor. Decí que no.

—Sí. Y es sorprendente que esté acá, con vos. Las mujeres tendrían que morirse alrededor de los catorce años. De todos modos, si además de puerco no fuera tímido, te pediría que te escaparas conmigo. Me voy mañana. ¿Te escaparías?

La miré con bastante seriedad. Verónica, su perfil de medallón. Era increíblemente hermosa.

Dijo que no.

—No. Dentro de ocho años tendrías mi edad de ahora.

—¿Por qué te casaste con Cantilo?

—Claro, —murmuró—. Supongo que porque era todo lo contrario de lo que ya soñaba.

Hizo un gesto, como para quitarle trascendencia al verbo soñar.

—No sé si te entiendo.

Se acercó, familiarmente. Parecía otra vez reconciliada y segura, dispuesta a darme una explicación de persona adulta. Era su papel y le gustaba; yo acepté el mío.

—Hay mujeres que se casan con Cantilo o van a parar al altillo. La tía loca del altillo. A los dieciséis años me enamoré de mi profesor de Historia, casado y con un hijo. Me sentía Marlene Dietrich en *El ángel azul*. A los dieciocho, de un chico de dieciocho. Quería salvarlo, no sé de qué. Él no bailaba; yo, como loca. Lo veía sufrir en las fiestas, mirándome, y me sentía feliz porque lo quería.

—Pero bailabas. —Se rió.

—Qué gracia, claro. Ahí está la cuestión, el famoso *Imp of the Perverse*. Una vez sí que me enamoré en serio. Nuestros desencuentros eran tan absolutos que parecíamos nacidos el uno para el otro. —Se quedó callada. Volvió a hablar como si hubiera cruzado un puente roto—. Siempre me deslumbraron los hombres físicamente hermosos, y siempre me acosté con otros, con tipos como vos.

—Debo interpretar que soy ligeramente horrible —dije.

—No, pero es casual. Y al principio eso me desconcertó. Todavía tenés aire de Primera Comunión. No sos ninguna belleza, claro. Demasiado flaco. Y bastante bajo.

—Uno setenta y dos, descalzo.

—Justamente —parecía un filósofo—. Hay en vos algo normal, normalmente atractivo, quiero decir. Algo fácil.

Yo admití con naturalidad que era buen mozo. En efecto. Pero nada más que lo necesario, tanto como para que mi talento resultara chocante. Y que eso era todo Verónica se reía; después me miró con asombro.

—¡Lo pensás en serio!

—Sí —dije yo—. Pero explicame lo otro, lo de cómo te casaste con Cantilo. Porque apolíneo no es. Y así y todo es mucho más lindo que talentoso.

Me dolían los músculos del estómago; sentía una anormal necesidad de reírme. Era como estar cometiendo un crimen impune. Verónica no podía caer en la vulgaridad de defender a Cantilo, de alegar, por ejemplo, que aquel hombre era un excelente agrónomo o elogiarme las virtudes de su dentadura. No mientras estuviera desnuda en esa cama.

—Me gustas porque sos un hijo de puta —murmuró en un tono extraño, demasiado sincero quizá—. Los locos, los desesperados y cierta clase de canallas, de éstos me enamoré cuando ya no estaba en edad de sentir ternura por los chicos tristes. Tal vez porque son los mismos. Después crecen, si no se matan o se amariconan. Envejecen rápido, ¿sabías? Y como defensa se vuelven locos, desesperados o cínicos. O consiguen una mujercita fiel, que borda en la ventana los días de lluvia, les pone un paño frío en la cabeza y les exorciza los recuerdos. Y ya no quieren ver más a Verónica porque les da vergüenza la historia aquella del baile.

—Pensás mucho —dije seriamente—. Eso es malo. Me interrumpió.

—Era. Ahora no importa.

—Como quieras. Pero pensar mucho y ser mujer siempre es malo. Hay cierta clase de tipos a quienes les causan horror las mujeres como vos. Para eso el buen Dios los hizo a ellos, para pensar. —Verónica encendió otro cigarrillo; después lo acercó a mi boca. Yo no estaba muy seguro de que aquello tuviera gusto a tabaco. Seguimos fumando así—. Y, con un ser racional en la casa, sobra. Te imaginas, pero no, qué se van a imaginar ustedes. De dónde sacaste estos cigarrillos, parecen brillantina, tienen un dejo a pachulí. Te imaginas la tortura, la desesperación de un pobre sujeto al que la mujer, en vez de adorarlo como naturalmente se merece, lo juzga tal como es. O, en vez de aterrorizarse porque él quiere partirse la cara contra las paredes, se pone a redactar un ensayo patográfico. Por favor. Además, sé franca, vos no podrías vivir seis meses con un tipo así. Qué digo seis meses: dos semanas. O acaba estrangulándote o lo ves en calzoncillos y porque tiene el culo torcido empezás a despreciarlo. Sí, señor, a despreciarlo. Qué me vienen a mí con cosas raras. Pensá, pero pensá en serio, vos sos pintora: imaginatelo a Botticelli metiéndose el dedo en la nariz, haciendo una pelotita de...

—Callate —dijo, casi gritó.

—Moco. Ves, por eso. Se casan con una cocinera y la aman toda la vida. *Hamlet* no se enamora de *lady Macbeth*, sino de Ofelia y, si lo apuran, hasta de Lolita. Pero, por si acaso: muérase. Mátese sobre mi tumba, yegua. O al convento. Al convento.

Verónica apagó el cigarrillo. Con el codo sobre la almohada y la cara apoyada en la mano, me miraba. Tuve la impresión de que iba a decir algo que no dijo.

—Y entonces me casé con Cantilo —dijo.

La besé.

Durante unos segundos la sentí dócil, en esa actitud indefensa, como de recuperada castidad, con que en momentos como aquél la mujer reaparece sobre la tierra, en estado de pureza. De pronto, se puso rígida. Abrió muy grandes los ojos. Me pareció que había llorado, pero no fue eso lo que me asustó: fue su gesto, como de terror. Pregunté qué pasa, y ella, tapándome la boca con la mano murmuró callate. Abajo, en el jardín, el ruido de un motor. Era tan absurdo que me tranquilizó. Innecesariamente, la interrogué con la mirada, sin poder evitar una sonrisa. Vestite, dijo Verónica, vestite rápido, por Dios. Era, en efecto, el doctor Cantilo. Una vieja novela francesa, pensé. Si esto no me pasa a mí, no le pasa a nadie. Julien Sorel, querido lector, saltará en calzoncillos por la ventana y lo perseguirán a pistoletazos. En cinco segundos consideré por lo menos tres posibilidades. Yo, muerto. O extraordinariamente encerrado en un histórico ropero barroco portugués. O enfrentando con frialdad la reacción poderosa del doctor Roque Cantilo: me vi, en esta parte, desnudo y jugándome en los labios una sonrisa glacial; pulverizando con un ademán los arrestos del estupefacto o enloquecido esposo. Pero, por instinto comprobé *a priori* que la situación era insostenible. Un ser humano en cueros ante otro totalmente vestido que lo increpa, que blande quizá la manija del coche o le da una patada, ni aunque fuera Casanova se hallaría en igualdad de condiciones. Supongamos que lo desarmo y lo mato. Era peor.

—Vestite, Esteban —dijo Verónica.

—No mires —susurré, buscando a tientas mis calzoncillos debajo de la cama. Me sentía bastante bien. Mi única preocupación era que justamente ahora Verónica perdiese la serenidad y se volviera lamentable. Ella iba a empezar a vestirse, pero la detuve—. Quédate como estás. Yo voy a cambiarme al baño de abajo.

—Vestite —murmuró sin comprender.

—No te pongas histérica. Yo voy abajo, no mires, si él sube le decís que te estás cambiando para ir a la universidad, qué suerte, le decís, trajiste el auto, querido.

Mientras tanto, yo me arreglo abajo y salgo del baño como si tal cosa. Y de paso, me llevan.

Parecía no escucharme. Sin tiempo de ponerme los calzoncillos, recogí, en un bulto, la ropa y los zapatos. Alcancé a repetirle que no perdiera tiempo en vestirse y que adecentara un poco la cama. En la puerta, me di vuelta: no miraba.

Salí.

## XI

... Pero por qué habla así, pregunta Esteban. *Sic comme?*, dice con asombro el padre Custodio. Yo te voy a explicar, pichón, tercia el profesor Urba: él no sabe de qué manera habla, en rigor, no habla de ninguna manera, y dicho sea entre nosotros a mí me pasa lo mismo. ¿Cómo?, pregunta Esteban. ¿*Lo qué?*, pregunta el padre Cherubini. La diferencia entre Custodio y yo, explica el profesor Urba, es una diferencia formal; yo estoy un poco más apegado a la belleza clásica (*¿ma che stá perorando la Bestia?*, se indigna el padre Cherubini) y, por lo mismo, a las simetrías del castellano y a sus angélicas resonancias, porque no sé si recordarás que alguien ya insinuó famosamente que los ángeles, si hablaran, hablarían español. *Et vos te consideras entuavía un ser alado?*, ¡*non me hágase ridere que me adolesce el umbiligo!* Técnicamente soy un ángel, dice con naturalidad el astrólogo, un arcángel de alta jerarquía y lugar preferencial: un Saraf. Sos un expulsado, un *paliado* de allá arriba; sos más negro que culo de dragón. Lo soy, admite el astrólogo, pero nunca renuncié a mi naturaleza angélica... Perdón, interviene Esteban, ¿esto qué tiene que ver con mi pregunta? *Silencio, imperfecto y jediondo montón de barro*, dice el padre Cherubini, *o non te apropincuás de que stamos discutiendo entre substancias purísimas?* *Seguí, Satán*. Lo que quiero decir, dice el profesor Urba, es que a Custodio no le importan las palabras, no las oye con tu oído, así como vos no podrías concebir la música de sus pensamientos (Esteban puede observar que aquí el padre Cherubini baja los párpados con rubor) ni la de los míos, naturalmente: digamos que Custodio toma las palabras como vienen, con tal que vengan del latín y del griego, que por otra parte es más o menos lo mismo que pasa acá abajo con los pueblos románicos; digamos, para resumir, que un ángel no tiene la menor conciencia de cómo habla, pero que su lengua terrena es por lo menos tan estricta y expresiva como cualquier otra lengua, vale decir tan arbitraria, cacofónica, casual, incoherente, etcétera; la de Custodio es una especie de *protoargentino universal* al que por el momento denominaremos *Pancocoliche* y básicamente está formado por voces derivadas del latín, del griego, del italiano, del francés, del castellano antiguo y futuro, del lunfardo y de su propia invención... ¿*Queperespe quepe tepe paparlepe jeperipingopozopo?*, pregunta el padre Cherubini.

## XII

La concepción iluminista del mundo, el sueño laico de la Razón, la ilusión del progreso, el mundo europeo moderno, en fin, se derrumbaba, y entre nosotros aparecía una generación de divertidos pensadores, escritores mundanos y duelistas de opereta, alcancé a escuchar. La voz apagada, sarcástica e hipnótica de Bastián. La oí desde la galería. Verónica y yo habíamos llegado a la universidad del obispo Trejo una hora tarde, o cincuenta años antes, ya que Bastián parecía hablar de la Argentina de principios de siglo. Lo primero que vi al traspasar la puerta del Aula Magna fue la nuca del profesor Urba. No vi a su lado al padre Cherubini, si es que el padre Cherubini existía realmente. Nadie reparó en nuestra llegada. El astrólogo, sin embargo, como si hubiese estado esperándome, giró la cabeza directamente hacia mí, como un búho, y volvió a achicar los ojitos con el mismo gesto de aquella mañana. Todo fue tan rápido que cuando creí que estaba a punto de descubrir algo extraordinario él ya se había vuelto hacia la voz de Bastián, quien, de anteojos y leyendo un texto de Lugones, ilustraba algo que acababa de decir sobre la fastuosa vanidad de los argentinos. Autosuficiencia pueril, dijo ahora, mirándome, de la cual es un buen ejemplo el tono jactancioso, pedante, autocomplaciente, de libros como *Mis memorias*. Y leyó un párrafo de Mansilla. Yo pensé que era la pura verdad. Sólo que iba a servirle, como todas las verdades que usaba aquella gente, la gente como Bastián, para engañar a los demás y engañarse a sí mismo. Lo malo, pensé, es que la gente como Bastián es la gente como yo, y miré a mi alrededor, buscándote. La sala apestaba a inteligencia. Adjuntos de literatura, poetas inéditos, barbudos, futuros suicidas, críticos del porvenir, chicas. Sobre todo chicas. Innumerable cantidad de jovencitas estudiantes de Humanidades, idénticas a Juliette Greco, a Ivich Serguin en versión sudamericana, con pulóveres notables y pelo lacio, con aspecto inequívoco de psicoanalizarse en grupo. Conmoveras con sus libros sobre la falda: su anhelo de contraer un alma por ósmosis uterina. Salvo el cantito, aquello parecía Buenos Aires. Cipayos, escuché. Era fatal. Después, todos iremos al Coto o al Florida y hablaremos de los calzones de las muchachas y, si Dios quiere, saltaremos de la mesa redonda a la cama redonda y gritaremos viva la revolución nacional. Y veo que estoy enojándome sin razón alguna. Comenzaba a sentir los efectos del cansancio, o algún otro efecto todavía sin causa precisa y, peligrosamente, estaba entrando en ésa zona de resentimiento e irritación desde donde, para qué negarlo, suelo proyectar sobre el mundo entero mi propia estupidez y mi propia maldad. Malo y estúpido, me sentí mejor: me sentí lúcido y bueno. Entonces te vi. Y vi junto a vos al mismo muchacho sombrío que unas horas antes se había cruzado con nosotros en el Calicanto. ¡*Snoopy*! Inclinado sobre tu hombro te hablaba al oído, vos mirabas hacia adelante y asentías. Verónica también los vio. «Vení», me dijo, tomándome de la mano: señalaba dos



asientos libres que seguramente vos misma nos habías reservado junto al tuyo. Y aquello me pareció de pronto tan cínico que, cuando nos viste y sonreíste, me olvidé por completo del lugar en donde estaba. Olvidé hasta el sitio del que venía. No me importó ni mucho ni poco llegar de la mano de una mujer con la que literalmente acabábamos de levantarnos de la cama, ni me importó lo que mi conducta podía hacer pensar. Parado en mitad del pasillo, te llamé. Verónica abandonó mi mano como si ese contacto nunca hubiera existido, y sonrió de la misma manera en que aparece el arco iris. Dos o tres señoras se dieron vuelta.

Pretenciosos tilingos, decía Bastían, aficionados a la filosofía y a la Legión de Honor, entre los que desentona como un grito, por su autenticidad, la palabra bárbara de Arlt. Y ahora va a hablar de él mismo, pensé. Vos me estabas mirando con leve asombro, lo cual acentuó del todo mi malestar, pero, al mismo tiempo, me produjo una maligna alegría. Hacerte una escena en ese lugar y delante de Verónica me resultaba inmensamente agradable. No sólo me ponía a cubierto de tus sospechas, sino que además me vengaba de ellas, de Verónica, aunque no supiera de qué me estaba vengando ni qué quería decir ponerme, a cubierto de tus sospechas. De cualquier modo mis celos eran reales y violentos. Volví a llamarte y te levantaste.

—Hola —dijiste sonriendo, en voz muy baja—. Creí que te habían raptado.

Hablabas con perfecta y desaprensiva ingenuidad. Señalando hacia la cátedra, en la que ahora vi a Santiago, agregaste que me esperaban allá.

—Quién es ese chico —mi voz fue como un disparo. Me miraste con gesto de no comprender. Verónica ya no sonreía; aquello la desconcertó, y hasta es probable que la haya atemorizado—. Quién es —repetí.

—Pero, esto es absurdo.

—Con ese tipo nos cruzamos hoy en la calle —murmuré.

—Salgamos, por favor —dijiste.

Verónica, a quien el desconcierto le duró apenas un instante, recuperó de inmediato su aplomo y, plácida e imperturbable, fue a sentarse junto al muchacho. Salimos al patio. Veo un aljibe. Veo la estatua del obispo Trejo y, allá atrás, las torres gemelas de la Compañía de Jesús. Oigo la voz de Bastían: insertaba a su generación en la tradición de Cambaceres y Martel. Acá empiezan las mentiras, pensé.

—Quién es. Y no me digas como hoy «no, nadie». Quiero saber qué significa ese muchacho para vos, por qué esta mañana te miró como te miró y te saludó como te saludó, por qué te reís en voz alta en las confiterías cuando él está cerca, y por qué, ahora, me lo encuentro sentado acá.

Me miraste con frialdad, casi despectivamente.

—No pienso contestarte. Esto no tiene sentido.

—Sí que lo tiene, y te suplico que no te aproveches de la situación. Sabes perfectamente que debo entrar. Contéstame.

—Pero ¿qué te pasa?

Qué me pasaba, en efecto. Esa sí que era una buena pregunta. ¿Qué me pasaba? Visto a la distancia no es fácil de explicar. Pero a esta hora de la tarde, en este patio centenario, yo sé perfectamente qué me pasa. Me pasa que hay en Córdoba demasiadas cosas ambiguas y contradictorias, que no comprendo. No están sólo en Verónica, en vos, en Bastían o en Santiago, están en la ciudad, como si la ciudad entera con sus templos, sus clubes de putas, sus calles empedradas, sus frágiles construcciones de vidrio y aluminio junto a esas piedras y a esos árboles seculares, fuera el símbolo de algo secreto y peligroso que me ha tocado descifrar a mí.

Me di vuelta para entrar en el aula. Ahora estaba realmente enfurecido.

—Escúchame, Esteban, por favor.

Me detuve.

—Sí.

—Por qué estás haciendo esto.

La mirada matriarcal y antiquísima. Murmuré violentamente:

—Me cago en Dios, está muy claro, ¿no? Quiero saber quién es ese cretino.

Con su pluma de ganso detenida entre el cielo y la tierra, fray Fernando de Trejo y Sanabria me miraba con inquietud.

—No necesitas ser vulgar —dijiste.

—Soy vulgar —exclamé. Una diversión salvaje y contradictoria, la misma cosa destructiva que sentí en la escalera, una especie de alegría feroz me arrasaba la cabeza—. Pero sí, si eso es justamente lo que me pasa. Soy vulgar. Me crié en un pueblo donde la gente, cuando se indigna, vomita horrendas injurias, se revuelca en el pasto, se desnuda gritando y se tira de cabeza al río. ¿O te parece que tengo algo en común con esos maricones de ahí adentro y esas viejas virreinales? —Levanté la voz—. Viejas menopáusicas. Que salen de sus tumbas a excitarse con la palabra cultura. Viejas chotas. Soy vulgar. Córdoba es demasiado para mí. Demasiado católica e hispánica, demasiado intensa. Y demasiado ambigua. Y hasta demasiado hermosa. No sólo soy vulgar: también soy loco. Las universidades de más de trescientos años, y lo demasiado hermoso, me afectan la cabeza.

Agregué alguna otra cosa más y te pregunté si estabas conforme. También se lo pregunté a la estatua del Obispo, quien, por alguna razón, ahora parecía de acuerdo conmigo.

—Está bien —murmuraste.

Yo amenazaba meterme nuevamente en el aula.

—Vení.

Me acerqué. Me habías tomado las dos manos con un movimiento sosegado que me gustaría saber describir. Hay gestos en los que apenas interviene el cuerpo. Nacen en otro lugar, en un centro que no está en nosotros.

—Está bien —repetías—. Está bien.

En ese momento hiciste algo perfecto y casi imposible. Cerraste los ojos con cansancio y, a pesar de tu altura, apoyaste la frente en mi hombro. Tal vez no fue en ese momento, sino en el puente; pero yo lo viví a esa hora de la tarde, en esta galería del patio mayor de la vieja universidad. Me sentí tan brutalmente conmovido que fue como si me licuaran el cráneo. Estamos solos en la galería. En otros corredores, lejos, pasan estudiantes silenciosos. Hay enredaderas en las columnas.

—Él no tiene nada que ver. Te lo juro.

Te creí.

No sé si te creí, pero tu voz tenía acento de fatiga, eso fue. No te creí: me dispuse a creer, más tarde. Creer lo que ese tono anunciaba que me confesarías, porque hablaste como si ocultaras algo que ibas quizá a revelarme pero que ya no te complicaba, y eso era lo que quería decir tu cansancio. Te besé. No recuerdo las sensaciones de mi cuerpo sino tu lenta sorpresa y, como si una puerta se abriera de golpe, la violencia de tu avidez, el furor repentino pero brevísimo de tu boca, y después tus ojos constelados de estrellas negras mirándome con desafío.

—Mejor entremos —dije.

No te movías; sólo me mirabas de ese modo. Sentí que debía hacer y decir algo apaciguador. Puse mi bota sobre el puente de tu nariz, con suavidad, y dije una estupidez.

—Soy bastante alto —dije—. Si un hombre puede besar a una mujer en la nariz, sin saltar, es bastante alto. Sin cambiar de expresión, dijiste:

—Sobre todo si la mujer se ha sacado los zapatos. Te agachaste a recoger tus sandalias. Tuve la sospecha de que ibas a entrar en el aula llevándolas en la mano.

—Yo me las pondría —dije.

—Quedarías muy lindo.

No cambiabas de expresión. Volví a oír la voz de Bastían.

—Está bien. —Ahora lo dije yo—. Está bien.

Te calzaste las sandalias y entramos.

Una generación innoble, había dicho Bastían y ahora lo repetía. Somos una generación innoble, rota. ¿Qué nos dejaron? Basura y retórica. Nos engañaron con Perón y fue como si nos violaran. El chico no nos vio hasta que estuvimos junto a él; Verónica, increíblemente atenta a la voz de Bastían, tampoco. La señorita Etelvina, desde la cátedra, me llamó con la mano; Santiago me miraba. Él también quiere que vaya, pensé: está solo. Pero a mí qué me importaba la soledad de Santiago. Hice una seña negativa y me llevé dos dedos a la frente como quien dice que le duele la cabeza, revienten, murmuré, mátense entre ustedes. El chico, al verme, se había levantado; te dijo algo que no entendí. «Sí, en la quinta», respondiste con voz mecánica. Él pasó a mi lado con los ojos bajos. Me senté en su lugar. «Venís

risueño», murmuró Verónica. En la mesa, la voz cambió; pero el sentido de las palabras era el mismo. Y Santiago allá. Lo van a hacer pedazos en cuanto abra la boca, son una Cofradía. El que hablaba era uno de esos homúnculos blanduchos y verdosos, perteneciente a la subespecie de los tipejos; parecía la caricatura o el arquetipo del ratón de biblioteca. Arquetipejo. Una laucha *sapiens* de grandiosos anteojos. Familia: *enanus revolucionarius*; fingien ser marxistas para inspirar pavor a la tía Eglantina. Cuando el pueblo argentino llevó a Perón al poder, oí, teníamos diez años; cuando la oligarquía lo derrocó... Y levanté la cabeza: aquellas eran mis propias palabras de la noche anterior cuando hablé del peronismo con Cantilo, o no eran exactamente las mismas palabras: la intención era idéntica. Sólo que en mi versión yo era inocente y en la de este tipo no se salvaba nadie. Y mucho menos yo. Desde hacía cien años en la Argentina no había más que cómplices, sólo que nosotros, dijo, ni siquiera teníamos la excusa de la irresponsabilidad. Nuestra generación, ya lo había señalado Bastián, había nacido estigmatizada por la desesperanza entre los escombros del mundo moderno y estigmatizada, además, por la marca de Caín de nuestra propia historia, pero era lúcida de ese estigma, y algo debíamos hacer con lo que hicieron de nosotros. En la Argentina sólo quedaban tres caminos: la revolución, el exilio o el suicidio. Aplausos a rabiar. Epa, pensé. Un señor intervino desde el público para señalar que el tema de la mesa redonda estaba siendo desvirtuado, que él no había venido para oír hablar de política. Entonces vayase, le gritó desde la cátedra el ratón, con una voz cuyo volumen y autoridad no correspondían a su aspecto físico. El señor, digno y finisecular, se levantó y se fue. Aplausos.

—Quién es el enano del vozarrón —le pregunté a Verónica.

—Un gran tipo. Callate.

—De qué generación habla, qué edad tiene.

Verónica me miró como si yo fuera uno de esos muebles indefinidos a los que no se sabe dónde colocar.

—Y a vos qué te parece —preguntó.

Vos dijiste:

—La edad de Nacho. Más o menos tu edad.

—Quién es Nacho, perdón.

—Ignacio. Bastián.

Como revelación era doblemente molesta. Para vos, Bastián y yo, y en cuanto me descuidara, Santiago y yo, teníamos más o menos la misma edad, lo que me volvía casi matusalénico. La otra parte de la revelación era que según eso todos estábamos naufragando en la misma Nave de los Locos. La historia particular de Esteban Espósito, mi historia, estos instantes rarísimos y preciosos, mi vida, dejaban de ser un asunto personal, yo venía de cualquier parte e iba a cualquier parte junto con una

multitud sobre la cual, si el ratón no estaba equivocado, ya actuaba además la amenaza del futuro. ¿Con ellos o contra ellos? ¿La historia escrita en letras mayúsculas o suicidarse? Pero precisamente, ahijadito... Me volví rápidamente hacia mi izquierda y alcancé a captar en la fila de atrás la mirada redonda y amarilla del doctor Urba, el párpado de uno de sus ojos, cerrándose hacia arriba, con un guiño cómplice de búho. Estas cosas no suceden en la realidad, así que no me inquieto. Precisamente, pierrot, la melancólica música del pasado de cada cual y del país entero, *anche* del mundo, la dulce Beatriz que nos regalaba corbatas con caballitos de mar emblemáticos; la Plaza Irlanda y su monumento lapidario; la cabeza del abuelo Laureano Zamudio rodando por esos suelos y alcanzando a ver desde allí abajo, durante un segundo, su propio cuerpo descabezado tirando a ciegas unos hachazos, todo eso y lo que se avecina, la potencia organizadora del futuro, ya están acá, son este parpadeo entre dos fatalidades; ¿o no te das cuenta de que el mundo se derrumba y estamos creando un nuevo tipo de sobreviviente y que esa mutación se opera en cada uno de ustedes?, de ahí que cada cual la sienta como puede, como una bisagra de la historia o como metamorfosis, metafísica, metaéxtasis o metáfora... «¡Salute!», dijo el padre Cherubini llegando en ese preciso momento, «¿te refriastes, Lucero?». Hola, padre, dijo el profesor Urba. «*Cosa fablan et argumentan in cathedra*». De la crisis de la modernidad y su influencia sobre el mulataje, dijo el astrólogo. «¡*Vexilia regis prodeunt inferni!*», dijo el padre Cherubini, «¿*andiamo al Vesubio a discutir il Pater Noster?*».

En la mesa volvió a oírse la voz opaca e irónica de Bastían. Santiago lo interrumpió. Verónica, a mi lado, parecía a punto de decirme algo; al oír al jujeño, sin embargo, se quedó súbitamente callada. La vi buscar un cigarrillo.

—Perdónenme —dijo Santiago—, pero todo eso de la violación, el suicidio, la historia, ¿incluye a los jujeños?

—No incluye a nadie —dijo Bastían—. Describe una circunstancia, común a ciertos argentinos. Salvo a los muy excepcionales. ¿Vos te sentís muy excepcional?

Santiago miró sobre su hombro, como si buscara a alguien detrás. Después volvió a mirar a Bastían.

—¿A mí me decís?

En un sector del aula hubo risas. Las chicas habían dejado de tomar apuntes. Es astuto, pensé, es un zorro lleno de cicatrices y cansancio. Alguien, desde el centro de la sala, le contestó en voz alta:

—Sí, a usted le habla.

Verónica encendió su cigarrillo con los ojos bajos y los dedos ligeramente temblorosos. Yo me levanto y voy hasta esa mesa, pensé. Cruz no consiente que se mate así a un valiente. No me moví. El jujeño miró con inexpresividad hacia la sala, después a Bastían, y sonrió conciliador.

—Yo hago versos —dijo, con tono contenido y muy calmo.

—Entonces deje hablar a los que tienen algo que decir —dijeron a mi espalda. La voz de una chica.

Me di vuelta a tiempo para ver que el astrólogo y el padre Custodio salían del brazo. No pude localizar a la chica.

Santiago alzó con suavidad las manos y se encogió de hombros. Un gesto casi transparente.

—Que hable, pues.

Cuando Bastián volvió a hablar me pareció notar algo extraño. Como si hablara a pesar de sí mismo, o como si ya no tuviese ganas de hacerlo. No quería discutir con Santiago. No públicamente. No quiere, sentí, tener razón a costa del jujeño. Estamos hartos de un país lleno de prohombres agonizantes y de jóvenes excepcionales de buena conciencia. Algún día, dijo, íbamos a recordar estos años como la única oportunidad que tuvimos de estar vivos. ¿O no se daban cuenta de que esta misma Aula Magna era un signo, el indicio de algo inquietante? El buen señor que hace un momento se levantó escandalizado, ése lo sabía. Sintió profanado este recinto centenario. ¿Quién se lo profanaba? Esos pulóveres y esas barbas, la palabra historia y la palabra homosexualidad y la palabra mierda (aplausos), profanación o amenaza que perciben no sólo nuestros prohombres agonizantes sino también ciertos rebeldes impolutos, en la cara mal afeitada de un hombre que se deja crecer la barba o el pelo porque se le antoja (aplausos), porque se atreve a asumir el comportamiento que le dictan sus ganas y su libertad. No se equivoquen al aplaudir, yo no digo mierda para que ustedes, sentados ahí, se sientan menos burgueses (bueno, pensé, este hijo de puta es bastante inesperado), ni quiero ganarme la simpatía de nadie; lo que yo quiero es señalar lo que hay detrás de todo esto. Y siguió hablando en ese mismo tono, apagado e hipnótico, mientras yo pensaba que seguramente tenía razón, pero que mi problema era otro. Me hubiera gustado saber cuál. Como aquel personaje que tenía dolor de muelas mientras contemplaba cómo crucificaban a Cristo. Sólo que ése sabía, por lo menos, que le dolían las muelas. Bastián y Santiago tenían algo en común, un secreto parecido o un parentesco secreto, que los hermanaba entre ellos y los separaba de todos los demás. Ese gesto de Santiago, hace un momento, cuando comenzó a hablar Bastián. O el de los dos, a la mañana, cuando el Poeta Místico le atribuyó a Dios la versificación de sus sonetos. Un gesto hastiado o burlón, el mío, ahora, al sorprenderme pensando que quizá este hastío y este cinismo fácil, esta risa que nos dábamos a nosotros mismos fuese un dato, una pista para rastrear aquella cosa escurridiza —lo argentino—, esa quimérica esencia que hacía divertir a Lalo o delirar al Poeta Místico o asquearse a Bastián, pero que todos andábamos buscando desde hacía ciento cincuenta años. Qué disparate, pensé, y oí la voz de la señorita Cavarozzi que pedía un poco de orden y le cedía la palabra a alguien del público, quien, por lo

visto, también parecía notar que una generación como la nuestra era un síntoma inequívoco de enfermedad y decadencia nacional, y exigió respeto por las niñas y damas allí presentes, lo que ocasionó un pequeño tumulto y dio lugar a que algunas de las niñas, hinchando sus nubles carrillos como los angelitos cólicos de los mapas antiguos, emitieran un discreto pedorreo. Sí, tal vez Bastián tenía razón. Tal vez todo aquello era el símbolo o la envoltura de algo, o yo estaba inventando las causalidades y los símbolos, ¿un argentino? ¿Desde cuándo me importaba lo argentino? A ver si resultaba nomás que Córdoba era el ombligo ontológico de la patria y yo había ido a parar a ella como una limadura de hierro atraída por un imán. Pero aun suponiendo que Santiago y Bastián, y también el architipejo y las desmelenadas chicas resoplantes tuvieran algo en común, en qué se parecían a ese viejo cascajo anacrónico que ahora hablaba de la grandeza de la Patria, o al Poeta Místico, esa caricatura de un antiguo radical dedicado a hacer sonetos a la Virgen, y qué hacíamos con el honorable doctor Cantilo, especialista en pasturas intensivas y en soldaditos de madera. O quizá ahí estaba justamente la clave. Porque esa mañana, en la Ciudad Universitaria, yo había pensado Grandes Monos, y ahora sentía que ellos, el viejo cascajo, el doctor Cantilo, todos los innumerables fósiles de esa especie, eran al fin de cuentas nuestros Grandes Monos, hijos de los remotos gorilas que se hacían saltar la cabeza a hachazos en las montoneras del abuelo Laureano, vencedor de Artigas, vencedor de Lamadrid, parecido a Ramírez y corriendo una carrera con Dios hace ciento cuarenta años junto a una mujer que pudo llamarse Delfina pero que era rubia y se llamó Aasta. Me volví hacia Verónica: Tenés que contarme bien lo de tu abuelo Laureano, dije, como quien hace un apunte en un cuaderno. Verónica no me prestó atención y yo me di cuenta de que mi pensamiento iba dando saltos de canguro a impulso de las palabras que resonaban en aquella sala, ya que, allá adelante, alguien hablaba de la herencia de las montoneras y de Facundo Quiroga, tan orondo, yendo en coche al muere. ¿Quién comanda esta partida? Y el otro arrió caballo y dijo yo, y ahí nomás le descerrajó un trabucazo entre las cejas. Qué bárbaros éramos. Hubo una época en que hasta la palabra bárbaros quería decir algo, se pusiera uno del lado de adentro del coche o del de afuera. Tengo que romperme bien rota el alma con ese tipo, con Bastián, tiene mucha razón Santiago, deduje súbitamente. Ellos, Bastián y Santiago, son algo así como el eslabón perdido. Un estado intermedio entre Cantilo o los cascajos y quienes vendrán después de mí. Quién sabe, a lo mejor el país ya está maduro para dar una pareja adámica de argentinos. Lo malo es pensar, como ahora, qué tengo que ver yo con todo esto. O tal vez ser argentino sea justamente esta soledad. Como ir a contramano en una escalera mecánica mirando la cara de los otros. Una cualidad negativa: no ser algo. Ni europeo ni americano. Cuántos vamos a quedar todavía en el camino para que se dé el primer antepasado. Lo curioso de nuestra condición: no tener historia o tener una historia de tres por cinco y, sin

embargo, sentir que todo lo realmente nuestro pertenece al pasado. Y al mismo tiempo no encontrar el pasaje hacia el origen. Como decía Lalo, los alemanes descienden de los germanos, los franceses de los galos, hasta los gallegos tienen linaje, hasta los mexicanos, celtíberos o aztecas, únicamente los argentinos descienden de los barcos. América había venido mal parida, decía Lalo, qué se puede esperar de un anormal que se embarcó con unos delincuentes rumbo a la isla de Cipango y se encontró con esto, y encima se llamaba Cristóforo Colombo. ¿Me miraron bien?, preguntaba Lalo. Mido un metro ochenta y cinco, soy rubio y de ojos grises, qué corno tengo que ver con el negro Falucho o con Santos Vega y no lo digo por tilinguería sino por desesperación, ser argentino es como ser hijo de nadie y, como opinaba un hombre sabio, ser hijo de nadie es ser un hijo de puta. Desesperación, desesperanza ¿no serían precisamente éstas las palabras clave para descifrar el sentido de lo que otros llamaban la tristeza argentina? Porque descender de los barcos no era sólo una broma, era una alegoría del destierro. Aquellos españoles y, más tarde, todos aquellos europeos rotos y desesperados que habían abandonado una aldea de España o un pueblito de Sicilia y subieron a esos barcos, aquellos sirios, armenios, judíos, libaneses, aquellos alemanes que viajaron hasta la Rusia de Catalina y de allá vinieron a dar a esta tierra de desolación sin recordar ya cuál era su origen, habían traído con ellos la melancolía de lo perdido para siempre, la nostalgia del lugar al que no se regresa. ¿De quiénes éramos hijos? De aquellos iniciales delincuentes españoles y de estos otros rotos que llegaron después, que descendieron de sus barcos y nos dieron por alma la memoria de su tristeza. Había entonces, pese a todo, un espíritu argentino, una memoria colectiva así como hay una memoria personal; tal vez es eso lo que da forma a lo que llamamos historia. Y entonces tenían razón Bastían y hasta el architipejo cuando hablaban de darle un sentido nuevo a la historia, de empezar a ser; de hacer algo con lo que se había hecho de nosotros. Y, sin embargo, en el fondo de toda esta necesidad de existir, qué manera de odiarnos unos a otros, cuánto rencor y resentimiento. Sectas, clanes, cofradías, tribus, castas. No había más que echar una ojeada a esa misma Aula Magna para sentirlo. La inteligencia del país, estaba diciendo ahora la Cavarozzi, lo mejor de la inteligencia argentina y de una nueva y pujante generación cuyas obras ya hablan por sí mismas (¿qué obras?, ¿a quién hablan?, ¿por qué estoy perdiendo el tiempo con estos disparates?). Cada uno una república personal, en guerra con todos los otros. Qué manera de malquerernos y despreciarnos, sobre todo despreciarnos, yo a Bastían y a Cantilo y al architipejo, Bastían a mí, Santiago a todos. Ahora sé que Santiago a todos.

¿O no era Santiago quien estaba hablando desde hacía por lo menos veinte minutos?, ¿o no era la voz de Santiago sobre la que cabalgaba a saltos mi pensamiento? Era la voz de Santiago y, por si fuera poco, no era una voz sobria. Lo



cual explicaba el nuevo cigarrillo de Verónica y sus ojos de hechizada, fijos en la cátedra, y su boca anhelante, suponiendo que haya alguna razón para que esta mujer, que acaba de acostarse conmigo, esté pendiente de las palabras del jujeño quien ahora repetía aquello de que tal vez ya estábamos maduros para dar un antepasado adámico, siempre y cuando no hayamos tenido la desgracia de llegar al mundo justo en el momento en que la función se termina. «Pero de qué habla», oí en la fila de atrás. «No tengo la menor idea y me parece que él tampoco». Porque yo sé, está diciendo el jujeño, pero no me pregunten cómo lo sé, que ha llegado el momento de cometer una gran locura. Mi colega de los grandes bigotes nos señaló esta mañana las virtudes terapéuticas de la Gracia Divina, mi hermano inteligente, mi querido Bastían, la necesidad de acompañar con actos a la historia, yo no quiero discutir con nadie ni tengo voluntad para probar nada de lo que digo, pero creo que ya estamos en edad de recurrir a otros poderosos auxiliares. El problema es qué pasa después con el alma, claro. Ustedes se preguntarán qué alma, no el alma nacional, no, del alma nacional ya han hablado bella y armoniosamente mis hermanos generacionales, yo hablo del alma. Lo malo es que algunos ya la hemos perdido por una docena de empanadas salteñas, un jarro de vino tinto y dos, o tres... tres changos hijos de uno, en los que también habría que pensar seriamente antes de tomar ciertas decisiones. «Está borracho», dice la voz de la fila de atrás. «Lo que pasa es que es jujeño», dice una señora. En realidad lo que tengo que aportar a esta mesa redonda viene a ser más o menos sencillo, ustedes háganse cargo de la intención, más que de las palabras. Yo soy un poeta que ya no cree en las palabras, o para decir la verdad, un poeta que nunca creyó en las palabras. Creo en el lenguaje, una esfera superior a la que muy raramente llegan las palabras, algo así como la música, y sólo los sordos pueden confundir la música con las notas, justamente, justamente lo que intento decir tiene mucho que ver con la música, se trata de una cierta música, porque a mí me parece que el diablo y no Dios va a tocar el violín en las próximas fiestas. Siempre y cuando nos quede tiempo para empezar la fiesta. No me pregunten cómo lo sé, pero les doy mi palabra de que estamos viviendo un tiempo endemoniado y dejado de la mano de Dios, y sólo aquellos que acepten las condiciones de esta alcahuetería candente, de esta candente intermediación, podrán soportar de hoy en adelante el peso de la poesía. Yo no sé si ustedes se dan cuenta de que la crisis del mundo moderno y el problema del ser nacional, temas para mí misteriosos de esta reunión académica, me importan por el momento un soberano carajo. No quise decir eso, perdón, quise decir que en mi carácter de jujeño carezco esta tarde de elementos conceptuales para analizar el tema. En cambio, donde hubo un poeta cenizas quedan, para expresarlo proverbialmente. Veán, es muy cierto lo que dijo acá Bastían. No sólo por los motivos que él cree, pero es cierto. Estamos solos, rotos y a medio matarnos, somos argentinos, somos los descendientes bastardos de una familia que nació putativa y, por si fuera poco,

entramos por la puerta de servicio del mundo moderno justo cuando la casa entera del hombre se viene al suelo. Ése es un gran problema, no lo niego, es un problema histórico y nacional, es un problema para ponerle los pelos de punta a cualquiera; pero ¿cómo decirlo sin ofender a nadie?, yo tengo un problema mío. No sé si conocen la fábula que les voy a contar; creo que allá en el fondo hay por lo menos uno que la conoce. Había una vez un judío o un romano con dolor de muelas, hará dos mil años. Estaban crucificando a Jesús y él comprendía el pavor y la grandeza de esa muerte, por alguna razón podía entender, con la cabeza, que estaba ante uno de los momentos más augustos de la historia humana. Pero no podía sentirlo en su corazón. Y no podía sentirlo porque le dolían las muelas. Mi dolor de muelas, esta tarde, tiene que ver con la poesía... Todo el mundo, esta tarde, parece tener dilemas históricos, nacionales, planetarios. Yo tengo un problema formal, no sé si me entienden lo que les quiero decir. «No señor, no le entendemos», dijo una voz violenta. «No está borracho, está loco», dijeron atrás. «Qué imbéciles, Dios mío», dijo Verónica. Bastían había puesto una mano sobre el brazo de Santiago como si tratara de hacerlo callar. Santiago retiró suavemente el brazo y, con toda naturalidad, sacó su cantimplorita del bolsillo del pantalón. Echó un trago y la guardó. Enseguidita me van a entender, dijo. Y habló. Habló media hora más. El sonido arrastrado de su voz era hermoso y grave, resonaba en el silencio del aula, repentinamente atenta, como si hablara en otro idioma. En mitad de una frase, bruscamente, se quedó callado, se levantó y se fue.

## XIII

La escalera. Desde hace años, Graciela, estoy detenido acá arriba, en la escalera de la casa de Verónica, junto a la ventana desde donde se ve un sector del patio de las Catalinas y el cementerio de las reclusas, si es que no se trata de un falso recuerdo, porque también me parece estar viendo un limonero, unas delgadas columnas moriscas, y más lejos, del otro lado de la calle, la cúpula de Santo Domingo y las torres gemelas de la Compañía. Todo lo cual es una manera de decir. Porque lo que realmente estoy viendo mientras escribo es el parque del neuropsiquiátrico y sus albercas de aguas estancadas, unos robles, el níspero de don Jacobo, dos leones de piedra iluminados por la luna. Cosas de las que tal vez hablaré a su tiempo, o no hablaré, pero que se ven perfectamente esta noche por el agujero de una de las paredes de lo que he llamado mi Cuartito Azul; Icones y robles y aguas muertas que no tienen nada que ver con esta historia, o tal vez sí, pero de un modo secreto que ahora resultaría un poco difícil explicar. Han pasado casi siete años desde que escribí en mi cuaderno Leviatán la primera palabra de esta crónica, y muchos más desde aquel octubre tormentoso, tan distinto de lo que debería ser un mes de primavera que se grabó para siempre en mi memoria como si fuera otoño, han pasado demasiadas caras y botellas y muerte sobre mis palabras como para que cada día no me resulte más difícil poner en movimientos estas imágenes, fijas como láminas, que por alguna razón siguen clavadas en mi pasado y claman desde allí para recobrar el sentido que tuvieron ese día o que alguna vez quise darles. La escalera de la casa de Verónica, por ejemplo: no era éste el tono adecuado a esa escalera. Acabo de salir desnudo del dormitorio de Verónica, tengo la ropa bajo el brazo, y siento una anormal necesidad de reírme. Éste es el tono. Hace doce años que estoy inmóvil y desnudo y a punto de soltar una carcajada acá arriba. La escalera es larga: describe una curva que va a desembocar, fuera de mi vista, en el remoto vestíbulo que a pesar de la hora se ahonda en una difusa penumbra. Desde la pared opuesta a la ventana que da al patio del convento, el retrato enorme del abuelo Laureano, me contempla con cierta maliciosa ironía no exenta de severidad patricia. Sus barbas ambiguas oscilan entre el rabino verde de Chagall y don Martín Miguel de Güemes. Me cubro el ombligo y el bajo vientre con mi atado de ropa y no puedo dejar de pensar, ahora o entonces, que hay algo más bien desamparado en mí allá arriba, algo que da un poco de frío. Mejor me pongo los calzoncillos acá mismo, abuelo. Cosa que hice. Y repentinamente me electrizó una idea, que tuvo la contradictoria virtud de paralizarme y ponerme en movimiento al mismo tiempo: por la ventana que daba al jardín el doctor Cantilo podía verme. Eché a correr por la escalera; aún hoy trato de imaginar aquello; imaginarme a mí mismo corriendo y casi rodando escaleras abajo, intentando recoger en el aire, sin conseguirlo, uno de mis zapatos que se me escapa de las manos y cae y

rebota y da tumbos por la alfombra de los escalones, dobla la curva y desaparece; quisiera recordar mi alegría, alegría o no sé bien qué, algo malignamente parecido a la alegría, el deseo salvaje, al que seguramente contribuían ciertas dosis no del todo asimiladas de whisky, cigarrillos de Verónica y algo llamado Cafilón, de reírme, de sentarme en el descanso de la escalera y reírme, la necesidad orgánica, visceral, de quedarme sentado allí mismo riéndome hasta que apareciera el doctor Cantilo, hasta que el techo de la casa o el cielo con sus planetas se desplomara sobre mi cabeza. Sé que todo esto lo sentí durante el tiempo que dura un parpadeo; sé que lo sé, aunque no lo recuerde. Lo que sí recuerdo son los ojos de Inés: Inés que me miraba petrificada al pie de la escalera. La vi al recoger yo el zapato. Ella estaba parada delante de la pequeña mesa de campaña del fraile Aldao, junto al arcón sobre el que había quedado el librito de Poe, abierto por mí en la página de la balada de Annabel Lee. Una clave, había pensado yo esa tarde. Un mensaje cifrado. La única cosa no corrompible de mí que puedo dar: algo ajeno, puro e inalcanzable como una estrella. Claro que, también lo había pensado, puede suceder que esta imbécil ni se dé cuenta cuando vuelva a buscar el libro, suele pasarme, y es sabido que no tienen alma; puede suceder que alguien lo encuentre antes y lo cierre, o lo robe; incluso es posible que lo robe yo mismo antes de irme, para evitarme desilusiones. Ella me miraba a mí; no miraba el libro. Yo sentí que podía quedarme toda la vida en ese lugar, idiotizado, con el bulto de ropa a la altura del estómago, y en realidad me quedé, en realidad hace doce años que no me muevo de esta escalera. La chica sigue mirándome sin pestañear y yo calculo que el coche de Cantilo ya debe de estar en el garaje, lo que significa que de un momento a otro nuestro hombre va a entrar por la puerta que da al jardín. Volver al cuarto de Verónica y salir de la casa saltando a través de los techos hacia el tejado de las Catalinas, no me parece una solución razonable. Mi única salvación es seguir bajando, suponiendo que la palabra salvación no resulte un poco fuera de jugar, dadas las circunstancias. Y en ese momento tengo una sospecha que es también una premonición, casi una certeza: la inmovilidad de Inés no pertenece del todo al mundo real, es algo así como una islita en el tiempo, un frágil territorio infinitesimal a punto de ser barrido por el necesario transcurso de los hechos, y, en cuanto eso ocurra, va a suceder algo irreparable. Esa chica está a punto de dar un grito. O se cae redonda. O se encierra en el baño a llorar. Todo lo que puede ocurrir siempre es malo; pero la última posibilidad era de las peores, porque a ese baño debía llegar yo. Ese baño, al menos en aquella tormentosa tarde de octubre, era un cronotopo previsto desde milenios antes de mi nacimiento por los ángeles buenos que organizan las secuencias novelescas de lo que llamamos vida humana. Claro que también hay ángeles adversos y ordenamientos funestos, pero no podía ser que Cantilo me sorprendiera así. No por mí, por él. Basta cambiar el punto de vista de la realidad y situarse en su lado de la vida para comprender que el doctor Cantilo no puede ni debe

ni merece encontrar a un intruso desmelenado bajando en calzoncillos por la escalera de su propiedad privada. Este pensamiento me confortó y me dio la calma necesaria como para no abalanzarme sobre la chica. Con mucha lentitud, como quien se acerca a un sonámbulo que se balancea sobre una cornisa, mirándola a los ojos, comencé a bajar. Si Inés gritaba o corría a encerrarse en el baño, mi viaje a Córdoba y aun mi breve estadía en el mundo podían tener un desenlace tan extraordinario que, juzgado desde cierto punto de vista, era casi un pecado impedirlo. Ya he llegado junto a ella. Estamos tan cerca que podríamos bailar. Huele a heliotropos y a fresas silvestres y al agua de la lluvia cuando cae sobre los nísperos. No estoy inventando nada. También huele vagamente a bizcocho de maicena. El negro de las pupilas es tan desmesurado que parece abarcarle la totalidad del iris, como si tuviera los ojos abiertos en el fondo del mar. Me sé duplicado, cabeza abajo, en un cristal remoto de esos pozos: mis antípodas tienen los dos el calzoncillo torcido, el atado de ropa bajo el brazo derecho y un zapato colgando de la mano izquierda. Unificado en el espacio y en posición normal, eso soy yo; eso es lo que ella está viendo por última vez de Esteban Espósito. Debería sentarme nomás en la escalera y esperar la llegada de Cantilo.

Inés cerró repentinamente los ojos y, sólo después, dio vuelta la cara, un movimiento de cabeza que en rigor debió suceder antes. Se convenció, pensé. Entré en el baño y me vestí.

## XIV

—Vos tómallo como quieras —dije—, pero te pareces a Ligeia, una Ligeia que fuera, al mismo tiempo, un gato siamés.

—Bueno —dijiste—, es un poco mejor que lo de anoche, sin contar que anoche también me parecía a una yegua.

Garza real, Selena, larga hoja de palmera, María la egipciaca a la que no vio desnuda el eremita Zózimo y cuyo cuerpo muerto protegió un león, típica adolescente cordobesa producida por una remota cruce entre conquistadores españoles e indias comechingones, Teresa descalza de pie árabe, joven puta aunque enigmática, niña de familia, álamo sombrío, realmente te parecías a demasiadas cosas.

—En qué quedaste pensando —preguntaste. Dije que en Poe, en que Poe afirmaba que, en la antigüedad clásica, no había modelo para los ojos de Ligeia.

—¿Y cómo sabía algo tan impresionante? —preguntaste.

## XV

Quien tenga una idea del modo en que Estanislao López y Lamadrid batieron al caudillo Ramírez, puede, alterando una o dos circunstancias secundarias, figurarse la táctica que emplearon en Ojo de Agua para enfrentar a las tropas del abuelo Laureano. Estanislao López, como se sabe, antes de tener sus primeras líneas frente a Ramírez había emboscado sus mejores hombres, con los blandengues y dragones del coronel Lamadrid, detrás de sus líneas. Acá también las emboscó; pero delante. Para comprender esto hay que imaginar el sitio. Una vasta planicie triangular, interrumpida suavemente, a mitad de camino entre la base y el vértice, por una ligera lomada que, si bien permite ver allá lejos las líneas de López como las vio riéndose el abuelo, oculta cualquier cosa que esté *inmediatamente detrás* de esa loma. Todo lo cual equivale, en escala argentina, a la célebre rodada aquella con que Víctor Hugo, interrumpiendo por sorpresa la narración de *Los miserables*, explica la derrota de Napoleón en Waterloo, rodada que vino a acontecer más o menos donde Waterloo formaba el travesaño de la gran A, sólo que allá era una hondonada y en Ojo de Agua una lomita. No se crea, sin embargo, que Lamadrid cometió el desatino de esperar a la caballería de Laureano ahí mismo. El declive no es tan pronunciado como para que, al acercarse el abuelo, sus hombres no advirtieran a tiempo la emboscada, y los blandengues y dragones no eran tantos como para presentar batalla de primera intención. La idea fue otra. Y si uno se imagina la Historia Nacional como si la viera desde arriba, comentó el astrólogo esa noche en el Cerro de las Rosas, mientras Lalo contaba los hechos y desplegaba con precisión militar ilusorias baterías y tropas de soldaditos de madera sobre la piel de oso de la alfombra, si uno se imagina esta fábula o enxiemplo desde la horqueta de la Vía Láctea, resulta un espectáculo hermoso. Porque mientras Laureano avanzaba desde el sur hacia el travesaño de la gran A, hacia la loma, los jinetes de Lamadrid, ocultos del otro lado, abriéndose en dos alas, se apartaban lentamente hacia los costados del triángulo e iban como dándole paso mientras López venía desde el norte, y ellos, los blandengues y dragones, volvían a juntarse al sur de la loma, detrás de Laureano, y comenzaban a subir la cuesta a espaldas del abuelo. Si Laureano, como era previsible, arrollaba a las tropas de López, no tendría más remedio que reorganizar a su gente, como una fatalidad, en algún lugar del valle, es decir, prácticamente debajo de la caballería de Lamadrid, a la que ahora debería quebrar no sólo con López recomponiéndose a su espalda sino subiendo él la cuesta, con varios cientos de hombres menos y los caballos y los brazos cansados. Quebrar a Lamadrid o resignarse a quedar en el medio, esperando la muerte entre dos cargas. Estas cosas van a suceder, sin que nadie pueda evitarlo, una madrugada del año 1821. Ahora todavía es el atardecer del día anterior, y Laureano, desde un improvisado mirador del campamento observa, allá

lejos, los movimientos de López. Ladrón de vacas, piensa. Y piensa que sin Ramírez y Artigas la causa de la Confederación ya no existe. Mansilla traicionó a Ramírez; Carreras se volvió a Chile, si es que no lo degollaron; López lo traicionó a él, y ahí está defendiendo las vacas de Buenos Aires con un ejército de santafecinos. Diez años antes, o incluso tres o cuatro años antes, todo era claro todavía. Teníamos un designio y un destino, piensa el abuelo. Se trataba de expulsar a los españoles del suelo americano y hacer de las provincias unidas del sur una nación confederada e independiente, aun cuando las palabras América y Nación fueran, en la cabeza de aquellos hombres, comarcas nebulosas y vagas que el pensamiento era incapaz de abarcar. Sobre todo, quizá, la palabra Nación. Una tierra interminable que se alargaba hacia el sur desconocido y tenía la forma invertida de este campo de batalla que Laureano recorría ahora con sus ojos desde lo alto del mangrullo: su forma geométrica y también la forma de su amenazante misterio. ¿Qué era el sur? El sur, para el abuelo, era la pampa, y a la izquierda de la pampa —tal como Laureano imagina el mapa de la Argentina desde allá arriba—, al este, contra el Atlántico, una ciudad arrogante y autoritaria que desde hacía años venía decidiendo el destino de toda esta tierra. Y desangrándola y robándola, pensó Laureano, y éstas sí fueron exactamente las palabras que se formaron en su cabeza. Una ciudad poblada de hombres incomprensibles que a veces le parecían más extranjeros que cualquier godo o realista que aún quedara en América o que cualquier gringo que viviera más arriba del Perú. Los porteños. Con sus Directorios y sus intelectuales leguleyos y sus Constituciones. Porque el problema, explicó Lalo esa noche en el Cerro mientras colocaba unos soldaditos de caballería en el morro del oso y murmuraba «López», el problema fue la Constitución de 1819, espero que tengan alguna idea sobre la historia del país en que viven. Y acá al norte de la loma, dijo después, la caballería oculta del abuelo Gregorio. «Querrá decir Laureano», lo interrumpió alguien, pero Lalo dijo que no. Gregorio. Gregorio Aráoz de Lamadrid, que es o fue algo así como mi tío tatarabuelo; Laureano es éste y es el abuelazo de Verónica y por ahora está meditando acá, en este florero, que viene a ser el mangrullo. ¿En qué piensa el abuelo? Piensa en los constitucionales del 19, habitantes de un país fantástico que estaba sólo en sus cabezas, quienes imaginaron una constitución monárquica y aristocrática en un país sin rey ni aristocracia, retóricamente democrática en un país sin opinión pública, y básicamente unitaria en un país hecho de tradiciones territoriales casi salvajes, un país instintivamente federal hasta cuando era colonia española. Ni el santafecino Estanislao López ni el entrerriano Ramírez ni el viejo Artigas aceptaron esa constitución. Ni siquiera la aceptó Manuel, recordaba con orgullo Laureano mientras veía ponerse el penúltimo sol de sus días. ¿O no había sido Laureano Zamudio uno de aquellos jefes del Ejército del Alto Perú ante quienes el cansado y enfermo general Belgrano dijo: «Esta constitución y la forma de gobierno adoptada por ella no es en



mi opinión la que conviene al país, pero habiéndola sancionado el Soberano Congreso Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla observar»? Palabras que el montonero jujeño que había en el corazón del abuelo interpretó como una tácita apelación a su libertad de conciencia, y esa misma noche licenció por su cuenta a sus paisanos, cruzó el río abrazado al cogote de su caballo y volvió a formar un ejército propio, y se unió a López y a Ramírez y a Artigas, porque sabía que el absolutismo español ya estaba medio muerto, pero sentía que acababa de nacer el absolutismo porteño. Tal vez me equivoqué, piensa el abuelo viendo allá lejos, muy detrás de la loma, el movimiento de las líneas de López: tal vez tiene razón Estanislao que pactó con Buenos Aires y ahora está allá enfrente convidándome a *peliar*. Tal vez tiene razón Mansilla, que abandonó a Ramírez como una vez Ramírez abandonó a Artigas y como yo mismo abandoné a Manuel. Tal vez sea imposible volver a atar los caballos a la pirámide de Mayo y demostrarles a los porteños que la patria es más grande que esa plaza desde la que imaginan gobernar la tierra. Si hasta Rosas se volvió a su estancia y ahí anda, pialando terneros y jugando al domador en Los Cerrillos. Tal vez me equivoqué yo o nos traicionaron o la patria ya no tiene destino, o yo dejé de entender los tiempos que vivimos, pero mañana, en cuanto aclare, cargo contra ese santafecino ladrón de vacas y lo deshago, y uno de estos días me amanezco en Buenos Aires y lo peleo al gobierno si hace falta. Y se bajó del mangrullo. Si sólo llegara Ramírez, piensa.

—Alcánzame ese carrito —dijo Lalo esa noche. Lo puso con extrema delicadeza cerca del mangrullo.

—Qué es esa diligencia.

—No es ninguna diligencia —dijo Lalo—. Es una berlina.

Y ésa fue una de las sorpresas que recibió Laureano, fuera de que lo degollaran, según me había explicado Verónica un rato antes en el parque, porque de esa berlina acababa de bajar, como ataviada para un baile, Aasta Solbaken, la mujer del abuelo. «Qué hace acá y dónde quedó el chico», parece que preguntó él, sin tutearla. «Yo he venido a verlo a usted, y nuestro hijo está con mi familia, en Salta», dijo Aasta. Tenía un levísimo acento escandinavo, poco más de veinte años, el pelo muy claro y unos cuantos centímetros más que el abuelo. Él se apartó unos pasos y la miró un momento. «Bueno», dijo por fin, «ya me ha visto; ahora va a tener que volverse». Después reunió veinte hombres, les ordenó que cargaran patacones y plata, volvieran a subir a la berlina el arcón de la muchacha y llevaran todo a Salta. «Por lo que putas pudiese», murmuró. «Vos», le dijo a uno, «te afeitas al llegar y me le das un beso al muchacho. Y usted m'hija», le dijo a ella con el tratamiento de los grandes momentos y sin mirarla, «usted mueva otra vez en el carrito y se me vuelve a Salta con esa gente». Ella se rió, delante de todos. «Qué está diciendo», dijo. El abuelo se agachó sobre una mesa de campaña, como para verificar un mapa. «Vea, santita», murmuró

en tono neutro, como si no hablara, «hace unos cuantos años que usted vino de su tierra, ya conoce bien el idioma del país. No le es tan difícil entender lo que estoy diciendo, pues». Ella dijo que entendía. «Pero que éstos bajen otra vez el baúl, porque lo que es yo, señor, me quedo». También la Delfina presenciaba las batallas de Ramírez, dijo Lalo, sólo que la Delfina era portuguesa y murió en su cama.

—Me gustaría saber si el abuelo hizo el amor esa noche —dijo Verónica.

Yo no sé lo que hizo, pero lo imagino despierto. Si llegara Ramírez, piensa, mirando la cara de la mujer dormida. No sabe que hace diez días la cabeza de Ramírez era paseada en la punta de una picota por las calles de Santa Fe.

Antes de despuntar el sol, con la luna colorada todavía encima de los cerros, mandó formar a sus hombres en una línea larga que abarcaba casi toda la base de la A invertida. Luego, en medio de un silencio en el que sólo parece oírse la respiración de Dios, comienza a galopar de una punta a la otra ante esos tres mil paisanos inmóviles sobre sus caballos como jinetes de piedra, y así va y viene durante un rato muy largo, arengándolos al galope con palabras que apenas se entienden porque en realidad casi no son palabras, ni hace falta que lo sean, son gritos, insultos fragmentos de algo que cada cual articula y completa con los latidos de su sangre.

—Después les cuento lo que falta —dirá esa noche Lalo.

## XVI

«Hay algo en él, en Santiago», habías dicho, «algo, no sé, que le aparece a ráfagas, como a pesar de él mismo; hace un momento, por ejemplo, cuando habló y habló, fue tan hermoso». Yo no recuerdo cuáles pudieron ser las palabras del jujeño, pero recuerdo las tuyas al filo del atardecer. Volvíamos de los altos del Observatorio en dirección al coche de Lalo. Me parece ver un laberinto de calles que subían y bajaban, me parece ver árboles que tenían hojas color cobre. Sí, es cierto, había dicho yo, y no pude callarme el agregar con inconcebible mezquindad: Pero más que nada tiene la virtud de pasar inadvertido, de diluirse entre las cosas. El diminuto profesor Urba, caminando un poco adelante entre la señorita Etelvina y Verónica, interrumpió una frase en la que intervenían los astros y la numerología en el trazado original de la ciudad y, dándose vuelta, me miró con sarcasmo. Vos estabas demasiado ausente como para reparar en la intención de mis palabras y contestaste que sí, que eso también era verdad. «Lo raro es que él y vos se parecen», dijiste, «no físicamente ni tampoco en el carácter, es algo más». ¿Profundo?, dije yo mientras arrancaba molesto una ramita de un cantero y me la llevaba a la boca. «Misterioso», dijiste con una sonrisa, y señalaste al jujeño, quien, alzando con distracción el brazo, cortó al pasar una hoja dorada y, después de mirarla un segundo la dejó caer. Bastían venía en otro grupo, un poco más atrás. Ahora me doy vuelta y está masticando un malvón, pensé. Después, cuando llegamos al automóvil, comprendí, por la cara inquieta de Lalo, que en ese coche iba a faltar espacio para alguien. El ómnibus de la universidad no se veía por ninguna parte. Y por esa oscura ley de las compensaciones que gobierna ciertos actos, casuales en apariencia pero que en el fondo no son sino modos de saldar en secreto una deuda secreta, dije que vos y yo volveríamos a pie, que me dolía la cabeza y que tenía necesidad de caminar. El doctor Urba volvió a sonreír. Dijo: Entonces aprovechemos, compadre Santiago, ahora que cabemos todos. Nadie pareció notar nada. El jujeño contestó algo sobre un almacén y despacho de bebidas que había por ahí cerca y que debía visitar con alguna urgencia. Verónica estaba recordándole a alguien llamado Guerri que esa noche era la fiesta en el Cerro y ahora te pedía que llamaras a no sé quién. Vos dijiste que estabas sin teléfono desde hacía diez días, y, antes de que yo pudiera pensar en nada, Verónica, mirándome con alegre malignidad, preguntó cómo íbamos a hacer esa noche para avisar que te quedabas a dormir en la quinta. Frase ambigua que podía ser interpretada de mil maneras: una de las cuales era que vos ibas a hacer en tu casa la parodia de la niña que vuelve a alguna hora pero vuelve, y que esto de llamar desde la quinta tenía quizá algo de vieja ceremonia. O tal vez todo era inocente, un juego del que yo desconocía las reglas. No tuve tiempo de averiguarlo. Una pareja estuvo a punto de llevarnos por delante y fue como si la tarde se detuviera y se abriese un paréntesis en el tiempo. El profesor

Urba, Verónica y la señorita Cavarozzi subieron al coche de Lalo. La señorita Cavarozzi, golpeando el vidrio con sus uñas, como si fuera un pianito, se despidió del aire.

La chica y el muchacho seguían allí. Absolutos y solares.

—Ya vuelvo —dijiste vos y cruzaste la calle en dirección al grupo de Bastían. Santiago apareció a mi lado.

—Queríamos hacerle una pregunta —dijo el muchacho.

—A quién —dijo Santiago.

—A cualquiera de los dos —dijo la chica—. Pero sobre todo a usted.

Lo dijo con tanta naturalidad que me sentí impalpable. Era el tipo de adolescente que solemos amar con locura en el colegio secundario. El muchacho, con alguna peca y algo rojizo, tenía tal aspecto de ser su hermano que no podía ser más que su novio. Llevaba un libro de Gramsci bajo el brazo. La presentó a ella y se presentó.

—Sobrino —dijo.

—De quien —me oí decir.

Hubo una pausa formidable. El muchacho se vio en la obligación de aclarar que no, que sobrino no era su parentesco con alguien sino su apellido, y yo, de no sentirme tan preocupado en averiguar de qué quería olvidarme, habría soltado una carcajada. Porque la pregunta no la había hecho yo, sino el jujeño.

—Perdón —dijo Santiago. Habló con absoluta seriedad—. Ando distraído.

—Hemos leído cosas tuyas —dijo el muchacho.

La realidad se iba ordenando. El muchacho hablaba con Santiago y quería ser amable. Sin embargo, por su esfuerzo en aparentar indiferencia supe que lo que hubiera leído lo había entusiasmado, el jujeño, en cambio, le resultaba una molestia. De no estar la chica, este encuentro habría sido una calamidad. Miraba al jujeño sin poder disimular nada de lo que sentía. Ojos de nieta perversa. De noche, ella sacaba de un cofrecito la ajada fotografía de su apuesto abuelo y pensaba cosas chanchas.

—Mirá —dijo el muchacho—. Te voy a ser franco —titubeó. Hablaba con pequeños movimientos de cabeza y un poco agachado, los brazos recogidos junto al cuerpo. Una especie de boxeador de las ideas—. A mí me molestaría un poco que vos creyeras...

—Lo que pasa —lo interrumpió tranquilamente la rubiecita— es que no estamos de acuerdo con lo que usted dijo anoche en el Paraninfo.

¿La noche anterior? ¿En el Paraninfo? Yo no recordaba en absoluto que Santiago hubiera hablado de algo la noche anterior. Claro que la realidad no suele ser como yo la percibo. Con un gran esfuerzo pensé en el Paraninfo. Recordé un relámpago amarillo. Recordé, pero como si hubieran pasado siglos, la mirada de Inés y, de pronto, la belleza taciturna de tu rostro sobre un puro fondo de niebla. Miré a Santiago; a juzgar por su expresión, tampoco recordaba mucho.

—Me parece bien que no estén de acuerdo. Lo que no veo es para qué me lo dicen.

—¿Cómo para qué? —dijo el muchacho—. Para cambiar ideas.

Sí, para qué, repitió Santiago y parecía no hablar con nadie. Qué necesidad tenían de cambiar ideas, y justamente con él. De pronto se rió.

—¿Cambiar ideas? —dijo—. Yo ya no tengo ningún interés en cambiar ideas. Estoy muy cómodo con las mías. No, no —dijo de inmediato—, es una broma, lo que pasa es que casi no recuerdo nada de lo que dije anoche. Si es que dije algo. Y además tengo sed.

—Enfrente hay un bar —dije yo.

—Ya lo sé —dijo Santiago. El muchacho tiró hacia afuera un papelito que asomaba entre las páginas de Gramsci.

—Usted dijo que el literato...

—Nunca dije eso. —Santiago se pasó con cansancio la mano por la frente. Yo sentí que estaba comenzando a suceder algo que por algún motivo me excedía, algo malsano y en cierto modo injusto—. Nunca en mi vida empleé la palabra literato. Si dije algo, dije el poeta. O el artista. O el hombre. Y dije que se justifica por lo que hace, sólo que ni él sabe lo que hace. Y seguramente hablé de la belleza, a nosotros nos gusta mucho hablar de la belleza. Y de la felicidad. Y dije que todo lo demás son chauchas.

—Por no acordarse, y salvo lo de las chauchas, se acuerda bastante bien —dijo la chica.

Lo dijo sonriendo pero parecía inquieta. Entonces, con sequedad, Santiago contestó que no. No se trataba de que lo recordara. Pasa que siempre lo repito, dijo. No hace falta recordar algo para repetirlo; hay que haberlo creído. Después ni siquiera hace falta creerlo. Vamos a ver. Qué era al fin de cuentas lo que había dicho anoche. ¿Que el sentido de la belleza es su forma? ¿O algo parecido? ¿O algo peor? La chica lo miraba un poco alarmada.

—No —respondió el muchacho—. Es decir, no exactamente.

De cualquier modo, a Santiago ya no le importaba qué había dicho anoche. Lo único que le importaba era lo que estaba diciendo ahora. Y ahora estaba diciendo que sí, que el verdadero sentido de la belleza está en su forma. Y que, por favor, no lo interrumpiéramos. *Hamlet*, por ejemplo, ¿ustedes creen que escrito de otro modo o mal escrito, sería *Hamlet*? Sería otra cosa o sería un bodrio. ¿O imaginábamos que pensar «ser o no ser» es una idea tan formidable ahora o hace cuatro siglos? Él mismo, que era un payaso ¿creíamos que él no sabía que «ser o no ser» es el único dilema de la condición humana, el dilema que mata? Por supuesto que lo sabía. Y Bastían también lo sabe, y lo sabe el doctor Cantilo. Y vos, chango, ¿lo sabes?, dijo de golpe mirándome con una frialdad que no me gusta recordar; pero dé inmediato

sonrió como si no lo hubiera dicho y agregó que ése era el pequeño inconveniente formal: que cada uno lo sabía de *otra* forma. La gente busca verdades, y hace bien. Hace bien pero las busca mal. Los versos, la pintura, la música no pueden darle más que destellos, ecos, resplandores de algo superior, y hasta superior a la verdad, si gustan, pero que no tiene nada que ver con la verdad. Nos pedía perdón por lo que iba a decir, pero el arte verdadero nunca se preocupó por la verdad. Las falsas verdades del arte son su verdad. *La Divina Comedia*, y yo que me la paso nombrándola, hace setecientos años que está de pie, lo más oronda, mientras que a su alrededor se derrumbó toda la concepción del mundo que le dio origen y hasta materialmente se derrumbó el mundo, con sus catedrales y sus coliseos y sus acueductos, con su idea de Dios y sus esferas ptolemaicas, con su moral cotidiana y sus grandes principios éticos, con sus virtudes teologales y caseras. Todo al carajo. Pero ahí está ella, encuadrada en rústica, más intacta que las montañas y más sonora que el agua. Y por qué, vamos a ver. ¿O imaginábamos que lo que Dante dijo del cielo y del infierno es la cartografía de los rutas de ultratumba, suponiendo que Dante creyera, de verdad creyera, la milésima parte de los disparates que contaba? Y aun las verdades en las que sí creía ¿no son todas falsas? ¿Qué tiene que ver el armatoste a cuerda de Tolomeo con el universo de Copérnico, al que tampoco le queda nada de real, para qué vamos a engañárnoslo con el del sonriente doctor Einstein, que dicho sea al pasar ya ha comenzado a agujerarse por los cuatro costados? ¿Y el amor? Mi padre, ni Dante creía en la idea del amor de Dante. Dante era un degenerado, un corruptor o un violador en potencia que estaba obsesionado con las niñas florentinas de nueve años, y que, para evitarse problemas con el cura, armó ese guiso entre la menor de las Portinari, la virgen María y el color verde. Pero por qué esa *Comedia* sigue ahí, y hasta ascendió a *Divina*, íbamos a tener que disculparlo otra vez, pero era sólo por los versos. Que son como si dijéramos la formita de la Forma, dijo Santiago dibujando una gran F en el aire y agregó que yo también me callara. Vos también calláte, chango, que desde hoy te veo cara de interrumpir y yo ni he empezado a hablar, eso es lo malo que tiene ser silencioso. Uno abre la boca y ya no puede parar nunca. Lo que iba a decir, nos dijo, era elemental, pero había que tener en cuenta que ésta era una conversación, que estábamos en la calle y que el atardecer se había detenido para escucharlo pero que eso no podía durar toda la vida. Iba a decirnos que *La Divina Comedia*, como todo el mundo sabe, tiene tres cánticos de treinta y tres cantos de a tres versos. El Infierno tiene un vestíbulo y nueve círculos; el Purgatorio, dos antecámaras y siete cornisas a más de un jardín terrestre; el Paraíso, nueve cielos concéntricos y un Empíreo, donde nuestro viajero puede, por fin, alcanzar la contemplación de la Rosa Mística. Tres es la Trinidad, la cantidad de miembros del silogismo aristotélico y la tercera parte de nueve que, fuera de otros símbolos ya descubiertos por los sabios que se han ocupado antes que yo del tema, es la edad de

Beatriz en el momento en el que Dante la ve por primera vez. Y como un día me lo explicó don Jacobo, dijo Santiago, como se lo había explicado don Jacobo Fiksler antes de que lo recluyeran en el manicomio de Ingeniero Cabred donde aún sigue encerrado por cosas como ésta, diez, o sea la suma de nueve más uno, o sea los lugares visitados en cada cántico, diez, es el número perfecto. La suma de los cantos, más la parte aquella de la selva oscura *Che non lasciò giammai persona viva* da diez veces diez. Todo esto se aprende en primero inferior, pero lo que yo les pregunto, dijo Santiago, lo que yo me pregunto a mí mismo desde que dejé de escribir, es lo siguiente: si la verdad del arte no es su belleza, y si la belleza no es una cuestión de proporciones y de forma, de armados y combinatorias, por favor, ¿qué es? No, no me lo contesten porque yo sé perfectamente qué es. Y no porque lo haya dicho anoche y ahora me acuerde. Otra que acordarme, lo que hago es tratar de olvidármelo. Pero lo repito, y lo repito, y lo repito. Lo repito, murmuró por cuarta vez y yo tuve miedo de que ya no pudiera parar. Vivimos repitiéndonos, dijo. Como locos trepando una escalera redonda. Como esas ratas que corren dentro de una rueda. Y el verdadero problema, dijo Santiago y se interrumpió. Para qué necesitábamos conocer nosotros cuál era el verdadero problema.

La chica parecía preocupada; desde hacía un rato tenía levemente fruncidas las cejas y evitaba mirarlo. El muchacho seguía ordenando papelitos, o simulaba hacerlo. Yo oí pasos. Muchos, cruzando la calle hacia nosotros.

Cuando el muchacho volvió a hablar tuve la impresión de que ella iba a pedirle que se callara.

—Pero entonces —dijo el muchacho—, usted reduce todo a una cuestión estética.

Habló con suavidad y, por alguna razón, ya no lo tuteaba. Los que cruzaban, Bastián entre ellos, se unieron a nuestro grupo. Vos ya estabas a mi lado. Y en ese momento me di cuenta de que desde hacía un rato muy largo estabas ahí. Tan silenciosa como la chica rubia, tan joven, pensé. Todos tan monstruosamente jóvenes menos Santiago.

—Qué sentido tiene —dije entonces—, qué sentido tiene seguir hablando de esto. —Y me asusté de oír mi propia voz. No sólo la voz, el tono, y hasta las palabras y la misma fatiga del jujeño. Fue como despertar, de pronto, en una cornisa. Como haber estado en equilibrio sobre una cuerda floja sin saberlo y oír de golpe el estallido del circo, abajo, los pataleos y los gritos—. De todos modos, contéstale —dije.

—No estaba escuchando —dijo Santiago—. Perdón.

—Que vos reducís todo a una cuestión estética —dijo irónicamente Bastián.

Santiago lo miró un momento, como si no comprendiera de qué se había puesto a hablar todo el mundo. Y, sin previo aviso, se rió. Una carcajada que voló por el aire de la tarde como un pájaro de plata, ésa fue exactamente la impresión que tuve.

—Pero no —dijo el jujeño—. Yo no. Ellos, y esto hay que oírlo con mayúscula.

Ellos. Desde las cuevas de Altamira hasta el Guernica, cuando se ponen serios, son Ellos los que reducen todo a una cuestión estética.

—Vos me vas a perdonar —dijo Bastián con el evidente propósito de intervenir. Había extendido la mano. Yo se la estreché cordialmente.

—Sí, sí, anda nomás —dije mientras le daba amistosas palmaditas de despedida en el brazo—. Nos vemos esta noche, ¿no?

Bastián me miró sin modificar su sonrisa.

—Nos vemos esta noche —dijo.

Y de pronto vos y yo estamos solos en esa calle y vos estás diciendo que hay algo en él, en Santiago, algo que aparece a ráfagas y como a su pesar. Los dos muchachos han desaparecido. Oigo la voz del profesor Urba que habla del trazado original de Córdoba, del plano imposible de setenta manzanas dibujado por Suárez de Figueroa en 1577 Pongan atención, dice, mirándome de reojo. Casi todas las manzanas de ese dibujo están parceladas. Sólo once no han sido divididas en absoluto: la de la Plaza Mayor, que representa el Sol, y otras diez, diseminadas en distintos lugares del plano de manera que forman, alrededor de la plaza, una elipse donde cada manzana completa corresponde a un orbe del sistema solar de tal modo que la Tierra con su luna, Marte, Venus y el resto de los planetas ocupan el exacto lugar que les corresponde en el cielo. *Verbi gratia*, Mercurio viene a caer en actual manzana del Convento de la Compañía, y Plutón, el último, en la última manzana del oeste, sobre la calle Juijuí. Lalo nos hace señas con la mano desde su auto. El astrólogo agrega que, sin embargo, ese damero misterioso no sólo habla del espacio celeste, sino también, y quizá sobre todo, del tiempo. No se me distraigan. Casi todas las manzanas de la ciudad original están parceladas en cuatro partes. Sólo tres lotes fueron divididos en tres parcelas; están dibujados en lo alto del plano y parecen rotar al borde de un cuadrilátero de doce manzanas de perímetro que simboliza los doce meses del año. El primer mes, enero, es naturalmente la Plaza Mayor y, contando en el sentido de las agujas del reloj —alegóricamente, en el sentido del tiempo— marzo, agosto y diciembre coinciden justamente con esas tres manzanas. Marzo, agosto, diciembre: el Tiempo Absoluto de los antiguos. Por no abundar, el total de parcelas de la ciudad suma doscientos veinte. ¿O sea? El número de millones de años que tarda el Sol en girar alrededor de la galaxia, dice suspirando el profesor Urba, lo que no sería nada si el mapita, además, no estuviera misteriosamente orientado al revés, con el norte hacia abajo y con el imperioso dibujo de un monolito como una flecha que en la Plaza Mayor, apuntando a lo alto, señala el sur. Orientación rara en un mapa, pero mucho más rara e inquietante en el plano de una ciudad que trazó un europeo, por más vasco que fuera, junto al astrólogo caminan Verónica y la señorita Cavarozzi. Santiago, solo, va un poco más adelante. ¡El sur!, repite el doctor Urba, el exacto lugar del cielo donde a medianoche, en tiempos de la fundación, debió estar la



constelación del Can Mayor, el símbolo más estremecedor de toda la antigüedad porque allí reina la más brillante estrella de la esfera celeste, Sirio, el punto cardinal de la ruta de iniciación que cruzaba Europa, puerto místico de los peregrinos de Compostela, en fin, la dirección secreta de la ciudad secreta que soñaron el enamorado Jerónimo y su arquitecto vasco. El astrólogo deja de hablar. Lalo sigue haciéndonos señas con la mano. Veo la cúpula del Observatorio y un laberinto de calles que suben y que bajan. Como si la tarde hubiera pegado una vuelta sobre sí misma y algo estuviese por ocurrir de otra manera. Corto una hojita de un cantero y la dejo caer. Santiago, más adelante, está mirando una ramita dorada y, después de titubear un segundo, se acerca a Verónica y se la da. Ella lo mira fijamente. Bastián se agacha a recoger algo, un trébol, tal vez. Hasta la gente como Bastián hace estas cosas...

Y esto, por fin, es el puente...

## XVII

Me mirabas, divertida.

—¿Yo? Juana.

—¿Juana la mujer de Tarzán? —pregunté.

—Pero no —dijiste—. Juana de Arco.

## XVIII

Esto, por lo tanto, es el puente, el viejo puente de piedra. Era la primera vez que lo veía, y sin embargo lo supe con naturalidad. Nadie me había hablado antes de él, ni, hasta ese mismo momento, había imaginado que en algún suburbio de la ciudad existiese un puente de piedra, pero verlo entre los árboles me pareció natural, una fatalidad o una predestinación. El futuro ya estaba construido desde entonces con su recuerdo: una ruina contra el crepúsculo y tu silueta larga, Graciela, tus brazos lentos y tu pelo apenas moviéndose en la dorada ceniza de esa hora como si te alejaras de mí caminando bajo el agua. Estás de espaldas. Me he detenido y te he dejado caminar para poder mirarte: para acordarme algún día de tu cuerpo en este sitio. Porque un recuerdo se prefigura, se construye con cuidado, se trabaja como un tapiz minucioso hecho de un material muy liviana y transitorio. Y la trama de este puente es tu espalda y tu pelo de ahogada, el sonido de tu voz entre el rumor del agua y los sonidos de la tarde, el color de aquel humo, esta sensación de frío en la palma de mi mano apoyada en la piedra. Un tapiz que tiene la fugacidad de la arena y que se deforma y se borra al primer contacto. «Porque los recuerdos son de la misma materia que los sueños», estás diciendo allá adelante, como si contestaras a mis pensamientos. «Pero de un color más claro». También puede ser que estés más o menos loca dije yo. Te diste vuelta y te acercaste sacudiendo a uno y otro lado la cabeza hasta que tu pelo me golpeó la cara. El viento trajo una ráfaga de música; un *fox-trot*. Me pregunté si vos también lo oirías. Y pensé que eso tan difícil de describir que es el recuerdo se parece a la música, no sólo a ciertas melodías melancólicas y sencillas que nos evocan historias o lugares reales y hasta inexistentes (no sólo a *El boulevard de la Desilusión*, pensé), sino a la naturaleza misma de la música, a esa condición inaprensible y fluyente de la música que la condena a ir desapareciendo a medida que transcurre, de modo que aquello que llamamos música siempre es algo que aún no ha ocurrido o que ya dejó de escucharse para toda la eternidad. Un disco rayado hasta lo imposible: la melodía devastada de *El boulevard de la Desilusión*, una noche, en Buenos Aires. Música que entonces me recordó bailes de un pueblo, y ahora, en la tarde que agonizaba sobre el puente, los árboles de la calle Neuquén y nuestras sombras, la de ella y la mía, Graciela, no la tuya, y más allá los focos de la Plaza Irlanda. «Desde hoy esa música es nuestra música, y esta calle y estos árboles son nuestro primer recuerdo». Dos muchachos besándose y corriendo de la mano hacia la plaza. «Y esos dos somos nosotros», dijo ella después. La mole cegadora de un sobrerrelieve de mármol se alzó de la tierra como si fuera una lápida.

Antes de que me lo preguntaras dije que no me pasaba nada. Vi un camioncito con un altoparlante en el techo.

—Por qué no se encuentran —habías dicho—. Por qué no se juntan y se van a

vivir a una isla, los seres como ellos. —Y yo advertí demasiado tarde que hablabas de algo que hubiera sido interesante escuchar. Un nombre que sonaba como Mariano quedó diseminado en el aire, y, mucho antes, la palabra destrucción—. Hacen que uno se sienta, no sé, culpable. Parece que estuvieran reclamando del mundo cosas extraordinarias. —Te apoyaste en el parapeto, mirando el agua—. Vos has visto, por ejemplo, cómo te mira Inés.

Dije que no.

En el límite de las casas, del otro lado del puente, un camioncito lejano y fragoroso anunciaba la cartelera de los cines y un baile o un remate. También anunciaba otra cosa, algo inminente que iba a ocurrir, sin mí, en un Buenos Aires tan remoto como si perteneciera a otro mundo o a otra vida. El altoparlante gritó una fecha. Eso es hoy, pensé. Volvió a oírse la música y sentí que en alguna parte del atardecer se desataba una marejada violenta, algo para lo cual la palabra tristeza no alcanza pero que era justamente eso, una tristeza pura y absoluta, sin aleación de ninguna otra cosa, sin dolor, sin culpa, sin arrepentimiento, sin nada que no fuera una tristeza de muerte. Entonces se trataba de esto, pensé. Estoy en Córdoba y debería estar allá. O algo peor, estoy en Córdoba como podría estar allá.

—Por qué te reís —preguntaste.

Dije que no estaba nada seguro de estar riéndome y vos aclaraste que no era exactamente reír, no a carcajadas, sino más bien una sonrisa.

—Sí —dije yo—. Otros le llaman amor a la Naturaleza. Este puente, el atardecer. Mira qué árboles, mira el trabajo que se toma aquel pajarito para controlar su territorio. Ya corrió a tres. Oí el escándalo que arma ese camión. Sin contar la tormenta que se viene. Uno podría ahorcarse de la alegría.

Metí la mano en el bolsillo interior del saco y palpé los anillos, junto al pasaje de regreso a Buenos Aires. Tres anillos. El mío y los otros dos. «Guárdalos, tenelos vos si querés». Habían pasado siete años, estábamos junto al relieve descomunal de los amantes y la música de fondo había cambiado. Entre los árboles giraba una calesita como un astro gimiente a punto de extinguirse. La música, si no recuerdo mal, era *En un bosque de la China..* O tal vez *Por cuatro días locos*. Por cuatro días locos que vamos a vivir, por cuatro días locos te tenés que divertir. La música de fondo del mundo real no siempre se ajusta al significado profundo de la vida. O a lo mejor sí, a lo mejor es sólo en la vida real donde se ajusta. «Aunque lo más probable», dijo ella junto al relieve, «es que los pierdas». Dentro de un año, dijo él. A esta misma hora; en este mismo lugar. Entonces ella le puso una mano sobre la boca y sonrió. «No vas a venir, Esteban», dijo dulcemente. «Ninguno de los dos va a venir».

—Y qué más —me oí decir.

—Cómo qué más. Te parece poco un elefante.

Porque de este lado del puente de piedra vos habías estado hablando de un

elefante o un león, ya no recuerdo, pero sé que era poderoso y feroz y vivía en el lavadero o en la leñera de tu casa, aunque sólo por la noche. Había venido de África (¿cómo?) caminando, cómo iba a ser, los elefantes no vuelan, y si vos querías, él (¿quién?), el león, o de qué estábamos hablando, yo no debía ser tan papamoscas y debía poner mucha atención en las cosas que me contabas, él era capaz de realizar actos prodigiosos, o inesperados y malignos, como casarse con Ana Laura (¿Ana Laura?), naturalmente, pero eso cuando eras chica porque un día habías crecido y los actos prodigiosos y malignos ya fueron de otra naturaleza y la leñera era un pabellón de caza, aunque los encuentros seguían siendo siempre por la noche, y su poder sobre vos era inmenso (¿qué te pedía que hicieras?), nada, ninguna mujer hace nada si no quiere o porque alguien se lo pida (¿y él?), el león también hacía las cosas sin que nadie se las pidiese, a un ser tan sobrenatural no se le pueden andar exigiendo demostraciones, pero tal vez yo era de veras un poco ganso y no comprendía que lo extraordinario de tener un amor secreto y extraordinario era justamente eso, que una podría pedirle todo, si quisiera.

—¿Un amor secreto?

—Un elefante.

El camioncito se había alejado hacia el poniente por una calle ondulada y sinuosa. De vez en cuando volvía a verse, un poco más diminuto, en algún recodo o en una loma. De un momento a otro iba a regresar; mientras tanto, oír sólo el rumor de los truenos y de los animales que ingresaban en la noche, era como una tregua. Te pedí que me hablaras de tu adolescencia.

—Nada notable. Ni luciérnagas en un frasco ni flores secas en los libros. Ya te hablé anoche de todo eso.

—Anoche me hablaste de Monelle, no de vos. Y de caminatas a la orilla del mar, descalza.

—Yo nunca te hablé del mar. Pero también hubo un mar. Yo tenía cinco o seis años y fuimos a pasar el verano a la casa de tía Angelina. La casa daba a la bahía. Había un faro y un parque de arrayanes. El jardinero se llamaba Lucas. Sí, ya sé que estás pensando que cinco o seis años no es la adolescencia y que nunca se han visto arrayanes cerca del mar, pero a mí me gustaban esa casa y ese faro. La última vez que los vi tenía catorce años. Lo demolieron todo.

—Quién es Patricio.

Un pájaro chilló largamente, detrás de los últimos sauces. Me pediste un cigarrillo. Te lo di.

—Patricio es el tío Patricio —dijiste con voz opaca—. Y no tiene nada que ver con el mar.

—Sos ambigua. Tu elefante era mucho más real que esto.

—Mi león. —Ahora te reías—. Soy ambigua y terriblemente misteriosa y no me

canso de decir mentiras. Desde chica me recuerdo inventando las mentiras más fantásticas.

—Yo también; pero no es eso. Vos hablas envolviendo los hechos. Ciertos hechos.

—Como cuáles.

—Eso es justamente lo que me gustaría saber. Allá lejos me pareció ver otra vez el camioncito. Volvía. Un campanario llamó a la oración de la tarde.

—Al principio siempre es ambiguo —estabas diciendo. Y yo pensé al principio de qué, de qué cosa que ocurre siempre—. Lo desconocido está rodeado de misterio y por eso es hermoso. Patricio tiene razón. Conocer a la gente es como matarla.

En la tarde se abrió como un túnel, uno de esos huecos donde realmente ocurren las cosas. Sentí que te volvías lejana, como alguien a quien se ha conocido hace mucho tiempo y cuyos rasgos apenas pueden ser reconstruidos por la memoria o la imaginación, pero no sólo así, no sólo lejana en esa dirección que llamamos tiempo y que al fin de cuentas es siempre contigua y alcanzable por el recuerdo, sino, pensé, lejana de un modo casi absoluto, casi físico, como cuando de chico invertía las lentes de un prismático y los objetos eran lanzados prodigiosamente a regiones remotísimas, o como cuando despertaba en plena noche, también durante la infancia, con el cuerpo envuelto por la fiebre, viendo que mi padre y mi madre seguían sentados al borde de la cama, pero tan distantes, tan inalcanzables, y oía el sonido de sus voces huecas sin comprender las palabras.

Te besé. Pasó un momento antes de que cerraras los ojos. Sentí otra vez el pavor de tu cuerpo y el rechazo instintivo de tu boca. Después, como se siente crecer una Ola, sentí que te abandonabas a mis manos con desesperación y desafío. Te aparté.

—¿Por qué? —dijiste—. Eso, lo que acabas de hacer. ¿Por qué me apartaste? —Tenías los ojos muy abiertos, como si volvieras de caminar por una casa a oscuras—. No, no me lo digas... Oíme, por favor... No me hagas nada malo. —Hablabas con la vehemencia desamparada de una loca—. Nunca me hagas nada malo, ni dejes que te lastime.

Me di vuelta, apoyándome en el parapeto, para mirar el agua.

—No sé de qué estás hablando —dije sin mentir.

El atardecer se había quedado como en suspenso, las campanas y los truenos lejanos y los pequeños animales del crepúsculo parecieron enmudecer al mismo tiempo: un momento más y por fin sería de noche. Me pareció que volvías a nombrar a Mariano. Yo sólo oía el altoparlante y su música, sólo veía la piedra lapidaria de los amantes de mármol: ella de espaldas, blanca y titánica y con el culo al aire; él de frente, colosal, con su hojita de parra sostenida por la nada. Los brazos alzados de la pareja edénica cruzan sus manos en lo alto, porque evidentemente se aman. Me gusta imaginarte, Beatriz, piensa Esteban Espósito a setecientos kilómetros de la lápida, aunque ninguno de los dos haya vuelto me gusta imaginarte caminando sobre la grava

de la plaza con tu sonrisa un poco irónica y cansada de los últimos tiempos, una sonrisa vagamente divertida y de algún modo victoriosa, mientras, de este lado del puente, yo meto la mano en el bolsillo y saco los anillos y me quedo mirándolos unos segundos en la palma de la mano.

Plop, plop.

Le has pasado un dedo por la rodilla al amante titánico de la Eva culona. Como dejar un mensaje invisible en un código secreto escrito para nadie.

Plop.

## XIX

Otra vez la espadaña de las Teresas, el Monserrat, las putas frente al Seminario Mayor y el volcán en erupción, el corazón de Nápoles en el centro de Córdoba. Señalaste el cielo y yo dije que sí, la tormenta, pero resultó que me estabas señalando una estrella, la única que podía verse en todo el cielo, ínfima entre los nubarrones. Caminábamos hacia el centro de la ciudad y ya había anochecido. Dijiste que esa estrella debía tener un nombre. O un número, dije yo. Vos dijiste que si podía verse entre tanto nubarrón tenía que ser una estrella importante, una estrella con nombre. Algo hermoso como Aldebarán o Ave del Paraíso. Yo dije que Ave del Paraíso es una constelación, no una estrella, y que debía de estar más bien a nuestra espalda, invisible no sólo a causa de los nubarrones sino de unos cuantos edificios, demasiado modernos para mi gusto, y que para ver Aldebarán este mes ibas a tener que viajar a Europa. «Tal vez vuelva a hacerlo», dijiste en voz baja, y yo me pregunté qué me pasaba y en qué momento del trayecto entre el puente y esta calle había comenzado a detestarte. Un humor malsano, aparentemente sin causa pero tejido de innumerables babas sombrías, me rodeaba el cuerpo como una tenue malla eléctrica. El sueño, tal vez, o la irresolución de la hora, su ambigüedad entre el crepúsculo sin color y la noche que no llegaba nunca. Cuando se desencadenara la tormenta, pensé mientras cruzábamos una galería comercial, mi cabeza iba a hacer pararrayos. Demasiado vidrio, pensé. Eso es lo que pasa. Hay demasiado vidrio en Córdoba. Tanta fragilidad junto a la solidez de esas piedras es una combinación maligna. Una metáfora casi demasiado obvia. Lo pensé y me oí riendo por lo bajo, pero desagradablemente, con una risita seca y sin alegría. Vos, sin mirarme, murmuraste que también estabas contenta, que yo te hacía bien. Salimos. Enfrente otra galería, a medio construir. Dos tabloncillos cruz condenaban la boca de salida. PRÓXIMAMENTE: TRATTORIA EL CALAMAR. Una disonancia como para helarle la sangre a Patrick Geddes. Otro de esos adesivos que, como un morbo subcutáneo, se enquistan dentro de la ciudad en galerías que la recorren como venas y amenazan barrenarla hasta que se venga al suelo, mientras la van plagando secretamente con su infección de alfajores, calzones, televisores, ollas a presión, perfumes y grasientas jaleas de rejuvenecimiento para hembras espantosas que, huyendo de las calles por esos túneles de ratas, desembocan por fin en una iglesia y van a oír misa ante un altar de cedro paraguayo bajo una bóveda labrada que ennegreció a un tallista hace trescientos años. Lo dije y me miraste con curiosidad. Y dije que uno de estos días iba a aparecer un bidet en el púlpito de San Roque o en el sagrario de la Capilla Doméstica, un bidet floreado, y los chicos serían bautizados en palanganas de plástico. Y que no alcanzaba a comprender por qué curiosa razón los cordobeses (ustedes, dije) se enorgullecían de tener en porcentaje más galerías comerciales que Buenos Aires. Cuál era el mérito,



por favor. Vos me mirabas en silencio con la misma expresión de la noche anterior, en la Cañada, o de esa misma mañana cuando dijiste que tenías hambre. Yo agregué que este dato, el de las galerías y el vidrio, sumado al de la contienda entre rosarinos y cordobeses por ser la segunda ciudad del país, explicaba muchas más cosas de la Argentina y del famoso ser nacional que todo lo hablado en la Universidad hacía unas horas. Lo mismo que los cartelitos del teatro Arlequín, anoche. La segunda ciudad de la República, qué quiere decir eso. Yo no veía cómo nadie normal puede disputar el segundo puesto de algo. La segunda ciudad. Viene a ser, en esencia, enorgullecerse de no haber llegado primero. Te miré. No cambiaste de expresión. Dijiste algo inverosímil; dijiste: «Si querés molestarme, estás aviado». Y te reías. Creo que perdí el mal humor pensando en la palabra aviado y en que eras una actriz genial o realmente no entendías en absoluto a qué venía todo esto de ser o no el primero, el único, suponiendo que yo mismo lo supiera. Su inocencia es legítima, pensé. Su inocencia es legítima como su alegría, o finge con tanta convicción que casi da lo mismo. Misterio o matiz que pensaba develar esa misma noche en la quinta, a menos que fueras realmente una actriz genial. De cualquier modo en ese momento perdí el malhumor y, en la galería de enfrente, me pareció ver a Santiago.

Había entrado por el otro extremo de la calle en dirección a esta puerta, a la puerta condenada. Caminaba hacia nosotros, pero sin vernos. Con las manos en los bolsillos del saco, mirando el suelo. Sin reparar siquiera en que de ese lado no había salida.

—El poeta —dijiste—. Tu amigo.

—No es mi amigo —dije.

Y no pude dejar de pensar dos o tres cosas, pero fue como el último esfuerzo de una llama antes de extinguirse. Una voluntad perversa que no quería abandonarme tan pronto. Era casi imposible reconocer al jujeño a esa hora y a semejante distancia, a menos que antes te hubiera llamado la atención su mera presencia, y me molestó aunque desgadamente, que ver a un hombre te llamara la atención porque sí nomás, o que el jujeño pudiera interesarte tanto como para reconocerlo a cien metros.

—Tengo que ir a cambiarme para la noche —dijiste. Ignoro por qué no propuse acompañarte hasta tu casa. Tampoco sé por qué no me lo pediste.

—Si puedo te llamo al hotel y vamos juntos a la quinta —dijiste después.

Con naturalidad me besaste. Antes de llegar a la esquina diste vuelta la cabeza y me saludaste con la mano. Es mi último recuerdo tuyo en la ciudad.

Lo que sucedió entonces no es fácil de escribir. Quizá porque cuarenta o cincuenta minutos más tarde, al apuntarlo en mi libreta mientras esperaba en el hotel tu llamada o la hora de ir al Cerro, los pasos de Santiago, en la habitación vecina, se superponían a otros pasos, también de Santiago pero resonando en la soledad de la galería. A unos metros de la salida se detuvo, sin verme. Con gesto divertido miró las

tablas en cruz, un gesto entre perplejo y resignado que en un primer momento me pareció dirigido a mí. Luego se dio vuelta y, dándome la espalda, se quedó apoyado en una de las columnas, como si algo que estaba fuera de mi vista le hubiera llamado la atención. Y de pronto una musiquita estrafalaria y repentina invadió la galería. El jujeño acababa de echar una moneda en la más cercana de las Máquinas que Cantan. Una de esas máquinas que tienen, detrás de un vidrio, un pequeño escenario como de marionetas, con palmeras y cocoteros, que se ilumina al caer la moneda y donde una frenética orquesta de monos, patos o muñecos multicolores y horrendos, ejecuta cualquier melodía de moda. Era casi inquietante verlo, parado ahí, frente a la extraordinaria orquesta de muñecos, mirándola con absoluta seriedad. Entonces ya no quise que me viera. En parte por pudor, porque temía avergonzarlo, en parte porque nadie tiene derecho a violar impunemente la intimidad de un hombre que se imagina a solas, ya que hay en esa soledad algo poco menos que sagrado y tan intransferible, tan frágil, que toda mirada ajena es como una profanación. Me sentía como un intruso oculto en un santuario, espionando, con hereje incredulidad, al oficiante de un rito enigmático, oscuramente sobrecogedor pero al mismo tiempo absurdo, casi cómico. De chico, en ocasiones como ésta, no podía dejar de imaginarme la espantosa diversión de Dios. Cuando terminó la musiquita, Santiago, con toda tranquilidad, metió otra moneda en la ranura y se alejó, dejando a la desafortunada orquesta en plena ejecución. Preví su próximo movimiento. Ya no me asombró que al pasar frente a otro de los cachivaches hiciera lo mismo; puso una moneda y lo dejó andando. Siete u ocho máquinas hay en esa galería; cuando el jujeño salió de allí, todas —excepto una— interpretaban en frenético contrapunto un concierto caótico e infantil que era una celebración y una despedida. Yo me había ido acercando fascinado hacia las tablas en cruz y me quedé allí, inmóvil y atemorizado por una idea que, al llegar el jujeño a la última máquina, se concretó brutalmente: nadie anda con tantas monedas de un peso encima. En efecto, allá en el otro extremo de la galería, Santiago buscó inútilmente en los bolsillos y se encogió de hombros. La última orquesta no acompañó sus pasos; y yo sentí que eso necesariamente tenía que sucederle a él. De todos modos, algo hermoso y terrible ocurrió en aquella galería, algo que apenas se puede explicar describiendo con palabras la delgada silueta del jujeño que se aleja de mí bajo la gran bóveda cenicienta envuelto en su música ridícula, algo que Santiago acababa de realizar para sí mismo, como quien da con la forma de su propio milagro. Como si a su modo el jujeño fuera el autor del fragmento de una música que, también a su modo, ejecutaban acá abajo esos monos y esos patos y esos muñecos espantosos, mientras él, con las manos en los bolsillos del saco, se perdía por el lejano extremo del túnel y entraba para siempre en la noche, escuchando vaya a saber qué, envuelto en la festiva fealdad de ese tumulto, nimbado de una extraña grandeza.

# **TERCERA PARTE**

## **RITO DE PASAJE**

# I

AL CERRO. MI VOZ MIENTRAS subo al ómnibus. Al Cerro de las Rosas. Mi voz como si fuera de otro. O la voz de Esteban Espósito como si fuera la mía. Ya da lo mismo. Lo que no debería ser contado de ninguna manera puede contarse por fin de cualquier manera. Espósito le da sus últimos cincuenta pesos al guarda y sin recoger el boleto o esperar el vuelto se sienta en la oscuridad. El astrólogo también está en el ómnibus. Viaja conmigo al Cerro. Conmigo o con nosotros. O Esteban con ellos. El guarda está mirando con gesto ambiguo. Mezcla de conmiseración y asco que inspira en la gente normal la gente enferma. Hay una cofradía de la salud. La especie se defiende de los tipos como Espósito, y hace lo justo, no son confiables. Debo de tener fiebre. Los ojos me arden y estoy tan cansado que si el guarda no me trae el vuelto no se lo pido. Desnudo vine al mundo y, por lo menos hasta hoy, me las arreglé bastante bien para seguir vivo. ¡La Luna! Rodando vertiginosamente sobre las casas, luna loca, luna muchacha purísima desnuda desvelada novia de los campanarios. El burrito de Belén está en la Luna, lleva al Niño y a María huyendo del rey Herodes. Todo eso, Esteban, se ve en la Luna si uno mira con atención y sobre todo si es un buen nene y toma toda la nutritiva sopa de cereales. El Universo es horrible, madre mía que me obligas a tomar toda la asquerosa cucharada de *Quaker Oats*, no ves mujer sin alma mis transparentes lágrimas como platos cayendo sobre el plato. Soy un niño apenas. Para dejar de serlo *glup*. Toma y daca. Para ser grande y fornido, *glup*. Coma caca. Para dejar de ser niño y venir grande y ver cosas entre los astros. Siempre lo mismo. Dejar y. O esto o lo otro. Estoy podrido de este pueblo, harto hasta la agonía del hermoso río de San Pedro y de sus atardeceres volcados a paladas sobre la arena y del campanario de la iglesia del Socorro. Único en el mundo, creo. Único campanario del mundo levantado en la parte de atrás de un templo. Como mirando el río. Todo en este pueblo mira hacia el río. La estatua de Fray Cayetano Rodríguez mira al río. Tus ojos, esta tarde, miran mirando el río. Hay que irse. Expulsarse a sí mismo de los paraísos de la infancia o el tiempo nos transforma en árbol, en agua, en atardecer, en piedra de la memoria. ¿Cuándo lo decidiste? Ayer a la siesta, en casa. Cuando te vi entre los árboles comiendo una naranja. *Glup*. Cara o ceca. Siempre.

Caca seca.

Ya sabía. Él. En mi ómnibus camino del Cerro de las Rosas.

No, ahijadito. Nada de él. No a mí. No en este fatídico ómnibus a oscuras. Con confianza o nada. Estamos en la República Argentina de los años 60. Nada de cortesías. Ni siquiera en esta ciudad, ni siquiera en Córdoba de la Nueva Andalucía, viejo reducto español con su Universidad trisecular, su colegio de Monserrat y una

iglesia católica en cada esquina. Bien mirado, nuestro encuentro tenía que ser aquí. ¿Dónde, si no? En este preciso instante nuestro Leviatán rueda sobre subterráneas catacumbas más o menos medievales donde se enterraba viva a la gente y hay calabozos con máquinas de tortura. Me siento como en casa.

Natural. Porque si él existe, existe Dios.

A lo que respondo puaj. Lógica de seminarista frustrado. Nuestro pequeño Santo Tomás stalinista apela al árbol de oro de la dialéctica. Su casuística ladina pone con cuidado un pie delante del otro, consecuencia de andar enredándose todavía en la sotana. ¡Sí Dios existe! Según eso, bastaría con el sistema del origen del Universo de Laplace para disiparme a mí. El hombre moderno puede prescindir de la idea de Dios y, en consecuencia, el Buen Dios no existe. Ni tampoco yo. Que es, taimadamente, lo que se quería demostrar. ¡Pentalfa! ¡Pentalfa! ¡Huyamos!... Ya hace rato que Dios no tiene nada que ver con la Teología clásica, ni yo tampoco. Algo existe; yo existo. Existen los ardientes bebedizos que dan lumbre, los territorios febriles para un inexorable Esteban con antorcha. Lo demás será revelado a su tiempo.

*Vade retro.*

Déjate de payasadas, *vaderretro*. Esta operación se discute a ras del suelo; por ahora, al menos. Ni pentalfas ni caballeros de la Orden de Malta frotándome en la nariz la empuñadura en cruz de su espada. Somos personas cultas y alegres. Y antes que nada somos argentinos. De ahí que, históricamente hablando, sea requisito impostergable llenar antes alguna formalidad.

Antes de qué.

No seas sagaz. El qué es consecuencia de la formalidad que está antes. Y sin la cual, no. Formalidad que consiste paradójicamente en perderla.

Al alma.

A la formalidad. Perder la formalidad y el recato, la peineta, el pudor. *Anche* la cabeza, llegado el caso. Pero sobre todo perder la formalidad. Y, como habíamos convenido, tutearme. Tutearme de vos.

Yo todavía no convine nada.

¿Todavía? ¿Todavía no? Carambadigo. Todavía no, en este caso, significa nada menos que: dame tiempo para pensarlo. Es decir, una pisada en falso. Femenina, por añadidura. Todavía no, significa: después sí. Delata una apetencia y supone un

compromiso. ¿Catas? ¿Captas? Según eso, vos me estarías prometiendo algo. Seduciéndome, tentándome a mí. Lo que en cierto modo es una originalidad... Pero todas las palabras que pronuncies ante este tribunal, etcétera. Por no mencionar que también supone lo que aún no hemos empezado a discutir: mi existencia. Y está escrito que en medio del silencio se oyó una risa sarcástica, y el Espíritu, inclinándose, prometió sumisión.

—Su vuelto, señor.

—Eh, cómo.

—Su vuelto —dice en la oscuridad la voz del guarda, inclinado junto al asiento—. El vuelto del pasaje.

Lo que sobresalta a Espósito es la palabra «señor». La oye como si fuera la primera vez en su vida. Y quizá lo es. O acaso se trata del tono, como si el guarda hubiera hablado en un semitono deliberadamente disonante. Tengo la certeza de que el día anterior, o incluso esa misma mañana, ese hombre habría dicho: «Su vuelto, joven».

—Perdón —dice Espósito.

Después, como el guarda se ha quedado mirándolo, comprende que debe dar las gracias. Las da. Y agrega sonriendo que tenga la amabilidad de avisarle cuando lleguen al Cerro. Un cruce de calle que yo olvidaré con el tiempo y desde el cual se ve, nomás al bajar, la iluminada quinta de Verónica adonde ahora necesito llegar rápidamente porque de pronto sentí que Graciela me está esperando, inerme, en medio de grandes peligros, a merced de alguien llamado Patricio, a merced de la mirada de Mariano a quien no hay más que verle la cara para comprender que es capaz de proponerle cualquier burrada, y yo también soy capaz, proponerle que se venga conmigo a Buenos Aires, que me espere, que nos ahorquemos juntos esta misma noche, mientras el guarda asiente cortésmente con la cabeza y me vuelve la espalda, circunstancia que aprovecho para clavarle la mirada en la nuca, justo donde termina la gorra, y concentrar toda mi atención allí, casi con ferocidad. El guarda se detiene, se da vuelta y me observa. ¿Cómo es posible que den resultado estas pavadas? Será que me vio cara de extraviado y lo impresioné. Esteban elige la segunda hipótesis y mira por la ventanilla. ¿Qué ve? Mi antigua cara, transparente; el fantasma de mi cara en primer plano y detrás las casas, los árboles, las luces del Automóvil Club Argentino que en realidad son un reflejo porque están a su espalda, y a espaldas del fantasma del vidrio, yuxtapuesta a sus ojos, a las luces, a un balcón colonial y en ángulo recto al ómnibus que ahora dobla por Humberto Primo, la sombra poderosa de un bosque. Una plaza. Seguramente con una estatua ecuestre en honor del manco Paz, boleado inmortal, puesto que por su calle veníamos, plaza no vi ninguna y, no siendo ésta, el monumento se lo habrán hecho en el agua porque o me

desorienté o más allá está el río. Y la palabra *VOLAND*, súbita. Un cartel con la palabra *VOLAND*. ¡Fasschaff! Iluminándose. Esteban trata de olvidar que el señor Voland es el apodo de alguien, ji, ji, despejad que aquí vuelve el ominoso señor Voland. Despejad, amable canalla, despejad. La luz de un automóvil que avanza en dirección contraria al ómnibus da de lleno sobre el cartel de Elixir Voland, lo cual será una casualidad, ahijadito, pero por dónde diablos andábamos, dice y se ríe en medio del silencio, promete sumisión y, por lo tanto, está aquí, en el ómnibus.

Pongamos que sí.

O lo invento.

Pongamos que no. Aunque, a efectos de ulteriores resultados, da exactamente lo mismo. La diferencia entre ser perseguido por dragones o imaginarlo no modifica para nada la situación. Ni mucho menos modifica a los dragones. Que no existen, eso es justamente lo único que se sabe acerca de la existencia de dragones. Del horroroso Phixtonblox, en cambio, hasta el momento, no se sabe nada.

Qué es el Phixtonblox.

Hasta hace un momento, nada.

Supongamos por lo tanto que dentro de este (por éste) vehículo voy a perderme y a perderte, Graciela Oribe alta lunar enemiga de la serpiente, supongamos, teniendo en cuenta mis tres últimas noches sin dormir, el efecto paradójal de la Benzadrina y mi natural propensión a la fiebre por aquello de las meninges, supongamos que en este ómnibus está ocurriendo lo que al parecer ocurre. Qué es, veamos, lo que ocurre.

Esto ocurre. Este descendimiento. Porque habrás notado que Córdoba, singularmente, es un pozo. Un craterio o un cráter. Un vasto ombligo. Un peligroso embudo al que se baja.

Qué es lo que se pretende de mí.

Fidelidad. Fidelidad, digamos, a ciertos principios. Lo cual, considerado a la luz de los tuyos, podría resultar algo así como la más absoluta falta de principios.

¿Y si me niego?

Le dijo la mariposa al fuego.

¿Quién es usted?

Vos.

Eso no es una respuesta.

Por supuesto que no; es un acertijo. Puede significar dos cosas. O bien que yo existo y, como habíamos convenido, ya es tiempo de abandonar la adolescencia, el pudor argentino, y tutearme, o bien que «vos» es, en efecto la respuesta.

Y el diablo no existe.

Que es, como se sabe, la mejor artimaña que puede inventar el diablo. Pero vayamos por partes. En el primer caso, existo. Y se trata de asumir conmigo la historia y el país. Y se trata, como dije, de un descendimiento orgulloso. Esto, esta vorágine hacia las Grandes Madres. El Pacto con el Diablo. Pero trasladar mecánicamente a este siglo y a estas pampas ideas medievales o isabelinas, germánicas o sajonas, sería dogmático. Sería stalinismo. No, huerfanito. Nuestras particulares condiciones históricas y sobre todo mi endiablada nacionalidad, que es la tuya, son ahora toda la condición humana. Nacionalidad, repito. Argentino yo. O rioplatense. Juan Sin Ropa yo: diablo de aluvi3n, historizado. O naturalizado. Hijo del hibridaje, nieto putativo de hijodalgos españoles hijoputas, de inmigrantes organilleros y de negros mandingas. Crisol de razas, que le dicen. Último de la flamígera tribu altísima. Cocido y modelado en viejas retortas universales, en el Caos, antes del Génesis, *colui che fu nobil creato piú ch'altra creatura*. Vuelto a cocer y remodelar en Wittemberg, y más tarde en la vieja Deptford, entre Greenwich y Camberwel, frente a la Isla de los Perros, ahí donde el Támesis dibuja una gran serpiente que se arroja al mar y donde, hace cuatro siglos, había unos formidables prostíbulos. Y una taberna. Y dentro, bajo la luz roñosa de una lámpara de aceite de ballena, mujeres y balleneros en círculo, mirando unas puñaladas. Hasta que Christopher Marlowe quedó muerto en el piso y yo me limpié la daga en el pantalón y salí a la noche, en Deptford, donde la gran serpiente se enrosca y se confunde con Leviatán. Vuelto a remodelar y recocer en el gabinete áulico de su Serenidad, *il signare* Wolfgang, también llamado el Mayor, de quien heredé esta diabólica tendencia al humanismo y mi amor por la dulce Italia, bajo cuyos cielos, gracias a una mariposa con nombre de ramera, se atestiguó mi más reciente metamorfosis. La dulce Italia, de cuyas colinas vengo, no sin haber pasado algunos buenos momentos bajo la noche de plata de San Petersburgo conversando con un parricida. Yo, el último de la flamígera tribu altísima y el Primer Adelantado. Omega y Alpha. Mi endiablada nacionalidad y las antedichas condiciones históricas, así lo exigen. Exigen una demonología *ad usum* expósitos. Expósita: argentina. Y volviendo al acertijo: si la palabra «vos» fue la respuesta, muy bien, no sólo te concedo no preguntar la respuesta de quién, sino que lo admito con toda tranquilidad: no existo. En este segundo caso, no existo. Yo estoy en vos, soy vos, vengo de vos. Me inventas. Lo



cual, dicho por el Diablo, también es una originalidad. Un aporte. Y aparentemente resuelve con un suspiro de alivio las cosas, deja impoluta tu alma, abre infinitas puertas de Salvación a la fragante rosa mística de tu espíritu, y caen, como livianos copos, las plumas de tu alada espalda durante la ascensión a los cielos dulce San Esteban *ora pro nobis*. ¿No es cierto? No es cierto. Me río por lo bajo y prosigo. Supongamos que no existo. ¿Qué se modifica con ello? ¿Quién, mi querido aspirante salesiano, modifica nada si yo no existo? A esta altura de nuestros razonamientos la confusión es tal que si, realmente he dicho la palabra «vos» para probar que nosotros y Esteban somos el mismo —respuesta que me anonada, me reduce a polvo metafísico, me excomulga, me derrumba y me arrumba en el polvoriento desván de las infantiles fábulas medievales—, alguien, fuera de nosotros podría inferir que Esteban está defendiéndose de algo, valerosamente, eso sí, pero defendiéndose. Y nadie se defiende de lo que no existe. Razón por la cual existo, o de lo contrario, Sansón de la dialéctica, todo, cada una de las palabras ya pronunciadas y estas mismas, cada una de las que diremos, o dirás, antes del amanecer, todas las múltiples objeciones que se te ocurran en este preciso instante, vienen de vos. Razón por la cual vuelvo a no existir; razón por la cual etcétera. Y así hasta el infinito.

Y entonces qué.

Me remito a mi ejemplo de los dragones y agregó que, en el fondo todo es una cuestión de fe.

En efecto, irónico colegial. Como tu comunismo y como Dios. *Credo quia absurdum est*, dijo Tertuliano. Por lo demás, que yo esté fuera de Esteban es muy espantoso, lo admito. Pero que venga Esteban, que ya está en vos, en tu propensa cabeza, que no deambule yo entre mis hermanos prepósitos del aire bajo las bóvedas del cielo, sino bajo tu bóveda craneana, no es el mejor modo de echarme. Es nuevamente dos cosas. O bien ya estoy instalado en el sitio de las operaciones brillantes, en el lugar del hecho, o bien —pues quedamos en que si yo no existo semejantes ideas son tuyas— o bien que vos tenés, nada menos, una idea semejante. La idea de estar poseído por el Diablo.

O sea que me estoy volviendo loco.

Tiempo al tiempo. Tu demencia por ahora es estupidez juvenil. Sopa de letras. Retórica. Sólo que ahí justamente podría anidar el peligro. El charlatanismo y la falta de seriedad son también rasgos profundamente nacionales, con los que veremos de forjar, a su tiempo, el gran disparate. El alma argentina. Y son, llevados a su más alto límite, la esfera que, en las cumbres de la actividad nerviosa superior, nos pertenece. La del Logos. La del Verbo. Cumbres frías donde duerme un Serafín, al que

despertará (o no) un gran fuego. Después volveremos sobre esto. Por ahora tu locura es puro ingenio. Y algo de miedo. Te fascina la retórica de manicomio como te fascina la retórica del amor y la de Dios. Sólo que ahí aparezco yo. Silencio, querido. No me olvido, me acuerdo perfectamente de tus precoces y habilidosos arabescos de teólogo, acerca, por ejemplo, de cómo Judas fue traicionado por Jesús. O de por qué las tres personas de la Santísima Trinidad son cuatro. ¿Lo recordamos? El Padre piensa en sí mismo y con sólo ese acto engendra al Hijo, al que ama, y con sólo ese acto de amor engendra al Espíritu. Pero el pequeño Esteban pensaba: Y el Hijo, ¿no ama? Hay por lo tanto un amor paterno que va y un amor filial que vuelve, por decirlo así. Hay dos espíritus, y por eso el Tetragramaton tiene cuatro letras. JHVH. Dos de estas letras son aspiradas, idénticas, son el amor que va y viene. La Santísima Trinidad son cuatro, como los Tres Mosqueteros. Cómo olvidar la preocupación en los ojos del buen padre Molina, nuestro Consejero Espiritual, su lento movimiento de cabeza, su mano en nuestro hombro. Tal vez sí, hijo, tal vez hay dos espíritus y uno es espejo terrible del otro, pero a tu edad mejor no pensar en eso. *Ora et Labora*. Calla lo que sabes, cantó el Antiguo. ¿Evocamos alguna otra *demonstrado*, algún comentario o *disputado*, algún otro cachondeo quodlibetal, un cierto apólogo? ¿Evocamos con cuánto libertinaje un musculoso romano menoscabó junto a una fuente cierta vagina, y cómo el carpintero de la zona tuvo piedad y cuernos, cargó con todo en un borrico, y la niña parió en Belén?

Eso es repulsivo e innoble.

Eso, mi cuate, lo inventaste vos, más o menos hacia la época en que ibas a entrar en el Seminario.

Pero no con esas palabras.

Ah, ya vamos entrando en tema. Las palabras.

Y esa misma noche, de rodillas...

Hojarasca, pirotecnia. Habrás rezado en latín macarrónico citando el Apocalipsis o la Epístola *ad efesios*, de San Pablo, ese otro cabrón. Pero no creas, la cobardía grandilocuente también es un rasgo muy nacional, muy intelectual burgués. Somos pura pluma, como el chajá. O pura espuma. La transformación penúltima de Santos Vega, telúrico payador, fue el taño organillero, quien a su vez engendró al hombre de la víbora. Y ahí estamos. Los mejores cebadores de mate con espuma del planeta. Hombre argentino de la víbora, bastardo, con el que trataremos algún día de hacer algo, en el más vasto orden de cosas. Cómo, no sé. Sé quiénes. Grandes locos bastardos dando al mundo un gran estilo bastardo. Johannes Sebastian Troilo,

componiendo un día un tango a nivel de *La Pasión según San Mateo* y por el cual, a partir de allí, se rijan en su baile pitagórico las Esferas. O, si no, a seguir con la víbora al cuello vendiendo tónico para el pelo.

Nosotros, los mejores cebadores de mate con espuma de la Tierra.

Y yo qué tengo que ver con todo esto.

Por ahora nada. Tu demencia por ahora es puro embellecimiento, frivolidad y miedo. Hay, no lo niego, cierta rareza de alma, cierta alteración fisicoquímica en la actividad nerviosa superior, pero, en los hechos, es despreciable. No estás ni más ni menos maduro que, cuando de chico, leyendo a Lombroso, te palpabas los parietales y el occipucio para ver si eras criminal. Pero, del mismo modo que el crimen reclama una conducta criminal hay también una *praxis* de la locura. Y tanto bajo esas bóvedas como bajo las del cielo, ya no se trata de describir, sino de transformar. Tu enfermedad es teórica. Algún promisorio chisporroteo, advertido a veces en el segundo sistema de señales, es un mero coquetear idealista, neorromántico, y su resultado más bien flatulencial. Hyblis aún no ha entrado en lucha con el Gran Enemigo; pero, también acá, sin violencia no hay modificaciones. No hay revolución. Se exige el primer acto de terrorismo, el delito de lesa majestad cerebral. O espiritual. O del alma. Como te guste llamarlo. Y después: el gran estallido. Cambiar de mano los procesos de excitación e inhibición, ponerse de cabeza, darse vuelta como un guante, subvertir todos los valores de lo que hasta nuestro ómnibus hemos llamado salud, cordura, equilibrio, vida, sentimientos normales. Y tomar el poder sobre ese caos. Y mantenerlo. Tu esfera luminosa, aquella cualidad de la materia altamente organizada —el cerebro—, psicopatológicamente hablando carece aún de líderes. Hyblis, formidable caudillo, tiene la palabra. E Hyblis, el maldito orgullo, se paró y dijo: Ahora es el momento. Después el Diluvio. O el orden nuevo. No siendo así, tu locura es un chiste de salón. Hay, lo repito, rasgos ciertamente promisorios, curiosidad perversa por lo maligno, ambiguo y peligroso, cierta vocación, no localizada todavía en un punto morboso estable, a trabar relaciones con un tipo de estímulos, y, singularmente, sólo con ellos. Y además, la infinitesimal libélula hereditaria, el gen —la locura de mamá—, la manía silbatoria de papá sus deambulaciones nocturnas que solían terminar de cabeza contra la pared y la incontenible risa infantil que a pesar del miedo nos causaba el espectáculo. ¿Y los sueños? Demasiado vívidos y vividos, a veces, demasiado proféticos, harto lúcidos para ser sólo sueños, sobre todo cuando pensamos que si uno tiene los ojos abiertos debe estar despierto. ¿Y esas ideas raras, que acosan con la violencia y la claridad de certezas, pero mejor no compartir con nadie? Ah, sí, calla lo que sabes, muérdete la lengua antes de murmurar a nadie lo que sueñas o sabes, dijo el Salmista. Muy bien, hijo. En esas oscuras y peligrosas aguas encontrarás la esperma de tu ballena, tu

perseguida materia de encender lumbre. Las características o taras ya enunciadas, y una temprana propensión (que te fomentamos) a la lectura de cierto tipo de biografías ilustres, al punto que, de diez citas que se nos ocurren, nueve pertenecen a locos furiosos, borrachos, criminales, homosexuales, malformados o suicidas, tales características configuran el aura, el territorio fértil: las condiciones revolucionarias. La *genus anormalis vatum*. Pero tener aire de familia no significa ser pariente. Pobre Santiago. Falta el acto, la lesión violenta, esa parte de la tragedia que los griegos llamaban catástrofe y que aquí, en espera de mejor nombre, llamaremos trauma psíquico. Romper bien rota tu alma, dicho sea en versión libre aunque literal. El último eslabón de la cadena etiopatogénica. Tu locura, por ahora, es una forma nacional de la demencia precoz, síndrome sudamericano de características esencialmente retóricas que aparece en la adolescencia, da material para un librito y se cura por completo alrededor de los treinta años. Sin dejar el menor rastro. En los casos agudos, no dando resultado el librito, se recomienda cojer un poco más seguido. La cama matrimonial es el mejor sanacabezas de los artistas argentinos. Tu demencia, por ahora, es literaria. Pero como aquí se trata precisamente de esto, y como nadie ignora que mis cláusulas se graban de puño y letra en un documento escrito con sangre, todo lo cual es quizá una figura de las bellas letras, y como lo único que se les pide a ustedes es bellas figuras escritas con sangre, testamentos, papeles armoniosos y sangrientos por los cuales se salven, o se pierdan, se justifiquen o se condenen para siempre, me parece que hemos vuelto a la cuestión de fondo. Comenzamos hablando de la fidelidad.

Y de la falta de principios.

Es lo mismo. Fidelidad. Fidelidad fanática, hasta la muerte. Lealtad al signo primordial regidor de la cabeza y del fuego. Todo lo que no tenga que ver con esto, vaderretro, evade el recto destino combustible de tu estirpe. Coexisten, en tu tipo astral, dos Esteban: el superior y el otro, el deleznable. Y como es obvio, amén de redicho, en ese microcosmos paradójal nosotros gobernamos al Esteban superior; él, el elegido para las tareas luminosas, es quien va a casa de Verónica, sonrío cuando no debe, irradia frescura cuando le arden las zonas del sentimiento y, para darte un ejemplo lastimoso de esto último, decide leer al camarada Lenin en vez de armar una bomba casera, cuando descubre que Josefa Bartolotti lo que tiene es hambre. Él huye por las escaleras en calzoncillos, no honra al padre ni a la madre, codicia mujer e ideas ajenas, no ama a su prójimo ni mucho menos a sí mismo, se olvida de santificar sus propias fiestas, sus efemérides, motivo por el cual deja plantada a la niña de Plaza Irlanda junto a un alegórico relieve, añorando sus anillitos. No interrumpas. Me refiero al impuro, humano, vivo, contradictorio Esteban con antorcha. Porque el artista, fíjate bien, el artista, para sobrevivir en este mundo y en el que se avecina, ha

de poseer una fuerte dosis de inmoralidad. De ahí lo de la falta de principios. Inmoralidad —y empleo nomenclaturas a nivel burgués para facilitarte la comprensión jesuíta de conceptos cuyo sentido, en los hechos, te resulta desde antiguo familiar— inmoralidad, o quizá amoralidad, que si bien permitirá a un gran artista obtener espléndidos resultados en la construcción de una catedral en homenaje a la Sagrada Familia, pongo por caso, y no al azar, le impedirá en cambio no ya salvar el alma, que para eso nunca hizo falta la divertida gente del subsuelo, sino también fundar una.

Una qué.

Familia. Sagrada o no.

Qué estupidez. Eso no significa, suponiendo que signifique algo, más que el vulgar reemplazo de una moral por otra.

Naturalmente. Una nueva moral; una moral condenadamente libre. Una moral de la transgresión, una ética del egoísmo y del libertinaje. Pero entendámonos, no de cualquier egoísmo ni de cualquier libertinaje. Algo así como el egoísmo inocente con que opera la naturaleza cuando sacrifica especies enteras para que sobreviva una forma privilegiada, sólo que vivido desde un individuo nada inocente, consciente, abrumado por la culpa, capaz de sacrificar en su corazón todo lo que no se ajuste a la forma de su destino. Cosa que se paga caro, debo ser franco. Y en cuanto al libertinaje, no estamos hablando de francachelas, lamidas, gestas contra natura u otras hazañas de prostíbulo. Eso está bien para los franceses que creen que Sade era libre porque segregaba demasiada testosterona y tenía el coeficiente mental de un escolar despierto. Como te imaginarás, no tengo nada contra ningún tipo de libertinaje y mucho me temo que ninguno de los interlocutores de este diálogo lo tenga. Se trata (también) de un cierto libertinaje de las ideas. Desenfreno mental, corrupción, atrevimiento —sinceridad, hijito—, amor a las peores verdades, que permitirá al artista del que hablábamos racionalizar sus peores impulsos, comprenderlos, descender hasta lo más amargo, lo más depravado, lo más obscuro y vergonzoso. Y si regresa vivo a la superficie, enseñorearse de ellos y hasta tomarles algún cariño. En cuanto al otro libertinaje, lo repito: soy incapaz de argumentar nada en su contra. Si he de ser franco, no arriesgándonos en tu caso a probar con el viejo y fecundo y flagelador ascetismo, es, biológicamente hablando, el único antídoto que se nos ocurre para neutralizar tus citas del Protoevangelio. Conducta que, entre otras cosas, nos pondrá a salvo del calcañar matador de salamandras. Nos apartará de la inocente chupadora de médula espinal. La Decapitadora. Nuestra enemiga. «Perder la cabeza», serle a uno «sorbido el seso». ¡Profundas imágenes! Inventadas por la sabiduría

popular para describir esa mutilación que en tu jerga se denomina amor a una mujer; monogamia. El artista es polifacético, multánime, simultáneo, panteísta y polígamo. Lo razonable sería, lo admito, pintar los robustos angelitos de Rafael y fecundar con alegría a la Virgen de San Sixto, y hacerla parir robustos angelitos familiares que corriesen por las dependencias, alborotando, rodando, gritando papi, papi. Eso sería lo muy razonable. Pero, aparte de que a vos —y no como condición universal, a vos, como proyección diabólica de tu profunda incapacidad de amar—, la égloga matrimonial te repugna; aparte de todo eso, ¿quién dijo nunca que el mundo fuera razonable? Hay, por lo tanto, que optar. *La Divina Comedia* no fue escrita porque Beatriz murió, Beatriz fue asesinada por la Divina Comedia. Hay que matar a Beatriz.

Eso es una frase.

Y eso también. Los únicos vehículos del Gran Salto que hay en tu oficio son las frases. La única cosa que debes aprender es a distinguir las mías de las tuyas. Las hermosas frases de las otras. Considerado a la luz de este axioma *El Quijote* es una frase más larga, más armoniosa, menos mortal, que la frase «prohibido escupir en el suelo». Acertar con una o con la otra. Eso es lo que distingue a un genio de un ferretero higiénico.

Ésta es, por fin, la encrucijada.

Tú lo dices, como respondería nuestro mansito. Tú lo dices, jodido Caifas, no yo. De lo contrario, podría suponerse que te prometo algo tan enorme como la genialidad: serafín que, para un ateo tercermundista, equivale, sin violar los principios, a la inmortalidad del alma. Es la inmortalidad del alma. Concilia la teoría del trabajo en la transformación de mono en hombre con las solemnes bóvedas del Wilfrid Barón de los Santos Ángeles con sus arcadas que parecían titánicas y ahora retroceden y se borran, y amenazan borrar para siempre al pequeño elegido que lloraba durante la Consagración, ciego ante el resplandor del intacto cuerpo contenido en la hostia, porque el resplandor emanaba del Santísimo, no del oro del Sagrario. Pero si la encrucijada por fin es ésta, Esteban crece y se totaliza de apuro, recupera el alma, llega certero como una flecha desde el pasado y se clava en el porvenir. Se derrama en el tiempo, contemporáneo del Aconcagua, se mide en edades formidables que avergonzarían a los grandes baobabs. Y entonces nunca más el Gusano Conquistador. Ni la carroña patas arriba reventando inmundicias en la zanja. Y puede asomarse al balcón sin miedo a desmoronarse, dormir desnudo bajo las estrellas, pasar con tranquilidad bajo los andamios, exponerse a las corrientes de aire, mirarse fijamente en el agua y sentirse menos frágil, dueño del Tiempo, no tan propenso a dejar esto sin terminar por casual derrumbamiento del cielo raso o cáncer en la

próstata, esto, este viaje en ómnibus hacia el Cerro de las Rosas, o este borrador de un sueño comenzado en el hotel donde hace años se matará Santiago. O esta lluvia por suceder en el parque de Verónica. O esta anotación en un cuaderno apoyado sobre las rodillas, frente a una lámina de Molina Campos, muy lejos para siempre de la ciudad muerta, en un cuartito azul que da a una especie de templo birmano custodiado por dos leones, ahora o ayer o mañana, qué importa cuándo si el tiempo, el tiempo trágico y verdadero y transitorio de la gente no existe en este ómnibus o cuarto de hotel o manicomio o cruce de caminos donde un hombre clama por ser como Dios y abre los brazos en la soledad y se hace clavar de pies y manos a lo largo y ancho y alto del tiempo crucificado en el Tiempo, ajeno para siempre al derrumbe del cielo raso del mundo, a la inflamación de los intestinos, a la caída de la tortuga o a los descarrilamientos. Porque si la alternativa es ésta, Esteban, como la hostia, permanece incólume en cada una de sus partes. O sea que sí, huerfanito, que la alternativa es ésta. Pero que nadie te ha prometido nada.

Debo confesar que empiezo a aburrirme.

Yo diría más bien que estás empezando a asustarte; a comprender, quizá, cómo es este juego.

Todo o nada. Como siempre.

No, querido. Todo contra nada. Si sale cara, gano yo, si sale ceca, perdés vos. Es sencillo. Una vez aceptado a ciegas el contrato...

Yo no he aceptado ningún contrato.

Yo no, exactamente. Una vez aceptado yo —es decir, la otra parte— no contraigo el menor compromiso. Esteban se remonta o lo voltea la muerte gracias a sus propias leyes de inercia. El genio, o es un imperativo categórico de adentro hacia afuera, un reventón voluntario, o a limpiar escupideras al Hospicio de las Mercedes. Más claro, échale agua. El genio, o mejor, el principio genial, es algo así como esos bacilos voraces que dormitan agazapados en algún rincón de todos los organismos vivos. Se nace con ellos.

Todos los hombres nacen con ellos; con la infección enquistada, pero defendiéndose del antropófago cangrejito con una sutil envoltura de calcio, que a veces lo apacigua y con el genio bostezando como un querubín dentro de un huevo. Sólo habría que provocar, deliberadamente en este caso, el del querubín, la ruptura del cascarón. Contraer la enfermedad espléndida. Del mismo modo que un organismo famélico, defendiéndose del agotamiento, acaba por comerse la película que envuelve al canibalito.

Pero eso es la muerte.

Todo es la muerte. La muerte física. Te pudra la tuberculosis o te pinches el dedo con la espina de una rosa, como el bardo. Sólo que, alguna vez, es la muerte propia. Y aun suponiendo que fuera la absoluta muerte —la absoluta locura—, la última abyecta claudicación de la carne o del espíritu, para ciertas naturalezas no hay más que eso.

O la absoluta vida.

También, según se mire. Yo le llamaría postergar, durante unos segundos de orgullosa y rebelde agonía, la catástrofe humana.

No es mucho.

Un tiempo inmortal en sí mismo.

Tan absoluto como la idea que un imbécil, que se cree Napoleón, tiene acerca del lindo color de su caballo. No. Me harté. Desde hace una hora, por abulia, me oigo parlotear como un peluquero mitómano. Y me harté. Todos esos balidos de tenor de opereta alemana provienen de mí.

Provenzan de donde provengan son puro delirio. E insensatez. Estafa. Al menos como adelanto de lo que recibiré si me decido a ser canalla, inmoral, medio degenerado y quizá loco. Como artimaña del Tentador le encuentro el defecto de que induce a arrojarse en los brazos de Dios. Más o menos como si me asegurasen que, si acepto hacerme descuartizar, gozaré además de los beneficios de la gangrena. Por lo pronto, veo que en los últimos dos mil años no han progresado mucho en el arte de seducir. A Jesús le propusieron que se arrojara del alero más alto del Templo de Jerusalén.

¿Por qué nos interrumpimos?

Por nada.

O porque de pronto pensaste «justamente». Justamente. Que él se arrojara. ¿O no bastaba con pegarle un empujón? Cosa que lo hubiera decidido con cierta velocidad a convocar a los cien mil arcángeles soliviantados, o a flotar con gracia divina sobre los olivos. O a hacerse humanamente mierda contra el piso. Se le pidió una decisión a él, dentro de él, no una prueba de circo. ¿Acaso el Diablo podía ignorar si era o no hijo de Dios? Seamos serios. Cualquier antisemita nocturno, dándole una patada en el culo, sin ánimo de probar nada, pudo haberlo lanzado por el aire obligándolo al



milagro o al papelón teológico. Por favor. A él se le exigió, anagógicamente, un salto voluntario al vacío. No se precisaba ser el Hijo de Dios para negarse a saltar. Cualquier pequeño judío, manso de espíritu y cargado de familia, oyendo una proposición semejante, se hubiera sentado a reír barriga en mano ante el infierno en legión, pegándose palmadas en los muslos, y se hubiera caído solo de ese techo. Y tengo la sospecha de que habría volado. La cláusula exigía y exige otro tipo de saltos. El Demonio no hace más que señalar el abismo. Todo contra nada. Sólo aquel que se arroja sabrá si los angelitos lo soliviantan. Todo contra nada. O rendir examen para el Banco de la Provincia. O planear *La Divina Comedia* a la salida de la oficina. O pegarse honradamente un tiro. O fabricar caudalosos libretos de televisión, vengándose, con caca, de una sociedad que arroja a sus brillantes muchachos a esas cunetas; cosa que la sociedad acabe por sepultar a todos bajo un Himalaya de mierda. O pegarse honradamente un tiro. O tironear a la Inmortalidad de la pollera, los domingos y feriados, en presencia de la familia reunida, en el intervalo que va de sonarle los mocos al menor de los Espósito a departir sobre el precio del mondongo con el padre de la Virgen de San Sixto. Y, no sin algún cariño, pasarle una franelita al long play de la Novena Sinfonía por aquello de que, donde hubo fuego, cenizas quedan. O pegarse honradamente un tiro. Despertar al querubín, en cambio, es una volición natural. Como la vida. La manera menos infame de aceptar la vida. Y ganarás ese pan con el sudor de tu frente. No pretenderás, mastuerzo, que le haya gritado *¡Non serviam!* a Dios para conchabarme de mecanógrafo tuyo. No te sirvo. Mi existencia puede, no obstante, serte útil. Sólo que hay que comenzar por aceptarla. Algo así como la sonrisa de Santiago, pero en otra dirección. Mi teoría finalmente es ésta. Todo organismo pensante es, en potencia, genial. La buena nueva consiste en llegar naturalmente a serlo por una inexorable decisión. Cada uno solo, eligiéndose único entre todos los hombres y al mismo tiempo autorizando a todos los hombres por ese solo acto. Arrojándolos a la más sola de las soledades, desnudos, como él, ante su implacable conciencia. Pero preparados para cuando venga Miguel, con su lindo escudo brillante, gritando Quién como Dios.

Conozco el final de la historia.

No. No lo conoces.

Y toda esa nada, a cambio de qué.

De tu absoluta entrega, en vida y alma y cuerpo, etcétera.

¿A vos?

Sí, puesto que te has decidido a tutearme. O a Esteban, según el tipo de realismo

que prefieras. Lo demás, será revelado a su tiempo.

## II

Que la Luna se había detenido en su carrera por encima de los árboles y que ahora estaba allí, extática en el cielo negro, le pareció evidente. Agazapada en ese claro, entre dos nubarrones. Como una tigre de cuerpo rayado y sangriento. Cuando el guarda le tocó el hombro, Esteban Espósito comprendió que lo que se había detenido era el ómnibus, no la Luna. Gracias, dijo, bajó del ómnibus y alguien se deslizó detrás, *desafiando la noche lunar* .

*desmontó del caballo  
y el baile empezó  
con la cola marcando el compás.*

Ay, zambita. Caminar veinte metros, le había explicado Verónica, veinte metros hasta dar con el cruce. Una tigre o una tigra. O la pantera de rayado cuerpo místico, hermana de los hombres y devoradora del dragón (de dónde había sacado eso), cuyo aliento, como todo el mundo sabe, es perfumado como el incienso. Según la explicación de Verónica, ahí debía estar el cruce. Y ahí estaba. Una diagonal bordeada de plátanos que, como la vertical de una Y de brazos muy abiertos o como una mujer en la cama, vista desde la cabeza, iba a desembocar en otras dos calles en las cuales hacía ochava el parque de la quinta de Verónica. Si es que los parques hacen ochava. Una especie de pelvis, en fin. ¿O se dice pubis? Uno debería saberlo todo, si al vértice de un parque puede llamárselo ochava si el pubis es la pelvis, si tigre hembra o tigra. O tigresa. Cuántos misterios. Las fuentes del Nilo, la posición y velocidad de una partícula, el origen de los vascos, la Conferencia de Guayaquil. Un relámpago silencioso rajó de parte a parte el cielo de los cerros. Como un erizo pintado de azul. Otro gran enigma es que nadie puede hacerse cosquillas a sí mismo. Se oyó un relincho. Las tormentas eléctricas los ponen mal. También eso, que se diga andar en auto, en bicicleta, en burro, pero no en caballo. Van a llover bigornias, tenía razón Santiago. La casa de Verónica, construida en los altos de la calle, debía ser eso más bien imponente que estaba viendo, muy iluminada entre los árboles, y desde donde llegaban las ráfagas de la zamba. El Cerro tembló suavemente. No era un trueno, sino un preludio de trueno, algo que parecía ir desperezándose en el fondo de la tierra desde la noche anterior. Ladró un perro.

*Cabalgando una escoba  
cruzaba el azul  
de los cielos la bruja mayor.*

La Salamanca, pensó Espósito. El nombre de la zamba y el nombre de la quinta. De pronto se sintió incómodo. Como si le costara pensar yo, como si se pudiera ver a sí mismo, o alguien o algo lo estuviese mirando desde el costado o desde atrás.

Sin brusquedad, me di vuelta.

El profesor Urba estaba a mi lado y apoyaba una mano sobre mi hombro. No tenía nada de asombroso. Muy natural que dos personas viajen juntas y bajen en el mismo sitio. Máxime cuando van al mismo sitio. Lo saludé mientras trataba inútilmente de rehacer una idea, o una impresión, fugaz como un destello pero agudísima, que había tenido en el ómnibus, o al bajar del ómnibus, y que estaba a punto de escapárseme como un pájaro deslumbrante. Oí o me pareció oír algo acerca de un palo de escoba, mientras la manito del astrólogo, separándose de mi hombro, señalaba la pequeña pendiente en la que remataba el parque de la quinta. De mí sé decirte que desearía tener el macho cabrío más vigoroso, me pareció oír después. Sólo que me pareció oírlo en alemán. Y yo no sé una palabra de alemán. Eso confirmaba mis sospechas. Por las dudas le pregunté de qué hablaba, y él, sorprendido, dijo que no había abierto la boca. Entonces, iba a hablar yo. Hablé. Hablé inconteniblemente. Del verano, de los árboles, de que no había ningún motivo para acortar camino, mi querido profesor. De la posibilidad de trepar por esas piedras o peñas, sobre cuyas cimas brotan cascadas. Cascadas bulliciosas, dije. Era como si el ozono de la noche me hubiera enloquecido. El astrólogo, estupefacto, me miró. O quizá me miró burlonamente. En los intervalos de luz que cruzaban las ramas, sus ojitos mongólicos eran absolutamente ambiguos.

Entonces recordé la parte del bastón nudoso. Mirándolo de reojo, me agaché. Busqué a tientas algo de tamaño razonable. Mis dedos tropezaron con una enteca ramita de ligustrina. No me importó.

—Todavía tengo piernas fuertes y me basta con este bastón nudoso —dije.

Lo dije casi desde el suelo, vigilando atentamente su próxima reacción. El astrólogo ni siquiera se detuvo. Yo, decidido a ir hasta el final, mientras buscaba un palo verdadero, una rama o por lo menos un gajo más grande, volví a hablar del verano. El verano que despierta a los abedules y que hasta los pinos sienten. ¿Por qué nosotros íbamos a negar su influjo? Él se había detenido y me observaba. Preguntó si me sentía mal. ¿No? Entonces qué estaba haciendo ahí en cuclillas.

Me levanté, dispuesto a saltarle encima y, acogotándolo, obligarlo a confesar. El problema era, confesar qué. Entonces, con increíble desfachatez, él murmuró que respecto de la primavera, no del verano sino de la primavera, recalcó, debía decirme que no experimentaba su influjo en lo más mínimo. Se rió.

—Tengo el invierno en el cuerpo —dijo. Tropezó en la oscuridad y volvió a reír. Me tomó del brazo.

—Uno está expuesto a romperse la cabeza contra un árbol, hijo mío. Menos mal

que ahí viene alguien con un farol. A ése lo conozco bien. —Se oyó un bufido, una tos estrepitosa y algo que parecían palabras. El profesor Urba me guiñó un ojo—. El jodido quiere imitar a los hombres.

Momento en que apareció entre los árboles el padre Cherubini y dijo que *aguaitaba, en obsequio nostro, poder asujetar la sua flammigera et mutabile naturaleza angélica*. Onduló su formidable corpachón de un lado a otro, agitó el farolito y lanzó una carcajada capaz de deshojar un bosque. Agregó que, para la ocasión, era una especie de Fuego Fatuo, aunque sus palabras fueron *ego sonno un variedat macho de la Fata Morgana*, pareció repentinamente indeciso por algo, preguntó *¿dije bien?* y siguió hablando con el astrólogo mientras Espósito comprendía que nada de eso estaba sucediendo, porque lo que había comenzado a suceder era la llegada al Cerro, estos árboles súbitamente reales, la amenazadora silueta de un hombre en una de las ventanas de la casa, un hombre maduro, alto, que incluso a esa distancia parecía irradiar su ominosa presencia sobre el parque, y Esteban volvió a sentir algo que ya había sentido en el ómnibus, como un cambio de perspectiva o desplazamiento, se vio a sí mismo, caminando a solas, pero también se vio entre el profesor Urba y el padre Custodio quien ahora decía haber decidido venir *il mesmo pa sacarlo de la smarrita senda antes que il nostro dottore infernale lo llevara pal fondo et lo putrefalenciara*, si es que en realidad lo decía, porque lo que sí oyó Esteban fue la voz que cantaba una zamba, un relincho, un trueno, un ladrido, y vio cosas que sólo podrían describirse por la negativa, árboles sin nombres grabados a cortapluma en su corteza, reflejos de agua sin nunca más camalotes ni islas resplandecientes en la otra orilla, terebintos y robles para siempre sin plazas en un barrio de Buenos Aires, un mundo a punto de saltar en pedazos sin nunca más el país de Jauja. Lo cual, ahijadito, no es ninguna consideración estupenda pero, intervino el astrólogo, se acerca bastante a la verdad. Y para el caso también sirven alegorías con incendios de naves, voladuras de puentes, saltos al vacío o baúles que se abandonan en un naufragio. Porque tu signo es ése, y el signo de nuestro tiempo es ése, al carajo con el iluminado mundo moderno y al carajo con el joven iluminado y antiguo, estamos al borde del milenio, en la peligrosa cornisa de la nada, sobre la cuerda floja del infierno, y yo te garanto que sobrevivir en este clima será como volar un puente, quemar un barco, abandonar las valijas, saltar a ciegas. Como dinamitarse el alma y ver qué armamos con los pedazos dispersos, si es que queda algún pedazo, y todo un poco rápido, antes que el buen planeta viejo de Santiago pegue toda la vuelta y se encuentre mirándose la nuca y nos sorprendan la noche primitiva, el hacha venidera de sílex y la caverna junto al pantano, así que afinadito si podemos, o si no a lo que salga. Ningún hombre supo nunca si estaría vivo en el próximo minuto, lo que ya era bastante duro de tragar, hoy ni siquiera sabemos si el mundo va a durar una semana, ¿qué puede hacerse, en un caso así? *¡Apechugar et dentrar pa adentro!*, dijo el padre

Cherubini, mientras los tres subían la escalinata de la casa.

**CUARTA PARTE**  
**LA NOCHE DE WALPURGIS**

## I

—ESTO ES LA ARGENTINA, GORDA QUERIDA. South América, gran vaca austral del Universo. La guerra atómica no existe. Estados Unidos, Europa no existen. El comunismo, la bomba, Gagarin, los maremotos o la teoría de la Relatividad, ¿te fijaste?, siempre les pasan a los otros.

El que acaba de hablar es Lalo. Lalo Ocampo, cazador de búfalos. Ella se llama Austen, o Austin. Es enorme. Vasta y oscilante se ensancha hacia arriba (piernas cortas, torneaditas), lo cual le da un vago aspecto de globo Montgolfier.

—No soporto que hables con frivolidad de esas cosas —dice la gorda—. Da la impresión de que ni leíste los diarios de la noche.

Espósito se pregunta qué dirán los diarios esta noche y se sirve un whisky. Esteban Espósito. Veintisiete o veintiocho años. Visto desde arriba tiene una especie de tonsura en la coronilla. Si no se apura a morir se va a ser calvo. Traje azul. Corbata floja. Visto de atrás, una arruga oblicua le cruza el saco. Tiene el tipo de los que se tiran vestidos en la cama y miran el cielo raso y piensan porquerías. Dan ganas de decirle qué desprolijo es usted. Cara de no querer mucho a nadie. De perfil parece un gavilán buscando pajaritos. Dan ganas de decirle qué jodido es usted. A veces sonríe, sin mucha conexión con la realidad circundante. Salió de Buenos Aires hace tres días y anoche llegó a Córdoba. Hizo una escala en Rosario. Nunca recordará bien esa parte del viaje. Nunca recuerda bien nada.

—Leer los qué, ¿los diarios? —dice Lalo—. No, gorda. Cada fin de año miro el número especial de *La Gaceta de Tucumán* y me entero, con orden, de todo lo que pasó en el país. Cada veinte, compro un libro de historia. Fijate cómo será que en el 46 no me tocaba y vine a enterarme de la caída de Berlín el año pasado. Cuando salí a la calle a festejarlo, íbamos por el milagro alemán. No se puede estar al día.

La gorda parece desconsolada. Guerri se ríe. Guerri es un personaje misterioso. ¿Qué estará haciendo en esta casa? Espósito, algo distante junto a su whisky, cree recordar que Verónica se lo presentó esa tarde, pero no se llamaba Guerri. La gorda lo tiene acorralado contra un extraño artefacto de bronce, una de esas estatuas ovoidales con un rajo o canaleta en el centro. Esculturas que suelen llamarse Maternidad o La Espera. De algún sitio, llegan los compases de uno de los *concerti alla rústica* de Vivaldi. La gorda separa las capas de miga de un sandwich y con ecuanimidad examina su contenido. Aprueba. Y ahora lo enrolla, Dios mío, ahora lo enrolla y se lo introduce lentamente en la boca.

—Ay —dice Lalo.

Los redondos ojos celestes, candorosos y desconcertados de la gorda. Esa irresistible dulzura de nena gigante que sólo se les ha concedido a las gordas.

—Qué —dice—. Qué te pasa.



—Tuve una alucinación —dice Lalo.

La gorda traga con delicadeza de buchón.

—Vos lo tomas todo a risa. Pero supongamos, es un suponer. Supongamos que ese muchacho, cómo se llama. El de Cuba.

—Fidel Castro —dice Lalo.

—Ése. Supongamos que se niega a retirar los misiles y que los norteamericanos invaden todo.

Guerra vuelve a reírse. El segundo whisky de Espósito disipa las nieblas del primero: Guerra viene de La Habana. Estuvo en Sierra Maestra. Lo llaman Guerra como podrían llamarlo Revo.

—Kennedy —dice Guerra con tranquilidad— nunca atacaría a un pequeño país latinoamericano.

Lalo lo mira como si estuviera por dejarlo a merced de la gorda. Guerra agrega que el problema es otro, el problema es que no debería haber misiles soviéticos en Cuba. Lalo dice que es verdad, claro que tampoco debería haber misiles norteamericanos en Turquía y, hablando en general, no debería haber misiles en ninguna parte. Tiene más chance el elefante de un safari que cualquier hombre en una guerra actual. Espósito suspende por el momento su tercer whisky. Hay algo que no es del todo como debería ser en esa conversación. Guerra no le gusta. No tiene en absoluto aspecto de haber andado a los balazos en el monte. O comiendo pestífero lorito. Lalo tampoco tiene mucha apariencia de matador de leones, pero no cuesta ningún trabajo imaginarlo en el Yukón o en Tanganika, con una tremebunda escopeta. Lord Jim. Hay en Lalo algo de suicida y cierta invulnerable fragilidad. Un tipo capaz de jugar a la ruleta rusa.

Efectos del whisky aparte, piensa Espósito, en esta fiesta todos son vagos e imprecisos, como un baile de egresados entre vampiros, menos el cazador. La señorita Cavarozzi, envuelta en revoloteos y risitas, le ha presentado a unos cuantos. Hispanista. Estudioso de la flora cordobesa. Arquitecto discípulo de Gaudí, que parece compartir con Lalo no sólo su afición a las escopetas sino también la mujer (la del arquitecto) aunque esto último lo ignora con dignidad. Chica descendiente de alguien. Textil. Japonesa de película de exportación que, si Espósito no ha oído mal, susurró algo así como mi *guta shu pito*, cosa que podía ser un saludo tradicional o un nombre. La Cavarozzi le había hecho un panorama de toda aquella gente y Espósito, tratando de disimular su natural repugnancia a los contactos físicos, había apretado algunas manos (huesudas, blandas, enjovadas, húmedas, hasta una incompleta, con sólo cuatro dedos) y había adoptado la actitud del huérfano misterioso que, humilde de espíritu y de condición, se defiende del mundo replegándose hacia los rincones. Instalado ahora junto a Miguta y a una botella de *Old Parr*, vigila la puerta.

Guerra trata de tranquilizar a la Austin. No habrá guerra. Guerra sostiene que no

puede haber guerra porque una guerra atómica sería el fin de la humanidad.

—Excelente argumento —dice Lalo—. Más o menos como pensar que el cáncer es imposible, porque uno, si se enferma de cáncer, se muere.

La gorda trata de no penetrar el significado letal de esas palabras y se come un palmito. El excombatiente saca del bolsillo una curiosa cigarrera hecha de maderas incrustadas y reparte habanitos. Son cubanos. En algún otro bolsillo debe tener una fotografía suya con Errol Flynn, los dos de garibaldina. O tal vez con Hemingway. Espósito recuerda que la envidia y la mezquindad son malas consejeras y admite que Guerri, aunque esté en esta casa, pudo haber estado en la Sierra. Yo estoy acá, piensa. Y encima no estuve en ninguna sierra. También admite que Guerri es buen mozo, no hay más que observar a Miguta para darse cuenta. La japonesita también es buena moza, y Lalo es apuesto. Hasta Bastían es atrayente. Todos somos lúcidos, intensos y preciosos. Guerri y Errol Flynn, abrazados repartiendo habanitos, son regios. Lástima que Bastían esté cerca, lástima que ahora mismo me esté mirando y hable de mí. Momento en que la Austin se da vuelta y pregunta:

—A usted, Espósito, le parece que va a haber guerra. Espósito, pendiente de algo que ocurre cerca de la puerta, piensa que no.

—Sí, señor —dice distraído—. Por supuesto.

Bastían acaba de murmurar dos palabras en el oído de un tipo con cara de actor francés. Graciela Oribe, fue lo que murmuró, y ahora mira hacia la puerta. En la puerta hay un señor alto, maduro, elegantemente canoso y, sobre todo, parecido a quién.

—Pero, cómo, ¿realmente lo cree?

El hada madrina de las niñas opulentas pintadas por Rubens, la gorda Elena Austin, no está dispuesta a aceptar así no más un siglo asesino, un último milenio de incertidumbre en los *kindergarten*, radioactividad y espanto. Espósito la mira casi con ternura. La Austin y la señorita Etelvina son los únicos seres fuera de lugar en aquella casa. La Cavarozzi por sus alitas y la gorda por su gordura. Es gorda y está realmente preocupada por el destino de la humanidad. Cómo reprimir la tentación de agarrar un buen pedazo de esos cachetes.

—No. Ya no lo creo —dice Espósito.

—Yo sí —dice Lalo—. No digo hoy ni mañana. Pero siempre hubo guerras, gracias a Dios, y si Dios quiere siempre las habrá. O de lo contrario se desatará una peste al estilo medieval. Una putrefalencia como la Peste Negra o la lepra. Sólo que planetaria. El hombre civilizado no da para más. Somos como los dinosaurios. Ya van a ver. Y esto no tiene ninguna relación con el equilibrio biológico, con la superpoblación o con el hambre. Las leyes naturales no son leyes, son algo así como razones secretas de orden moral.

Y de cualquier manera, piensa Espósito, dentro de sesenta o setenta años, ninguno

de los invitados a esta fiesta va a estar vivo. Haya guerra o no. Haya peste o no. Daba exactamente lo mismo. Morir atropellado por un auto, de gripe, o porque le explota a uno la bomba de hidrógeno en la *cabeza*, dónde estaba la diferencia. Cinco mil millones de personas no pueden morir más de lo que muere una sola persona. Ahogarse en el Diluvio Universal no era peor que ahogarse en la bañera. Qué haríamos en las fiestas, piensa Espósito, si no estuviéramos todos condenados a muerte.

—Sin mencionar —dice Lalo— que un solo preservativo mata más gente que la guerra de Indochina. Una vez leí en *La Gaceta de Tucumán* que los enanos tienen tendencia a morir de hipo. Me querés decir, Elena, qué es la Guerra de los Treinta Años comparada con un solo enano que muere de hipo. —Y agrega que, de cualquier modo, él es optimista, la humanidad futura la harán los africanos, los chinos, tal vez los argentinos—. O los mal formados que sobrevivan a la próxima peste o guerra atómica. Tipos con dos cabezas, con manitos saliéndoles de un muñón del hombro, sin testículos. O con varios. Tal vez hasta estemos en el umbral de una nueva concepción de la belleza. Y, aunque nos aniquilen a todos, siempre quedarán las ratas y las cucarachas. Hay siete ratas por cada ser humano en ciudades como Nueva York, Pekín o Buenos Aires, y las cucarachas tienen siete veces más resistencia que el hombre a las radiaciones nucleares. Yo, qué quieren que les diga, tengo gran fe en las guerras, en el simbolismo del número siete, en las ratas y en las cucarachas... ¡Graciela! —dice Lalo—. Hija mía, qué escote.

## II

—Y él está acá —habías dicho. Y te quedaste en silencio. Lo que significaba que esas palabras eran el fin de una conversación, no su principio. Mirabas hacia el lugar donde el astrólogo discutía con el padre Custodio Cherubini, y Espósito tuvo un pequeño sobresalto. ¿Vos también los verías? No era nada seguro que esos dos pertenecieran del todo a la realidad, aunque Santiago y Verónica parecían tener un cierto género de relación con ellos, por lo menos con uno. Después vio, inequívoca, la cabeza de un adolescente de ojos sombríos. *Snoopy*.

—No hablo de él —dijiste—. Hablo de Patricio.

La música de Vivaldi, en decreciente jalea, había ido a parar a la mermelada de eso que llaman rock lento. La luz había bajado. Como detrás de un tul, Espósito vio girar unas parejas. Lalo y Flor de Loto. Lentos peces en un acuario, lentos bailarines de un planeta ingrávito. Toda la casa era un poco de otro mundo. La mujer del arquitecto parecía inquieta.

—Bailemos, vení —dijiste.

Tu voz fue sorprendente. Como si no coincidiera con las palabras. A Espósito le hubiera gustado tener un espejo delante, un gran espejo que le permitiese ver lo que ocurría a sus espaldas.

—No sé bailar.

—No sabes bailar...

Gesto incrédulo; después, casi divertido. Y sin embargo había algo más.

—No. Nunca aprendí. En realidad, sí aprendí; pero no creo que me sirva en esta casa. Bailo el minué. No veo qué tiene de malo. Me lo enseñaron en el colegio. Yo hacía de Monteagudo y, por algún motivo, debía bailar el minué con una dama de la sociedad peruana que iba a primero superior. Era lindísima, pero tenía olor a pis. Te agradecería que no mires por encima de mi cabeza cuando te hablo, me hace el efecto de ser invisible. El día de la fiesta me negué. Nadie podía obligar a Monteagudo a bailar con una meona.

—Yo te enseño —dijiste—. Yo te voy a enseñar montones de cosas. Vení.

Parecías realmente alegre. Tu buen humor crecía en la misma proporción con que Espósito perdía el suyo.

—No me gusta bailar.

—Cómo podes decir que no te gusta algo que no sabes.

Espósito se dio vuelta bruscamente y miró hacia la escalera que estaba a su espalda. Bastían conversaba con el elegante señor canoso.

—Porque detesto todo lo que no sé. Y ahora decime a quién estás mirando y quién es Patricio.

—Tío Patricio —dijiste—. El padre de Mariano.

—Entonces ese muchacho y vos son primos.

—No quiero hablar más. Y ya no tiene importancia. Decime si es cierto que te vas mañana.

—Hagamos las cosas bien. Quiero que me alcances con naturalidad esa botella y nos vayamos a conversar a aquel sillón. El *fox-trot* me distrae.

—No es un *fox-trot*.

—Vos créeme, es totalmente un *fox-trot*. Se llama *El boulevard de la Desilusión* y lo oigo yo solo. Así, ahora dámela... Tiene una linda cara de pervertido, ese señor canoso. Lo curioso es que es igualito a Mariano, y él, sin embargo, se parece más bien a *Snoopy*. Lástima que le guste dar lástima. Y ahora que nos sentamos, vos me contabas todo.

—Contar qué, Esteban. Ya te conté todo lo que hacía falta.

—Sí, me imagino que sí. Este whisky tiene gusto a rocío, a ver si el doctor Cantilo me resulta un cínico. Parecías muy cansada.

—Que él me quiere.

Espósito bebió un largo trago de whisky antes de preguntar:

—Él quién.

—Mariano, por Dios. Nos criamos juntos, o casi.

—Ya vamos mejor. Muy bien, él te quiere y en cuanto alguien se descuide va a resultar que es tu hermano bastardo. Mírame. Él es candoroso y sufre, todo eso ya lo sé, y te contempla con ojos de degollado cuando se cruza con nosotros en la calle. O ahora mismo, desde aquel ángulo oscuro, cubierto de polvo como el arpa. Me enferman los adolescentes patéticos. Yo fui un adolescente patético. Y qué espera para decírtelo.

Contestaste con voz seca.

—No necesita decírmelo.

Espósito trató de no acusar el impacto. Alguien pasó con una bandeja. Se puso de pie.

—Quiero eso color guinda —dijo—. El otro también. —Volvió a tu lado y te ofreció uno de los vasos.

—Toma.

—No me gusta.

—Por lo menos tenelo en la mano, me hace sentir menos solo. Vos crees que yo tomo mucho. Lejana como una constelación.

—No sé, cómo puedo saberlo. Te das cuenta, Esteban.

Pero Esteban no tenía ningún interés en darse cuenta de nada. Se había quedado mirando una pequeña lámina enmarcada que colgaba de la pared. San Jorge y el dragón.

No era la primera vez que la miraba; sólo que antes le había parecido verla en

otro lugar de la casa. Se materializó de golpe ante sus ojos, como una epifanía, como si ocupara un lugar de la realidad que hasta ese momento hubiese estado vacío. Esa casa, los actos de la gente, la gente misma, las palabras que oía desde la noche anterior, la ciudad entera, estaban minados de huecos y era en esos huecos donde sucedían realmente las cosas, donde la gente y sus actos tenían un significado y se revelaban como eran. Se sentía como un ratón en el laberinto: choques eléctricos contra su hocico lo guiaban a través de un mundo organizado según leyes que debía descifrar y clasificar a medida que avanzaba hacia alguna parte. Sin contar que no debería mezclar las bebidas, pensó. Esa cosa color guinda en combinación con el whisky va a derretirme los huesos. Algún día hacer la experiencia de emborracharse en grande. Tengo la sospecha de que uno se interesa más por la vida real con cierto porcentaje de alcohol en el pílora. ¿Cuál sería el pílora? «Y lo peor es que no me sentía asqueada», está diciendo en alguna parte una voz parecida a la tuya. «Ni siquiera sentía culpa». Espósito cambió su vaso ya vacío por el tuyo (o sea que había pasado algún tiempo y sucedido algo, nuevas palabras, otros huecos) y haciendo un esfuerzo lo bebió.

El dragón lo miraba a los ojos.

—Te das cuenta o no —dijiste.

—Trato. Pero antes necesito preguntarte algo, no lo tomes a mal. Necesito saber qué es el pílora.

—¿Cómo?

—Hay algo en la cabeza, o tal vez en el estómago, que se llama pílora. Si nos conociéramos desde hace seis o siete años no me mirarías así. No saber algo, o saberlo a medias, puede matarme. Veo en tu cara que no puedes ayudarme en esta emergencia.

Un gesto nuevo. Llevaste lentamente una mano detrás del cuello y te echaste todo el pelo sobre un hombro, como si fueras a trenzarlo. Sacudiste la cabeza y el pelo volvió a su sitio, como una ola oscura y dócil.

—Vos sos muy bueno, Esteban.

Lo que me gusta de las mujeres es su locura, pensó Espósito. Ahí estaba esa princesa, la del cuadro. Prisionera del dragón, unida al monstruo por una piolita, que ella llevaba en la mano y él al cuello: parecía que lo hubiera sacado a pasear un rato entre los almácigos. San Jorge arremetía como loco en su caballito de juguete; pero el instinto maternal de ella estaba de parte del dragón. Ese dragón es bueno. O se siente solo. O es como un niño de corta edad. No hay más que ver sus alitas de mariposa para darse cuenta. «Todo lo que significó para mí», estabas diciendo. ¿Significó?

—Vos hablas de Mariano. Te pregunto de veras. Estás hablando de Mariano.

—También, sí.

—De lo que significas para él, eso querés decir. De lo generosa, fantástica e

insustituible que te sentís protegiéndolo del mundo o de no sé quién, hasta de mí, de lo que él significa pero en tu carácter de enfermera o de señorita del Ejército de Salvación. Ese tipo de cosas sí las entiendo. En cuanto a si me voy mañana, quién te dijo que me voy mañana.

—No puedo seguirte, Esteban.

—¿Seguirme? ¿Irte conmigo?

—No puedo seguir lo que estás diciendo, no puedo seguir lo que pensás. Nunca vi a nadie como vos.

—Ponele la firma. A mí me pasa lo mismo, pero no con vos. Conmigo. Yo tampoco vi nadie como yo. De dónde sacaste que me voy mañana.

—Vos mismo me lo dijiste.

Y sin embargo Espósito supo que mentías. Que él lo había asegurado esa mañana era verdad; que vos lo hubieras creído le pareció absurdo. Recordaba perfectamente habérselo dicho a Verónica, y era con Verónica que vos habías hablado de eso. Qué relación podías tener con ella y hasta qué punto. Hasta el punto de que Verónica te contara sus conversaciones en la cama.

Entonces abriste los ojos como si acabaras de reparar en algo. Distes vuelta la cabeza hacia el lugar donde estaba Mariano, y volviste a mirar a Esteban con los ojos agrandados.

—¿*Snoopy*? Esteban, yo te detesto.

*Frrshsbomborombom... booom!*

El trueno sacudió la casa entera. Gritos ahogados de mujeres. La luz tembló y la música del tocadiscos pareció el gemido de un animal agónico. Por un segundo, Espósito creyó ver que la lanza de San Jorge se clavaba hasta el mango en la fétida garganta del dragón, pero vos te apretaste contra su brazo y tus ojos se interpusieron entre los de él y la lámina, tus ojos (...*No hacía falta esta clase de colaboración*) en los que brillaba el recuerdo de aquellas palabras absurdas, la noche anterior, en la Cañada. Ibas a apartarte; pero él te retuvo. Las luces se habían apagado casi por completo y la música dejó de oírse.

—Toda clase de colaboración —dijo Esteban—. En realidad, siempre necesito toda clase de colaboración y todo tipo de ayuda.

Un día más, por qué no. Darse la tregua de un día más, pensó con la desconcertada alegría de quien acaba de hacer un descubrimiento. Un día, una semana más. Quién podría impedirlo. De esa postergación dependían muchas cosas, cómo saber cuáles. Y era por primera vez, o fue, por un instante, una alegría genuina, sin mezcla de ningún otro sentimiento, algo extraño y conmovedor que de pronto le otorgaba un formidable poder sobre su vida. Muchos años después, cuando ya apenas

recordara este minuto, pensaría que la felicidad, ese malentendido que los hombres llaman felicidad, no era sino unas cuantas de estas alegrías mínimas, dos o tres de estas frágiles burbujas, el pequeño planeta tenue que un hombre construye voluntariamente a su alrededor y en el que reina unos segundos, supo en ese mismo momento que algún día iba a pensarlo, *se vio* pensarlo, supo esto y otras muchas cosas como si mirase a través de una grieta abierta en la oscuridad. ¿Quién era ese borracho que caminaba riendo con una mujer desconocida por un largo pasillo en sombras detrás de cuya última puerta acechaba un perro?, ¿quién, si no él, era ese que leía sentado en el suelo y a la luz de un fósforo una postal de Navidad fechada en Inglaterra?, ¿qué clase de carta estoy escribiendo en la barriga espasmódica de mi amigo el Leviatán?, ¿hacia dónde va o de dónde vuelve Esteban Espósito llevando en la mano un mapa dibujado a lápiz por una sirenita...? Pero la luz volvió a la casa de Verónica y su regreso fue recibido por esa exaltación festiva y aliviada con que las mujeres y los pájaros, entre todos los animales, celebran este tipo de resurrecciones, hecho que Espósito te hizo notar y vos dijiste que eso de los animales no sabías bien cómo tomarlo, a lo que él respondió que justamente. Justamente en eso se manifestaba tu naturaleza primitiva y edénica y, por así decirlo, animal, ya que la comparación que él acababa de hacer entre pájaros y mujeres era bastante poética. Y la risa de Espósito debió ser algo verdaderamente nuevo para vos, porque te quedaste mirándolo con una especie de desconfiada curiosidad.

—Me estoy riendo —dijo—. A veces también me pasa ¿Oí mal o dijiste que soy maligno?

—Sí, lo estaba pensando. Pero no puede ser que...

—Puede ser perfectamente. Uno habla en voz alta y se imagina que está pensando, o piensa demasiado fuerte y el otro oye. Casi todos los malentendidos entre la gente tienen su origen en no tomar en cuenta esta forma de comunicación. Oí por ejemplo lo que estoy pensando ahora. Estoy pensando que, aunque parezca mentira, todo es posible. Mientras vos todavía pensás en las estupideces que hice y dije anoche por no hablar de esta mañana y del resto del día, yo estoy pensando que Esteban Espósito y Graciela Oribe son posibles, qué te parece. Hay como un pasadizo o una puerta, algo parecido a un desvío que da a un lugar en el que nosotros dos somos posibles. Vos mírame con cara de que se me va a pasar pronto, yo hablo igual. Claro que nada de esto se puede explicar con claridad, y hasta me parece que no necesita ninguna explicación. De todas maneras, oír se oye. —Y siguió hablando mientras pensaba que sí, todo era posible, había un Esteban Espósito que acaso se iba al día siguiente y otro que seguramente se quedaba; había un Esteban que ni siquiera había viajado nunca a Córdoba y otro que sí, pero que no era éste, sino uno vislumbrado apenas durante unos segundos la noche anterior, en la oscuridad del teatro Arlequín, y por supuesto que era difícil de entender, pero, al menos en este momento, no hacía



ninguna falta entenderlo. Me vaya o me quede esta historia que sólo ahora comienza a armarse va a suceder, lástima que si me voy nunca podré saber cómo, y si me quedo...— Pero ahora explícame por qué volviste hoy a buscarme al hotel. Nada más que eso.

—Volví por algo que dijiste. No. Volví porque sentí que te había lastimado. No. Volví porque vos me habías lastimado y no pensaba permitir que te fueras de Córdoba sin hacerte todo el daño posible. —Y durante años Espósito te recordará así, riéndote con la cabeza un poco echada hacia adelante y los ojos llenos de alegres y feroces estrellas pardas—. ¡Y la cara de tú hotelero!

—Mi hotelero es una excelente persona. Se llama Ripul. Da la impresión de vivir colgado, pero es porque usa tiradores. Te informo, de paso, que eso que estamos escuchando se llama *Según pasan los años*. ¿Cuánto tiempo me esperaste en ese café?

—Casi dos horas.

—Lo que viene a ser más o menos la cuarta parte de nuestra vida en común. Hay una mariposa que se llama Efímera.

—No me digas.

—La pregunta es: cuánto tiempo es dos horas en la vida de una Efímera.

—No sé ni me importa, Esteban. Necesito que te quedes.

—Estás cambiando de tema. Y, además, a quién necesitas; no a mí, sino a un perfecto desconocido que llegó anoche, a un tipo que a lo mejor no tiene nada que ver conmigo.

—¿De qué estás hablando?

—No estoy hablando de qué, sino de quién. Estoy hablando de mí.

Dio la impresión de que ibas a responder con violencia, sin embargo, dijiste sonriendo:

—Bueno, ¿y ahora qué te pasa?

—Lo único que me pasa es que quiero saber quién sos. Encendiste un cigarrillo. La segunda vez que Espósito te veía fumar.

—No sé —dijiste—. Muchas. La única que no existe a lo mejor, es la que vos querés ver.

Un momento esférico, había pensado Espósito. Como una burbuja. Flop. Y todo va a parar a la puta que lo parió.

—¿Por qué dijiste eso? Cerraste los ojos.

—Eso qué, Esteban, eso qué.

—Todo. Lo de hoy en el puente, lo de ahora. Lo de que conocer a la gente es como matarla, lo de tomarte como sos, las cosas que me vas a enseñar, la ambigüedad. Todo.

—¿Nunca pensaste que hay cosas que se dicen porque sí, sin que signifiquen

nada?

—No, claro que no —dijo Esteban con brutalidad, apretándote el brazo hasta que abriste los ojos—. Nunca lo pensé.

Violentamente giraste la cara y lo miraste con un rencor auténtico, un gesto que era al mismo tiempo una de las formas más intensas de tu belleza.

—Tenés razón. Pero yo sí soy ésta. Casi lo habías gritado.

—Calláte y habla más bajo —dijo Esteban. Entonces te reíste. Movías de un lado a otro la cabeza y te reías.

—No puedo callarme y hablar más bajo —dijiste—. Esa Graciela es la que no existe.

### III

—El hecho de que jamás haya podido pasármela sin mujeres, la conjetura razonable de que tal vez no lo consiga nunca, no significa que, en el fondo, no les tema. Me dan miedo, sí. Hay algo siniestro en las mujeres, como en ciertas flores, esas flores extravagantes, no se sabe si bellísimas u horrendas, que crecen sombríamente junto a las ciénagas en el corazón de la selva, o esas hembras vampiro, como la del escorpión, que decapita al macho en el instante mismo de la cópula y sigue gozando con las convulsiones del cadáver descabezado, al que luego, cuando por fin queda inerte, sencillamente se lo come. O para no llegar a esos suburbios del espanto, hembras más pastoriles, la dulce y rubia abeja, que se desposa en pleno vuelo con el macho más dorado y poderoso de cuantos bajo el sol la persiguen, sólo con ése porque la ha alcanzado humillando a los otros; sólo con ése, al que luego, junto con el órgano sexual, le arranca las entrañas. Hay algo inhumano en las mujeres. Eso quiero decir. No sé de qué se trata, pero es algo que no tiene nada que ver con nuestra especie. En realidad, pertenecen a otra especie. No me extraña que alguna vez se haya discutido con seriedad si tienen alma inmortal o no. Es difícil aceptar, conociendo a estos seres extraordinarios y misteriosos, crueles, versátiles, ambiguos, casi absolutamente incapaces de pensamiento lógico o poseedores de una clarividencia paralógica más bien perteneciente al sueño, a la adivinación, que tengan un alma en el sentido masculino de la palabra. Salvo que la lleven al revés, por fuera. Salvo que el alma de la mujer sea lo que llamamos su belleza. Amo profundamente la belleza. Considerada a la luz de la Estética, la mujer adquiere sentido metafísico: justifica y engrandece a la Creación. La belleza, y ninguna otra cosa, es la dirección del universo y, si me lo permiten, es casi la única virtud que hace necesarias, dignas de ser amadas y de que vayamos al manicomio o a la cárcel por ellas, que vuelve insustituibles y morales a las mujeres. ¿La maternidad?, ¿el instinto maternal? No me impresionan. Maternidad e instinto maternal son nociones vinculadas a la reproducción, no al amor. La primera es una función; el segundo, un hábito, un perfeccionamiento de la mecánica que tiende a proteger la descendencia. Cuando no son necesarios, no aparecen en los seres vivos. Ni siquiera aparece el instinto sexual, dicho sea de paso. La procreación de la vida es perfectamente posible sin ninguna clase de instinto maternal, sin sexualidad y hasta sin fecundación. Los bacterios se escinden, y a otra cosa. A veces es suficiente un fragmento o un brote para que un individuo se reproduzca. Como las estrellas de mar. Como las papas. Basta pensar en los vegetales para darse cuenta de que la mayoría de los seres vivos no necesita de ningún instinto maternal ni sexual para cumplir con los designios de la vida. La vida sencillamente sucede. Si la misión trascendental del hombre fuera perpetuarse, no haría falta que la mujer fuese bella. Bastaría cortarle un dedo y plantarlo. O cortarse

uno mismo algo. O masturbarse a la intemperie y esperar que una corriente atmosférica favorable fecundara a una vecina. Como el caso no es éste, tengo derecho a pensar que la belleza física de la mujer es en realidad una cualidad del espíritu, un alma exterior, destinada a producir ciertos efectos poéticos en el alma del varón. Todo lo que no sea esto pertenece a la biología, a los propósitos zoológicos de la especie, y es lo que a mí personalmente me da miedo. Ustedes me preguntarán qué pienso entonces de la mujer fea. Es una buena pregunta, pero no puedo responderla. No pienso nada. En cuanto a la fealdad del varón, no tiene ninguna importancia. Un hombre feo, un hombre repelente, si tiene un poco de suerte puede llegar a ser Esopo, Sócrates o Stendhal, y cabe suponer sin escándalo que una hermosa mujer, enamorada de su espíritu, lo acepte con moderación en su cama. Casanova, dicen, era verrugoso. Por lo demás, esas fechorías se perpetran en las sombras, de noche, en los rincones, con los ojos cerrados, durante ese acto ilusorio en que la mujer crea en el varón la hipóstasis de Cyrano con don Juan. La inversa, el avasallamiento por parte de un Sócrates hembra, no ya de la cama de un caballero apuesto, sino de cualquier cama, es un puro acto maligno. Y lo que importa más: es una idea maligna. Clea, entregándose por amor o por piedad a Esopo, Tripetta a Hop-Frog, son ideas espantosas pero nobles. Por eso resulta lamentable que Esmeralda se ande haciendo la loca detrás del papanatas de Phoebus en vez de acostarse, como todo el mundo reclama, con el interesante aunque jorobado Cuasimodo. Y por eso una arpía tuerta despatarrándose debajo de un adolescente de Donatello, aunque fuera una arpía genial, injuria a la Poesía y a la naturaleza. Esto es tan cierto que ni un ibseniano de principios de siglo se atrevería a negarlo. También es cruel, de acuerdo. Pero la verdad no tiene por qué ser agradable o piadosa. Nada de esto, lo repito, tiene que ver con la genética. Si la misteriosa razón o el azar misterioso que rigen el encuentro de un hombre con una mujer se explicaran biológicamente, la fecundación se llevaría a cabo con el ejemplar de sexo opuesto más a mano, nadie viajaría ochocientos kilómetros para enamorarse de una mujer tal vez inadecuada, todo se resolvería siguiendo la ley del menor esfuerzo, y no sé si las cosas no andarían mucho mejor — dijo una voz.

## IV

A la izquierda, de perfil, la princesa cautiva sostiene con mano de niña anoréxica el cordón donde está atraillado un lagarto naif con alas de mariposa, garras de águila y patas de camello. Dos patas; es un dragón bípedo. El monstruo parece más interesado en vigilar con un ojo a Esteban que en defenderse de San Jorge, quien, montado en un brioso caballito de ajedrez, ha surgido arteramente por el lateral derecho bajo un nubarrón para alancearlo en el otro ojo. La princesa contempla impávida la hazaña, quizá porque su excelente educación medieval la ha acostumbrado a que los caballeros cristianos se destripen en los torneos por sus colores o por su honra. O no tan impávida. Nuestra niña está acostumbrada a dominar sus sentimientos, pero, si se la observa más de cerca, podría sospecharse que ese dragón no le es indiferente. Lo mira a él, no a San Jorge; tiene la boca un poco abierta y la palma de la mano vuelta hacia arriba. Esa mano la delata. Esa mano parece decir: «Pero ¿qué cree que está haciendo el caballero?». Quienquiera que sea el hombre que haya pintado ese cuadro, sabía perfectamente lo que estaba pintando. Ese paladín acorazado y lampiño es un antipaladín, un aguafiestas. Basta seguir la línea de fuga propone la lanza, a partir del ojo herido del dragón, para dar con la cara de San Jorge. Es demasiado bonito demasiado lampiño, demasiado santo. Sostiene la ancha rienda roja de su encabritado caballito de balancín con un solo dedo de su guantelete.

Gritos y aplausos. Espósito deja de observar el cuadro y mira hacia el tumulto. Un ambiguo bigotudo de largas patillas y pelo ensortijado acaba de aparecer en la sala. Otro muchacho sorprendente y volátil. Como si la cabeza de Facundo Quiroga viniera injertada en el cuerpo de la princesa del cuadro. Trae una gran bandeja en el extremo de su brazo aéreo y peludo. Entra y dice:

—*Voilà, mesdames*, caballeros y ambidextros, lúcidos intelectuales aborígenes...  
¡Llegaron las empanadas!

Más gritos y más aplausos.

Por alguna de esas leyes misteriosas que rigen las apariciones y desapariciones en las fiestas, vos ya no estás en el sillón frente al San Jorge. Ya no estás o todavía no has llegado a la quinta. Con los años, Espósito buscará en su memoria los fragmentos de aquella última noche como quien trata de armar vanamente un rompecabezas cuyas figuras se han ido perdiendo, o se han mezclado con otras que no encajan en el dibujo original, y llegará a sentir que la única manera de saber qué sucedió es seguir adelante, destruir el recuerdo, confiar en la mentira de las palabras, hasta que ya no haya una sola que signifique nada.

—Quién es el joven peludo de la bandeja —pregunta. La señorita Cavarozzi está sentada a su lado.

—Facundito. Una maravilla de chico, y de una sensibilidad. No me mire así. Hace

tapices. Lo que no me gusta es toda esa barba que se ha dejado ahora y esos pelos rulientos, no le sientan.

Espósito vuelve a mirar la lámina.

—Tampoco le sienta el sexo —dice, distraído.

—Ya sabía —dice la señorita Etelevina—. Ya sabía que estaba pensando en eso.

Montado en su caballito de ajedrez, San Jorge, con los ojos bajos, no mira al dragón. La damisela, sí lo mira. Toda la figura está armada sobre dos oblicuas que convergen en el frente y el espacio se parte en tres volúmenes. Como si los mirase al pasar el ojo volador de un pájaro. En el primer vuelo, las montañas se alejan sobre el fondo; en el segundo, el caballito se va achicando hacia adelante, lo que da al conjunto ecuestre cierta socarrona majestad estatuaría. El tercer vuelo apunta hacia otra dimensión. Como si abriera un agujero en la lámina, y en la pared, la caverna del dragón se ahonda desde la cabeza herida de la bestia hacia la izquierda y hacia atrás, cavando enigmáticamente en lo desconocido e inquietante. Ahí viven, nos guste o no, la cautiva y su Leviatán. ¿Qué hora será en el cuadro? Las figuras no proyectan ninguna sombra sobre el suelo. Es mediodía, o el pintor no ha podido romper aquí con la herencia gótica. Mediodía no es: ese cielo habla del crepúsculo, y allá arriba, a la derecha, casi en el límite de lo posible, se ve la uñita del cuarto menguante de la Luna. Lo que impresiona es ese nubarrón.

Y a Espósito se le desorbitaron los ojos.

—¿Cómo dijo que se llama?

—Facundito. Es descendiente de Facundo Quiroga. Las cosas que hace en el telar son una maravilla. La cara es el vivo retrato del Tigre, no me mire así que me hace tentar.

—Señorita Etelevina —murmuró Espósito—. Yo respeto la gravedad de la Historia Nacional, y soy incapaz de decir una grosería en su presencia. Pero, como usted misma habrá visto, ese muchacho da toda la impresión de ser, cómo le diré, a mí me parece que la palabra es puto.

La señorita Etelevina daba pataditas sobre la alfombra y revolvía la cabeza como una ahorcada.

—Si no deja de decir semejantes atrocidades, yo me voy. Espósito la miró en silencio. La señorita Etelevina estaba a la expectativa, encarnada y ávida. Gran pausa. La señorita Etelevina no pudo más y dijo:

—Por otra parte, no veo qué tiene de malo.

—De malo qué.

—Usted sabe perfectamente de lo que estamos hablando.

—Yo no estoy hablando —dijo Espósito—. Usted está hablando. Usted me está queriendo sonsacar.

—Mire —dijo la señorita Etelevina—. Diga de una vez todo lo que tiene que decir

y déjese de pensar cosas sucias. A usted le parece mal que Facundito sea eso.

—¿Eso?

—Eso que dijo hace un momento.

—Y qué fue lo que dije.

La señorita Etelvina miró hacia todos los costados. Después, muy sofocada, pero con una decisión que la rodeó de una aureola, murmuró al oído de Espósito:

—Puto. Me lo hizo decir. Usted es un monstruo.

—Pero si a mí no me parece mal ese vicio. Miguel Ángel, con lo fortachón que era, mal que mal también se hacía soplar la tuba, y eso no le quita mérito. O acaso yo digo que ese chico no maneja bien la rueda o el bastidor. Lo que me llama la atención es su nombre de Centauro. Fíjese que en mi pueblo había un enano que se llamaba Simón Bolívar, cómo puede ser. Y el doctor Pitto tenía una hija a la que le puso Elsa. Iba al colegio conmigo. Los chicos le llevábamos moscas, para ver si el «sapito» se las comía. ¿Se da cuenta de lo que puede la pila bautismal? Yo no me acostumbro a la realidad, señorita Etelvina. A que no adivina cómo se llama el mayor fabricante de artículos sanitarios del país, me refiero a inodoros y esas cosas, se llama Ortelli. Con ciertos apellidos no se puede fabricar masitas, hay que vender aparatos de poner enemas o inventar un supositorio gigante. Y el señor Custodio A. Fuertes, ¿a qué se dedica? Acertó. Tiene una cadena de negocios de cajas de seguridad. Al principio sorprende, como cuando uno descubre que el *cottolengo* está en la calle Carabobo. Parece demasiado adrede. Hasta que por fin uno sospecha si no habrá un orden secreto en todo esto. Yo he cavilado mucho sobre el poder misterioso de los nombres. El profesor Matera es cirujano del cerebro, el Costa de la funeraria se llama Lázaro, hay otro funebrero célebre, de apellido Marchito. O por qué cree que Malatesta era anarquista. Para no hablar de los otros Malatesta, el marido y el cuñado de Francesca. Imagínese que usted hubiera sido religiosa, quiero decir monja, superiora de un convento. Sor Etelvina, o incluso sor Ethel. Claro que no siempre hay un orden. El caso de Simón Bolívar, el de mi pueblo. Lo formidable es cuando los propios padres colaboran con la locura. Todo el mundo sabe, por la Guía Telefónica, que existen las familias Barriga o Culo, por nombrar las más clásicas. También hay Pie, Gamba, Gambastorda, y ni hablo de la prosapia de los Concha, más que nada chilenos. Si se sigue moviendo de ese modo y se pone colorada no hablo más. Me remito sólo a los Culo. Muy bien. Yo me pregunto, qué lleva a un integrante de la estirpe de los Fuertes a ponerle Dolores a su pequeña hija; o por qué el señor y la señora Grande bautizan a sus mellizas: Martirio y Suplicio. Y hecho esto, qué demonio de la perversidad hace que la primera de las niñas crezca y se enamore y se case con un integrante del clan Culo. Qué pasa en el alma de esa chica cuando firma por primera vez Dolores Fuertes de. Y por qué razón los hermanos Culo o dos primos carnales de esa misma familia, tienen que llevar fatalmente al altar a las mellizas. Martirio

Grande de Culo. O Suplicio. Dígame un poco, señorita Etelvina, si por algún motivo una de ellas tiene que ir a la farmacia a comprar vaselina, pongamos que porque su marido es carpintero y quiere engrasar el serrucho, ¿usted cómo cree que interpreta la visita del cadete que la atiende? Ya ve. Que a Facundito le fumiguen el potrero no me incumbe. Pero a mí me parece que hay algo maligno en su nombre. Yo siempre quise escribir algo sobre el Brigadier General, y ahora cómo hago. Ese chico debería usar seudónimo o por lo menos afeitarse.

—Ahora me explico tu interesante disertación sobre las mujeres —oyó a su espalda—. Se ve que sos todo un hombrecito.

Sentado como estaba, la voz lo tomó por sorpresa. La voz irónica y susurrante de Bastían, junto a su nuca. En un mundo algo remoto, la señorita Etelvina tenía los ojos cerrados y se tapaba los oídos con las manitos. Bastían apoyó los brazos sobre el respaldo del sillón. Este tipo, pensó Espósito, tiene la virtud de hacerme sentir un disminuido mental. Parece un cuento de Poe. William Wilson. Pensar esto le solucionó en parte la dificultad de haberse quedado mudo.

—Usted habla muy bajo —dijo sin darse vuelta.

—Que estoy deslumbrado.

—Ah, no te había reconocido la voz. Qué tal, Bastían. Ya habrás resuelto tu problema con los autodidactas.

—Más o menos como vos el tuyo con nosotros. Espósito se sobresaltó de verdad.

—¿Ustedes? Ustedes qué.

—Interprétalo como te guste. Al fin de cuentas, todos somos un poco maricas. Declarados, reprimidos, latentes. Menos vos, claro. Vos sos un varón de fuste.

—Me parece que Verónica la está llamando —dijo Espósito, y la señorita Cavarozzi pareció despertarse. Colorada todavía como un pinzón. Dio un saltito y ya no estaba más. Un pinzón que se equivocó de rama—. ¿Querés que te diga una cosa, Bastían?

Bastían tenía los brazos cruzados sobre el respaldo del sillón y la cara al nivel de la oreja de Espósito.

—Bueno.

—Yo creo que tu amigo Santiago tenía razón —dijo Espósito sin mirarlo, y pensaba por qué había dicho tu amigo, por qué tu amigo y no simplemente Santiago o el jujeño, y sobre todo por qué había dicho *tenía*—. Mucha *razón*.

—Sobre qué.

—Sobre la trompada que alguno de nosotros dos va a tener que encajarle al otro. Cosa de intentar una vida más normal.

—Te la doy yo o empezás vos —preguntó Bastían.

Espósito se sirvió un whisky, lo olió, lo bebió, pero no encontró nada que decir. Miró hacia el costado y vio junto a su hombro la cara de Bastían. Caramba, pensó.



—Sabes que visto de cerca te pareces al jujeño —dijo Bastían—. Sólo que en versión hijo de puta. Espósito se rió.

—La segunda vez, Bastían. Demasiado para un solo día.

—Salgo corriendo o me quedo —preguntó suavemente Bastían, mientras Espósito se ponía de pie con mucha lentitud. Bastían también enderezó un poco el cuerpo; pero con gesto causal, sin separar las manos del respaldo del sillón—. Se ve que sos un tipo muy completo —dijo Bastían—. Y cuándo vas a pegarme.

Espósito tenía el vaso de whisky en la mano. Con todo cuidado, lo dejó en equilibrio sobre el brazo del sillón.

—Ahora. Voy a romperte el alma justamente ahora. —Sólo que no tenía la menor intención de hacerlo. Bastían sonreía sin mover un músculo: sus manos ni siquiera se habían apartado del respaldo.

—Bueno —dijo Espósito recogiendo su vaso—. No negarás que era una linda oportunidad.

Momento en que Facundo Quiroga llegó con su bandeja.

—Tal vez al hombre no le gustan las empanadas, Facundito —dijo Bastían.

—Pero si chupa de esa manera y no come se va a morir —dijo Quiroga—. Está hético. Velo si no parece la estampa de la Herejía. Le pones un cielo tormentoso y un marco, lo colgás de la pared y es propio uno de esos afiebrados que le salían al Greco. Dale, comete una, aunque sea a medias con Nacho. Mira que éstas las hice yo. Hice justo dos docenas para elegidos. Las de los guarangos son de la rotisería, mismo que comer picadillo de sorete envuelto en lona Pampero. Estoy hablando mucho, ya sé. Pero es que ustedes no hacen más que mirarse como tortugas y me pongo incómodo. Éstas son de hojaldre. Las otras te caen como un crimen en la conciencia. Agarra, dale.

—Después.

—Después minga. Después vas a tener que comer las de loneta. Yo probé una. Era como morder una alpargata rellena con un cuento de Lovecraft. Ay, perdón, por ahí te gusta Lovecraft.

—No —dijo Espósito.

—Hay una cantidad de cosas que no le gustan —dijo Bastían.

Facundo Quiroga dejó la bandeja y miró alarmado a Espósito.

—Con esa cara no me vas a decir que tenés prejuicios sexuales. Salí, vos sos flor de reventado. Y éste también es un repodrido. ¿Quieren que les lea las manos?, traigan. Parece un casamiento. A ver. Nacho querría ser puto y no puede. Vos podrías y no quieres. Che, qué fato jodido con la muerte y la locura tienen ustedes dos. Y esto, ¿con qué se come? Mamita querida —dijo de pronto—. Mamita querida.

Estaba asustado realmente.

Después se rehizo, serpenteó, lanzó una carcajadita forzada y se fue, realizando

evoluciones con la bandeja.

Entonces ocurrió algo que postergó unas horas el ya irremediable enfrentamiento de Espósito con Bastián.

## V

Nunca supo realmente qué fue lo que sucedió, tampoco tuvo tiempo material para averiguarlo, de todos modos, ninguno de los invitados de aquella noche pareció entender su exacto sentido.

Lalo, sonriendo, había entrado repentinamente en la sala, se había acercado a Guerri y, a media voz, pero de modo tan inequívoco como para que resultara imposible dejar de escucharlo, le dijo dos palabras a unos centímetros de su cara. Mequetrefe, le dijo. Mierdita. Y su tono fue tan encantador e inofensivo que parecía no haber hablado. Ahora yo me voy a desprender la bragueta y vos me vas a besar las pelotas, murmuró después sin dejar de sonreír. Miraba a Guerri a los ojos como si aquellas palabras fueran una conclusión natural, el resultado de algo que sobreentendido por el otro no requiere mayor explicación. Verónica, allá lejos, en el centro de un grupo que escuchaba extasiado el saxo de Paul Desmond, había comenzado a encender un cigarrillo, el alto señor canoso, junto a una de las ventanas, alzó su vaso hasta la altura de los ojos y sonrió hacia alguien que debía de estar en algún lugar del parque. Esteban y Bastián seguían mirándose. Lalo, con una naturalidad y una calma que habían hecho casi imperceptible el gesto, comenzaba, o mejor, ya había comenzado, a desabrocharse el pantalón sin dejar de mirar a Guerri a los ojos, mientras susurraba que aquella operación iba a tener que realizarse ahí mismo, y se desprendió otro botón, pero ya no sonreía y su mirada y su rostro habían adquirido una impresionante y helada dureza, a menos, agregó, que vos tengas una idea mejor, pequeño canallita. Y mientras con la mano derecha seguía desabotonándose la bragueta, alzó la mano izquierda hacia el hombro de Guerri, de modo que por un instante dio la impresión de que fue el peso de su brazo lo que le aflojó al otro las rodillas. Espósito sintió que alguien debía impedir que ese hombre se arrodillara, si es que aquello estaba a punto de ocurrir realmente. Sin saber por qué, supo que Bastián sentía lo mismo. Ni él ni Bastián se movieron. Fue Lalo, fue la mano huesuda y tensa del cazador la que ahora, tomando la camisa del combatiente a la altura de la pechera, levantó en peso al otro hasta el nivel de su cara. En el segundo siguiente estaban en el otro extremo de la habitación: Lalo había arreado a Guerri, a impulsos de tres o cuatro bofetadas monumentales, prácticamente en el aire, hasta una de las ventanas que daban al parque. Volvió a sujetarlo por la pechera de la camisa y lo sostuvo ahí, un instante. Farsante mequetrefe, decía con inquietante serenidad, sin perder el tono afectado y equívoco que tan curiosamente llamaba la atención en aquella formidable humanidad de casi noventa kilos. Mequetrefe comemierda, decía, mientras el cuerpo colgado de su brazo se bamboleaba como si estuviera relleno de estopa. A mí me vas a contar el cuento de la Sierra. Fuera del callejón impalpable que formaban, en un extremo, el marco de la ventana y, en el

otro, Espósito y Bastían, los sonidos y los movimientos de la fiesta parecían en suspenso, como si toda esta escena sucediera dentro de un paréntesis. Este payaso, decía Lalo, ¿este payaso en la Sierra? ¿Ustedes saben quién es este mequetrefe? Abrió la ventana, sin soltarlo. Explicales a nuestros marmotas por qué volviste a la Argentina. Si el otro tuvo intención de hablar, de explicar o siquiera de preguntar algo, Espósito no lo supo nunca; sólo vio el terror en su cara gris y patética, los párpados apretados de espanto. No quiso seguir siendo testigo de aquello y desvió los ojos: se encontró con los ojos de Bastían. Todo esto, del principio al fin, no había durado más de treinta segundos.

Lalo, pasando el cuerpo de Guerri fuera de la ventana, abrió la mano, lo dejó caer, y cuando Guerri comenzaba a derrumbarse blandamente en el aire, le descargó todo el peso de esa misma mano, de revés, sobre la cara. Guerri desapareció y Lalo, cuidadosamente, cerró la ventana.

Después explicó sonriendo que esto, naturalmente, debía tomarse como una interpolación destinada a evitar cualquier malentendido, pero que él estaba allí para tratar otro asunto. Se abrochó la bragueta. El efecto fue sorprendente. Como si la expresión de las caras, el movimiento de los cuerpos, el sonido de la música, regresaran a esta región de la realidad. Volvió a oírse el saxo de Paul Desmond. Verónica terminó de encender su cigarrillo. El alto señor de la ventana bajó su vaso y lo puso sobre una mesita. Bastían, muy pálido, miraba a Esteban y la mejilla volvía a temblarle con el mismo tic colérico de esa mañana. Otro asunto, repitió Lalo. La última batalla del abuelo Laureano y su degüello en los pantanos del sur. Despejen, por favor, la alfombra. Vos, Elena, alcánzame ese florero. Gracias. Este florero es el mangrullo donde el abuelo medita sobre el destino de la Patria y la muerte de las ilusiones. El campo de batalla tenía la forma aproximada de esta piel de oso, piel, dicho sea de paso, que perteneció a una bestia que cacé yo mismo en el Yukón, acá pueden ver el tiro. Vos, Graciela, ya que entraste, decile a Verónica que me dé las llaves del tallercito de Roque, preciso los coraceros y los blandengues, y una berlina. Y de paso que saquen esa música de mierda, pongan una zamba o aunque más no sea un tango. Mientras armo todo, ustedes pueden ir a dar una vuelta por el parque. Hay una tormenta eléctrica exacta a la de hace ciento cuarenta años.

## VI

«El abuelo», ha dicho Verónica señalando al pasar el gran retrato que acecha en el oscuro descanso de la escalera de caoba. Son las cuatro de la tarde y ella sube a su habitación seguida por un Esteban Espósito que lleva una botella de whisky y que todavía era yo. Yo, bastante joven a esa hora de la siesta. Desde la ventana se ve un sector de las Catalinas. Dos cúpulas, tres patios. En uno de los patios está el cementerio y hay un pino. Un techo de pizarra; dos de tejas españolas. El Monserrat detrás, si se hace un pequeño esfuerzo. La cúpula de la Catedral y el campanario de la Compañía de Jesús. Asomándose a la ventana, los claustros de Santo Domingo. «El abuelo», ha dicho Verónica y lo repetirá esa noche en el parque de la quinta del Cerro de las Rosas. Alguien tocaba la guitarra y cantaba una zamba con caudillos y degüellos. Un campanario dio las dos de la mañana. El tiempo seguía comportándose de una manera extraña. Esteban tenía la sensación de haber envejecido desproporcionadamente desde su aventura en la escalera. O quizá era el efecto del whisky, que se había transformado en vino de La Caroya. Un fogón o un vivac y alguien cantando la versión salteña de la Felipe Varela. Vos estabas sentada sobre el pasto y acababas de decir «No me contestaste» o «Tengo frío», lo que según el caso significa que entre tu llegada a la fiesta y estas palabras han ocurrido o dejado de ocurrir algunas cosas. El diálogo junto al San Jorge de Uccello, por ejemplo, la conversación con la señorita Etelvina, cierto encuentro imposible con el doctor Cantilo, bajo un olmo. De cualquier modo hace muchos años que no soy yo quien decide el orden de estas páginas, o, para decir la verdad, hace muchos años que *nadie* les impone ningún orden. Pero como es absurdo pretender que se escriban a sí mismas, lo mejor es dejar que alguien cante una *zamba* y que la voz de Verónica comience a hablar del abuelo. Mientras ella hable, tu mano estará sobre la de Esteban. Tu mano un poco demasiado larga como para que el engarce sea perfecto. «Esto, en otro tiempo, debió ser un país en serio», dijo Verónica, y Esteban supo que por fin iba a escuchar la historia de Laureano Zamudio, compadre de Güemes, coronel improvisado del ejército del Alto Perú, que se batió en Salta y en Tucumán y en Vilcapugio y Ayohuma por un sentimiento que tal vez estaba hecho menos de odio a los españoles que de amor y lealtad al general Belgrano, y que un día se hartó de los porteños y armó una montonera para pelearlo a Rosas si hacía falta, y acabó degollado por defender el cadáver de una mujer que él mismo había matado. Laureano Santiago Zamudio, que tenía una sola idea clara en la cabeza, la Confederación Argentina, y una sola mujer en el corazón, Aasta Solbaken, a quien dejó en Jujuy con un hijo al que apenas había visto una vez en su vida, y se vino a Córdoba, lugar al que nunca debió venir, como dirá más tarde el profesor Urba. ¿Cómo?, ¿cómo?, preguntó Esteban. «Que dejó a la mujer en Jujuy y avanzó hacia el

sur, dejando el tendal y agrandando la montonera a medida que avanzaba», dijo Verónica. «La idea era juntarse con López y con los entrerrianos porque el abuelo creía que López y Ramírez todavía eran aliados». Esteban no entendía bien. ¿Si dejó la mujer en Jujuy, cómo los degollaron a los dos acá en Córdoba? Primero que no los habían degollado a los dos, sino a él solo. «A ella la mató él», dijiste vos. «Te lo conté anoche, le pegó un trabucazo en el corazón justamente para que no la degollaran». Se ve que era un sentimental, dijo Esteban, pero no podía dejar de imaginarse al abuelo con el cuchillo en una mano y el sable en la otra, y al cadáver de la mujer rubia entre sus piernas. «Y segundo», agregó Verónica, «que ella no se quedó en Jujuy sino que vino siguiendo al viejo hasta Ojo de Agua, y lo encontré». Al viejo, por qué viejo. «Porque él tenía como cincuenta años y ella veinte, si los tenía». Ah, pero entonces ésta es una historia de amor. «Por supuesto», dijo Verónica, o Esteban creía que ella era el Boletín de la Academia de Historia. Vos también habías dicho algo, y luego retiraste tu mano de la mano de Esteban y te pusiste de pie. «Y ahora lo usamos de adorno, pobre abuelo», dijo riendo Verónica. Sí, dijo Esteban, ya lo vi esta tarde en la escalera, y se interrumpió de golpe. Ninguna de las dos, sin embargo, pareció extrañada. Vos estabas de pie, mirando hacia una de las ventanas altas de la casa y dijiste que tenías frío.

—Tengo frío. Voy a buscarme un chal. Esteban parecía pensativo.

—Te cuento o no te cuento —dijo Verónica. Vos te reíste.

—Vas a tener que repetirle todo tres o cuatro veces —dijiste—. Nunca entiende nada de primera intención.

Esteban te miró caminar lentamente hacia la casa. Verte caminar le gustó. Esa muchacha tiene un cuerpo, pensó. Un pensamiento difícil de reducir a su sentido, como si pensara yo voy a acostarme con ese cuerpo y esa será una dicha inmerecida, una consumación y una venganza. Como si se pudiera odiar y sentir ternura al mismo tiempo. Algo así como lo que había sentido esa mañana al pensar que eras hermosa, sólo que a la mañana vos podías defenderte y ahora caminabas lenta y desprotegida hacia esa casa en una de cuyas ventanas altas Esteban volvía a ver aquello que lo había distraído un momento antes. Un alto y elegante señor canoso, mirando hacia acá.

—Qué estás pensando —dijo Verónica.

Esteban dijo que no entendía por qué el apellido de Verónica era Solbaken. «Porque el abuelo nunca tuvo tiempo de reconocer legalmente al hijo de Aasta, a Manuel Martín, que viene a ser el padre del padre de mi padre». O sea que el abuelo era en realidad tu tatarabuelo, dijo Esteban. «Chocolate por la noticia», dijo Verónica. Y ahora, dijo Esteban, una pregunta que no tiene nada que ver con la historia nacional.

—Cómo se llama eso que tenés puesto sobre los hombros.

—Un chal —dijo Verónica.

—Por lo tanto —dijo Esteban—, eso blanco que está ahí, sobre el pasto...

—También un chal.

—Me gustaría mucho saber cómo va a explicarme que no es de ella —dijo Esteban—. Lo traía puesto cuando salimos de la casa. Seguí nomás con la historia del abuelo —dijo después—, habíamos quedado en Fraile Muerto.

«En Ojo de Agua», dijo Verónica, «lo de Fraile Muerto fue cuando lo degollaron».

—¿Te dijeron que sos bastante inesperado?

—A cada rato. A cada rato me lo dicen.

Las lanzas de la verja de fierro, iluminadas por el fuego, parecían moverse. Como una larga línea tendida para una batalla. No era difícil imaginar al abuelo galopando de un extremo a otro («lo aprendió de los indios», dirá Verónica) arengando a aquellos gauchos inmóviles que no entendían ni necesitaban entender sus gritos. El caso es que una mañana de 1821 el abuelo pasó por encima del ejército de Lamadrid y una semana más tarde lo corrió a Bustos hasta el límite de Córdoba, y en alguna pausa de aquella carnicería se entrevistó a solas con Estanislao López, que todavía era su amigo, y allí recibió la primera sorpresa. Algo pasó y no se entendieron. La segunda sorpresa la recibió en Ojo de Agua. Laureano volvía sobre Córdoba para unirse, o eso creía, con los montoneros de Ramírez y en ese momento se le apareció la mujer, Aasta. Bajó muerta de risa de una especie de calesa, vestida y enjoyada como para una función de la Ópera de Estocolmo y le dijo algo así como que quería ver con sus propios ojos en qué correrías andaba Laureano. «¿Y el chico dónde quedó?», preguntaron Esteban y Laureano. «Con mi familia, en Salta», contestaron Verónica y Aasta. Pero Esteban no debía imaginar que esa llegada era algo tan romántico o fuera de lo común, en la Argentina de aquellos tiempos bárbaros. La Delfina, sin ir más lejos, se ponía un uniforme de dragón y lo acompañaba a Ramírez en las batallas. Cómo que quién era la Delfina. «Era la portuguesa, la mujer de Pancho Ramírez», explicó Verónica, «vos sos ignorante en serio; en aquel tiempo todo el mundo peleaba acompañado por una mujer. Mira Damasita Boedo, o Juana Azurduy». Flor del Alto Perú, dijo Esteban, en este mismo momento estoy oyendo la zamba. Y miró hacia la casa. Vos acababas de llegar a la puerta de entrada, el señor alto había desaparecido de la ventana. Vio, en cambio, la silueta de Bastían...

—Hembras eran las de antes —dijo Esteban—, para mí que es cierto que la pareja actual está en crisis.

Y a propósito, cuál era la idea del abuelo al intentar unirse a Ramírez. A ver si no había entendido mal. Salvar la Confederación, hacer fuertes a las provincias amenazadas por el centralismo de Buenos Aires, consolidar desde adentro el país real, mientras los generales se hacían la gran fiesta corriendo a los últimos gallegos

que ya no sabían quién gobernaba España ni qué estaban haciendo en este infierno. «No te voy a permitir que hables así de la campaña de San Martín», dijo violentamente Verónica, con una pasión tan sorprendente y repentina que Esteban creyó intuir por un segundo qué clase de mujer había sido la abuela Aasta y qué era realmente lo que quería el abuelo Laureano. Consolidar a sangre y fuego el sueño de la Confederación, poner sitio a Buenos Aires si hacía falta, ir a sacarlo a Juan Manuel de Rosas de los Cerrillos y obligarlo a decidirse entre sus achuras y la patria federal. «Algo así», dijo resentida Verónica, «lo mismo que vio San Martín que había que hacer cuando volvió del Perú». Y Esteban iba a decir algo al respecto, pero prefirió callarse. «Qué porquería estás pensando», dijo Verónica. Nada, nada. Ninguna cosa mala contra nadie.

—Estaba pensando —dijo— cómo se las va a arreglar Graciela cuando vuelva de la casa con otro chal, y yo le muestre el que traía puesto.

Pero también pensaba que el abuelo Laureano era un iluso y un irracional. Quién le había contado que Estanislao López o Ramírez querían sitiar Buenos Aires por una cuestión de ideas. En aquel tiempo, por no hablar de éste, todo el mundo acuchillaba a todo el mundo por una cuestión de vacas, y no estoy hablando de San Martín ni de Belgrano, aclaró cautelosamente Esteban. «Claro que el abuelo era un iluso», dijo Verónica, «no te digo que estaba loco, y seguramente por eso se distanció de López», y Esteban pensó que sí, que seguramente había sido por eso. Verónica siguió hablando pero Esteban ya no la escuchaba. El fuego semiapagado del vivac se reanimó de golpe, con un fulgor hipnótico y antiguo. Más allá de las lanzas, un cerro, iluminado por un relámpago, se instaló en la nada con la solidez sosegada de lo que siempre ha estado ahí. El tiempo es una ilusión, pensó Esteban, una ilusión humana. La naturaleza es pura contemporaneidad, es el testigo indiferente de los amores, los juegos y las guerras y las locuras de los hombres. Bastaría situarse en el mundo con la naturalidad de ese cerro, para saber de qué hablan en este mismo momento el abuelo y Estanislao López. El pie de Estanislao acaba de hacer rodar un tronco hacia el fuego, y el fuego se encrespa como el pelo airado de una mujer de sueño. El abuelo piensa que más le valiera estar en su cama con Aasta que conversando con este santafecino zaino y avieso. «Un tratado es un tratado», dice López, «y yo he firmado la paz con Buenos Aires». «Lo que vos has hecho es aceptar treinticinco mil vacas de Rosas», dice Laureano. «Las vacas no son para mí, sino para mi provincia», dice con mucha calma Estanislao, «ningún pueblo ha sido tan castigado como el mío en esta guerra». Laureano piensa en Jujuy, en las casas ardiendo, en el éxodo. Se lo dice. «Bueno», sonríe López, «vos sabes tan bien como yo que Jujuy no es lo que yo llamo una provincia, es como si dijéramos el norte de Salta, y Salta es una estancia de Güemes». El abuelo se pone de pie. «Era una broma», dice López, «sentate». «Vea, general», dice el abuelo, «va a ser mejor que dejemos de tutearnos». «No veo la



razón», dice López. «La razón», dice el abuelo, «es que yo no me tuteo con cabrones».

—Qué te pasa —preguntó Verónica.

—Cómo —dijo Esteban.

—Todavía seguís pensando en ese chal —dijo Verónica.

—No. Me preguntaba si se sabe por qué discutieron López y tu abuelo.

—Ni siquiera se sabe si discutieron. Tampoco es muy seguro que llegaran a entrevistarse, son historias de familia. En todo caso, hablaron un rato a solas y cada uno agarró para su lado. Algo es seguro. Cuando se cruzaron en Ojo de Agua, ya eran enemigos. —Verónica se quedó mirando los últimos restos del fuego—. Me gustaría saber si la abuela y él hicieron el amor esa noche.

—Qué noche.

—La noche de que te hablo, la noche anterior a la batalla. Vos tenías razón —dijo después, mirando hacia arriba—. Es medio lelo.

Alta en la oscuridad, parada junto a Esteban. Ahí estabas. Con los hombros desnudos.

—Fui a buscar un chal y me acordé de que ya había traído uno —dijiste.

Esteban se sorprendió de tal modo que se derramó el vino encima. Verónica dijo que por el momento Esteban sabía lo suficiente. La batalla y el degüello, eran especialidad de Lalo. Agregó que ahora la que tenía frío era ella, mejor entraban en la casa. Un reloj dio la media de las dos. Momento en que llegó un elegante y alto señor canoso y dijo:

—Yo llego y ustedes se van. Debo hablar un segundo contigo, Graciela.

Traía un vaso de whisky en la mano y decía contigo. Exactamente el tipo de hermoso caballero argentino que enfermaba a Espósito. Siempre les quedan algunas hectáreas en alguna parte. Tienen ideas propias y mujeres ajenas.

Hablan cuatro idiomas y su prima política se casó con el noveno marqués de Calatrava. Bailan el tango y hasta se parecen un poco a Güiraldes. Un tío abuelo fundó algo.

—Cómo no —dijiste.

Una respuesta absolutamente natural.

—Le prometí a tu madre que íbamos a volver a una hora discreta. Las tres te parece bien.

—No —dijiste. Él sonrió.

—Vos dirás, entonces.

Lo que vos dijiste fue:

—El tío Patricio, Esteban Espósito. Él es el papá de Mariano. Me llevó a Europa cuando en casa tenían miedo de que me hiciera monja, todo lo que ya te conté.

¿Monja? ¿Europa?

—Encantado —dijo Esteban—. Una costumbre muy cordobesa mandar a las jóvenes de excursión al Viejo Mundo, para probar su fe religiosa. Los argelinos de Montmartre. Las ruinas de Pompeya.

El tío Patricio se reía.

—Usted lo dice en broma, sin embargo no es un mal procedimiento. La verdadera vocación debería resistir cualquier prueba. Ella era una jovencita muy mal criada.

—Hizo una pausa, tan breve que no podía ser una pausa.

—Y con demasiada imaginación. Un temperamento novelesco, diría yo. Así es, Espósito. A los dieciséis años, en Córdoba, la mitad de nuestras niñas de familia sueñan con ser carmelitas.

—Me doy cuenta, y usted no tiene más remedio que llevárselas a todas a Europa.

El tío Patricio se reía con ganas, risa que Esteban aprovechó para preguntarte al oído: «¿Cuándo me contaste lo del viaje?».

—Nunca.

—Tenía ganas de que él supiera que vos sabías. Y además, qué cambia, Esteban. Acá o en París, qué cambia.

Pero el tío Patricio había vuelto a dirigirse a Esteban, de modo que no había más remedio que prestarle atención.

—Perdón —dijo Esteban—. Usted me hablaba.

—No, no. Sólo le decía que usted, Espósito, tiene una virtud que admiro: sentido del humor.

—Pero si me decía eso, me hablaba —dijo secamente Esteban. El tío Patricio parecía no entender—. Quiero decir que usted dijo «no». Yo le pregunté si usted me hablaba y usted comenzó diciendo que no. Es muy curioso, pero en Córdoba todo el mundo dice que no cuando debería decir sí. «No, nadie», por ejemplo. Y ya que su pequeño problema de horarios está resuelto y nuestra niña de familia ha renunciado para siempre a la santidad y tal vez duerma conmigo, ¿le molestaría demostrar su propio sentido del humor hasta la hora de mi ómnibus? Me voy a las nueve.

El tío Patricio no esperaba algo así. Nadie lo esperaba. Lo curioso, pensó Esteban, es que yo tampoco.

—No sé cómo calificar esto —dijo el tío Patricio. Entonces intervino Verónica. Se le acercó, lo tomó familiarmente del brazo y se rió:

—Calificar, calificar —dijo—. Aprobalos. Se alejaron hacia la casa. Vos no hablabas.

—Entonces te vas mañana —dijiste por fin. Esteban dijo:

—Qué quiere decir «acá o en París qué cambia». Lo miraste.

—Quiere decir que acá, o en París, ¿qué cambia?

## VII

Esteban Espósito hace pis. Ha salido a la noche del parque y bajo un cielo rajado de relámpagos, solo con su alma, en lo alto del Cerro de las Rosas, entre eminentes plátanos, Esteban Espósito hace pis.

—Oh, perdón —escucha del otro lado del árbol. La voz del doctor Cantilo.

Hablan así, uno a cada lado del árbol. El árbol es un olmo.

—Lo hacía en Ascochinga.

—El hombre propone y Dios dispone —dice el doctor Cantilo—. Situación curiosa, ¿no?

Se ríe con desenvoltura. El doctor Cantilo es sorprendente. Ese hombre hace pis con bastante más naturalidad que yo, piensa Espósito. Será porque es su árbol.

—Me gustaría mostrarle una cosa —dice Cantilo. Espósito se sobresalta. No estoy en absoluto preparado para apreciar, en la soledad de la noche cordobesa, ninguna cosa que me quiera mostrar el doctor Cantilo—. ¿Ve aquello? —dice el doctor Cantilo—. Es un pequeño planetario. Un capricho de Verónica. Antes se pasaba las noches allí. Lo hice construir cuando me casé. Ahora ella no va nunca. Le gustaba pintar allá.

Se abrochan con urbanidad. El doctor Cantilo lo toma del brazo. Entre los árboles se ve pasar al profesor Urba. Va en dirección al planetario, seguido de una pequeña multitud.

—Quiero que sea franco conmigo —dice de pronto el doctor Cantilo. No es un buen presagio; nada de lo que viene debería suceder. Y en realidad no sucede—. Me refiero a otra cosa... —dice asombrosamente el doctor Cantilo; lo que en cierto modo es mucho peor—. ¿Qué piensa de los dibujos de Verónica? Usted los ha visto, Espósito. Me lo dijo ella.

—Qué pienso, en qué sentido.

—En el único, no se haga el tonto. Usted no es así. Le estoy preguntando si le gustan.

El doctor Cantilo es algo más ancho que Esteban, y, por alguna razón, en este momento parece también más alto. Lo lleva tomado por el hombro. Un gesto sosegado, tal vez sea excesivo agregar paternal. Un hombre capaz de decir en ese tono «me refiero a otra cosa» probablemente sea capaz de crecer en la noche. Crecer en todas direcciones.

—No. Francamente no me gustan.

—¿Se lo dijo?

—No me lo preguntó. Además no entiendo mucho de esas cosas.

Se han detenido. El doctor Cantilo se quita pausadamente los anteojos, los limpia, se los vuelve a colocar.

—Sí entiende, y yo también. Usted tiene razón, son malos. Pero ella no lo sabe. Y yo le pido que no se lo diga.

—No hace ninguna falta decírselo. Usted se está preguntando a qué viene todo esto. Yo también. —Se ríe, un poco turbado, como si le molestara o lo sorprendiera el haber hecho una especie de broma—. Yo lo he venido observando, Espósito. Pensé que si ella le pregunta, usted es capaz de decirle realmente lo que piensa. Hay gente así. No quiero decir que sean malas personas. Es como si hubiese una zona en la que son incapaces de mentir. Y no por amor a la verdad, no se ofenda. Pueden engañar, y de qué manera; pueden ser indiferentes a casi todo, pero hay una o dos cosas en las que no pueden mentir. Como si de eso dependiera, o porque de eso depende... ¿cómo le diría?... su salvación. —El doctor Cantilo vuelve a reírse; parece avergonzado. Espósito lo mira de reajo, estupefacto y con alguna alarma. Tal vez sueño, piensa—. Por ejemplo: usted no tenía ninguna necesidad de contestarme la verdad, hace un momento, cuando le pregunté qué pensaba. Ni siquiera quería contestarme por miedo a herirme. Porque usted no quería herirme, me di cuenta. Y eso es curioso, ya que a usted no le importa mucho herir a la gente, anoche mismo, sin ir más lejos, los dos nos divertimos un poco a mi costa. Usted ahora no quería herirme, ni a mí ni mucho menos a Verónica, y sin embargo no me mintió. ¿Por qué?

El tono del doctor Cantilo es afable, casi íntimo. La pregunta es una pregunta real. Espósito piensa que esta conversación no está sucediendo. Este parque es otro. Hace un momento, sin ir más lejos, este lugar estaba lleno de gente y se oían canciones. Todavía se oyen, si uno pone atención, pero apagadas y lejanas.

—Tengo la impresión de que esta conversación no está sucediendo. ¿A usted, doctor, no le pasa lo mismo?

—No, y de eso se trata. Usted no puede ni callarse un pensamiento así. Es fantástico, realmente. Déjeme que le explique qué es lo que le parece imposible. A usted le parece imposible que un agrónomo algo cómico como yo haga pis en su mismo árbol. Ya sé que no me entiende, pero eso es lo que me está diciendo. Lo que usted piensa, Esteban, es que aunque usted y yo hagamos lo mismo estamos en regiones distintas. Y algo así siente con los dibujos de mi mujer. ¿Sabe lo que me dijo Roberto, una noche, Roberto Arlt...? A vos nadie te va a creer que fuiste amigo mío, ni yo lo creo, un tipo como yo no puede tener un amigo con esa cara... ¿Qué necesidad tenía de decírmelo?

—Y usted, doctor, qué le contestó. El doctor Cantilo saca de un bolsillo una linterna en forma de lapicera y mira su reloj.

—Caramba, las dos y media. No voy a poder mostrarle el planetario. Bueno, puede verlo por sí mismo, si quiere. ¿Qué le contesté? Que tenía razón. Yo me daba cuenta perfectamente de lo que él sentía. ¿Y sabe lo que me dijo? Me dijo: Lo raro de esto, Cantilito, es que vos, con esa cara, me entiendas a mí, pero yo no pueda

entenderte a vos.

## VIII

Vio; demasiado cerca de la ventana, la copa fulgurante de una magnolia, el callado estruendo de sus hojas despedazadas por un relámpago, y pensó vagamente que quizá no debería seguir bebiendo. Vio las ramas altas: no el tronco. No recordaba haber subido ninguna escalera. Oyó la campanada final de alguna hora, oyó tu voz. Tu voz decía que él no podía pensar seriamente ninguna de las cosas que acababa de afirmar en el parque. ¿Qué cosas?, ¿acerca de qué? De las mujeres, de la fealdad, del paso del tiempo. Esteban contestó que en ningún momento había hablado del tiempo, y mucho menos del paso del tiempo, en cuanto a lo demás, bueno, es posible que sí, que lo pensara, pero tal vez significaba algo completamente distinto de lo que parecía, le llevaría años explicarlo. «Años», repetiste con ironía. Vio tu perfil. Tenías el rostro vuelto hacia la ventana que daba al cerro, y él tardó un segundo en darse cuenta de que esa inesperada revelación de tu cara era tu perfil. Volviste a preguntar si era verdad que se iba al día siguiente. Entonces llegó Verónica. Se sentó, señaló hacia los relámpagos del parque y dijo algo asombroso.

—Lloverán bigornias —dijo—. Van a llover bigornias de punta.

Las mismas palabras de Santiago.

Esteban la miró. Se sentía anormalmente alerta, como poseído por una lucidez clarividente y enfermiza, pero poco a poco lo había ido ganando un malestar parecido al miedo, una inquietud creciente y sin origen preciso. Como alguien a quien, al caer la noche, comienza a resultarle desconocido y amenazante un camino, como si se hubiera perdido o estuviera a punto de perderse; sobre todo esto último, la inminencia de un peligro sin nombre, que hasta parecía irradiarse de los objetos. Esa lámina de San Jorge, por ejemplo. ¿Por qué lo andaba persiguiendo por la casa?, y su conversación con Cantilo, ¿podía haber ocurrido? Sobre una repisa vio un soldadito de madera. Era de la altura de un pulgar. Chaqueta roja con alamares dorados y una faja amarilla en la cintura. Alta galera, y una pluma colorada en la galera. «Pedíle que te los muestre», le había dicho Santiago la noche anterior. Muy bien, si se trataba de que el doctor Cantilo era capaz de tallar e iluminar este tipo de miniaturas, nuestro hombre estaba salvado para siempre. Lo incomprensible es que el jujeño, ya anoche, supiera que el doctor Cantilo necesitaría justicia hoy. Cada objeto, cada palabra, cada acto, por vagos o mínimos que fueran, parecían ocultar un significado, eran datos de una clave que le hubiera llevado años comprender. Como esas palabras de Verónica, un segundo atrás. Como ahora mismo la mirada de Mariano. Porque en algún momento de la noche *Snoopy* se llamó definitivamente Mariano, existió, nació un día en un lugar preciso, en la Quinta verde, junto a la casa grande de los álamos, la casa de las muchas habitaciones y la leñera, con un jardín en ruinas al borde de una pequeña barranca por la que pasaba un arroyo, y tuvo un pasado en esa casa, una isla,

una realidad muy anterior a esta noche, y entonces resultaba imposible defenderse de él encontrándole un parecido grotesco, porque la mirada de Mariano, una mirada llena de desolación y de pureza, era por alguna razón la peor de las amenazas. Pero como si él, pensó de pronto Espósito, estuviera luchando secretamente no contra mí, sino a mi lado, disputándole a alguien oculto en la oscuridad no una mujer, sino algo más irrevocable y definitivo. O mejor, pensó, pero esto lo pensó mucho más tarde, mientras te buscaba en el parque bajo la lluvia, algo absoluto. Esteban se volvió hacia Verónica.

—De dónde sacaste eso —preguntó. Verónica alzó las cejas, sin entender—. Lo de las bigornias.

—Del cielo. ¿No oís los truenos?

—Oigo los truenos y veo los relámpagos. Me refería a otra cosa.

Vos seguías mirando empecinadamente una de las grandes ventanas que daban al cerro. Sólo que ahora estabas de pie. Dijiste que en seguida regresabas y fuiste hacia la ventana.

—Qué le pasa —dijo Verónica.

Regresar. Un verbo que Esteban Espósito no olvidará fácilmente. No decías volver, sino regresar. Ese modo de alargar dulcemente la erre. Cerro de las Rosas.

—Un pequeño problema con el tiempo. O con uno de sus aspectos. La fealdad de la vejez y la inevitable decadencia física de los seres humanos.

—Qué interesante —dijo Verónica—. Mejor me voy. Hay temas que son demasiado para mí.

—No te vayas —dijo Esteban—. No quiero quedarme solo. —Pensó, con asombro, que era la verdad, aunque resultara un poco descomunal dicho así, en una reunión donde había por lo menos cien personas—. Tengo una intriga con ese soldadito.

Verónica lo miraba, inexpresiva.

—Existe —dijo—. Tranquilízate.

—Quiero saber quién lo hizo. —El gesto de Verónica fue casi de contrariedad. Tan leve y ambiguo que podía significar cualquier cosa.

—Es un miguelete del Ilustrísimo Cabildo. Y, en efecto, lo hizo mi marido. Acá tenés otro. —Lo tomó de la repisa y ahora lo tenía sobre la palma de su mano. Uniforme de campaña azul y blanco y un gorro frigio punzó.

—Un dragón —dijo Verónica—. Un dragón del Regimiento de Dragones de la Patria, con todos sus detalles, sus altas botas negras por encima de las rodillas, sus charreteras de oro y sus bigotes de corsario. Sostiene con el puñito derecho el caño de un fusil no mucho más grueso que una aguja. Un fusil a chispa, de cerrojo dorado. Ves, la culata del fusil se apoya sobre el empeine de la bota. —Verónica volvió a dejar el soldadito sobre la repisa.

—Tiene cientos, ya los vas a ver, a la hora del degüello —dijo—. Los de caballería son realmente fantásticos. Y, a propósito, de qué estaban conversando vos y él, hace un rato, uno a cada lado del nogal. Allá estabas, junto a la ventana.

—Entonces, es cierto que yo hablé con él.

—Vos no podes ser así —dijo Verónica—. Vos un poco te haces.

Estabas de espaldas. Pasaste una mano por detrás de la nuca, te recogiste lentamente el pelo y lo echaste sobre uno de tus hombros. Un movimiento de acuario. Contra la noche del cerro, tu perfil y tu cuello emergieron de la nada, como una epifanía.

—No era un nogal —dijo Esteban. Un buen momento de casi desnudez, pensó, el momento justo para que se le acerque Mariano. El que se te acercó no fue Mariano, fue un elegante y alto señor canoso, el tío Patricio, sólo que a esa altura de la noche Espósito no podía saber que ése era el tío Patricio. Lo que significa que después de todo, ciertas cosas, si realmente ocurrieron, debieron ocurrir de otra manera en otro orden, pero no se trata de que el recuerdo imponga sus propias disparatadas leyes a estas páginas, como escribirá muchos años después, se trataba ya entonces de algo que parecía ocurrir con la realidad desde el mismo instante en que pisó Córdoba. Como si la noción de tiempo careciera de significado. Como si la ciudad organizara las cosas a su modo. «Vos seguí mezclando whisky con anfetaminas», le había dicho Santiago esa tarde, en el café frente al hotel, «y voy a tener que ir con mi libretita a visitarte también a vos a *Open Door*», pero tampoco se trataba de las tres noches sin dormir, de la Benzedrina, del whisky, sino de que ahora, al escribirlo, yo podría decir que Santiago pronuncia estas palabras, las está pronunciando, y que él y yo estamos sentados a las tres de la tarde en este café frente al hotel, pero que Esteban Espósito sigue en la fiesta del cerro junto a Verónica mirándote hablar con un elegante y maduro señor desconocido, y, si lo escribiera de ese modo, acaso estaría tocando por fin la verdad central de aquellos dos días, porque no es sólo el tiempo lo que carece de sentido, pensó Espósito esa noche, sino la noción de lugar, y no podía saber al pensarlo que, efectivamente, muchos años más tarde, en un hospital neuropsiquiátrico, alguien le diría que el espacio y el tiempo son nociones...



## IX

—... obsoletas —dice el profesor Urba, en el otro extremo de la sala.

—*¡Obsoletas un cazzo!* —dice el padre Cherubini—. *La creazione está enteramente enllenada de temporalitat. Proprio come si la burbuja o Sphairos Redondo de Parménides la habría inflado Heráclito. Cum tempore finxit Deus mundus: lo ha chamuyado San Agustín e il mesmo Platón ya lo había medio descubrido en el Tímaios. Et te alvierto que se pronuncia Tímalos, non timeo. Ego ti meo si te salpico cum lo pistolone. ¿Conversábame de qué?*

—De la irrealidad del tiempo —dice el profesor Urba.

—*Irrealidat minga* —dice el padre Cherubini—. *Si Dios fizzo il mondo no in tempore sino cum tempore, come doxó Agustín, queste crioyo non vede que haiga más grrand realidat que il tempo. Zeit por cui, Zeit per la, e un camino largo que baja y se pierde.*

—No, Custodio —dice serenamente el profesor Urba—. No se trata de ese tiempo. Ese es el cotidiano y tranquilizador tiempo de los amaneceres que preceden a los atardeceres, de los solsticios y de las estaciones de siembra y de cosecha, el tiempo antiguo y venerable en que el canto de los pájaros anunciaba, acá abajo, el pequeño y conmovedor ciclo del día del hombre, y el Sol y la Luna, allá arriba, gobernaban las espigas, las mareas, la sangre generadora de las mujeres; y Dios, más arriba y más tranquilizadoramente todavía, trazaba la órbita de las esferas y su música.

—*A la puta* —dice el padre Cherubini—. *Te volviste poeta, Urbanito. Ma si sabes de qué fablo pa qué te me pones en Unzuberechnendes. Emplíé bien? Mesmamente en esa pintada descrizione anida, como corazón de pajardito, el latido del tempo. Hay una aetas de oro a la que otros maulas llaman el tempo oscuro, que es la que Vico nominó il tempo de los dioses, que tamién corrisponde a las espigas y al sembrau, viene en seguida el tempo heroico o de los herues, et finalmente il tempo del povero homnecito umano. Acá epifana, como tú fenómeno dijistes, el Sol que calienta, la sigilosa árnicia Luna que rige la menstruazione i los almacigos et rige il ponto mesmo en toda su procelosa gigantud. Aparece la Historia, si te gusta. Et vos decís que se puso obsoleto. ¿O dijiste absoluto?*

—Obsoleto, Custodio.

—*Pásame la damajuana y rispondeme. ¿Tas peliando o querés perorarame algo trascendente?*

—Quiero decir que tu noción del tiempo ya no le sirve. En parte porque está medio loco. En parte porque su mundo ya no puede pensar mañana.

—*Te oyó con la boca abierta. ¿Vos te referís a lo Armagedón?*

—Más o menos.

—*Decribímelo, Satán.*

## X

El mundo helénico, según el profesor Urba, o mejor, la Casa universal que los griegos habían construido para el hombre, comenzó a rajarse desde adentro. Y el padre Cherubini dejó en suspenso el acto de sonarse la nariz cuando el astrólogo agregó que la había rajado el Mal. «¿*Il male o il Malo?*», preguntó el padre Cherubini. «*Vos la rajaste*». El Mal, repitió el astrólogo. La noción del Mal. Para Sócrates, la idea del Mal era un puro concepto negativo, no era nada; era la estupidez pura o la ignorancia. Con el judeocristianismo, con nosotros, dijo enigmático y sonriente el astrólogo, el Mal comenzó a ser una fuerza espiritual activa, un componente esencial del alma del hombre concreto. «*Ecco*», dijo el padre Cherubini, y se sonó. De cualquier modo, aun en los orígenes del cristianismo, el armónico ámbito de las esferas tolemaicas y sus números y su música, es decir, el viejo hogar construido hacía siglos por Pitágoras, Platón y Aristóteles, seguía siendo habitable; cabían en él el hombre y su alma doble, aunque en ella ya combatieran el ángel bueno y el otro. Al decir estas palabras, el astrólogo señaló al padre Cherubini, tocándole con un dedo la barriga, y luego se señaló. «*¡Nego!*», tronó el padre Cherubini, «*Vos et yo sernos la mesma substancia, sernos la dual epiphanía de uno solo espíritu. Ego son la epiphanía positiva et non poluta y tú venís a resultar la antistrofa, la contradanza. O non evocas lo libro de fob*». El profesor Urba, pacientemente, dijo que ésa era otra cuestión y que por favor no lo interrumpiera o no iba a terminar nunca. «*Oyó silente*», dijo sumiso el padre Cherubini. «*Trai el boteyón*». Un nuevo crujido estremeció la Casa en el siglo iv. San Agustín, aunque consiguió tapar aquella primera grieta e incorporar el Mal a la concepción metafísica del hombre de la Edad Media, tuvo la premonición de que la morada se estaba rajando también por el lado de afuera. Y aunque no vio el Espacio, sintió el Tiempo. Porque la otra grieta fue el Tiempo. Había algo, algo inquietante en el Tiempo de su tiempo, que lo alarmaba y desconcertaba. *Sí nema ex me quaerat, scio, si quaerenti explican velim, nescio*. Si no se lo preguntaban, lo sabía; si quería explicarlo... «No me ofendas traduciendo», dijo el padre Cherubini y agregó de corrido *¿Quid est enim tempus? ¿Quis hoc facile breviterque explicaverit? ¿Quis hoc ad verbum de illo referendum vel cogitatione comprehenderit?* y dijo que ahora sí se quedaba callado aunque no sin antes agregar *chúpate esta mandarina*. Sí, quién podría, pensaba Agustín, explicarlo fácil y brevemente; quién podía comprender el tiempo en el pensamiento para hablar luego de él. Y por eso Agustín fue el primer hombre que planteó, en primera persona, el problema del Mal y del pecado, y el primero que sintió el Tiempo como el ámbito problemático de la existencia. Para el mundo antiguo, para el mundo precristiano, la verdad, las ideas morales, la belleza estaban por encima del tiempo, eran *sub specie aeternitatis*, y la eternidad era la perfección del tiempo. El tiempo era una

degradación de lo eterno, más o menos como el hombre era los escombros de Adán. Una caída. Una imagen móvil y evanescente de lo Absoluto. En cuanto al Espacio, no era nada. O casi nada. Era el sitio que ocupaba la mansión, lo finito, el borde que dibujaba lo real. El hombre, acostumbrado a ver las montañas sobre el fondo de la luz, el ábside de los templos contra el azul del cielo, sólo concebía el lugar donde aparecían, netas y claras, las obras de Dios y sus propias obras. Lo infinito era lo imperfecto, tan imperfecto como el Mal. La grieta en el espacio apareció después. Antes, se oyó el crujido del primer milenio. La Iglesia, mi santa madre («*Tu agüela*», murmuró haciéndose el distraído el padre Cherubini) ya había conseguido poner, a su manera, la casa en orden. El Mal era una necesidad del Bien, la Tierra, redonda y quieta, era como un plato que flotaba sobre un mar inmóvil; las estrellas resplandecían sobre nuestras cabezas para que recordáramos la grandeza decorativa del Creador. Y el Tiempo, el angustioso tiempo de Agustín, se articulaba por fin con la eternidad: si el Papa era Vicario de Dios, que es lo eterno, y era soberano del mundo, que es lo temporal, podíamos dedicarnos a la quietud, a la contemplación, a iluminar los libros que guardaban para siempre todo el saber, y a estudiar, en la lengua incorruptible, las artes liberales. «*E a descogotarnos en los torneos, apestarnos con la Peste, et expoliar a los poveros campesinitos, pa no hablar de los ostrogodos y otros raudos caualleros vandálicos*», dijo sin poder contenerse el padre Cherubini, a lo que el profesor Urba, asintiendo con una sonrisa, respondió que por el momento sólo le interesaba la superestructura espiritual del problema. «*Ma*», dijo el padre Cherubini, «*non érades marxista*». En cierto modo, dijo el profesor Urba. «*Ego te absolvo, pichón*», dijo el padre Cherubini. Y fue justamente ahí, fue en ese milenario instante de casi perfecta quietud, cuando, sin saber lo que hacía, un pequeño monje benedictino quiso rematar la alta cúpula de la casa de la Fe y demostrar, con la razón, lo indemostrable. «*San Anselmito!*», prorrumpió exultante el padre Cherubini. «*Largomento ontológico: ese cristalito diamantino con il quale le pusimo la tapa a lo Insensato et probamos, urbi et orbi, la existencia de Tata Dios*». Exacto, convino el astrólogo. «*¿Anhelas que te lo recite?*», preguntó el padre Cherubini y antes de que el astrólogo pudiera impedirlo lo recitó en latín y en *pancocoliche*, pidió más vino y se dispuso a seguir escuchando. El argumento ontológico, sí, dijo casi con melancolía el profesor Urba, argumento que fue, en rigor, la primera noticia que tuvieron los hombres de la muerte de Dios. «*¿Ma, qué dice la Bestia?*», se escandalizó el padre Cherubini. Digo que te calles, Custodio, y digo que en el momento preciso en que Dios necesitó ser demostrado por la razón, como si fuera un teorema, como si fuera un cálculo matemático, en ese mismo momento se oyó en lo alto del cielo un gemido de agonía que conmovió las estrellas, la casa volvió a crujir, y el mundo, que más o menos habían recompuesto la teología, el papado y la espada de los príncipes, comenzó a ser este mundo. En ese momento, que

duró tres siglos, apareció el espacio. Y apareció por los cuatro costados de la casa. Los viajes, las cruzadas, la construcción de las ciudades, según el profesor Urba, hicieron del atemporal e inmóvil mundo medieval un mundo cambiante y sometido a las leyes de la historia, y el espacio plano, la tierra, dejó de ser el lugar que ocupaban las cosas para transformarse en el medio por el que se desplazaban los hombres y las cosas. Bastó, una noche, alzar la mirada y contemplar el cielo, para sentir la angustia y el esplendor del espacio. La noción de inmensidad, el terror y la fascinación de lo infinitamente extenso, conmovieron la casa hasta sus cimientos. Y eso fue el Renacimiento. La infinita divinidad de Nicolás de Cusa, el sistema de Copérnico, los inagotables orbes fulgurantes de Giordano Bruno, iban por fin, a dilatar el mundo en todas direcciones. El arte, como siempre, intuyó mucho antes esa transformación, y creyendo contar un descenso al Infierno o inventar la perspectiva, cantó y pintó el drama de su tiempo: la rajadura que se abría en el techo, en el piso, en las paredes de la casa del hombre.

—Qué te quedaste pensando —dijo Verónica.

—No pensaba —dijo Esteban—. Estaba mirando esa lámina de San Jorge y el dragón. Quién lo pintó.

—Yo no fui —dijo Verónica—. Habrás visto la fecha.

Prosigo, dijo el profesor Urba, y agregó que así como la crisis del siglo v podía en cierto modo resumirse en el pensamiento dramático y tempestuoso de San Agustín; el advenimiento de la Razón, en el Argumento Ontológico; la agonía del orden medieval en la poesía bárbara de Dante: él cifraba el espíritu de los Tiempos Modernos en los cuadros alocados de Paolo de Dono. «¿En el pajardito?», preguntó algo adormecido, aunque incrédulo, el padre Cherubini. En el Uccello, en efecto. Obsesionado por la idea de abrir un agujero en la pared, como decía Fra Angélico, soñando con romper la superficie plana, Uccello, el primer pintor de batallas y perspectivas, no sabe que ha descubierto otra perspectiva, un pasaje hacia otra cosa, ni sabe que en su corazón se está librando la última batalla entre el hombre medieval y el hombre renacentista. Basta mirar un solo cuadro suyo, un cuadro que es al arte religioso lo que *El Quijote* a la novela de caballería. El San Jorge y el Dragón. «¡Aro aro!», dijo despabilándose de golpe el padre Cherubini. «*Aura dentro queste gauchio florido et te pinta esa fazaña. A la siniestra, la damisela captiva porta lo pioloncico con que asujeta del cogote al teratós verdolaga. Il dragone. La Bestia é un cruzamiento armado ansina: alitas de colibrí, pata e ñandú crioyo et colita roscada in voluta. Come si sería un chancho, ma lunga. Sanjorgito, a la diestra. Muenta un lindo percherón no maculado. Trai coraza. In excelsis, uno fosco nubarrone de san puta, che nel pensier rinnova la paura. Simétrica et especulare al Sanjorgito, la caverna et su grrand misterio. ¿Dije bien?*». Inmejorablemente, confirmó el profesor Urba. En Uccello se enfrentan el último de los estilos canonizados, el gótico, que

abdicará un reinado de tres siglos, y una forma nueva, una nueva manera de mirar y de juzgar el mundo. La majestad de lo cómico. Es como si una carcajada hubiese explotado en una catacumba. Con Uccello, que anticipa la risa atronadora de Rabelais, que anticipa la risa piadosa pero incontenible de Cervantes, se suicida entre carcajadas el gótico y con él acaba una concepción entera de la teología, del arte, de la política, del conocimiento: del mundo. El astrólogo bebió un sorbito de vino y el padre Cherubini aprovechó la pausa para preguntarle si pensaba hacerle creer que Uccello había hecho todo eso, él solo, pregunta a la que el astrólogo respondió con un movimiento negativo de cabeza. No. El Uccello era, por así decirlo, un símbolo. O un intermediario. Una metáfora o un inocente instrumento de cierta fuerza espiritual, a la que, para abreviar, llamaremos demoníaca. En el mejor sentido de la palabra. Vale decir, angélica. Con lo que el padre Cherubini pareció relativamente conforme y el astrólogo pudo agregar que, pese a todo, en los orígenes del Renacimiento, la casa del hombre estaba en pie. O, para expresarlo de otra manera, todavía podía ser concebida. El mundo de Uccello era también el mundo de Nicolás de Cusa; y, hasta Nicolás de Cusa, la mansión era posible. Inestable, pero aún cómoda. La máquina del mundo tenía el centro en cualquier lugar y la circunferencia en ninguno, las esferas de cristal de Aristóteles habían estallado y sus estrellas quietas volaban en la inmensidad del espacio, la Tierra se movía; pero esto, para el cusano, era un simple cambio de punto de vista en la escritura de la Creación. El orden, el nuevo centro, eran la poética secreta de Dios. El hombre conservaba su privilegio de ser hombre. *Homo non vult nisi homo*. Al hombre sonriente de Uccello, al hombre cusano, no le había ocurrido nada irreparable. Ignoraba pero no se sentía inseguro porque su ignorancia era docta y su saber consistía, justamente, en saber que ignoraba. La divinidad podía estar oculta («¿*Deus absconditus?*», preguntó distraído el padre Cherubini), pero se manifestaba en la diversidad visible de las cosas y, sobre todo, no era indemostrable. Nicolás, fiel a las razones de San Anselmo, creía que la Razón seguía militando en los ejércitos de Dios. Dios lo puede hacer todo, pensaba, pero el hombre puede *llegar a conocerlo* todo. Dios era como el arquitecto que construye una catedral; y el hombre, el sacerdote que la contempla, la habita, la recorre y la pondera. El hombre lleva en su inteligencia todas las cosas creadas, tanto como Dios. («¿*Tas siguro?*», pareció preguntar el padre Cherubini). Sólo que Dios las lleva en sí como arquetipos, y el hombre como imágenes, como relaciones, como valores. Dios es por todo en todos y todo es en Dios, pero el espíritu humano, a causa de su intimidad con el espíritu de Dios, es la semilla divina que encierra los modelos de todas las cosas eternas. La homogeneidad del universo volvía a estar a salvo. *Homo non vult nisi homo*, pero no sólo el hombre: toda cosa anhelaba ser eternamente lo que era, conforme a su naturaleza y siempre en forma más perfecta, y el hombre, microcosmos donde coexistían lo eterno y lo temporal, lo infinito y lo finito, conocía

además su anhelo y tenía la certidumbre de esa progresiva ascensión. ¡Pobre Nicolás!, no podía saber que en su mística casi festiva ya acechaba la modernidad, la locura de la Razón, el sueño del progreso indefinido del conocimiento, que harían pedazos la unidad de su mundo... Unos años después, otro apacible canónigo, Copérnico, razonó en fórmulas astronómicas el sueño místico del cusano, y, por fin, como un león que despierta, apareció Giordano Bruno («A ése lo quemamos», observó críticamente el padre Cherubini). Lo fantástico, se interrumpió sonriendo el astrólogo, es que toda esta historia sucediera en las celdas, en los claustros, en las bibliotecas de los conventos, a lo que el padre Cherubini, con una carcajada de goliardo, dijo que era *comme si lo conoscimento, acuestándose con la sancta ecclesia crestiana, la habría hecho parir uno gigante de Rabelais*, se dio un golpe en la barriga y, mirando a los costados con súbita seriedad, preguntó: «¿*Me fablastes?*». Decía, dijo el astrólogo, que Giordano Bruno llevó hasta el límite de lo imaginable la máquina celestial de Nicolás de Cusa y de Copérnico. Le bastaba alzar los ojos hacia esas chispas brillantes para ver que son mundos como el nuestro. Hechos de fuego como nuestro Sol. Hechos de agua como la Tierra. Dios, para Bruno, ya casi no era Dios: era la ley natural. Hablando de sí mismo, pero como un lapidario que grabara la piedra funeraria de los dos últimos siglos, escribió: He aquí a aquel que ha abarcado el aire, penetrado en el cielo, recorrido las estrellas, traspasado los límites del mundo... («*Eroico furore*», murmuró admirativamente el padre Cherubini). En fin, suspiró el astrólogo, para abreviar, cuando Galileo, Kepler y Newton llegaron al siglo XVII montados en la topadora de Copérnico, el hombre comenzó a recuperar la desnuda proporción de su ignorancia y la realidad humana empezó a ser, cada día, menos compatible con la irrealidad del universo. Pascal lo sintió. *Le silence eternel de ees espaces infinis*, empezó a citar el profesor Urba en el mismo momento que, en el parque de la quinta, se oyó un trueno, y el padre Cherubini no tuvo más remedio que acotar: «¿*Silence eternel un cazzo!*». El infinito silencio del espacio aterraba a Pascal; la radiante esfera cusana con su centro en cualquier parte y su circunferencia en ninguna le parecía espantosa. Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño eran reinos de pesadilla, comarcas que el hombre no sólo ignoraba, sino que lo ignoraban a él. El hombre había empezado a transformarse en el huérfano de la creación, en un expósito...

—¿Qué? —dijo Esteban.

—Que qué —dijo sonriendo Verónica.

... expósito, dijo el profesor Urba, huérfano, hijo de nadie, guacho. Que es lo que le pasa al hombre cuando siente que se ha roto su pacto cósmico con la divinidad, como decía el viejo Martín Buber; cuando siente que el mundo ya no es más su casa, porque ha dejado de comprender el mundo, o, aunque crea comprenderlo, cuando ha dejado de concebirlo como imagen. «¿*Imago mundi, imago nulla?*», preguntó algo

impresionado el padre Cherubini. *Aut imaguncula*, concedió el astrólogo. Hasta ese momento, e incluso sobre todo en ese momento, el hombre tenía o creía tener cierta comprensión del universo. Kepler, al fin de cuentas, había conseguido cifrar en tres diáfanas leyes elementales los círculos un poco aberrantes de Copérnico, transformándolos en elipses. Ya no había centro pero había, por lo menos, focos, puntos focales en los que nuestro Sol podía simular la majestad de un orden heliotrópico hecho de parábolas elípticas, radiovectores excentricidades, y esto todavía era imaginable «¿Vos crederes?», dijo el padre Cherubini, sí, como era imaginable todavía una divinidad ordenadora, un Dios astrónomo al alcance de la fe, aunque la razón ya no lo alcanzara. «*Ma, era lindo e ordenadito*», dijo el padre Cherubini, «*non vedo nequamquam demolizione de la Amplissima Domus*». El astrólogo admitió que era cierto. El edificio estaba en pie. Cribado de goteras, con las paredes desconchadas y llenas de grietas. No era todavía escombros, pero era una ruina, apuntalada aquí y allá por vigas que se iban pudriendo y que cada nuevo albañil, a quien todavía se podía llamar filósofo, reemplazaba por otras vigas que cedían y se venían abajo cada vez más rápidamente. Cuando el heroico y candoroso hombre renacentista entró en el mundo moderno se encontró con una mansión poeniana, agónica, caminando a tientas como un ebrio por habitaciones oscuras, entre viejos retratos de familia que ya no significaban nada... «¡*Tenga mano!*», lo interrumpió el padre Cherubini, «*a ver si te compriendo: o sea que para vos, satanito, il Rinascimento e anche lo Iluminismo vienen a ser proprio la lepra, uno morbo gnoseológico et scentífico que pudrió el cotorro spiritual del povero homecito humano, o sea que pa vos erat preferible la siesta negra de lo medioevo. Il tentadore se volvió scholástico!, démen vino que me hundo al suelo de la risa*». Yo nunca dije que era preferible, contestó apaciblemente el astrólogo, sirviéndole vino al padre Cherubini, yo sólo digo que el despertar de los Tiempos Modernos fue, en términos espirituales, la quiebra más grande de todas las ilusiones de inmortalidad y conocimiento que soportó el linaje humano. La más grande hasta hoy, ya que la de hoy es la peor de todas. En nuestros días no queda un solo hombre, por grande y universal que sea, capaz de pensar el mundo como Imago, como mansión, capaz de rearmarlo desde sus escombros. Y, en aquel tiempo, por lo menos hubo uno, y fue el último. «*Si me vase a nominar al taradón de Hegel*», prorrumpió el padre Cherubini algo atragantado por el último vaso, «*me levanto y lanzo un horrísono pedo*». No, dijo el profesor Urba. Hegel no: Kant fue el hombre que hizo el último esfuerzo por poner un nuevo orden en el mundo. Se propuso salvar al mismo tiempo la razón, la fe, la libertad, las ciencias positivas, las ideas morales, la esperanza en la inmortalidad. Le costó la cabeza, pero durante unos años de luminosa locura discursiva armó el último refugio espiritual del hombre. Antes, había que empezar por demoler lo que quedaba de la casa; después, reconstruirla sobre algún fondo. E



inventó un lugar imposible: el tiempo y el espacio como formas del espíritu. La Última *Thule* de la razón. Sólo que, a partir de Kant, la razón pura ya no servirá para probar nada. Sólo es posible conocer los fenómenos, la aparición: nadie sabrá nunca qué es la cosa en sí, suponiendo que exista. Porque no es cierto que Kant instaló en la filosofía la cosa en sí: Kant la confinó al mundo de los centauros o de los grifos. Qué puedo saber, qué debo hacer, qué me cabe esperar, se preguntó. La respuesta a la primera pregunta, la única que concierne a la filosofía, es sencillamente: nada. La matemática conoce: la metafísica es sólo el anhelo y la imposibilidad de conocer. En cuanto a las otras dos preguntas, las responden la moral y la religión, sólo que moral y religión hacen necesario a Dios, y Dios, la absoluta cosa en sí, es irreductible al conocimiento. ¿Queda la fe?, de acuerdo. Pero también quedan la poesía, los centauros, el álgebra irrefutable de las alucinaciones y los sueños. No hay siquiera una manifestación fenoménica de Dios, como hay una aparición sensible de la rosa o de la piedra. La naturaleza no manifiesta a Dios: se manifiesta. Y las leyes de esa manifestación son, en suma, la forma de nuestro espíritu. Los abismos estelares que aterraban a Pascal, son el terror de no saber quién es ese que se aterriza al contemplar el mundo. La última pregunta de Kant, por lo tanto, fue preguntar qué es el hombre. Nunca la contestó. Tal vez debió preguntar qué es el hombre moderno, para que Nietzsche, un siglo y medio más tarde, pudiera responderle: lo completamente desorientado, todo lo que está completamente desorientado; eso es el hombre moderno. Cuando Kant, uno de los pocos filósofos que realmente pensó, acabó de pensar, la filosofía quedó sepultada junto a las ruinas de la casa. A veces, todavía, algún hombre revolviendo entre las maniposterías derrumbadas y los escombros, imagina que ha encontrado una verdad. Son verdades cada día más fragmentarias, cada día más tristes: Wittgenstein, en nuestro siglo, llegó a sentir que el único territorio de la filosofía era la investigación del lenguaje... La libertad, Dios, el alma inmortal, no son demostrables ni indemostrables. La metafísica es imposible y las leyes de lo real son de la forma de nuestro espíritu. Si los insectos piensan y sueñan, la forma del universo y la forma de los sueños arman leyes e imágenes de insectos. Esto no lo dijo Kant, pero lo pensó. Lo demás es hoy, dijo el astrólogo.

Esteban vio venir a Graciela.

—Qué le pasa —había dicho Verónica.

—Un pequeño problema con el tiempo —dijo Esteban. Verónica se puso de pie.

—Ya me lo dijiste —dijo.

—Me lo imaginaba —dijo Esteban—. Déjame escuchar, por favor.

—Se llama *El boulevard de la Desilusión* —dijo Verónica.

—Ya sé que se llama *El boulevard de la Desilusión*. Déjame escuchar.

Verónica ya no estaba.

Lejos, con voz casi inaudible entre los rumores y la música, el astrólogo discute

con el padre Cherubini. Se oye la última campanada de alguna hora. Graciela está sentada otra vez junto a Esteban. Graciela Oribe. Alta. Veinte o a lo sumo veintidós años. Podría tener mil, y a ella le gusta eso. Pelo lacio, muy negro. Ella habla. Tiene la voz grave y algo triste, y arrastra las erres.

## XI

(...la misma cara que cuando las Malvinas, me acuerdo de muy pocas caras de felicidad pero sé que ésa era una, porque la otra cara, la que tenía esta mañana cuando nos vio en el Calicanto, la cara que ponen cuando les has quitado algo o te ven por fin como sos, de esas caras sí me acuerdo, Esteban. Mi cara de la primera vez, supongo; pero ya estoy mintiendo. La primera vez no fue la primera vez ni yo sentí que me robaran nada. Hubo una primera vez cuando me cortaron el pelo y una primera vez cuando la torta de manzanas, y antes todavía, entonces empecé a pensar que la vida es siempre cosa de uno solo, como los sueños, como la muerte. La historia de la torta de manzanas fue en la casa de la abuela. A tía Elenita se le había metido en la cabeza que a la hora de la siesta Mariano y yo habíamos comido a escondidas torta de manzanas, y era una cosa muy fea, era una completa vergüenza que dos niños educados y cristianos hicieran una cosa así y mintieran y dijeran que no, ¿o no comprendíamos lo bueno que es confesar una culpa y limpiar la conciencia y que nos perdonaran, y comer más torta? Pero confesar qué, cuando te has pasado la tarde leyendo la vida de Bernardette. Me acuerdo de mamama Albertina, hamacándose en su silla vienesa. Pobres, si la han comido poco la van a disfrutar con lo que les estás diciendo, y a lo mejor no la han comido después de todo quién sabe. Pero mamá —la tía Elenita—, pero mamá así les hace un mal no un bien, usted está chocheando, mamá, lo que nos falta es que se ponga de parte de esta mocosa taimada. Siempre tuve cara de taimada, ahora mismo debo tener cara de taimada, me gustaría que una noche te despertaras de golpe, Esteban, y me vieras sentada en tu cama mirándote desde muy cerca con mi peor cara de taimada. Qué frágil es siempre un hombre que duerme, yo una noche podría hacerte algo malo, un hechizo, podría ponerte una flor sobre los ojos y dejarte encerrado para siempre dentro de un sueño como la Sibila que me contó mamama. Tal vez lo haga esta noche para que no te vayas. De modo que esa tarde tomamos té con dignidad pero sin torta; y la abuela que de veras estaba medio chocha: Ni ganas les quedarán, con el atracón que se habrán dado. Mariano no aguantó más y se echó a llorar. Y la tía Elenita: No llores, Marianito tonto. Y yo: No llores, maricón estúpido. Y la tía: Bueno, basta, eso no se le dice a un hermano. Porque en esa época papá ya había muerto, vivíamos con Patricio en la Quinta Verde y nos trataban como a hermanos. Después me olvidé de todo porque volvíamos a casa dando saltos por la calle de los álamos. Qué me importaba nada si Mariano y yo podíamos correr de la mano casi de noche. La vereda larga y empinada al atardecer, los álamos, vos seguramente nunca escuchaste el murmullo de los álamos y el agua de una acequia al atardecer. Hasta que tropezamos y nos caímos. Yo me caí, de boca. Me lastimé acá encima de la ceja y si vos me hubieras mirado bien deberías haberme preguntado también por esta cicatriz. La tía Elenita se puso a gritar como loca y lo

único que se le ocurrió decir fue Castigo de Dios y el estúpido de Mariano volvió a llorar y yo pensé lo odio. A Dios. Está de parte de las tortas que no se ha comido una. Lo odio, mientras caminábamos las cuadras que nos quedaban, despacio, sin mirarnos, sin hablar, sin darnos la mano, como para que todo terminara igual que siempre, del peor modo posible. Lo odio. Sin embargo le di otra oportunidad cuando el pelo. Ese verano volví de las vacaciones con el pelo suelto, lástima que a Mariano ya lo habían puesto pupilo en un colegio de Buenos Aires y no pudiera verme. Decían que yo estaba insoportable y me mandaron a pasar el verano a la casa del faro, la tía Angelina no creía que yo fuera mala y se asombraba al oírlo, deshacía mis trenzas horribles, de noche jugábamos al ludo. A veces se ríe un poco de mí. Me muestra fotografías viejas, me cuenta de papá. Yo sé que ella les dice por qué le voy a pedir que entre, no ha de sentir tanto frío si se pasa las tardes enteras en el faro. Y yo me quedo hasta cualquier hora, sin zapatos, y si quiero sin ropa, a la orilla del agua. Debí quedarme para siempre en esa casa. Una noche me reconcilé con Dios. No puedes saber qué es Dios, Esteban, si no has mirado el mar de noche. Hay un momento en que la oscuridad y el agua tienen la forma que debieron tener al principio de las cosas, cuando no había nada. Esa noche me levanté de la cama y fui hasta la roca del faro. No había luna, no había una estrella, entré en el agua y mi cuerpo tenía la dimensión del mar. Él existe, sentí, y sentí que eso que era yo también existía. Lo amé, amé a Dios con mi cuerpo. Cuando tía Angelina se despertó a la mañana me encontró parada junto a su cama, no sé cuánto hacía que yo estaba ahí, esperando que abriera los ojos. Quiero quedarme a vivir con vos, tía Angelina. Y ella me miraba de un modo tan extraño. Hablaba y me miraba como si no quisiera ver algo. No te vendría nada mal, hija, cuántos años tenés ya. Cumplí catorce, tía Angelina. Y ella decía la peor edad de la vida, no te preocupes, yo misma les voy a pedir que te dejen venir todos los años. Esa mañana me peinó de un modo nuevo que me gustaba más que todos, las cintas me gustaban y el pelo suelto sobre la espalda. Me estoy mirando en el espejo grande de la sala y hasta yo soy linda. No me hagas las trenzas, por favor, le pedí al irme, y ella dijo pero ni soñando y decile de mi parte a tu madre que yo pregunto por qué no deja ya de peinarte con esas trenzas desastrosas, que tenés muy lindo pelo, yo les mandaré cintas de colores para que te peinen así siempre, vos pediles que te peinen así, dijo. Y yo, escribiles por favor que me dejen vivir con vos. Nunca volví. Cuando en casa pedí que no me hicieran más las trenzas, mamá dijo que muy bien. Muy bien, señorita. Y ese mismo día me cortó el pelo. Más arriba de las orejas me cortó el pelo. No lloré, no sentí rabia ni humillación ni dolor, ni siquiera tristeza, sólo sentía entre los dedos la caricia afelpada de algo que iba desprendiéndose de mí pero que ya no me pertenecía, lo miraba caer y lo único que pensaba era si esta vez Él estaría de mi parte. Ya casi había terminado el verano pero hacía mucho calor, yo estaba acostada en mi cuarto, la quinta parecía hueca de tan

silenciosa y desierta. Le pedí a Dios que mamá se muriera. Sólo se oía el *guú guú* de la *Solapa*, vos tampoco debes saber qué es eso, es el llamado de celo de las torcazas. Pero yo nunca pude oírlas sin acordarme de cuando mamama Albertina para hacernos quedar en nuestro cuarto a la hora de la siesta nos decía que afuera andaba rondando la *Solapa*. Me levanté de la cama y sin saber por qué fui al pabellón de caza, el pabellón de Patricio, donde de chicos jugábamos con Mariano a los conspiradores, donde una vez hicimos un pacto de sangre. Y recé. Recé toda la siesta boca abajo con los brazos abiertos y el cuerpo contra la baldosa esperando oír los gritos desde la casa. No sentía odio, Esteban, no sentía culpa, era algo parecido a la fiebre y a querer darle otra oportunidad para que se apoderara de mí, como la noche del mar. No sé cuánto tiempo pasó. Fui a la habitación de mamá. La voy a encontrar muerta, pensaba con miedo, o no sé, con pena, pero cuando entré no estaba muerta. Me dijo qué haces acá, cómo te apareces en mi dormitorio sin llamar y poco menos que desnuda, podría haber estado Patricio, te he dicho mil veces que a tu edad ya no se es una criatura. Esa noche, durante la comida, Patricio dijo al pasar que el pelo corto me daba un aire inquietante, y me miraba con la naturalidad de un hombre que se burla un poco de su hija mientras la consuela, y después, sonriendo, a mamá: Vas a tener que vigilar a esta chica, Ana Laura, cada día está más delgada. Y yo supe que esa tarde me había visto en el pabellón y ya no pude seguir comiendo ni pensar en nada, sólo tenía conciencia de mis piernas desnudas a la siesta, de mi cuerpo, y también supe que no hay invocaciones que valgan, que el amor de Dios es su indiferencia, que estás sola dentro de tu cuerpo y que todo se reduce al precario refugio de tu isla. Después, cuando yo tenía diecisiete años, fue lo del viaje, y hace menos de un año el regreso de Mariano, tan igual. O a lo mejor tampoco fue ahí que empezó todo. Mucho antes empezó todo. Entonces vivíamos en la casa de la leñera y papá no había muerto. La madre de Mariano, sí, hacía mucho. La madre de Mariano era hermana de mamá y murió cuando nació Mariano, era una de las mujeres más lindas de una familia que según mamama ha dado únicamente mujeres hermosas y locas, vos te parece más a ella que a tu madre, dice, y que de los Oribe lo único que saqué es la imprudencia.

Patricio andaba siempre de viaje por Europa y Mariano vivía casi todo el tiempo con nosotros. Por las tardes sólo estaban las muchachas que trabajaban en la casa y los más chicos, Mariano y yo jugábamos a los exploradores en el parque, muy viejo y muy descuidado, que era hermoso porque ya no era un parque. En el fondo, detrás de los eucaliptos, había un yuyal alto donde solían anidar los gansos de la Quinta Verde. Y un día, siguiendo el camino de los gansos descubrimos las Malvinas. Había dos, exactamente. Dos redondelas limpias en el yuyal más alto que nosotros. No eran nidos, eran mucho más grandes que nidos, eran dos islas. Una para Mariano y la otra mía. Les pusimos las Malvinas porque nunca habíamos oído de otras islas y las de los cuentos no se llamaban de ninguna manera, eran nada más que la isla, o tenían

nombres que no significaban nada. No sé qué hacía Mariano en la suya, pero me acuerdo de mí, de la redondela mía del cielo y de mi cuerpo de espaldas sobre la tierra. Me quedaba horas y horas mirando pasar las nubes o esperando ver cruzar unos de esos lentos pájaros que vuelan como si volaran bajo el agua, horas enteras mirando el cielo a veces tan transparente y vacío que de veras parecía un mar quieto, y entonces la espera de una nube o un pájaro era esperar un barco que viniera a mi isla a rescatarme, hasta que la vela de un ala o una proa blanca aparecía muy despacio por uno de los bordes, allá arriba, y yo les gritaba en silencio socorro socorro pero el viento siempre los empujaba a buscar otras islas, tal vez la de Mariano, entonces yo volvía a esperar y no había nada más terrible ni más hermoso que esa espera, ese estar segura de que alguien llegaría por fin a mi isla, el miedo de que no me reconociera. No íbamos siempre ni siempre las encontrábamos, había que descubrirlas cada vez, tramar el viaje en la leñera, dibujar una rosa de los vientos en la tierra. Otras veces no hacía falta nada. Cuando menos lo imaginábamos y alguna de las muchachas de la casa gritaba entren todos a abrigarse o no se acerquen a la acequia, o nos buscaban porque andábamos escarmentando con mis primas a los más chicos o trepados a los árboles, me acuerdo de cómo y sin saber por qué nos mirábamos con Mariano y decíamos vamos a descubrir las Malvinas, no necesitábamos decirlo. Nunca supe qué hacía Mariano en su isla, tal vez hasta se aburriera un poco porque era nada más que varón y más chico, pero me acuerdo de mí, de la redondela mía del ciclo y de mi cuerpo sobre la tierra húmeda y, cuando hay viento, del rumor del viento entre los eucaliptos, y aunque entonces no pudiera sentirlo, me recuerdo como apoyada sobre la espalda del mundo, sé que era eso, la tierra palpitante debajo de mi cuerpo, papá en algún lugar de la casa y el ciclo que giraba alrededor de mi isla mientras el pasto alto y verde se ondulaba arriba como un túnel de borde suave. Un día, no sé cómo, las tías mayores se enteraron. Creo que lo contó Mariano o tal vez se lo sacaron a Mariano. Hablaron de lugares donde anidan los gansos y está el peligro de las víboras y Mariano contó todo y la tía Elenita dijo vamos a ver qué es esta imprudencia, como si tuviéramos poco con el accidente de ese loco y los llantos de Ana Laura, a quién se le ocurre limpiar un arma a las tres de la mañana, vamos a ver qué es esa historia de la isla. Así me enteré de la muerte de papá y de que la tía Elenita sabía mucho de juegos pedagógicos y adecuados para las niñas, fue a ver las islas, dijo no, esto es un pajonal, volvió con el jardinero y un rastrillo y una azada, y limpiaron todo, por eso te digo que esto empezó ahí o tal vez el último verano del Faro, o a lo mejor ni siquiera se puede decir que nada haya empezado nunca, limpiaron todo, Esteban, pusieron unas hamacas y nos dieron bolsitas de colores con semillas para que las sembráramos, unas hamacas y un juego de croquet, o a lo mejor todo ya había terminado para siempre muchísimo antes...).

## XII

Había tendido largamente a sus tres mil hombres y bajándole las riendas al caballo galopó de un extremo a otro de la línea, y los arengaba. El indio que había en Laureano, remoto salvaje comedor de carne cruda, y el conquistador que había en Laureano, bárbaro cristiano salido de un ducado o de una cárcel de España, con la estirpe del sol incásico y del Toro en la discordia de su sangre apenas amansada en largas tardes del colegio Monserrat, subidos a un caballo, dieron esto: una cruce de gaucho y de soldado, un patrón de estancias que era a la vez general patriota, asesino, señor feudal, galopando a los gritos ante una guerrilla de hombres curtidos y silenciosos que lo miraban como a un dios o como al arquetipo casual de cualquiera de ellos. Dios lar o arquetipo inacabado, pero en sí mismo bárbaramente hermoso, ahí, bajo el fulgor colorado de los cerros. Laureano clavó el caballo y desmontó. Acantonó cien hombres en el campamento del mangrullo y, mientras daba instrucciones acerca del camino por el que debían escoltar a la muchacha hasta Salta, si pasaba algo, pidió otro caballo. «El moro me lo reservo para una más grande», dijo sonriendo. Pensaba en Rosas; no sabía que estaba hablando de la muerte. No esperó el amanecer, dijo Lalo, y ésa fue una equivocación. El caso es que volvió a montar, enfiló hacia la loma, vio ponerse en movimiento a las tropas de López y ordenó cargar. La resistencia de los santafesinos entraba en los cálculos del abuelo; pero no semejante resistencia. Aquellos hombres, sabiéndose apoyados por el ejército de Bustos que marchaba sobre Laureano desde algún lugar de Córdoba, sabiendo que ni Ramírez ni Carreras existían ya, y contando a las espaldas del jujeño con los blandengues y dragones de Lamadrid, peleaban como contentos, como si aquella guerra ya estuviera decidida o sólo fuera cuestión de tiempo. Dos horas después del amanecer, Laureano, injuriado por aquella resistencia, ordenó abrir sus tropas a derecha e izquierda y él mismo cargó por el centro con lo mejor de su caballería. Cuando López se retiró, la gente del abuelo lo persiguió un rato, no mucho, y más bien como de lujo, porque Laureano sabía que el norte significaba alejarse de Buenos Aires y de las tropas entrerrianas que, según confiaba, venían hacia el centro del país para marchar sobre la Capital.

Lo que sigue, dijo Lalo, es una total carnicería.

Porque cuando el jujeño se reagrupaba, los dragones y húsares arremetieron de lo alto y la sableada fue atroz. Lamadrid cargó sobre Laureano; y parte de su caballería, sobre el campamento, donde, rodeada por unos cien hombres y por la guardia personal del jujeño, estaba la muchacha, Aasta. Cómo hizo el abuelo para aguantar el choque de Lamadrid, no han sabido explicármelo. Cómo hizo para quebrar a los que venían bajando de la loma, pasarlos por el medio y llegar con un puñado de hombres al campamento del mangrullo, pertenece quizá a la historia de las mentiras argentinas,

al folklore de las zambas, a la memoria de las viejas y los guitarreros muertos hace un siglo. Hagan de cuenta que soy Homero y créanme, dijo Lalo. Porque cuando los hombres del viejo ya estaban a punto de dispersarse, vieron al abuelo, de a pie, salir gritando desde el centro del desbande. Lo vieron desmontar de un sablazo a uno de sus propios oficiales, que huía, subirse al caballo y arremeter solo contra la avanzada de Lamadrid. Instintivamente lo siguieron para cubrirlo; cuando volvieron a pensar en algo, los que no estaban muertos estaban del otro lado defendiendo el campamento del mangrullo. Laureano, puteando al cielo y a la tierra y a Estanislao López, rearmó sobre la marcha lo que quedaba de su gente, cambió otras tres veces de caballo, volvió sobre Lamadrid, lo obligó a replegarse y vio morir en una sola madrugada a más de mil hombres que habían sobrevivido durante años las guerras contra los ejércitos regulares de España. Cuando por fin dio la orden de abandonar el campo, ni López ni Lamadrid se atrevieron a seguirlo. Tal vez porque no era necesario. Sabían lo que ignoraba el abuelo: que nunca se juntaría con Pancho Ramírez; que, en algún momento de ese mismo día, el viejo iba a encontrarse fatalmente con el ejército de Bustos o con alguna de sus avanzadas. O tal vez no lo siguieron porque esa lenta retirada de seiscientos hombres tenía algo de imponente, algo que inspiraba respeto y hasta temor. Los jujeños fueron dando la espalda al campo sin ningún apuro, con ostentosa lentitud, y se retiraron como si reiniciaran su marcha. Hacia abajo y hacia el este, como si no se resignaran a alejarse de Buenos Aires. Los jefes de Laureano, detrás de cada despojo de lo que había sido un batallón, iban cubriendo la espalda de aquellos gauchos que llevaban sus caballos al paso. Un puñado de jinetes rodeaba una berlina en la que iba una mujer. Laureano Zamudio, montado en un alazán y llevando de tiro un alto caballo moro, miraba la tormenta y pensaba en la Confederación.

Me gustaría saber en qué pensaba, dijo Lalo, porque lo razonable hubiera sido buscar las sierras del oeste, meterse en los bolsones y tratar de pasar a La Rioja, donde tenía parientes. El caso es que el atardecer y la muerte lo agarraron en los pantanos, y ahora no nos sirve más el oso, dijo Lalo. O sí nos sirve, pero a condición de que cambiemos de perspectiva e imaginemos que la piel es toda Córdoba, aunque nos vendría mejor una de esas mujeres que dibuja Verónica, porque no sé si se habrán fijado que el contorno de Córdoba es idéntico a un boceto de la Venus de Milo a la que, además de los brazos, le faltaran la cabeza y las piernas, y sobre todo la pierna izquierda, que vendría a estar cortada al bies a la altura de la verija. En fin, dijo Lalo, arréglense con el oso. Este poquito que avanza hacia el azotillo, es lo que queda del abuelo. Este montón son las milicias de Bustos, gobernador de Córdoba, flor de malandra dicho sea entre nosotros y espero que no haya ningún descendiente entre mis contertulios. «Yo», dijo una señorita muy flaca. «Mamá es Bustos». Lalo la miró con estupor: No me digas que vos tenés Bustos en tu parte materna, querida, yo ni te imaginaba partes maternas. No me interrumpen que pierdo el hilo. Y lo que viene es



muy serio. Lo que viene podría llamarse, sin exagerar, la Aristeia del amor y de la muerte del abuelo Laureano, y, para contarlo como se debe, los argentinos deberíamos hablar en hexámetros. Imagínense lo que pensó el viejo cuando vio venir a su encuentro semejante cantidad de gente. Yo voy al baño y en seguida vuelvo.

Ramírez, pensó el abuelo. Y mandó un estafeta para que se cerciorara. Ramírez, pensaba como quien reza, y en el sonido de esa sola palabra cabían legiones de pensamientos, de símbolos, de imágenes puestas en el futuro y de visiones del pasado, que se habían ido acumulando en su cabeza a lo largo de los últimos diez años. La autonomía de las provincias, las palabras de Belgrano, los caballos atados en la reja de la Pirámide, no por barbarie o desdén a Buenos Aires como habían inventado los porteños, sino porque en algún lugar había que atarlos y esa plaza estaba llena de carretas. Ramírez quería decir el cumplimiento del tratado del Pilar y la autonomía y la libertad plena de las provincias, y acaso, una vez que los ganaderos y leguleyos de Buenos Aires se comportaran como argentinos, también quería decir patria y nación. Porque el abuelo estaba loco, como había dicho Verónica en el parque, y en el más secreto recodo de su corazón todavía pensaba que hasta iba a tener vida para volver a unirse al ejército grande para pelear a las órdenes del General o de Güemes, y murió esa misma noche sin saber que a Güemes le habían pegado un tiro por la espalda en la oscuridad de las calles de Salta y sin querer recordar que Belgrano, sin mando, despreciado por todos, hidrópico y casi imbécil de dolor, había muerto hacía un año en una cama de Buenos Aires. La llegada del estafeta le cortó los pensamientos. Llegó casi al galope hasta donde estaba Laureano y cuando el caballo se detuvo rodó de la montura y cayó boqueando a los pies del viejo. Le habían volado la mitad de la cara de un balazo y alcanzó a decir que no con la cabeza. No era Ramírez. Eran mil quinientos hombres del ejército de Bustos, al mando de ese animal de Bedoya, según pudo constatar el abuelo. Reunió a sus oficiales y les habló. Ellos dijeron que sí. Volvió a dar instrucciones para que cincuenta montoneros escoltaran a la muchacha por el camino de los bolsones, y en eso estaba cuando la chica se le apareció por detrás. Aasta golpeó el suelo con el pie, y sin saberlo, habló con las mismas palabras que la Delfina.

—No te canses ni te aflijas, que yo me quedo —dijo—. O dónde voy a estar mejor que con vos.

Él casi ni la escuchó. Le miraba el pie. Un pie tan chico que a Laureano siempre le había causado asombro que sirviera para caminar, y que no fuera un adorno. Después dijo que esta vez iba en serio, esa gente venía a matarlo, y daba la impresión que de esta hecha iban a conseguirlo. Lo decía demasiado en broma como para que no fuera cierto. Ella respondió que por eso mismo se quedaba. Si él sobrevivía, ya la salvaría mejor que nadie, y si no, qué pensaba él que iba a hacer ella con su vida.

Laureano no la miró. Habló con mucha lentitud.

—Dos cosas. Cuidar a mi hijo y llorarme. Aasta dudó un momento y finalmente dijo:

—Yo no nací para llorar.

El resto de los diálogos y el resto de la historia también se parecen a los otros, porque Laureano arguyó que la derrota era inevitable y que, estando la mujer ahí podía ser un obstáculo para su propia salvación, la de Laureano, o no se daba cuenta de que si lo derrotaban iba a tener que huir hacia el oeste y que esa gente se iba a divertir en cortarle la cabeza delante de ella.

—Entonces que no lo derroten —dijo la chica. Laureano gritó:

—No tengo hombres, ni armas suficientes. Hasta un animal como Bedoya puede ganar una batalla como ésta. Conoce el lugar, tiene tres veces más gente que yo.

—Antes, usted decía que las batallas las ganan las entrañas de un jefe.

—Lo decía antes y lo digo ahora. Pero atrás de esos ladrones de vacas viene seguramente otro ejército. Y yo no tengo más que estos seiscientos desesperados, heridos y deshechos por la fatiga y montados en caballos que ni pueden tenerse en pie. Ya casi no tenemos municiones, carajo. Hasta las armas de fuego faltan. ¿O no entiende? Aasta lo miraba en silencio. Entonces habló un oficial.

—Tenemos sables y tenemos cuchillos.

—Vaya a hacerse cargo de su puesto —dijo Laureano—. Y después de la sableada, si no lo han muerto, presénteseme arrestado por hablar sin permiso.

El oficial se cuadró y montó a caballo. Laureano habló con la chica.

—Gringa de mierda —murmuró—. Puede que tengas razón.

Y fue a tomar el mando de la tropa.

Lalo volvió del baño y dijo: «¿Dónde habíamos quedado?». «Cerca de Fraile Muerto», dijo la señorita Etelvina. «Ah sí, dijo Lalo, muy bien».

## XIII

Volvemos a encontrar a Laureano, siempre acompañado por una mujer rubia de nombre escandinavo, en Fraile Muerto, al sureste del ombligo de la Venus, dijo Lalo al volver del baño, o más o menos a esta altura del anca derecha del oso. Su propósito inmediato era atropellar por sorpresa al coronel Bedoya, apoderarse de sus pertrechos y caballadas, y unirse en Cruz Alta con Ramírez. Nunca debió bajar a Córdoba, comentó sonriendo el profesor Urba, y menos desoír ciertos consejos que se le dieron a su tiempo sobre la condición malsana del matrimonio en general y de las mujeres en particular. La japonesita sentada en el suelo al este de Cruz Alta miraba a Lalo como si las correrías del abuelo Laureano Zamudio, en vez de pertenecer a la Anarquía de los años 20, fueran la historia de amor de Fukakusa y Komachi. Vos, mientras tanto, hablabas en voz baja con Verónica, quien tenía los ojos clavados en el suelo. Bastían conversaba con el alto caballero parecido a Mariano. Y el abuelo, según las tablas astrológicas que improvisaba ahora el profesor Urba haciendo rápidos trazos circulares en una cartulina de dibujos de Verónica, el abuelo Laureano, nacido en el primer decanato de Aries, no debió dar nunca esa batalla. No le quedaban ni setecientos hombres; y, enfrente, los dos mil quinientos que comandaba el coronel Bedoya no eran sino una parte del ejército de Bustos. Tal vez tenga tiempo, piensa Laureano, tiempo de deshacerlos antes de que se aparezca el cabrón de Bustos. Miró el cielo y pensó: Tal vez no llueva. Y dio orden de atacar. Una carga de caballería es siempre una cosa impresionante; pero una carga de caballería en la oscuridad y en perfecto silencio, es un espectáculo fantasmal y grandioso. Los montoneros del abuelo no gritaban en las cargas, había dicho Verónica esa tarde, en eso se parecía al general Paz. Avanzaban a todo galope y en silencio, hacia un punto elegido de antemano, desmontaban de los caballos y se transformaban en infantería, oían una orden y montaban otra vez, se retiraban en silencio y reaparecían en cuatro o cinco lugares diferentes. No hay ejército regular que resista eso, dijo Lalo, y menos el de un insuficiente como Bedoya, que era un coronelito más bien irresoluto y tímido. Esa primera carga de los jujeños, con el abuelo a la cabeza, hizo recular de tal modo a los cordobeses que uno de los oficiales del abuelo, el mismo que debía presentarse arrestado después de esta batalla, vino a caer muerto sobre la mesa de campaña de Bedoya. Mientras tanto, el abuelo Laureano, sucesivamente al mando de esta o aquella guerrilla, iba arrollando una por una las tropas que le oponían los cordobeses, arreándolos hacia el centro y obstaculizando así al grueso de la caballería enemiga, de tal modo que cuando por fin Bedoya decidió desplegarla y cargar contra el abuelo, por cada jujeño muerto había cinco o seis cordobeses de cara al cielo. Cuando el viejo se reagrupó le quedaban alrededor de quinientos montoneros, lo que hacía, del lado de Bedoya, unos mil doscientos. Sólo que ahora los jujeños montaban caballos

frescos, robados, no me pregunten cómo, dijo Lalo, a los cordobeses que ahora están acá, casi de espalda al río. Si no ataca, en la próxima carga los deshago, piensa el abuelo y mira el cielo. Y piensa que si Dios lo ayuda no todo está perdido. Nada está perdido, ni la confederación ni el destino de esta tierra. No es posible haber visto morir y haber muerto a tantos hermanos para terminar degollado en un pantano de Córdoba, sin haber mirado más que una vez la cara de mi hijo, sin saber siquiera con qué nombre lo cristianaron, sin saber si echamos o no del Perú a los españoles, sin acostarme otra noche con la gringa y oírle decir cosas en otro idioma cuando se pierde, sin haberme despedido de Manuel. Y fue en ese preciso momento cuando, por razones que no están al alcance de los hombres, Dios decidió borrar al abuelo de la historia argentina. Porque alguien gritó Ramírez, y señaló la sombra densa de unas avanzadas que aparecieron en la orilla norte del Río Tercero. Laureano pidió catalejos, se paró en los estribos y cuando ya todos gritaban Viva la Confederación y revoleaban los ponchos, mordió una puteada y murmuró: «Santafecinos». «Cómo sabes», preguntó Aasta. «Por el color del chiripá y porque traen una pluma de avestruz en el sombrero». Y porque vienen con el olor de mi propia muerte, pensó, al mismo tiempo que, en el otro extremo del campo, Bedoya pensaba que si aquella era una avanzada de López el resto del ejército no podía andar lejos. Se equivocaba, porque Estanislao no había seguido a Laureano; pero esa equivocación le dio el coraje que necesitaba para anticiparse al abuelo. Tendió una línea de batalla diez veces más larga de lo que hacía falta y se volvió sobre los jujeños. Cordobés guarango, pensó Laureano, y le dijo a Aasta: «Ya no hay vuelta que darle, vaya preparando la yegua y espéreme allá atrás». Dio unas órdenes precisas y lentas y pidió que le trajeran un caballo, no el moro. Hasta lo miraba hacer. Extrañamente, Laureano no parecía tener ningún apuro por abandonar el campo. «Qué va a hacer», preguntó la chica. «Esperar la carga», dijo fríamente el viejo. «Primero que nada, esperar la carga». No sería nada raro, dijo Lalo, que acá los bárbaros hayan gritado viva Jujuy, y hasta viva la Patria. Aunque el segundo grito, pensó Esteban, era bastante menos probable que el primero, o para muchos de ellos acaso significaba lo mismo, si es que no era un puro entusiasmo, un puro grito. Aasta venía montada en una yegua parda y la arrió al costado del caballo del viejo. «Ah, no, santita», dijo Laureano, «ahora nada de cosas raras. Se me vuelve bien hacia atrás con esos hombres y ahí se queda, vaya». El caballo, inquieto, le tiró un mordiscón a la yegua y casi le baja una oreja. Aasta se apartó y Laureano galopó hasta las primeras líneas. Cuando finalmente cargó Bedoya, ya había comenzado a llover, era noche cerrada y la confusión fue espantosa. Los jujeños, suplicados a sablazos, no abandonaron su posición más que para caer muertos al costado de sus caballos. Antes de que la carga cediera, cada jujeño había matado a tanta gente como para terminar combatiendo rodeado de una parva de cadáveres. Y si al fin nos arrollaron, dijo Lalo que le había

dicho un viejo casi centenario, bisnieto de uno de los sobrevivientes de Fraile Muerto, si a la larga nos quebraron esa noche, fue porque al fin de cuentas los otros también eran nacionales. Laureano veía cordobeses arremolinarse y caer a su lado, y seguir apareciendo atrás, frescos, pegando unos alaridos que retumbaban entre los cardonales, acuchillándole la gente por los cuatro costados, arrasándolos y empujándolos poco a poco hacia las últimas posiciones, donde, de golpe, vio a la yegua parda y a la chica en el centro mismo de un grupo de veinte hombres sobre los que el abuelo se abalanzó, enceguedo de sudor, de miedo y de sangre, sin darse cuenta, hasta que acuchilló a uno, que eran sus propios hombres. Si Laureano pensó algo, viendo esos ojos incrédulos que lo miraban desde la muerte, seguramente pensó cuánto mejor habría sido que lo degollaran los montoneros de Estanislao y no tener que aguantar, si vivía, el recuerdo de aquellos ojos. Cuando los santafecinos comenzaron a vadear el río, el viejo montó el moro de pelearlo a Rosas y ordenó la retirada. «A disparar», dijo, «a todo lo que den los caballos». Y los que quedaban de aquellos seiscientos, que habían sido tres mil y ahora eran cincuenta, se lanzaron casi a ciegas por las quebradas, hacia el poniente, que era como decir hacia la desesperanza, hacia la muerte de los sueños, hacia el exilio. Entreverados en la confusión, ganaron el camino paralelo a los bañados antes de que Bedoya tuviera tiempo de dispararles un tiro, y, a no ser porque el final de esta historia ya estaba escrito en las estrellas, dijo el astrólogo, acaso se hubieran puesto a salvo. Pero en algún momento de la noche se dieron de boca con dos escuadrones de Bustos, que nunca debieron estar ahí. Estaban acantonados en un caserío a menos de un cuarto de legua. Laureano ordenó desparramarse en grupos, para dividir la suerte. El último oficial que le quedaba, no aceptó: la guardia entera se abriría hacia el norte, para provocar la persecución, el abuelo y Aasta seguirían cortando los bañados hacia el sur de la Sierra de las Peñas, buscando entrar a La Rioja por San Luis. Laureano repitió, pero en otro tono, lo que ya había dicho en Ojo de Agua, que si alguno de ellos llegaba a Salta, se afeitara la barba y le besara el hijo. Cuando se separaron, relampagueaba de tal modo que parecía de día. Hacen falta muchas casualidades adversas para acabar con los hombres que tienen un destino. Esa sucesión de relámpagos fue una; que el capitán acantonado en el caserío fuera un jujeño renegado y le gustaran las tormentas eléctricas, otra. Había salido a mirar la noche y vio unos bultos, enfocó el catalejo y vio a la mujer. Gritó que ésa era la gringa de las alhajas y se lanzó con un escuadrón de treinta hombres detrás del abuelo. En realidad eran como cincuenta, dijo Lalo, pero la verdad no siempre es creíble. Para no hacerlo más largo, antes del amanecer ella estaba muerta y él degollado.

—Pero cómo lo contás así —dijo la gorda Austin—. Vos sos un ser imposible.

Lalo dijo que, históricamente hablando, eso fue lo que pasó. Si queríamos detalles, podíamos imaginar los refuciles, la inminencia del amanecer entre los

nubarrones, la vegetación de la zona, es decir, la vegetación de aquel tiempo, porque entre la erosión eólica y la civilización, el paisaje se había alterado muy mucho. La paja de las vizcacheras, el pasto crespo, la cola de zorro, el té pampa y el penachito blanco serían el fondo vegetal de esa carrera hacia los bañados. También algún aguaribay, algún ceibo que por algo es nuestra flor nacional y sobre todo acacias, ya que la acacia es un árbol sagrado, el árbol del amor y la fidelidad. Fauna lacustre, naturalmente. Patos salvajes y zambullidores. Y un revuelo de chuñas y bandurrias negras, sobresaltadas por el galope de los caballos. Laureano y Aasta van a la muerte como si remontaran la historia argentina hacia la edad de los saurios y los batracios. Tal vez hay por ahí grandes escuerzos, ampalaguas, ranas flautas, y en cuanto a los insectos, teníamos para elegir cien variedades de abejas, ochenta de avispas, ciento diez de sanjorges, mil de coleópteros, incluidas veinticinco especies de luciérnagas, algunas de tipo fétido como la célebre Juanita, por no hablar del bicho moro, que es una cantárida, del gorgojo y de la chinche de agua. Eso en cuanto al mundo llamado visible, dijo Lalo, ahora que si queríamos el paisaje interior, los horrores y ciénagas del alma, él podía contarnos lo que pensaba de lo que realmente pasó. Es muy probable que el abuelo, veterano en disparadas largas, le hubiera dicho a la chica algo así como que no apurase a la yegua, que la llevara levantada sobre la rienda. Sabía que aquellos cordobeses no tenían caballos como el moro y la yegua, sabía que a ese paso y con la ventaja que llevaban no había quien los alcanzara. Lo que no sabía es que cuando dijo eso, iba hablando con nadie. Aasta, que venía atrás siguiendo la huella que le marcaba Laureano, había rodado y estaba allá, como a dos cuadras, sola en medio de la noche junto a la yegua caída. No había gritado ni lo había llamado. Cuando el abuelo se dio cuenta, empezó la historia de amor más hermosa de la historia argentina. Pongan atención e imaginen exactamente lo que digo. La situación es ésta. Allá, en mitad de la noche, la chica, viendo que el abuelo da vuelta la cabeza y sofrena el caballo. Los relámpagos que permiten ver todo. Ella haciéndole señas de que siga solo, o quizá gritándolo entre los truenos. Más atrás, los treinta jinetes del capitán de Bustos. Y acá, el abuelo. Volver y enfrentarse con los treinta no era nada extraordinario. Como les dije, Ramírez peleó a cincuenta. Bastaba no pensar en nada para hacerlo, y lo que yo creo es que Laureano pensó. No puedo concebir que, entre las muchas cosas que en ese instante pensó, no haya pensado en su hijo, en salvarse solo, en la posibilidad de llegar a San Luis y de ahí subir a Salta o Jujuy y armar otro ejército, no se imaginan la cantidad de cosas que puede pensar un hombre en un segundo cuando de un lado está la muerte y del otro la vida. Si Laureano no pensó en todas estas cosas, entonces no hay historia de amor ni historia épica. Hay un jujeño bruto sin conciencia nacional, sin amor a la vida, sin miedo a la muerte, sin sentimientos humanos. Lo imponente de ese segundo no es que Laureano haya vuelto, sino que volvió sabiendo que lo perdía todo. Todo, hasta la mujer; porque lo

que aquella gente buscaba no era matar a la chica. Al fin de cuentas, él fue quien la asesinó. Supongamos que el abuelo no se vuelve. Consigue armar un ejército, cambia la historia del país y hasta salva la vida de ella. Tal vez la habrían violado un poco, no me aparto, pero si el cojer matara a las mujeres, todas ustedes serían fantasmas, dijo Lalo.

—Déjate de hablar disparates y contá bien el final —dijo Verónica.

—Pero si ya lo conté. Los peleó, lo degollaron. Antes mató como a quince. También la mató a ella.

El abuelo está junto a la chica. Le grita que monte en las ancas del moro. Ella no contesta, parece no escucharlo, mira como enajenada a la yegua quebrada, el blanco demencial de los ojos de la yegua es de un horror intolerable. No hay nada más espantoso que el dolor inexpresivo de los animales. Laureano ve acercarse a los treinta. Ya no hay tiempo para nada, piensa. Desmonta y habla con suavidad. «Cierre los ojos», dice, «voy a matarla». La chica cierra los ojos, él le pasa un brazo por sobre el hombro y cuando ella apoya la cara en su pecho le dispara un balazo en el corazón. Vuelve a cargar la pistola y sacrifica a la yegua. Después monta en el moro y carga contra los treinta. La última cosa que vio en este mundo fue su propio cuerpo, de pie, entre un montón de muertos y de hombres gritones que lo sableaban a mansalva; sin comprender lo que veía, vio desde el suelo su propio cuerpo decapitado, vio su brazo que todavía sostenía el sable, vio en el cielo una franja colorada que le pareció el amanecer.

## XIV

Pensó un momento y dijo:

—Juana.

—¿Juana de Arco o Juana la de Tarzán? —preguntó Espósito.

—Ninguna de las dos —dijo ella—. Juana la Loca.



## XV

A eso de las cuatro de la mañana, sólo quedaban en la quinta los sectarios más resplandecientes de aquel círculo mágico cuya gran sacerdotisa era Verónica. Desconfiando de los olmos del parque, Espósito busca un baño. En toda la casa no habría más de treinta personas, contando, por lo que vio al azar de los pasillos y las puertas, algunas parejas que hacían el amor en grandes o pequeños sillones, alfombras de Bokhara y aun en tradicionales camas. Una chica descalza, que daba la impresión de no llevar sobre su cuerpo más que un poncho colorado, se cruzó con Espósito en un corredor y lo saludó con su vaso. Tenía el pelo caótico y oscuro, y era ese tipo nacional de joven mujer que, al segundo de conocer a un hombre, le pregunta si cree que la angustia es la manifestación ontológica de la Nada. Pregunta, pensó Espósito apoyándose contra la pared, pregunta, pensó, mirando alejarse a la chica por el pasillo, a la que habría que responder que no. La angustia es la premonición del Mal; la sensación casi física de algo ominoso que nos acecha o nos espera en alguna parte. Pero ¿y si el Mal fuera el Bien?, como había dicho alguien que tenía cierta experiencia en el asunto. Una cara se materializó ante sus ojos y Espósito se encontró mirando el retrato de un señor con uniforme de húsar y grandes bigotes de morsa, lo que explicaba el rumbo inesperado que habían tomado sus pensamientos. Si la gente supiera qué hechos inadvertidos o nimios llevan a concebir ciertas ideas, se tomaría menos en serio. Jovencita presumiblemente desnuda cubierta de algo rojo: el Mal. Terrible soldado con bigotes a lo Nietzsche: el Mal puede ser el Bien. De ahí a las vizcachas de Pavlov no hay más que un paso. El mundo es una especie de Prueba del Laberinto que un Investigador algo jodón va complicando a medida que vivimos, para descubrir él alguna cosa que ignora; y a estas evoluciones de ratón las llamamos vida, alma, espíritu humano. Shakespeare o Einstein vienen a ser algo así como los chimpancés más despiertos o más alocados de este laboratorio. La esperanza en la inmortalidad de las obras del hombre es como si dijéramos la banana. Claro que, por pelar esa banana, cierta clase de tipos perderían la razón y el alma, si existieran. Yo debería pensar menos y mear más, me parece que eso es un baño.

La puerta estaba abierta y Espósito entró.

Bastían.

Doblado sobre el lavatorio, Bastían se mojaba la cara con las manos y parecía tan borracho como Espósito. Alzó los ojos y se quedó mirándolo por el espejo. Con la cara empapada, respirando con dificultad, el pelo chorreando y los ojos tan abiertos, tenía el aspecto terrible de un santo flagelado. Es fantástico cómo puede revelarse la gente si se la toma por sorpresa.

—Perdón —dijo Espósito.

Iba a salir cuando Bastían lo detuvo.

—No, quédate.

Nos matamos, pensó Espósito casi con indiferencia. Nos enroñamos para toda la vida, en el lugar natural. Gran final sinfónico del viaje a Córdoba, pelea de borrachos en un excusado. Revolcarse y gritar.

Bastían, sin secarse la cara, lo tomó de las solapas.

—Oíme —murmuró.

—Bastían —dijo Espósito.

—Oíme —repitió Bastían.

Espósito alzó las manos muy lentamente, sin brusquedad, como si cualquier movimiento innecesario pudiera desencadenar esa fuerza que había sentido en el pasillo. El mal, pensó, lo que está sucediendo en este baño es el Mal. Muy despacio, sujetó a Bastían por las muñecas.

—Salgamos —dijo—. Conversemos afuera.

—Oíme —volvió a murmurar Bastían.

Tenían las caras casi juntas. Lo de Bastían era algo más que una borrachera. Irradiaba un odio y una violencia tan intensos que lastimaban a Espósito. Pero no era sólo violencia u odio, era otra cosa. Es como el dolor, pensó asombrado. La locura debe ser así. Bastían echó la cabeza hacia atrás y con la frente lo golpeó en la boca. Un gesto raro, atormentado, como si estuviera dándose la cabeza contra la pared, sin furia.

Espósito consiguió ladear un poco la cara.

—Bastían —dijo, apretándole las muñecas—. Ignacio.

—Tenés miedo —dijo Bastían.

Espósito se hizo un poco hacia atrás y vio en el espejo que tenía lastimada la boca. Soltó una de las muñecas de Bastían, abrió con lentitud la mano y se la llevó a los labios, para limpiarse la sangre. Lo demás sucedió sin su intervención: Bastían alzó bruscamente el antebrazo como si se defendiera de algo, y la mano de Espósito, obrando sola, salió disparada hacia adelante, de revés, y golpeó con toda su fuerza la cara de Bastían. Bastían tropezó y cayó sentado en el bidet. Hizo además de levantarse; pero se quedó quieto, con los ojos muy abiertos.

—Levántate, por favor —dijo Espósito. Bastían lo miraba, sin moverse.

—Tenés que irte de esta casa —susurró Bastían de pronto—. No te das cuenta, imbécil. Tenés que irte de esta casa.

—Sí —dijo Espósito—. Sí.

Y, sin saber lo que hacía, volvió a golpearlo como si no pudiera gobernar su mano, que fue y vino.

—No me obligues a levantarme —murmuró Bastían con helada ferocidad, y la mano de Espósito se quedó quieta—. Yo también me hago preguntas. Yo también me pregunto por qué somos así. Por qué estamos tan cansados, por qué habiendo sido tan

intactos, tan puros, tan generosos, un día nos despertamos con el corazón corrompido.

—Estás borracho —dijo Espósito—. Levántate.

—Si me levanto puedo matarte —dijo sonriendo Bastían—. A mí también me gustaría saber por qué nos pasa lo que nos pasa. Yo creo que nadie lo sabe. Perdemos una ilusión y no buscamos otra. Y un día creemos descubrir que vivir no es bueno.

—De qué estás hablando, Bastían.

—No sé de qué estoy hablando.

—Levántate de ahí.

Espósito se acercó y lo tomó por los brazos mientras el cuerpo de Bastían, tirando hacia abajo, iba haciéndose un ovillo y las venas de su cuello y de su frente se marcaban como cuerdas bajo la piel. Los músculos de sus brazos parecían de mármol. Tiene una fuerza inmensa, pensó asombrado Espósito. Lo soltó.

Bastían aflojó el cuerpo y dejó las manos colgando a los costados del bidet. Sonreía.

—Hay algo malo en esta casa.

—Estás loco —dijo Espósito. Bastían cerró los ojos.

—Déjame, estoy bien —dijo—. Hay algo muy malo alrededor de todos nosotros. Desde hace uno o dos días, hay algo muy malo en Córdoba. —Abrió los ojos, se rió y lo miró fijamente—. A lo mejor sos vos.

Echó la cabeza hacia adelante y le escupió la cara.

Espósito salió del baño y cerró la puerta. Durante unos minutos deambuló por los pasillos hasta desembocar en un alto corredor abovedado con las paredes cubiertas de cuadros. Ahora está en el piso superior, tiene una botella de whisky en el bolsillo del saco y se aprieta un pañuelo mojado contra el labio.

Alguien lo toma del brazo.

## XVI

*Corredor de la quinta de Verónica. Cuadros en las paredes. Se llega por una escalera algo imprevista, ya que no está donde se supone que debe estar una escalera. Al fondo, gran ventana; relámpagos. Lejano ruido de fiesta. Entran, del brazo, el astrólogo y Esteban.*

ÉL:

Y ahora, ¿cómo sigue? ¿Tengo que mostrarte a Helena de Troya, a París, al dormidito en su frasco?, ¿rompen a cantar los insectos del parque?, ¿bajamos a buscar a las Madres, esas diosas fatídicas?

ESTEBAN:

No seas imbécil.

ÉL:

*(Suspirando)*. Tengo la desgracia de que todos ustedes me insultan. En eso me parezco a Shylock. Y ahora que lo pienso, Shakespeare, no Marlowe sino Shakespeare debería haber escrito el *Fausto*. Y todos los que vinieron atrás se habrían dejado de joder conmigo. Con el respeto debido a éste, aquél y al de más allá. ¿Conversábamos de qué?, como dice tu otro custodio.

ESTEBAN:

De mí, de lo que significa todo esto. Estoy borracho, o realmente...

ÉL:

Más o menos realmente. Pero no empecemos otra vez; todo esto ya lo discutimos en el ómnibus.

ESTEBAN:

Entonces es cierto.

ÉL:

Sí y no. Es un poco complicado para un logos argentino, al menos por ahora. Se dice que mi idioma materno es el alemán y mi segunda lengua es el inglés. Esa gente gutural, ya se sabe, puede hacer con toda naturalidad que una cosa sea y no sea, acordate de Berkeley y de Kant. Ustedes, los de origen románico e hispánico, tienen la manía de lo absoluto.

ESTEBAN:

*(Irónico)*. En el ómnibus no decían ustedes sino nosotros. ¿En qué quedamos?

ÉL:

La nacionalización de lo demoníaco, pichón, es tu asunto, no el del paisano aquí presente. Yo he venido a embarullar, corromper e inducir, también podríamos llamarlo seducir. Te voy a dar una pista. Si yo fuera Esteban ya me estaría contestando que el idioma del diablo no es ni remotamente germánico o sajón. Es griego y latino. Una alocada y terrible traducción de un verso fenicio. *¡Oh tú, estrella de la mañana!* y todo el chorro que sigue: ahí empezó esta historia que, en progresión decreciente, ha venido a parar al Cerro de las Rosas. Y *espiritualmente* la única lengua del todo apropiada al caso que nos ocupa es el venerable, simétrico, monumental y angélico latín de la Vulgata. O lo que es lo mismo, la lengua madre del diablo es católica y protocastellana. Todo eso argumentaría yo si fuera vos, y lo engalanaría con unos cuantos proverbios y coplas criollas. Pero veo que no te puedes tener ni parado, cuantimemos polemizar.

ESTEBAN:

Independientemente de mí, no te concedo ninguna existencia. Por lo tanto, todo lo que digas lo digo yo. Lo que ahora necesito saber es otra cosa.

ÉL:

¿Y a quién vas a preguntárselo?

ESTEBAN:

A vos.

ÉL:

Pero si somos uno solo y el mismo yo no hace ninguna falta en este corredor. Mejor me voy con Custodio. *(No se mueve)*.

ESTEBAN:

La naturaleza del castigo. Eso quiero conocer.

ÉL:

No sé si entendí bien.

ESTEBAN:

El castigo, animal. Cuál es el castigo.

ÉL:

La palabra es infierno, ¿o me equivoco? La palabra es Gehenna, Orco, Tártaro.

Hablamos del embudo bajo la ciudad de Jerusalén, de la gruta de Cumas. Hablamos de ayes, parrillas, fuego frío, caca, círculos, bolsones de maldad, resbalosas cornisas. En suma, decimos infierno. ¿Lo decimos?

ESTEBAN:

Lo decimos.

ÉL:

En cuanto a esa lamentable pregunta, debo contestar que estoy desilusionado y entristecido.

ESTEBAN:

No entiendo.

ÉL:

(Casi gritando). Que estoy decepcionado.

ESTEBAN:

Dije que no entiendo, no que no oigo.

ÉL:

Entendés. Si yo no soy más que sombra de tu propio pensamiento, un eco en un pasillo, si soy un poquito de tu locura puesto misteriosamente en el espacio, un *idola theatri*, si no existo, en suma, no te queda otro remedio que entender. Claro que si las cosas son de otra manera, antes de continuar esta conversación deberás aceptar mi existencia, y aceptar no sólo que soy sino que, además, estoy. Matiz muy español. No hablamos ni alemán ni inglés. Ser y además estar son nociones muy claras, aceptado lo cual, y no hace falta que intervengas, aceptado lo cual te digo que el motivo de mi decepción es que has perdido la gran oportunidad de tu vida. Pudiste ser arrogante, pudiste tener *hybris*, no preguntar nada. Nadie, ninguno de tus ilustres antecesores, dejó de pasar por esto.

ESTEBAN:

¿¿¿¿Por????

ÉL:

Por la pregunta, *cabeza* de chorlito. Qué manga de catequistas cretinos y literatos. Cuánto miedo y cuánto convencionalismo. Es lo que no le perdono al viejo Mann, esa payasada del fuego frío y los gemidos. Claro que él era un clásico y debía preservar la tradición; eso es lo peligroso de ser un clásico. (Pausa). No hay castigo.

ESTEBAN:

¿Cómo?

ÉL:

No hay Castigo Eterno. No parrillas. No fuego helado.

ESTEBAN:

Entonces...

ÉL:

Entonces un corno. No hay castigo en el sentido tradicional, en el ominoso y elocuente sentido dantesco, ni, para ser precisos, en el oxidado sentido occidental cristiano. ¿Cómo puedo explicártelo? Hay un karma, una infalible y fría ley de las retribuciones. Sus operaciones son interiores, secretas y decisivas.

ESTEBAN:

Lo que la abuela llamaba remordimiento, subproducto de la conciencia moral. Algo así como la justicia inmanente.

ÉL:

Algo así como la Justicia Poética, hijito querido, sólo que atroz. Pero, antes de que me enoje, vamos a precisar los términos. Nada de moral ni de justicia. Sabrás que soy filólogo y lingüista; sabrás que, en cierto modo, mi entera existencia depende de una debatida cuestión semántica, aquello del astro matutino o estrella rutilante, Lucifer, hijo de la aurora, desmoronado por el suelo a causa de su soberbia. Soy, aunque autodidacta, una autoridad en materia de palabras. Así que nada de moral ni de justicia, inmanente o no. La moral es un basurero donde todos los decaídos, malformados, incumplidos y pestilentes excretan la mala digestión de su conciencia para que las Personas de Bien vayan y coman. Y la justicia es una mascarita inconstante, inconsistente, errabunda, caprichosa, olvidadiza, evasiva, más bien putilla, y limitada humanamente por la muerte. Karma es horrenda como una Mantis Religiosa platónica, enorme e inevitable como la fatalidad; impasible, infalible e incorruptible...

ESTEBAN:

Como Dios.

ÉL:

Como tu abuela. Y te hago notar que si persistís en esa maníaca tendencia a la teología escolástica te abandono para siempre en este pasillo. La condenación,

ahijadito querido, el Infierno, el castigo, está en vos. Como el man; en la vaina, como el whisky en esa botella. Como la perla en la ostra desdichada y luminosa que por azar engendró una perla y debe pagar por ella con la vida. Karma es *in potentia*; está latente y al acecho, como tu alcoholismo de los próximos trece años, para expresarlo de manera profética e inexplicable, según se mire. El Infierno está en Esteban como Esteban ya está en el Infierno. Es Esteban. Pero ¿cómo decirlo sin confundirte o alarmarte? Sobre todo es *más* que Esteban. Con tu permiso. *(Saca un librito del bolsillo del gabán, se cala unos lentes redondos, busca parsimoniosamente una página. Está apoyado, con las piernas cruzadas, en una baranda de madera que, por alguna razón, da a la sala de la fiesta. Esteban comprueba, sin ningún asombro, que el astrólogo no sólo está apoyado en esta baranda sino también allá abajo, discutiendo animadamente con el padre Cherubini. No se ve por ninguna parte a Graciela, tampoco al adolescente de mirada sombría).* ¿Me viste allá? *Diabolus ubique*, pero no te me distraigas con el mundo fenoménico, estamos en el ombligo mismo de la cosa-en-sí. Sobre todo, decíamos, Karma es más que Esteban. *(Hojeando el librito)*. Esteban es pequeño, envalentonado y efímero; ella es grande, imperturbable y eterna.

ESTEBAN:

Por favor, no digamos disparates. Hace unos minutos no había castigo eterno, ni siquiera había eternidad.

ÉL:

No en el sentido tradicional, pierrot. No como en el catecismo o en el inmueble de Parménides. Ni tampoco como en la espeluznante calesita de nuestro tremendo bigotudo de Sils María. Ni como en los ciclos brahamánicos ni, para resumir, de ninguna manera que hayas oído hasta conocerme a mí. Karma es eterna porque el hombre es eterno *mientras* vive. Eterno como la Efímera, volátil que te preocupa tanto. Como el nadita aquella de la isla de Poe: la que se extinguía y daba vueltas y vueltas en un atardecer liliputiense. Como cualquier cosa microcósmica o titánica que tenga conciencia de que existe. ¿No te das cuenta? Basta negar la vida después de la muerte para ser eterno. Lo único que hay es la plena certidumbre de existir ahora y aquí, con ese cuerpo y con esa memoria. Y ahora es siempre. Fue ayer y será mañana, suponiendo que mañana amanezca. Hasta en la agonía se tiene conciencia de estar vivo, hasta en el momento de tragarse el raticida. Nadie siente su muerte, como nadie sabe que duerme. Sabemos que hemos dormido porque recordamos los sueños o las vueltas que dimos en la cama; vale decir, porque nos despertamos. Morir del todo y para siempre, sin conciencia de haber sido algo, es lo mismo que ser



eterno. Es ser eterno ahora.

ESTEBAN:

No estoy seguro de experimentar una gran consolación. La perspectiva tradicional me hacía sentir mejor.

ÉL:

¿Las arpas? ¿La contemplación cara a cara? ¿El *videmus nunc per speculum et in aenigmate*? No descartamos la posibilidad. Sólo que, como diría Custodio, *rari nantes in gurgite vasto*, ya estamos embarcados en otra secuencia de la fatalidad y no hay tu tía. ¿O tal vez debo recordarte que tu pregunta era sobre la naturaleza del Infierno?

ESTEBAN:

Que, planteado así, ha vuelto a ser eterno.

ÉL:

(*Ecuánime*). Planteado así, sí. Y planteado a la manera antigua, también. Sólo que, a la manera antigua, admitía el cielo. Bastaba arrepentirse, y a soplar la cornamusa. Karma paga y cobra sus cuentas aquí abajo, y no hay arrepentimiento que valga. Nada perdona y nada se le escapa. Ni una veleidad, ni un abandono, ni un sueño culpable, ni una bufonada. Y de ningún modo te juzga desde tu ignorancia presente, sino desde el punto más alto de tu conciencia ética. Un ejemplo mínimo, ¿recordamos la alegría victoriosa de aquel cascotazo que dejó tullido a un inocente pajarito, allá en la edad dorada? ¿Fue un hondazo certero o un acto criminal? No hables, no te defiendas. Apechugue a lo varón, hijo de puta. El niño candoroso de excelente puntería sigue riendo en el pasado. Es inocente. Pero ¿cuánto duró la inocencia, la irresponsabilidad, la cristalina risa pueril? Lo que dura el perfume de un jazmín en la palma de la mano que lo corta, lo que dura un camote en el hocico de un chanco. Nada, menos que nada. Porque el niño, inmediatamente atacado de Karma, infernalizado para siempre, condenado al fuego eterno por asesino de pajaritos, supo que más le valiera no haber nacido. Soñó esa noche, tuvo fiebre. Sueña todavía. Tendrá pesadillas con ratas y verá aguavivas al borde de su cama, pero nada será peor que esa ala rota, que esa derrengada vida mínima.

ESTEBAN:

Lo maté. Lo maté inmediatamente para que no sufriera.

ÉL:

Lo mataste para no *verlo sufrir*, y lo mataste bien muerto, lo que echa alguna luz

sobre tu idea de la misericordia. Casi lamento haber abolido lo de las parrillas y la caca. Y ahora bien, si un acto originariamente inocente o irresponsable es suficiente para habilitar un nuevo bolsón del Infierno, ¿cómo juzgará tu Karma otras relaciones menos excelentes, más adultas, absolutamente inmundas, perniciosas, inconfesables y del todo innobles? Ésa es, querido hijo mío, una parte de la naturaleza del castigo.

ESTEBAN:

¿Una parte?

ÉL:

Correcto. La porción correspondiente a lo que hemos llamado tu eternidad personal. Claro que hay más, siempre hay más, y por eso te pedí hace un momento que no confundieras esto con la justicia inmanente, ni con ninguna otra clase de justicia meramente humana, esas arrastraditas que operan sólo hasta el límite de la tumba. Porque a la hora de tu muerte, cuando la suma parezca consumada, Karma echará a reír con grandes risas, y entonces empezará a obrar de verdad, sólo que de otra manera.

ESTEBAN:

Pero eso es otra vez el Infierno más allá de la vida. Eso es lo mismo que la existencia del alma.

ÉL:

El whisky y el miedo te ponen místico, ¿lo notaste? No, matador de pajaritos, no, el alma no existe. O, para no ser taxativo, en este caso particular no hay, en tu alma, nada que pueda llamarse alma, puesto que Esteban no cree en ella. ¿O sí cree? Cree en un complicadísimo y sutil entretejido de luminarias, reacciones químicas, estructuras enrarecidas hasta poder ser llamadas espirituales, pero, como Sócrates el día de la cicuta, no se atreve a afirmar que eso lo sobreviva en el más allá. Lo que sí admite es cierto tipo de trascendencia, triunfando del Gusano Conquistador. Triunfando, claro, es un modo de hablar. Digamos, más bien, que existe un cierto tipo de trascendencia sobre la que nuestra Mantis Religiosa infernal, fría e inexorable, sigue operando. Una novela póstuma, *verbi gratia*. O una de esas viudas que dan conferencias en el Rotary. O, para que no imagines nada personal en la elección de los ejemplos, un hijo malandrín o justiciero. ¿Te has fijado en la cantidad de vástagos esfumadizos, imperceptibles, decididamente mongólicos o meramente rencorosos de sus padres que dan los grandes hombres?

Karma. O el malentendido que la posteridad urde y trama sobre la memoria y la

obra de ciertos difuntos: Karma. Una fotografía dormida en un cajón, y en la foto el memorable finado con una niña o jovencuela en una plazoleta equívoca: Karma. ¿Qué otra cosa sino el Infierno fue lo que se precipitó sobre papá cuando ciertas cartas y un retrato cayeron sobre su cabezota? Karma para ella y Karma para él. Mantis de cabecita poliédrica y giratoria, escudriñando el corazón de todo el mundo. *Videmus nunc per speculum, e domani te viderán cum la lupa et lo microscopio*, diría Custodio. «El Infierno es la mirada de los otros», sí señor. Y sobre todo es la memoria de los otros. Karma es, en resumen, la cárcel que en su vida y más allá de la muerte construye todo hombre con sus canallerías, mezquindades, deslealtades, traiciones, olvidos, cobardías, desaprensiones y jodiendas. Por eso las cosas que le pasan a un hombre se parecen siempre a él; lo que llamamos casualidad o suerte perra son atributos de la persona, autofatalidades, son algo así como la trenza con que cada uno va tejiendo la soga con que se ahorca. O, para no generalizar: que Esteban es responsable de todo lo que es, y, como su naturaleza viene un poco cargada de Schuld, Sorge, mesianismo y pecado hispánico de haber nacido, es responsable de todo por todos ante todo el universo, frase que te suena, sí, pero que te suena demasiado bajito, hasta el día que estalle como un trueno y, por decirlo así, te parta el alma. ¿Está claro?

ESTEBAN:

No. Huele a Teosofía de zapatero anarquista. Huele a viejo libro editado por Tor.

EL:

A azufre, huele a azufre de alta calidad y olor penetrante.

ESTEBAN:

De cualquier modo, hemos venido a parar al apellidado problema del Bien y el Mal. Te guste o no, estamos en plena Razón Práctica, versión argentina. Me suponía más original. ¿O debo decir te suponía?

ÉL:

Escúchame bien, payaso. ¿Cómo podemos haber ido a parar al problema del Bien y el Mal si a vos nunca te importó ese problema? Yo soy una ilusión de tu locura o un interlocutor real, existo o no, pero en ningún caso puedo transgredir mi propio código. No puedo articular una sola palabra que, en cierto modo, no provenga de vos.

ESTEBAN:

(*Algo molesto*). Eso mismo lo dije yo, hace un momento.

ÉL:

Dijiste algo parecido, no esto mismo. Hay que tener en cuenta las formas adverbiales, los tonos, las intenciones. Hoy querías a todo trance negar mi realidad, y yo no puedo permitir eso. Ahora, misteriosamente asustado, preferirías estar dialogando con el Fulminado en persona a estar hablando solo. Tampoco puedo permitirlo. Mi esencia es la contradicción, la ambigüedad. Soy el Adversario, etimológicamente hablando. Soy malo, el Malo. De ahí que, exista o no, nuestro problema no puede ser el Bien. El Bien nunca existió como problema. El Bien, suponiendo que la palabra signifique algo, es como el Ser; ahí están esa piedra o ese planeta, y esas cosas son, está bien que sean. ¿Qué hay de malo en una nebulosa, en aquel árbol zarandeado por la tormenta? El gatito se come al ruiseñor, qué bien. Nadie puede inculparlo de nada, ni a él ni al virus de la lepra ni a las arañas que salen del huevo y devoran a su madre, como ella, antes, benévolamente se comió a su esposo. Eso es así. Lluve para abajo, el mar es salado, el Vesubio entra en erupción y sepulta a la alegre Julia Felice y al resto de los cachonderos vecinos de Pompeya. *¡Fa male! Fa bene!*, ¿qué otra cosa puede hacer un volcán? Eso es el bien, el puro suceder de la inocencia ciega, sin culpa, armoniosa y equilibrada a su manera, impasible, desinteresada, bonachonamente catastrófica. Todo lo demás es el Mal. Y todo lo demás es el hombre. El homo de los griegos, el que mide, el homo que homologa y valúa. Lo que habría que preguntarse no es qué son, metafísicamente hablando, el bien y el mal, sino cuánta cantidad de mal *humano* le está permitido causar a un hombre, sin contravenir a la naturaleza y a sus leyes, sin romper algún delicado equilibrio.

ESTEBAN:

¿Cómo?, ¿cómo? (*Inquieto*). Ésa no puede ser una idea más, esas palabras no provienen de mí.

ÉL:

(*Mirándolo por encima de los anteojos*). Ya van a provenir. Momentáneamente, debo desaparecer. Va a hacer su entrada Etelvina. (*Sale*).

CORO DE LOS INSECTOS:

(*Desde el parque*).

¡Hossanna! ¡Hossanna!

Todo lo que es, es como es.

Y la estrella lejana,

la mariposa y el ciempiés.

Sólo una cosa está mal.

UN PAJARITO:

*(En la ventana, clavándole los ojos a Esteban).*

¿Cuál?

*(El pajarito, que es un pinzón, se espulga un poco, se sacude, salta de la ventana al suelo y, sin cambiar demasiado, se transforma en la señorita Cavarozzi, quien, por lo visto un poco ebria, parece buscar un baño).*

CORO DE LOS INSECTOS:

Juguemos en el bosque  
mientras el Mal no está.

¿Mal está?

UN MAMBORETÁ:

*(Comiéndose impasiblemente al coro).*

Está.

*(Algo, una sombra, aparece de pronto. Ha llegado por la escalera que está a espaldas de Esteban, quien bebe del pico de la botella. Durante unos segundos, el otro observa con sigilosa inexpresividad).*

ESTEBAN:

*(Sin darse vuelta).* No seas mamarracho, sé perfectamente que estás ahí.

ÉL:

Sí, suelo emitir una corriente algo fría que se me adelanta. No te des vuelta. Puedo tener un aspecto impresionante, si no tomo precauciones.

ESTEBAN:

*(Volviéndose rápidamente).* Qué aspecto.

ÉL:

*(Riéndose).* Era una broma. Muy bien, hemos debatido sobre algunas cuestiones y te he revelado, hasta donde me es posible, la naturaleza del infierno. Qué nos falta. No es necesario que contestes; mis mejores preguntas casi siempre son retóricas. Poseo un discurso en cierto modo coral, lo que no tiene nada de extraño ya que uno de mis nombres es Legión. Vos limitate a beber, nosotros podemos hablar solos durante trece años, y en realidad vamos a hacerlo. Una de las cuestiones es ésta. Me has vendido o venderás el alma, ¿canjeado?, la palabra justa es canjeado.

Sólo que uno de los interlocutores de este prosologión apenas cree en el alma, lo cual plantea una dificultad. La otra cuestión es que todo canje supone una retribución. Muy bien. Prescindamos del alma en su acepción tradicional. Observarás que no digo neguemos. Tal vez soy, como parece, el Ángel Negador, pero hay algo que me está negado a mí: negar el alma. Alma, en este contexto o pasillo en penumbras, significa espíritu. Tus luminarias, el enrarecido y sutilísimo producto de ciertas combinatorias a las que denominamos imaginación, memoria, inteligencia, sensibilidad, pasiones. La conciencia existencial y la conciencia ética. Todo, en suma, lo que no es meramente visceral o zoológico. Eso me pertenece a mí. Lo humano y valuator, lo no simiesco del mono. Y yo a mi vez soy tu servidor y esclavo. Tu alma a mi servicio y yo al servicio de ella, en el fondo es lo mismo. Y esa colaboración o amistad morganática durante un determinado período o plazo inexorable, que no hace falta precisar ahora para no estropear una de las cosas lindas de esta vida, su incertidumbre, el olvido cotidiano de la muerte.

ESTEBAN:

No.

ÉL:

No a qué.

ESTEBAN:

No al trato. No hay trato ni veo trato alguno.

ÉL:

El trato ya está certificado y en regla; el trato fue hecho en el pasado y el pasado es irreversible. Nunca dependió de tu voluntad. Hay trato y ya hubo canje. Lo que no hay, y esto lo supiste siempre, son garantías. ¿O vamos a estar hablando toda la noche de lo mismo? Prosigo. Con todo esto se hará un libro, cosa que ya también sabías y que acabas de anunciarle, como primicia, al pinzón de la ventana. Tu obligación es escribir lo que oíste de mí, y lo que oirás. Te dejo embarullar todo y mentir cuanto quieras. Pero no falsear algo.

ESTEBAN:

Qué.

ÉL:

A mí. Yo debo ser así. O sea, casi no ser. Todo lo que concierne a nosotros, quizá, no sucede más que ahí dentro. (*Le toca la frente, se alarma*). Vos tenés fiebre, querido.

ESTEBAN:

Sí, siempre tengo fiebre y me duele la cabeza y, en ciertas ocasiones, me zumban los oídos. Debe significar algo, ¿no?

ÉL:

Seguramente.

ESTEBAN:

Y qué más debo o no debo hacer. No es que me importe, pero estoy esperando que termines para volver a lo esencial.

ÉL:

¿Lo esencial? Nunca hemos abandonado lo esencial. No te dejes engañar por mi tono bromista y carnavalesco. Aprendí *Theologiam* y *Metaphisis* en los más altos claustros, pero, supongo que deberías saberlo, mi habla proviene de las casas públicas, de los mercados, de las cárceles, mi reino es enteramente de este mundo y en este mundo todo puede ser dicho con *vulgar eloquio*.

ESTEBAN:

¿Claustros? ¿Estudiar? Hace un rato éramos autodidactas.

ÉL:

Altos claustros, dije. Cátedras fulgurantes de eminente y vertiginosa altura.

ESTEBAN:

No estarás insinuando que...

ÉL:

¿... soy en efecto un Ángel? ¿Educado en los pináculos del cielo? ¿Te gustaría? (*Suspirando*). Yo mismo no lo sé; me pasa conmigo lo que a Agustín con el tiempo. Volvamos a lo esencial, lugar del que nunca hemos salido. ¿Qué entendés como esencial?

ESTEBAN:

Mi libertad.

ÉL:

(*Sentándose abrumado*). Qué palabrota, qué manera brutal de decir lo que se piensa. Vamos a ver, ¿te referís a tu libertad para aceptar o no mis condiciones?, ¿a tu libertad existencial?, ¿al libre arbitrio?, ¿a la kantiana libertad para elegir tu

ser aunque no puedas elegir tus actos?, ¿a la libertad llamada de indeterminación? ¿Es una pregunta teológica, filosófica, medieval, renacentista, moderna? ¿Tal vez una pregunta contemporánea que se ubica más allá de la decadente modernidad y exige un nuevo sistema de valores? ¿Tal vez oí mal?

ESTEBAN:

*(Violentamente)*. Voy a agarrarte del pescuezo. Voy a acogotarte y tirarte por esa ventana, seas quien seas, y aunque no estés ahí. Voy a hacer algo absolutamente original e inesperado y del todo nacional y latinoamericano. Voy a darte una patada en el culo como nadie imaginó nunca. *(Se acerca)*.

ÉL:

*(Apreciativo)*. Muy bueno; rasgos como éste te han ganado nuestra simpatía, hace mucho tiempo. Ya puedes calmarte y escuchar. Sos libre, en efecto. Libre en el sentido y la acepción que quieras.

ESTEBAN:

Y qué significa, entonces, eso de que haga yo lo que haga nuestro trato está dispuesto desde antes y es irrevocable. Qué significa que mi voluntad no cuenta.

ÉL:

Te lo dije al principio, el idioma español no está aún trabajado por el pensamiento, no es elástico ni lo bastante polisémico, metafísicamente hablando. *(Esteban hace ademán de acercársele)*. Está bien, está bien: no te levantes ni pongas tu mano sobre mí. Evitaré los circunloquios... Me das miedo, te juro. Jacob combatió con Gabriel una noche entera, todo es posible. ¿Qué era lo que te preocupaba? No me ayudes, no digas nada. *Primo*: voluntad y libertad no son la misma cosa, ni ahora ni antes ni en ninguna parte. Nuestro contacto no fue voluntario, como no es tu voluntad que ciertos microlaberintos de tu parénquima y ciertas funciones de tu excelente hígado hayan venido al mundo extraordinariamente interconectadas, como te explicarán algún día. *Secondo*: Nada estaba dispuesto con anterioridad, si por dispuesto entendés el Destino, la Moira o cualquier fatalidad clásica en ese estilo. Vos estabas dispuesto, ávido, preparado, vos clamabas por nosotros *de profanáis* y a grito pelado desde el vientre de tu madre. Tu estructura más íntima, tu dibujo genético, tu mariposa embrionaria ya volaba hacia esta luz como una polilla nocturna hacia la vela. *Tertio*: Nada de lo anterior menoscaba tu libertad. Esteban pudo negarse, torcer el rumbo, elegir la otra puerta. *Fínale con fuocco*: Pero, hagas lo que hagas, elijas lo que quieras, me patees el culo o me lo beses, según el antiguo rito sabático, nada podrá evitar que estés vinculado a mí, adherido a mí. Este vínculo



no se elige. Tu amigo Santiago, por ejemplo, nunca me tomó en serio. Nunca me aceptó; voluntariamente me negó, llevó su libertad hasta el más absoluto de los extremos. Escribió poco, eso sí, pero quién está exento, trate o no conmigo. Y de qué le sirvió. Ni siquiera va a conseguir salvar su alma inmortal, suponiendo que él la tenga.

ESTEBAN:

¿Santiago?

ÉL:

Totalmente endemoniado. Diabolizado y endiablecido potencialmente hasta la genialidad. Pero ¿cómo decirlo de un modo generoso?: mal aspectado. Con demasiado Saturno en la casa de Orfeo. *Non ragionam di lei, ma gualda e passa.*

*(En lo que podría llamarse uno de los laterales, a la derecha del espectador, se ilumina la habitación de Santiago. Se oye un estruendo y se ve un fogonazo. Un objeto esférico, algo más grande que una pelota de ping-pong, salta desde alguna parte y rueda sobre el piso. La perspectiva del observador cambia. Como si la habitación se viera ahora a través de una lente de las llamadas ojo de pescado. Se ve la pierna de Santiago, enroscada a la pata de la silla; el brazo derecho que se bambolea, en el extremo del brazo, la mano que sostiene la pistola. Haciendo un esfuerzo, se lo ve todo. Perfectamente. Con detalles y en color. La disposición de las figuras parece filmada sobre una superficie convexa).*

ESTEBAN:

*(Gritando).* ¡No!

ÉL:

Sí. *(La habitación desaparece).* Todavía nos queda un poco de satanismo medieval y de la magia simpática. Sí. Santiago acaba de matarse. *(Alzando un dedo).* Te pidió que te quedaras con él. Peor que pedírtelo: te lo insinuó, con recato y expectación. Con pudor argentino. Siempre fue patético y simulador. De chico se escondía a rezar en los roperos. No me preguntes cómo lo sé, porque carece de importancia comparado con lo que vos sabías. ¿Qué sabías? Sabías que se iba a matar.

ESTEBAN:

Qué estás diciendo.

ÉL:

Ahora no estoy diciendo nada, en cambio dije lo que oíste. Vos sabías, y ahora sí lo estoy diciendo, que Santiago se iba a matar. En rigor, vos lo mataste. ¿Lo

viste todo, clarito y en relieve?, ¿desde el ojo? (*Hace un amplio gesto circular*). Todo este cinemascopio te pertenece. «Todas estas imaginaciones son tuyas», ha sido escrito, venerablemente. ¿Cómo articularlo dentro de los límites de la razón pura? Es como si tu imaginación adelantara, a veces. Presbicia, es el nombre técnico. Por ejemplo, ¿no sabías que iba a suceder lo de las Máquinas que Cantan? Sí lo sabías. Entonces sucedió.

ESTEBAN:

Lo que estás diciendo es un disparate. ¿O intentas sugerir otra cosa?

ÉL:

No es ningún disparate. Pero también estoy intentando sugerir otra cosa. Sería una pena que no te dieras cuenta, que nadie se diera cuenta. Tengo que irme otra vez. (*Aparte*). Quien va a entrar es Verónica. (*Sale*).

ESTEBAN:

(*Solo*). Realmente, no sé lo que quiso decir. ¿Debería saberlo? (*Pausa*). ¿Quiso decir algo? (*Trompetería. Truenos*).

VERÓNICA:

Tengo la impresión de que estás hablando solo. ¿Qué haces acá arriba?

ESTEBAN:

Buscaba un baño.

VERÓNICA:

¿Lo encontraste? Hay once. Por no contar los árboles. Hablando de árboles, Roque tuvo que irse y te dejó saludos.

ESTEBAN:

No entiendo la relación.

VERÓNICA:

Los vi, hace un rato, conversando animadamente uno a cada lado del nogal. ¿Qué te pasó con Bastián?

ESTEBAN:

¿Con Bastián?

VERÓNICA:

Sí. Se fue. Dijo que en vos había algo maligno y que necesitaba hablar con Santiago, parecía un poco loco. Son más de las tres de la mañana. El vino y las

tormentas les hacen mal a ustedes.

ESTEBAN:

Quiere decir que él también sabía lo de Santiago.

VERÓNICA:

¿Sabía que?

ESTEBAN:

No tiene importancia. ¿A qué subiste?

VERÓNICA:

Bueno, cómo explicarte; ésta es mi casa, no sé si eso te dice algo. Mi cuarto está ahí, a la vuelta. Y, ya que subí, voy a decirte dos cosas, que en realidad no son dos. Qué complicada me pone este pasillo, deben ser los cuadros. Primera cosa: yo que vos cuidarías un poco más a la adolescente del Ojo de Esmirna; en esta casa nadie está seguro. Hace más de una hora que está conversando, o algo, con alguien, en algún lugar.

ESTEBAN:

Ya lo sé. ¿Segunda cosa?

VERÓNICA:

Ya te lo dije, hace un momentito. Mi cuarto está ahí a la vuelta, en la galería que cruza esta galería. Supongamos que en algún momento te sientas, o te quedes, solo. No vas a creerlo, pero abajo hay un plano de la casa, colgado en la pared de la cocina.

*(Verónica desaparece en la galena transversal).*

ESTEBAN:

*(Solo).* A ella sí la entendí. Qué noche extraña y cambiante. ¿Qué irá a pasar ahora?

*(Entra súbitamente un abejorro. Es dorado y hermoso y vuela ruidosamente en círculos excéntricos, a gran velocidad. En realidad se trata de un ángel).*

ÉL ÁNGEL:

*(En pancocoliche, con una voz extraordinariamente parecida a la del padre Custodio Cherubini).*

*Pasa que si no te oyo in excelsis te me hundís al Malebolge. Benedictus qui venit in nomine Domini. Si non te curo, la Bestia te convence, te criminaliza, te*

*stupefaziona con la sua arpada lingua de ornithos. ¿Emplíé bien? Estebanito, mnemosiná un poco tu intra parvulus, acordate de cuando estudiábamo il Cathecísmus per tomar la Communio con la linda catequista de la vuelta y ni pensábamos que usaba bombacha. ¿E il perrito overo che portamo a casa? El bien es la morada del Ser, la pegó Satanás, ma no sólo a la Naturaleza. ¿O el homo humanus que sale como la flor y es cortado non pertenece a la Natura? ¿De ande te eres que saliste? Nominame una res única, piojo o baobab, que no sea natural y toda relucida de divinidad. Convertite otra vuelta, Estebanito. Facile molto est. Il faut s'abetir y listo el pollo. ¿Non te acordás cuando stabas triste y te encerrabas a perorar il Pater Noster al ropero? (Sale con vértigo).*

ÉL:

*(Volviendo a entrar).* Te veo demudado. ¿Algún otro descubrimiento poco razonable? ¿Algún recuerdo súbito? ¿Alguna analogía biográfica que tiñe con luz ominosa nuestro futuro? Debo confesarte que un buen suicidio a lo Santiago también es uno de tus caminos, pero no es el momento de tocar ese tema. O, por lo menos, no tan a ras de tierra. Lo que sigue, la verdadera catástrofe de esta tragedia, ocurre en otro Camino de Santiago. Te me escabullíste esta tarde, en el Observatorio, pero no contaste con que Verónica, por razones sentimentales que no hacen a la cuestión, se hizo construir un pequeño planetario. Vas a tener que seguirme.

ESTEBAN:

Hace frío. No pienso bajar al planetario.

ÉL:

La palabra exacta no es frío. Tampoco es bajar.

*(Como si la casa entera se desplazara alrededor de Esteban y el astrólogo, sin que ellos se muevan, se ve retroceder el pasillo, aparece una escalera, una puerta ventana, viene avanzando el parque y ya están en el interior del planetario).*

ESTEBAN:

No me impresiona. Yo mismo puedo hacer este tipo de cosas cuando duermo. Se llama soñar.

ÉL:

Sí. Me han comentado que los sueños suceden como es debido. Yo no duermo nunca. Dicho de un modo poético: yo soy los sueños. *(Apaga la luz. Enciende el proyector del planetario. En la bóveda del techo aparece la semiesfera del cielo.*

*Nítidas y resplandecientes se ven las constelaciones del Sur. El astrólogo señala el horizonte.) «... E vidi quattro stelle, non viste mai fuor ch'alla prima gente». Ésa es otra de las muy buenas razones por las que no soy ni podría ser nórdico. ¿O yo no me enrosqué en árbol de la *prima gente*? «O setentrional vedovo sito, poi che privato se de mirar quelle». En cuanto a tu jactancia sobre los milagros que realizas en sueños, yo, en tu lugar, estaría sumido en negras reflexiones. Qué es la vida, por ejemplo.*

ESTEBAN:

¿Qué es la vida?

ÉL:

Para el despierto, un mundo construido sobre la muerte, para el dormido, un mundo hecho de ilusiones. Tal vez habría que encontrar una existencia intermedia, algo como el sonambulismo, como la locura.

ESTEBAN:

*(Irónico)*. El arte.

ÉL:

Por ejemplo. *(Lo observa. Por fin se acerca, le da un tironcito de la manga y, cuando Esteban se inclina, le habla largamente al oído. Esteban cambia de expresión mientras escucha, con los ojos muy abiertos. El astrólogo vuelve junto al proyector)*. Y ahora, por favor, un poco de recogimiento. *(Echa a andar el aparato. La esfera del cielo, con casi imperceptible lentitud al principio, se pone en movimiento)*. Ahora, querido hijo mío, hagamos silencio y respiremos apenas porque hemos llegado a este planetario para cumplir, por fin, una agradable formalidad. El viaje a las estrellas. Desentendámonos un momento de las inmóviles realidades de allá abajo, y a volar, paloma. ...¡Upalalá! Este enjambre es la Vía Láctea, el llamado por los antiguos Camino de Santiago, y estamos viajando hacia las profundidades de Sagitario en una colosal órbita elíptica que parece no tener fin, ni finalidad, metidos en este planetario de juguete que, metafóricamente, viene a ser el Mundo, y que si fuera el mundo tendría un peso aproximado de seis mil trillones de toneladas. A una velocidad relativa de ciento treinta mil kilómetros por hora, metro más metro menos. No debe impresionarte. Las Híadas, de las que ya dijo su palabra Homero, viajan mucho más rápido, y puedo jurarte que hemos visto casos de estrellas volando hacia la nada a veinticinco mil kilómetros por segundo. Mirando desde arriba y a cierta velocidad, varios urgentes y patéticos tópicos de allá abajo, Graciela incluida, tienden a parecer menos formidables. ¿Qué es la vida? ¿La vida del hombre?

Para que tengas una idea aproximada del ámbito donde acontecen ciertos fenómenos que Esteban y compañía llaman amor, muerte, mundo contemporáneo, belleza de una mujer, belleza a secas, felicidad, desesperación, historia humana, te voy a dar un pequeño ejemplo. Suponiendo que nuestro formidable Sol tuviera la dimensión de una mota o balón de dos milímetros de diámetro, la próxima estrella, o, ya que hablamos a escala Lilliput, el próximo moco cósmico con luz propia deberíamos colocarlo a una distancia como la que separa este parque de Ascochinga. Así es, vecino. Si el Sol tuviera el tamaño de un culo de luciérnaga no habría, en cincuenta kilómetros a la redonda, ninguna otra lucecita semejante. El hecho, en cierto modo grandioso, de que nuestra lenteja incandescente, la Vía Láctea, tenga unos cien mil millones de soles, no debe hacerte olvidar que en esta broma gigantesca que llaman Universo lo que más abunda es Nada. Por eso, mi cuate, la noche es negra. El aparente abarrotamiento de los astros es una mera cuestión de enfoque. La Tierra está situada de tal modo que miramos el cielo a lo largo de la lenteja; pero, en cuanto miramos a lo ancho... no hay más que frío y terror, silencio y soledad. Mañana te vas de esta ciudad en un ómnibus Flecha de Plata que avanzará a cien kilómetros por hora; doce horas después estarás en Ítaca, viudo de toda Penélope aunque muy bien recibido por cierto perro que te espera al pie de una escalera. La pregunta es: a esa velocidad, ¿cuánto tardaríamos en llegar hasta nuestra compañera de ruta más cercana, la Próxima de Centauro? No simules calcular, estás demasiado borracho, yo te contesto. Cuarenta y cinco millones de años. Cuatrocientos cincuenta mil siglos. No hay tiempo, Esteban, ni la noche es tan larga ni lo que queda de tu cuerpo tan incorruptible. Y aunque llegáramos, ¿qué habríamos adelantado? ¿Qué veríamos? Lo mismo que una mariposa que liba otra flor en la tumba contigua del cementerio. La misma desolación, las mismas lámparas tiritando colgadas de la misma noche. Tan lejanas, tan inalcanzables. Para el viaje que te propongo, hijo mío, hace falta estar hecho de la misma materia que la luz. Ni siquiera. De la misma materia que el pensamiento. Ni siquiera. De la misma materia que las pesadillas y los sueños. ¿Upalalá? Upalalá. Ahora hay que mirar y pensar como miran y piensan los ángeles, porque el Camino de Santiago se ha animado y la humareda que veíamos desde allá abajo es esta caótica colmena de espiras y estallidos donde vuelan encadenadas millones de falenas hermosísimas y también algo espantosas, entre las cuales ya no se distingue nuestro Sol, que acá arriba no es rey ni centro de nada, sino una de las hilachas de esta inmensa polvareda de oro y plata; y nuestro planetario, el Mundo, tan vasto y pesado con sus seis mil millones de toneladas, ha desaparecido por completo junto con las obras del hombre y su memoria, en algún lugar profundo de este circo en llamas. ¿Ves aquello, que

parece el perfil inconmensurable de una mano galáctica, que parece un ave de rapiña cayendo de la nada? Es la gran nebulosa de Orion. Y esa figura espantosa que parece un águila empavonada con las alas extendidas, que parece un demonio, que parece la heráldica del Terror, es su hermana, la negra de Orion, la bahía negra, el enigma y quizá una de las llaves del Cielo. Y aquella otra todavía es la flor del nombre terrible, la nebulosa Trífida; y esta última cosa caótica que avanza hacia el oeste como un doble torrente de lava, es Ofiuco, el más grande e informe montón de materia opaca que haya mirado hasta hoy el ojo del hombre, tan denso como para ocultar las estrellas a lo largo de trillones de kilómetros, tan vasto como para que el ángel de Milton, volando a la velocidad de un cóndor pudiera caer a través de él durante quinientos millones de años sin *alcanzar* a ver una luz. Ésos son los castillos de la Galaxia, Esteban, sus portales; los últimos reductos, los gigantes apostados para dar miedo en los confines de nuestra isleta de Pascua en forma de lenteja. No podemos ver todo, no esta noche ni en esta vida de la que sólo te tocó el piso del planetario, el destiempo de la edad y una borrachera padre. No podemos ver casi nada pero podemos sentarnos a descansar al borde del misterio y hacernos unas preguntas. ¿Cómo se formó todo esto, y lo que hay más allá? Y, ya que de alguna manera empezó todo, ¿cómo terminará? La primera pregunta no tiene respuesta, hijo mío. Vale tanto preguntarse, como los alemanes, por qué hay ser más bien que nada. En realidad, hay una respuesta, pero no sé si en tu estado actual la aprobarías. La respuesta es *porque sí*. Me doy cuenta, querido, la pregunta era cómo, no por qué. Bien, habrá que apelar a la poesía. Sólo hay que ponerse en la cabeza de Dios. ¿Tal vez has leído palabras como éstas en tu Poe? Mejor, te va a ser más fácil seguirme. Hay que ponerse en el lugar de algo que podemos llamar Dios o el azar en el momento de crear el universo de los astros. Muy bien, ¿cuál es la cualidad o esencia de una creación absolutamente original, o lo que es lo mismo, nacida en un acto creador perfecto? No puede ser este caos y, sin embargo, por lo que estamos viendo, eso es lo que parece que es. Ahora lo es. Lo que significa que alguna vez no lo fue. O de otro modo, que la cualidad o esencia de una creación original no pudo ser otra que la absoluta simplicidad. Basta por el momento imaginar una sola partícula. No hace falta llamarla materia, ni hace falta darle nombre alguno. Basta imaginar un punto sin dimensión o de la dimensión que quieras, y ahora basta imaginar que estalló. Como un poema. Lo demás es lo de menos. No resulta más impensable concebir un punto primigenio dando origen a todas las cosas, que concebir, a partir de la primera célula estrangulada en un pantano, la filosofía de Platón o la música de Mozart. La nueva pregunta es si sería posible probar que existió una, o tal vez más de una, partícula semejante. Claro que no es posible, pero es posible imaginarlo. Y

además existe un hecho, existe por lo menos una galaxia donde hay por lo menos una estrellita o balín de menor cuantía con por lo menos un planetario de juguete con por lo menos una forma de vida sentada en el suelo con por lo menos una botella entre pecho y espalda, preguntándose qué es la vida. ¿Cuántos soles como el nuestro estarán en condiciones de haber engendrado un planeta con vida?, entendiendo por vida algo que sucede de cierto modo en la cadena del carbono, ya que un ser que proyectara su angustia y sus amores y sus pesadillas en la esfera del amoníaco no tendría mayor probabilidad de caernos simpático. Necesitamos, para empezar, una estrella enana con cierta duración, unos diez mil millones de años, y que además tenga cuantimuchos un planeta que equivalga al nuestro. En la galaxia hay muy pocos, querido. Y hasta podría decirse que, en términos estrictos, el único idéntico en todo al nuestro *en cualquier galaxia* es justamente el nuestro. Lo cual es un rasgo de pesimismo. Y hasta de orgullo demoníaco. ¿Te lo confieso? El sol más cercano que reúne estas condiciones debería estar a unos cien años luz. ¿Llegar? Imposible. ¿Comunicarse? Más o menos probable, suponiendo que acertáramos con la dirección exacta antes de que suceda algo irreparable. ¿Qué mensaje podríamos mandar? Si son tan o tan poco inteligentes como nosotros, ya deben conocer el valor de Pi, que, al menos en nuestra galaxia, puede considerarse como un valor universal. Mensaje a las estrellas: Pi Pi Pi. Doscientos años después, la respuesta: 3,1416. No es un epistolario conmovedor, pero es algo. En el próximo millón de años ya estaríamos en condiciones de transmitirles, acaso, la *Ilíada*, y ellos tal vez contestarnos que tenemos condiciones para la poesía, que sigamos intentando. Todo esto, naturalmente, en medio de peligrosas lluvias de cometas, improbables pero posibles colisiones de estrellas, posibles y sobre todo probables guerras nucleares, porque está escrito que el ángel del Señor se acercará en la noche con pasos de ladrón mucho antes de que lleguemos a ninguna parte. Y cómo será esa minúscula catástrofe, no galáctica, no universal, sino meramente solar, nuestra, infinitesimal, pero tan dolorosa, Esteban... ¿Qué importancia tiene? Debo contarte las últimas cosas y las tristes nuevas. Volamos hacia la muerte, querido. Sobre esto no hay discusión. Vejez, suicidio o entropía. Da lo mismo. ¿Ves aquello?, ¿ves aquel fosforescente racimo situado en la Cabellera? Está a unos cuatro mil millones de años luz y lo forman unas dos mil galaxias. Se aleja de nosotros, como de la Peste, a una velocidad que es casi la mitad de la velocidad de la luz, y esa velocidad aumenta, lo que entre otras cosas significa que un día de estos dejaremos de verlo, y como pasa lo mismo con todas las galaxias y en todas direcciones, los astrónomos juran que, en un tiempo razonable, nuestra pequeña lenteja estará sola en el espacio. Pero también podrían jurar todo lo contrario, porque si en lugar de dispersarse estuvieran



acercándose a un centro y lo hicieran, por decirlo así, remontando una curva como por los meridianos de un globo, veríamos hacia adelante y hacia atrás y hacia los costados, la misma fuga. ¿Y hacia arriba y hacia abajo? También. Sólo haría falta imaginar un modelo adecuado, algo así como una gran pelota de Moebius. La imaginación tiene menos límites que el universo. Lo que se aparta debió estar junto. Los hombres sabios podrán decir que no es necesario, y yo lo acepto, pero te juro que vayamos o vengamos, hayamos hecho retroceder la película o nos lancemos como un avispero hacia el otro lado del espacio, vamos hacia la nada. Tal vez haya algún movimiento al fin del viaje, un poco de catástrofe y apocatástasis, bastante apocalipsis, una seria precipitación de masas formidables cayendo unas sobre otras y todas contra sus vecinas, y todo finalmente unido, junto otra vez por aquella apetencia que más o menos puede describirse como la voluntad invencible que tiene toda cosa de precipitarse en la nada, cuando ya es incapaz de crear nada. Pero ¿y nosotros, los viajeros con alma del sistema del balón que rodaba en el extremo remoto de uno de los brazos de la lenteja? Bueno, debo confesarte que habremos muerto hará mucho tiempo, de una forma u otra, mucho antes de que sucedan estas cosas, habremos muerto para siempre. Claro que, a falta de Dios, podemos arrodillarnos ante el azar o la partícula. Un puntito incandescente como la Inspiración, comenzando a latir otra vez en alguna parte. La nada pariendo algo. Un nuevo estallido y, en algún recodo de ese acto de dispersión, otra vez o por última vez una islita en llamas en un archipiélago de plata y de coral, y en el cuarto brazo de ese remolino en forma de lenteja un balón incandescente proyectado hacia la constelación del Cisne, en el hemisferio norte, y hacia Carena, en el sur, y a la larga un parque con un planetario con un borracho que se pregunta por el sentido de la vida.

ESTEBAN:

La eternidad, otra vez.

ÉL:

*(Sobresaltado)*. ¿Qué? ¿Cómo? *(Apaga el proyector y enciende la luz)*. Caramba, querido, me asustaste. Estabas tan callado que me imaginé hablando solo. ¿Eternidad?, ¿dijiste eternidad? No, cretino. Nada de cortesías espirituales. Nada de esperanza. Sólo me dejé arrastrar por mi temperamento poético.

ESTEBAN:

¿Entonces?

ÉL:

Ya te lo dije. Nada. Ningún cielo ni infierno. Ningún retorno de todas las cosas.

Ni la menor sombra de coartada, de piedad, de caridad. Este planetario fue nuestro Monte Carmelo, la noche oscura de tu alma. La vida, la vida humana, carece totalmente de sentido, es un puro azar y tal vez una enfermedad de la naturaleza. Es sagrada, eso sí, como cualquier otra forma de vida y aun de existencia. Te va a llevar mucho tiempo y unos cuantos botellones borrar de esa jeta la sonrisa irónica y darte cuenta de lo que te estoy diciendo.

ESTEBAN:

Lo que me estás diciendo es que, a pesar de todo, la vida... etcétera. Si es eso, ya lo sabía a los ocho años.

ÉL:

Me gustó ese etcétera. También me gustabas vos a los ocho años. Un huerfanito que abrió una lata de caramelos y puso su mano sobre la cara de la muerte. Las cosas han cambiado algo. Hoy la muerte acaba de poner su mano sobre tu cara.

ESTEBAN:

Según eso, estoy muerto.

ÉL:

Muerto y enterrado. Sólo que por esta vez vamos a resucitarte. Va a llevar años, eso sí. En cuanto a la vida, la vida que te espera, no es buena. Antes de que despiertes por fin como hombre humano será preciso que, en esta misma vida, hayas conocido no sólo el dolor y la locura sino la humillación, la vergüenza, la impotencia, la tristeza de lo irreparable y el horror del fracaso. Habrás debido pasar por el estado de larva, de piojo, de perro lamedor, de buey que agacha la cabeza, de mono que pela bananas en el zoológico. Habrás renegado de tu nombre, de tus padres, de tu patria, de tus creencias. Te habrán señalado con el dedo y te lo habrán metido en el culo. Habrás asistido al funeral de tus sueños, a la violación de tu pureza y a la indiferencia de tu Dios. El chiquero de Job será tu lugar de descanso y el espejo tu juez. Habrás mentido y envidiado, traicionado a los que te amaron y mendigado amor a los que te despreciaban, habrás malversado el patrimonio de tu corazón y de tu inteligencia y habrás aprendido a sonreír mientras tanto, y una noche por fin, sentado en el inodoro, te sorprenderá el Ángel del Señor con su ojo de cíclope, su sexo exfoliado, sus tres pares de alas y su vozarrón de trueno, y te dirá oh el último de los hombres, come tu mierda. Y te la comerás. Agradecido y lleno de comprensión te la comerás, llorando de agradecimiento y sabiduría, te comerás tu mierda. Y sólo entonces, y no antes de estas pruebas, serás un hombre, hijo mío.

## XVII

Cómo saber cuánto tiempo transcurrió ni dónde estuvo ni qué hizo Esteban hasta el momento en que, riéndose y sacudiendo de un lado a otro la cabeza, lo encontró la señorita Etelvina Cavarozzi, bajo las estrellas del planetario.

—Que está haciendo acá —preguntó la mujer, alarmada al principio, pero luego, al ver su aspecto de infinita diversión, contagiada también por su risa—. ¿De qué se ríe?

—Creo que me perdí. Esta casa es endiabladamente grande.

—Qué le pasa —preguntó la señorita Etelvina—. Qué hace.

Esteban, en efecto, hacía ademanes más bien extraños. Como si tratara de ahuyentar a alguien por detrás de su espalda apartándolo repetidamente con las manos. La señorita Etelvina, intrigada, se puso en puntas de pie: estiraba mucho el cuello y oscilaba el cuerpo de derecha a izquierda intentando ver algo. Parece una cotorrita mirando pasar un desfile, pensó Esteban. Imagen que resultó muy superior a sus fuerzas y lo obligó a sentarse en el piso.

—Estamos borrachos —decía la señorita Etelvina.

—Yo no me emborracho nunca —dijo Esteban—. Ayúdeme.

La señorita Etelvina le dio la mano y un segundo después los dos rodaban más o menos abrazados bajo las ilusorias constelaciones del planetario... Mirando hacia el sur, la constelación de la Cruz era siempre la más sencilla de ubicar, y ahí estaba, un poco a la derecha y hacia arriba de Alfa y Beta de Centauro. Ahora sólo había que girar la cabeza hacia el este para dar con la cola austral de Eridano, seguir hacia lo alto y ahí estaba Achernar, una de las diez más brillantes de este Parque de Diversiones prodigioso que, bien mirado, también es algo así como una máquina que canta. ¡Canopo!, ésa era Canopo de Carena, y ésta no puede ser otra que Sirio, la mimada del cielo, a la que Poe decía que es imposible alcanzar. ¿Tendría razón Poe? De espaldas en el piso del planetario, junto a la repentinamente seria señorita Etelvina Cavarozzi cuyo corazón pulsaba casi con terror en el silencio de los astros lejanos y azules, no parecía que lo imposible fuera necesariamente absoluto, no al menos si es cierto que la mano de la señorita Etelvina se ha posado sobre el muslo de Esteban, lo que momentáneamente no debe preocuparnos ya que la mano, aunque trémula, se quedó quieta y su contacto es tan leve que parece ingrávida. ¿Qué sería aquello? Una nebulosa o un cúmulo. ¿Cuántos cúmulos hay en la Vía Láctea? ¿Por qué será que las estrellas más brillantes tienden a situarse arriba y a la derecha de la secuencia principal? Debe ser algo relacionado con la masa, tal vez hayan evolucionado más rápidamente y ya comienzan a apartarse del trazado originario...

Esteban se puso de pie...

—Levántese —dijo casi con brusquedad.

—Usted no pensará... —dijo la señorita Etelvina.

—Salgamos. Lléveme a la casa.

En silencio, salieron del planetario y cruzaron un sector del parque que Espósito no recordaba haber visto. Robles y araucarias, un rosedal. La silueta de una fuente en la que había un ángel. Tenía una inscripción, imposible de leer en esa oscuridad; no hacía falta leerla para saber qué decía. Y ahora está sentado junto a Graciela Oribe. Ella habla, Esteban apenas la escucha. No puede dejar de mirar una lámina de Uccello enmarcada en la pared. Nada de esto puede ser, piensa. Hace años que ya no estoy en esta casa.

## XVIII

Cerró los ojos y ahí estaba. Verde e imposible. Un dragón de juguete con ornamentadas alas de mariposa lo contemplaba desde la nada. Cuando abrió los ojos, seguía allí, exactamente frente a él. Sólo que ahora también vio a San Jorge y la princesa cautiva. Graciela hablaba de una casa antigua en la que había un parque en ruinas con un pabellón de caza, la Casa Grande, con tejados de pizarra y una leñera. Esteban volvió a cerrar los ojos y el dragón no desapareció. Como exaltado en el centro de un cielo negro, la oscuridad y el vacío lo perfeccionaban hasta el vértigo. No puede ser, murmuró, dejando con cuidado su vaso sobre el brazo del sillón. «Por qué no puede ser», dijo Graciela con voz amarga, «yo no era su hija». No me refería a eso, dijo él, seguí hablando, por favor. Abrió los ojos. San Jorge, su encabritado caballito de balancín, la cautiva, la vorágine tempestuosa del cielo, se organizaron instantáneamente en la lámina alrededor del dragón. Volvió a cerrar los ojos con muchísima cautela: ahí estaba, hipnagógico e intacto, pero solo, con su roja fauce abierta, tres círculos en cada una de sus alas, su único ojo fijo en Esteban. Consecuencia: no debo seguir bebiendo. Cuando las imágenes pasan a través de los párpados cerrados, no se podría jurar que uno está sobrio. Tampoco podría jurar, como le diría años más tarde cierto inefable personaje llamado doctor Miguel, que a la larga no acuden lagartijas, moscas, iguanas, ciempiés, toda clase de animales mínimos, en especial oblongos y movedizos. No es raro ver también diablitos con rabo. Cornuda gente onírica que emite voces imperativas, órdenes. Todo documentado. Esteban inspiró profundamente y el dragoncito se borró. Ya iba a abrir los ojos cuando el universo se pobló de flores. También se puso como blando, florecía y se ablandaba. Una primavera de pesadilla o algo parecido a un flan cubierto de flores; caléndulas, miosotis, asfódelos y petunias que sin duda no eran de este mundo. Cuando abrió disimuladamente el ojo izquierdo, notó, interpuesto entre su ojo y la lámina, el culo mundial de Helena Austin, lleno de flores. La gorda se había trepado a una banqueta, con su vestido estampado, y, oscilando peligrosamente, trataba de alcanzar algo. Sobre la nalga izquierda, entre unos gladiolos, Esteban Espósito percibió nítidamente una espina de Cristo.

—Ves lo que yo veo —dijo.

—Sí, es como los Jardines Colgantes de Babilonia —dijo Lalo al pasar.

—Deja de buscar cosas en los bolsillos —dijo Graciela.

Durante toda aquella experiencia óptica, Esteban, en efecto, había estado buscando una cápsula de Dexamil. Andaba suelta por algún bolsillo. Se le había caído del frasco esa tarde. Lo recordaba perfectamente.

—Para qué tomas esas porquerías.

—Para despertarme —dijo Esteban.

La encontró por fin. La tomó con whisky.

—*Tomate un caldillo* —dijo Santiago. Eran las tres de la tarde y estábamos los tres en el café frente al hotel. Santiago guardó en su carpeta negra la noticia que acababa de recortar del diario y tiró el diario debajo de la mesa.

—Dame eso —dijiste, en alguna parte.

Te di el frasco, en el bar. Antes, al destaparlo en el bolsillo, una de las cápsulas se me escurrió entre los dedos.

—Un buen caldillo con pimienta —dijo Santiago—. Y medio litro de vino de Mendoza, que da sueño. Te despenas con otro caldillo, que da sed. Y otro medio litro. Y así, *sine termino*. Una especie de carrera de Aquiles y la tortuga a la criolla.

Vos seguías observándome.

—Deja de mirarme de esa manera. Estos paraísos artificiales son puro talco.

—Deberías dormir —dijiste. Te habías puesto de pie—. Tengo que hablar por teléfono a casa.

Dormir, eras increíble. Iba a preguntarte si no te dabas cuenta de lo que significaba para nosotros perder una hora o siquiera diez minutos en algo tan insensato como dormir, cuando, sorpresivamente, el jujeño (o algo, o alguien) se puso a hablar conmigo en esa mesa. Sonreía como si estuviera contando una historia de hadas y, como desde lejos, como si en su voz se abriera paso la voz distante de otro, decía que la imposibilidad espiritual de soportar la materialidad de la existencia es uno de los factores que deben tenerse en cuenta como fuente de locura en numerosos artistas y poetas, pero, dijo o pareció decir al mismo tiempo que se tomaba de un trago la ginebra y le hacía señas al mozo para que le trajera otra, pero no el único factor. Junto a esa fuente brotan otras. Y acá entran, con permiso, el alcohol y los tóxicos. Gracias, mozo. Buscar deliberadamente en las sensaciones lo que tienen de extraño, de dudoso, de equívoco, de ambiguo, cortejar las pesadillas, sacarse los pantalones de lo real y, a falta de lo que *Natura non dio*, enterrarse hasta las negras verijas en los pantanos del sueño, he ahí el jardín del infierno de muchas naturalezas purísimas. No hay sueños impunes. Y mucho menos si se sueñan cuando estamos despiertos. En esos parques ilusorios no sólo crecen flores, sino plantas anómalas, yerbas parasitarias y venenosas; en esas arboledas se oyen no sólo ruiseñores, sino desafinaciones repugnantes. Trataré de ser claro. Otra igual, mozo. Toda sustancia, mejor deje la botella, toda sustancia artificial que ejerce una acción electiva sobre los centros nerviosos superiores, simula arcoíris de felicidad, pájaros de fuego, mermeladas de inteligencia, siempre hay una primavera inicial en la que la Mariposa o, con perdón de la palabra, el alma, lejos de deambular andrajosa y derrengada, está como borracha de alegría y forrada de divinidad, pero se sabe que a la larga los Castigos son inexorables. Algo acabará por romper un día el frágil salterio de Israfel, que no está en el corazón, como decía el hermano Poe, sino en la cabeza. Ahondemos

un poco el problema, mientras Oribe habla en voz baja por teléfono; dicho sea de paso, qué manera de telefonar la de esa chica. La inspiración a secas, la vieja inspiración sin culpa y en estado puro, el salterio intacto sin aleación de la menor cápsula o botellón ajenos a su naturaleza inocente, qué es en sí misma, qué es sino el resultado de una inhibición o estupor de la parte racional de la Mariposa. Las tropillas de imágenes desafortunadas, la hiperlucidez, el caos fulgurante de las ideas en el que parece imposible introducir una pausa, qué son, qué fueron nunca sino una forma de parálisis: parálisis del elemento superior o yegua madrina, parálisis de la conciencia vigilante y serena que juzga, corrige, sosiega, y que, cuando anda bien del hígado, escoge los materiales más nobles de donde quiere y como le conviene, para usarlos según la divina proporción. La creación estética ya es en sí misma un amago de locura. Paralizadas las facultades de primer orden, las otras suben de las profundidades, se abandonan a su libertad y producen, sin que nadie sepa por qué, los efectos más misteriosos e inesperados de este mundo, cuadros, música, versos, novelas. El arte, el arte y si me apuran ciertas formas superiores del pensamiento son el producto de una enfermedad del alma. No hace falta que compartas esta idea, no hace falta que nadie la comparta, basta con que yo no me la siga callando. Son rupturas del equilibrio espiritual. La pregunta es qué pasa cuando un hombre violenta deliberadamente ese equilibrio. El hombre nació para ser feliz, no para sufrir y hacer sufrir con la excusa de la poesía y la belleza: el secreto de la vida es sentarse a tomar mate con la mujer y los hijos a la sombra de una parra. Pero admitamos que hay o hubo alguna vez un arte bueno, sereno, natural como un gatito que se despereza. ¿Eso es lo que buscamos? No es lo que buscamos ni es lo que podemos. Y qué pasa, entonces, qué pasa cuando se ha llegado voluntariamente a este manicomio en el que estamos metidos. Santiago, en silencio, se sirvió ginebra y se quedó mirando el vaso, pensativo. Pasa lo que llamamos el arte contemporáneo. O mejor, lo que podríamos llamar el alma del artista contemporáneo. Una mariposa en escombros. Incapaz de sentir nada, de amar nada, de crear nada sin apelar a frasquitos y botellones. Una mascarita. Uno de esos disfrazados del último baile de carnaval. Una mascarita de final de corso que camina absorta por las calles de una ciudad vacía, dijo Santiago, suponiendo que Santiago o alguien hablara.

—Vos seguí mezclando esas porquerías con whisky —esto sí lo dijo— y voy a tener que ir con mi libretita a visitarte al Neuropsiquiátrico, como al Viejo Poeta.

—También está el peligro de la muerte —dije yo—. Ya sea por lógica decrepitud del sujeto, o cualquier otro inconveniente. La vida en general es bastante peligrosa. Muy cierto.

Vos habías vuelto a la mesa. Santiago encendió un cigarrillo.

—Haces bien, qué joder. En este mundo, estallamos como petardos o nos arrastramos como ciempiés.

—Preciosa imagen. Muy coherente, sobre todo.

Vos entonces hablaste demasiado fuerte o te reíste sin motivo y yo busqué de reojo en las mesas vecinas la cara de un adolescente sombrío parecido a *Snoopy*. No la vi. Pero eso no significaba nada. El tono de tu voz o de tu risa estaba unido como por un hilo invisible a la rigidez de tu cuerpo, en el Calicanto, a tu cintura cuando cruzábamos la calle. En alguna zona, eran la misma cosa. Me di vuelta. Hasta me puse de pie.

—Qué buscas —dijo Santiago.

—¿Les conté que quería ser cura? —dije yo. Santiago asintió, entornando los párpados y moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—Vos también, muy coherente.

Volví a sentarme. Parecías sumamente enfrascada en la contemplación de una de tus uñas. Verte las manos me alegró.

—Tres veces en dos días —dijiste sin levantar la cabeza—. Y que a los ocho años leíste al padre Damián.

—La vida del padre Damián. Siempre cuento lo mismo, es más fácil. Un cura salesiano, el padre Molina, me recomendó que leyera la historia del padre Damián. Para templar mi carácter. Damián de Veuster, que dio su vida por cuidar a los leprosos de Molokaki. —Y pensé dos días no, no dos días sino seis o siete horas sumando todos nuestros encuentros, qué estaba haciendo con el único tiempo que teníamos—. El padre Molina era mi director espiritual. Tenía una mano enorme, dos manos; pero yo me acuerdo que nos bendecía con una mano enorme, tipo camión. — Seis o siete horas, pensé, y lo que falta de la tarde y quizá la noche—. Una mano como para caminar de la mano hasta más allá de la tumba. Los chicos lo mirábamos como a un santo. «Si lo das todo, menos la vida, has de saber que no diste nada», decía. Un día lo destinaron a Tierra del Fuego. Hace unos años supe que estaba otra vez en el colegio y volví a verlo, realmente no sé para qué volví. Necesito decirle que soy ateo, padre; no se lo dije así, claro. Le debo de haber dicho: Perdí la fe. Lo que recuerdo bien es que se rió, menos que eso: sonrió como desde lejos. Como en otro idioma. «Expósito», dijo al rato, marcando la equis. «Vos eras aquel rubiecito que tenía un tío secretario de un ministro; te traían en un gran auto negro». No, padre, ése era el alemancito Hermann, yo estaba pupilo, yo era su alumno predilecto, usted me dio a leer la historia del padre José Damián de Veuster que sacrificó su vida por amor a Dios y a los leprosos de la isla Molokaki, en Hawaii, yo tengo el pelo más negro que su alma y usted es un hijo de puta que no tiene redención, padre. Naturalmente, tampoco se lo dije. «Sí», decía él, «sí». Miraba por la ventana grande de la rectoría hacia los patios y los claustros. «Ya no los comprendo más», dijo después; le pareció que debía agregar: a los chicos.

—Todo eso me contaste, sí. También lo de las meninges.



—¿Meninges? —dijo Santiago.

—Inflamación. Veía grande o lejos, cómo te puedo dar una idea. Un túnel en el aire. Una especie de túnel o de esfera.

—Veías estirado —dijo Santiago—, ésa es la palabra. Como si los padres de uno, que están ahí nomás, al borde de la cama, estuvieran remotísimos.

—Un desplazamiento del espacio, sí. Como un vértigo, pero hacia el costado.

—Y las voces ahuecadas. De ahí la impresión esférica.

—¿A vos te pasó?

—Putá si me pasó —dijo Santiago—. En el fondo, era una hermosura.

—Y cómo estás vivo. Cómo no quedaste idiota o lisiado.

—Eh —dijo Santiago con modestia.

—Che, jujeño —dije entonces—. Por qué no te separas de tu mujer. Abandonas a tu mujer y a tus hijos, te conseguís un amor catastrófico y nos vamos a vivir todos juntos. Te imaginas, allá arriba, las luciérnagas curiosas mirándote pasar. ¿Te imaginas, los cuatro juntos? Vos meta versos y yo meta pensar.

Vos escuchabas o parecías escuchar como si al mismo tiempo estuvieras viendo algo que no estaba ahí. Hiciste un gesto como de frío, una contracción que empezó en los hombros y terminó en la punta de los dedos.

—¿Y nosotras? —preguntaste.

Lo preguntaste haciendo un esfuerzo por sonreír, por salir de algo. Como quien se obliga a abrir las persianas en una habitación a oscuras.

—Meta cocina —dijo Santiago—. Vos y mi nueva mujer, meta cocina, y estos dos varones enamorados del tiempo, pura inmortalidad y tomar mate a la orilla del río.

—A la orilla de un río, no sé —dije yo—. Vengo de la orilla de un río y no me parece justo. En realidad no vengo de allá, pero es como si viniera. Pensándolo un poco, en mi vida me moví del río y de la luna de mi pueblo. La luna es una de mis imágenes neuróticas, de mis ideas recurrentes. —Santiago, al oírme, hizo un gesto de desolación; aprovechó que el mozo pasaba junto a nuestra mesa y le pidió algo en voz baja. Después volvió a mirarme como quien le dice al otro que siga, que por él no se desanime—. Me doy cuenta —dije yo—. Suelo no reparar en mis auditorios de tierra adentro. Me refiero a Santiago, no a vos —agregué por las dudas—. ¿De qué venía hablando?

—De varias cosas a la vez —dijo Santiago.

—Íbamos a irnos, a cualquier parte —dijiste vos.

—También —dijo Santiago—. Pero sobre todo del río y de la luna.

—Sí —dije yo—. Imágenes que siempre vuelven. Vuelven o uno vuelve a ellas, como si se cayera en un pozo. Y es raro. Al fin de cuentas ni siquiera nací en ese pueblo y me fui a los dieciocho años.

—Entonces es cierto: nunca te moviste de ahí. —Santiago desvió la mirada y se

rió; siguió hablando con vos.

—Nunca se sale de esa historia, o si se sale es peor. Las mujeres ni lo sospechan, porque en rigor no tienen recuerdos. Pensa en Verónica. A lo sumo tienen memoria y gracias. —Hablabas con vos y eso significaba algo; su tono risueño y distante o el hecho de que hablara conmigo como a través de un puente, porque vos no parecías escucharlo y estabas como detenida en otro lugar de las palabras.

—Y si nunca se movió, hace bien. Dios quiera que le dure. Hay una raza de tipos que no vive más que hasta la adolescencia... Antes de la adolescencia, a lo mejor hay la niñez, y no siempre; pero ponéle la firma que después no hay nada... Graciela, m'hija, vos pareces medio dormida. —Habló conmigo—. Lo que trato de intercalar es que un tipo que pasa los treinta años empieza a oler a podrido.

—Metafísico estás.

—Es que no como —dijo Santiago y lo apuró al mozo—. Lo escucho, chango.

—No sé de qué estábamos hablando, pero ahora me acordé de una cosa. —Te miré—. Sé perfectamente que hablábamos de irnos a cualquier parte, los cuatro. Lástima que Santiago de a ratos envejece y que el único nombre que se me ocurrió para su viuda es una reminiscencia de Dante, da un poco de frío, ¿no? Hace un momento también hiciste ese gesto. Es el viento, que viene del Paraná. Hay una casa muy vieja, en San Pedro, en la barranca. O había hace muchos años. Una casa con un mirador. El mirador tiene una grieta que baja hasta la cornisa de la portada. Como una cuña. En verano, alrededor de las dos de la mañana, te sentás en el tercer banco de la plaza de la iglesia, a la izquierda, como viniendo del río, y esperas. Ya de por sí la rajadura impresiona bastante, fuera de que tiene la forma de un triángulo y eso debe de ser simbólico. Cuando el reloj del cabildo da el primer campanazo hay que tener los ojos muy abiertos, fijos en el mirador, y arrepentirse de todos los pecados. Entonces empieza a aparecer la Loca, en mitad de la rajadura. Primero ves un resplandor; después, nadie sabe. Yo veía una especie de cabeza de tigre, amarilla y veteadas de fuego. Que es amarilla, es amarilla, aunque a veces tira a colorado. Linda y jodida, decía un amigo mío, como la idea del suicidio. Cuando pensaba entrar en el Seminario yo veía un triángulo y un ojo, la órbita fosforescente del ojo de Dios, espiándome a mí solo. Más adelante y según el estado de ánimo, he visto el sangriento sexo femenino del universo, la luna, mi corazón desgarrado entre las estrellas y la esfera famosa, no la de Pascal sino la del reloj, donde todas las que pasan hieren pero la última mata. En fin, no se puede describir. Hay que verlo. Al lado de eso, el resplandor final de la casa Usher es un tubito fluorescente, Dios me perdone.

—Te noto conversador —dijo Santiago—. ¿Cómo era lo de mi divorcio?

—Te enamorabas de una tal Beatriz —dije yo. El mozo dejó sobre la mesa un especial de salame y queso.

—Y nos íbamos. —El jujeño habló en medio de un mordiscón descomunal—. Y yo abandonaba a mi mujer y a los chicos.

—O no los tenías —dijiste vos, conciliadora—. Lo principal es irse.

—Con Beatriz —dije yo.

—Esteban —dijiste.

Santiago se tomó su tiempo para tragar, reflexionó un momento y dijo:

—Sí, señor. Trato hecho. Todo el noroeste del país sabe que adoro a mi mujer, pero sobre todo como era en el último otoño. Y a mis changos siempre les noté cara de huérfanos. ¿Y a dónde nos íbamos?

—A Brasil —dijiste.

—No seas europeizante, Oribe —dijo Santiago—. Hay dos tipos básicos de argentinas. Las que quieren irse a Brasil y las que quieren irse a París. Yo de mi país no me muevo. Los cadáveres se devoran desde adentro, dijo el gusanito.

—De irnos, y no siendo a la montaña, yo propongo un sitio fluvial y frutal, algo entre...

—Entre el Eufrates y el Tigris —dijo Santiago—; el viejo jardín del Abuelo. —Le dio el último mordiscón a su especial de salame y queso—. Qué asquerosidad es comer después de comer.

—Lo que pasa es que la angustia da hambre. O al revés. Lo venía pensando esta mañana, un rato antes de que nos atropellara el auto, cuando me presentaste al astrólogo y al padre Cherubini.

—Cómo que los atropello un auto —dijiste.

—No fue exactamente así —dijo Santiago—. Tampoco le presenté a ningún padre Cherubini.

—Eso es lo que vos crees. Siempre van juntos. Lo que de paso me recuerda que al Jardín no nos van a dejar entrar con mujeres.

—El lugar es lo de menos —dijo Santiago.

—Claro que es lo de menos. —Hablé con vos—. Elijan ustedes.

—Qué ustedes.

—Vos —dije—. O Beatriz.

Lo dije mirando un lugar intermedio entre tu cuerpo y el del jujeño. Hubo un pequeño silencio. ¿Qué irá a pasar ahora?, pensé mientras me tomaba un trago de whisky salido de no sé dónde, porque no recordaba haberlo pedido. El efecto fue descomunal, como si me reventaran un petardo dentro de la cabeza.

—A mi isla, sí —dijo Beatriz.

Epa.

Cerré un segundo los ojos. «Qué te pasa», oí preguntar. Nada, contesté remotamente con la cabeza metida a presión en el eje de una girándula, oooh, fascinado por la cohetería y los colores.

—Nada. Se me heló hasta el alma.

—Te has de haber tragado el hielo —dijo Santiago.

—No tomes esas porquerías —habías dicho.

—Tomate un caldillo —dijo Santiago.

—Entonces es cierto que te vas mañana —dice una voz en la quinta de Verónica mientras yo respondo alguna cosa y pienso que si uno consigue memorizar los meses al revés está absolutamente sobrio. Diciembre, noviembre, septiembre. No, antes está octubre. Agosto, julio. Abrí los ojos y volví a mirar el espacio vacío entre tu cuerpo y el del jujeño.

—A mi isla, sí —dijo Beatriz—. Déjense de dar vueltas y nos vamos.

—Adelante —dije yo—. Por lo menos, todavía estoy vivo. ¿Ya les hablé de la grieta en el mirador?

—Algo.

—Menos mal, porque la casa podía estar en la isla y nosotros cuatro vivir allí. Claro que si la casa no les gusta, nos mudamos.

—Qué nos íbamos a mudar, si era la mejor casa de la isla. No sé si te dije que estudié astronomía. Yo me la pasaba asomado a la rajadura, catalogando estrellas.

—Necesito hablar con Mariano —dijo Graciela.

Marzo, febrero, enero. Ah, macho viejo y peludo, pensé, si paso este sacudón no tomo una gota más en vida. El bar lentamente iba quedándose quieto.

—Yo hacía buñuelos de manzana —dijiste.

—Y yo me los comía —dijo Santiago.

—Te aclaro que el padre Cherubini iba en ese auto. Siempre van juntos —dije yo, un poco a destiempo pero con voz normal—. Y en cuanto a lo de comerte los buñuelos vos solo, está por verse.

—Yo hacía más, no se peleen —dijo Beatriz.

—Y tocábamos la guitarra y el charango —dijo Santiago—. Yo el charango porque soy de Aries.

—Yo también soy de Aries.

—¡No!

—Sí.

—Qué raro —dijo Santiago—. ¡Beatriz! —gritó de pronto.

Miraba hacia la salida del bar. Ahora, pensé, el mozo da parte al manicomio de Oliva.

—Se va —dijo Santiago—. En cuanto algo la asusta, ella se va.

Hubo una pausa.

—Anda a buscarla —dije yo.

Santiago te miró, me miró, miró furtivamente hacia el mostrador, se puso de pie y caminó gesticulando hacia la puerta. Cuando volvieron de allá, Beatriz decía sabes

que no me gusta que tomes de esa manera, después te pones mal, y Santiago gritaba que ser borracho no es deshonra, peor es ser puto.

—Santiago, estás loco —dijiste vos. Estabas alarmada realmente, no sé de qué lado de la realidad; pero debió de ser en aquél porque miraste al mozo y encendiste un cigarrillo. La primera vez que te veía fumar.

—Todo en orden —dijo Santiago—. Fijate, ya no llora más.

Motivo más que suficiente como para celebrarlo en la isla bebiendo vino en bota con ensalada de hinojo, robar nísperos del color de las abejas, andar los cuatro desnudos a medianoche, vos trenzar collares de ceibos y yo colgártelos, Santiago y yo pescar mojarritas de panza de plata, a ustedes darles lástima y volverlas a tirar al río, salir nosotros a cazar chanchos salvajes a garrotazos, comprar ustedes cosas inútiles en los remates de aduana y nosotros pagarlas sin mover un músculo...

—¿Qué tipo de cosas? —dijo Beatriz.

—Qué sé yo, sobre todo tulipas —dijiste vos.

—Tulipas pero con cenefas —dijo Beatriz.

—Sobre todo tulipas de ópalo con cenefas —dijiste vos. ...y aunque nada de esto pudo suceder hubo, en algún instante brevísimo de la tarde, algo así como un dibujo que estuvo a punto de cerrarse, un orden a punto de reconstruirse, pero en ese momento vi cruzar desde el hotel al señor Ripul, todo pantalones y mal agujero, el señor Ripul que entró en el café, llegó a nuestra mesa y habló con Santiago.

—Teléfono de Jujuy, señor. Lo llaman de la maternidad.

Nos miramos.

—Se acabó —dijo sonriendo Santiago.

Y ya que hay que explicar las cosas de algún modo, puedo decir que en ese momento vi realmente y por última vez en mi vida a Beatriz, vi sus ojos enormes e incrédulos que interrogaban al jujeño y supe en el corazón que Santiago no le había dicho nada de esto ni había roto con su mujer, típico del jujeño, son tan buenos estos desgraciados que por no lastimar a nadie siempre terminan haciendo las cosas del peor modo posible, Beatriz ahí, sus ojos como dos grandes gotas de agua purísima sobre una hoja verde, llorando de este lado de acá de la realidad, en ese bar frente al hotel o en la quinta de Verónica, y yo nunca había visto nada parecido a esto, lloraba de frente, a cara descubierta y era una cosa monstruosa e insensata, lloraba sonriendo mientras retrocedía hacia la nada, vos tenías las manos cruzadas sobre el mantel y te mirabas la punta de los dedos, íbamos a tener que irnos de la isla, una lástima, se estaba bien allá, hasta demasiado bien, no podía durar toda la vida.

Santiago cruzó.

—Para qué tomas esas porquerías —dijo Graciela.

—Para despertarme —dijo Espósito.

## XIX

El final de este libro es necesariamente imposible. Con los años, Espósito recordaría las últimas horas de aquella larga noche como un hombre que trata de reconstruir un sueño ajeno, sabiendo que nada de lo que imagina corresponde esencialmente a lo que el otro intenta contarle; sabiendo, sobre todo, que la verdad de los sueños ni siquiera puede ser comprendida por el que ha soñado, porque esas imágenes absurdas, esos rostros vagamente familiares, esas situaciones imposibles, sólo tienen significado en el ámbito y en los paisajes del sueño, según otras leyes, que están más allá de nuestra razón y con un lenguaje que no es el de la vigilia. Nada de esto está sucediendo ahora, pensó al volver del planetario; y también: Hace años que me fui de esta casa. Dos ideas que no significaban nada y que, sin embargo, en aquel momento, tuvieron la solidez de una certeza que no exige ni admite la menor demostración. También pensó que si esto era lo que se llama estar borracho no resultaba muy agradable. La casa y la poca gente que quedaba parecían ir diluyéndose, como una acuarela bajo el agua. Todo era un poco más lento, más apagado, más incierto de lo debido. De tanto en tanto, un sector de la realidad parecía destacarse imperiosamente, como si algo gritara desde allí. Las manos de Graciela, por ejemplo. Ella había dicho que debía hablar con Mariano pero estaba hablando con Patricio. Esteban vio el movimiento circular, lento, con que los dedos de Graciela acariciaban el camafeo sobre su pecho. Duró un segundo. Ella giró la cabeza y desde allá miró a Esteban. Apartó la mano, le sonrió. La forma de una hoja puede servir para reconstruir un árbol y hasta una especie entera, o, un hueso mínimo, un animal extinguido hace milenios. Ciertos gestos casi imperceptibles son algo así.

—Adiós, joven —dijo el arquitecto. Verónica apareció junto a Esteban.

—Rompan lo que gusten —dijo—. Yo me retiro a mis ruinas. La niña del camafeo te conducirá a tu cuarto. —Verónica miró hacia el lugar donde Graciela hablaba con Patricio—. Supongo —agregó.

Patricio ya no estaba. Graciela y Mariano hablaban en voz baja.

—Dónde te habías metido —dijo Verónica.

—Di una vuelta por la casa. Quiero preguntarte algo.

—Adiós, querida —dijo la chica que descendía de Bustos.

—Mi marido te dejó saludos —dijo Verónica—. Qué hacían vos y mi marido, uno a cada lado del nogal.

—Entonces es cierto que yo hablé con él —dijo Esteban.

—Me parece que esta conversación ya la tuvimos —dijo Verónica.

—La tormenta. Nos vamos.

—Gracias por haber venido —dijo Verónica.

—Hablábamos —dijo Esteban.

—Y de qué hablaban.

—De cierta clase de hijos de puta —dijo Esteban. Verónica pareció a punto de decir algo. Se limitó a sacar un cigarrillo de una cajita labrada que había sobre una mesa.

—Dame fuego. Qué querías preguntarme.

—Varias cosas. Una tiene que ver con Santiago. Me gustaría saber si vos estuviste enamorada de Santiago.

—Quién te contó un disparate tan precioso.

—Nadie. Es algo que se me ocurrió hace un momento, algo que tiene que ver con tu planetario.

—Sí —dijo Verónica—. Y qué más querés saber.

—Quiénes son todos ustedes, qué es esta casa. Quién es Graciela.

Verónica lo miraba como si lo viese por primera vez.

—Bueno, es más grave de lo que yo pensaba. Te hago preparar un buen café.

Hizo ademán de irse. Esteban la tomó del brazo.

—Necesito saber cómo es ella.

—Caramba —dijo Verónica.

—Qué quiere decir eso.

—Me estás apretando el brazo.

—Contéstame.

—Preciosa reunión —dijo la japonesita—. Adiós.

—Gracias por venir —dijo Verónica.

—Yo te alcanzo —dijo Lalo.

—Quiere decir —dijo Verónica— que la gente, la gente real, no es. Veo que a esta altura el café no te va a servir de nada. —Sirvió dos vasos altos de whisky con hielo y le dio uno a Esteban—. ¿Cómo te puedo explicar? La gente, la gente real, nunca es. La gente está. Va y viene, y todo es según cómo, y desde dónde se la mire llegar o irse. La mayoría de las veces lo mejor es no mirar.

Esteban observaba fascinado los reflejos del hielo entre las marejadas de aquel líquido untuoso.

—No mirar.

—Deja de revolver ese vaso y tómatelo de una vez —dijo Verónica—. Mareas. No mirar a la gente, amor. Lo que sí voy a decirte es esto. Hace treinta y siete años que Verónica se acuesta todas las noches con Verónica y todavía no sabe si existe, y vos, que llegaste ayer y anuncias a todo el mundo que te vas mañana como si tuvieras que asistir a tu propio funeral, mientras todavía se discute en aquel sillón si dormirás una sola noche con Graciela, querés saber cómo es, cómo somos todos. Vamos al parque a mirar la tormenta, a lo mejor te despeja. Me querés explicar, de paso, cómo te las ingenias para embarullar todo. ¿Qué hace ella, allá?

Treinta y siete años, pensó Esteban. A la tarde me mintió.

—Supongo que ese chico también necesitaba conocer algunos detalles.

Verónica lo miró inexpresiva.

—Chico —dijo después de un momento—. Para mí todos ustedes tienen casi la misma edad.

Casi, pensó Esteban. Territorio vasto e irrecuperable donde caben comarcas enteras con su gente y sus lunas sobre el agua, sus amaneceres, sus árboles del paraíso en las veredas, con el remoto silbato de los trenes que pasan sin detenerse en sus estaciones muertas, su plaza con su iglesia, sus calles húmedas cuando cae la noche. La edad del hombre no se cuenta por años sino por esas imágenes que acumula la memoria, como la tierra acumula y superpone napas, ciudades enterradas, bosques carboníferos y muchas veces fragmentos irreconocibles de algo que es como el eco de una música perdida. No lo pensó con estas palabras, ni siquiera es cierto que lo haya pensado. Vio la silueta de un olivo, vio la cara de una mujer desconocida en la ventanilla de un tren, vio la galería de un colegio.

Y lo que vio significaba la única cosa que trataría de articular con palabras toda su vida. No tenemos más que el pasado. La vida no es ni será, siempre fue, y vamos caminando hacia la vejez y la muerte sobre los escombros del hombre que fuimos, del adolescente que fuimos, del niño que fuimos. Sólo que no siempre había sido de ese modo, hubo un Esteban Espósito al que las cosas le sucedían realmente ahora, y ese Esteban no estaba separado de éste por años sino por días, acaso por horas. Si fuera cierto lo que dijo el astrólogo, si se pudiera recuperar con el arte lo que se ha perdido, si eso sirviera de consuelo o le diera una mínima alegría a alguien. Pi, pi, pi: mensaje a las estrellas. Yo estuve en esta ciudad, conocí a un hombre llamado Santiago, me acosté con Verónica, tal vez me enamoré de una muchacha que pudo ser de cualquier manera pero de la que sólo vi lo que acaso no existía, y ninguna de estas cosas fueron grandes acontecimientos ni tuvieron sentido para nadie, salvo para mí, pero todavía están sucediendo y no dejarán de suceder mientras alguien reciba este mensaje. Socorro. Salvad nuestras almas.

—Buenas noches —dijo un señor.

—Y ése es por fin todo el misterio —dijo Verónica—. Él es capaz de hacer cualquier cosa, por ella, y ella lo sabe.

—Explícate mejor —dijo Esteban.

—Que yo no me arriesgaría a rechazar, a cambio de nada, a un hombre que me quiere. Si así te gusta más.

—De quién estás hablando.

—Me tenés harta —dijo Verónica. Esteban se reía.

—De acuerdo. Sólo que no se trata de eso. Escúchame, esto es muy importante para mí. Dentro de unas horas, cuando me vaya de Córdoba, alguien habrá ganado



una especie de batalla dentro de mí, no pongas esa cara. Si elijo las palabras va a ser peor. Todo el día estuve tratando de imaginarme que ella...

—Pero te vas mañana —dijo Verónica.

—Sí, me voy mañana y probablemente no vuelva nunca. No habrá cartas ni llamadas de larga distancia ni postales para las fiestas. Pero yo necesito saber quién era, cómo era, qué sentido tuvo. No se trata de su historia. A mi modo conozco toda la historia con todos sus detalles. Hasta puedo imaginarme unos cuantos.

Esteban miró hacia el sillón. Mariano se había ido.

—Graciela se queda —dijo Verónica.

—Ya sé que se queda —dijo Patricio.

—Me voy con vos —dijo la Austin.

—No sé qué es lo que querés saber —dijo Verónica.

—Lo sabes perfectamente. Contéstame.

—Quédate y averígualo. O llévatela. O por lo menos acostate con ella esta noche, y déjanos en paz. Te voy a revelar un gran secreto. Esta ciudad es anterior a tu llegada, todos nosotros somos anteriores a tu llegada. Córdoba y el mundo en general ya estaban hechos antes de tu aparición...

Ya dije que el final de este libro es necesariamente imposible. Las páginas que siguen, y algunas anteriores, nunca fueron escritas. Se basan en unos apuntes inconexos y casi ilegibles agregados por Espósito, en hojas sueltas, a su cuaderno Leviatán. La idea de que la historia se escriba a sí misma lo había ido ganando en los últimos tiempos. «Nadie es realmente autor de su propio libro», pensaba, «y yo menos que nadie». Darle forma a lo que falta no es más que aceptar esa idea.

Verónica alzó una mano y la agitó suavemente junto a la cara de Esteban.

—Gracias por haber venido.

El cerro entero se iluminó de golpe. Se abrió una ventana, las luces de la casa se apagaron y el viento y la lluvia arrasaron el parque.

—¡Al cerro! —gritaba Facundito—. ¡A ver el fin del mundo al cerro!

Pasó junto a Espósito, agitando las manos sobre la cabeza, al frente de un pequeño grupo. Un gran cortinado, flameando, barrió copas y botellas; los vestidos de las mujeres revoloteaban en la oscuridad. Alguien tomó a Verónica por la cintura y la arrastró hacia el parque. Esteban volvió a mirar el sillón: Graciela no estaba. Se quedó quieto, en medio de la sala, tratando de poner en orden sus ideas hasta que se dio cuenta de que estaba solo en la casa. «En ese momento tuve un pensamiento absurdo; pensé que si no conseguía salir de esa casa y encontrar a Graciela, la noche no terminaría nunca». Después estaba en el parque buscándola bajo la lluvia entre el caos de los automóviles, las risas, los gritos de despedida de los que partían y el retumbar de una cuba sobre la que alternativamente golpeaban, como en un timbal, unos muchachos entre los que vio a la chica del poncho rojo mientras Facundito,

ululando como un indio que convocara la lluvia, cantaba a gritos el fin del mundo. En medio del tumulto, alcanzó a ver la cara tártara del profesor Urba, quien le dijo algo que Esteban no pudo oír, pero a lo que de todos modos asintió, lo que dio lugar a que el padre Custodio, asomando sorprendentemente la cabeza por la ventanilla de un coche, se llevara un dedo al párpado inferior del ojo, con gesto admonitorio. Vio el vestido de la Austin entrando como un tornado de flores en el automóvil del tío Patricio; volvió a ver el ánfora sostenida por el angelote de piedra. *Qui que tu sois, voici ton maître: il l'est, le ful, ou le doit être.* Los focos de los autos y los relámpagos iluminaban los últimos fragmentos de su viaje a Córdoba como una película que está a punto de cortarse, pero el viento y la lluvia, como si pulieran el contorno de las cosas, dotaban a esas imágenes casuales y ya sin ningún sentido de un esplendor que nada había tenido hasta ahora. Sin demasiada conciencia de lo que hacía se fue alejando del ruido y de las luces. Cuando distinguió, entre un mínimo bosque de magnolias, la cúpula de un cenador, se dio cuenta de que nunca había estado antes en ese sector del parque y que, sin embargo, no había llegado allí por azar. Buscó con la mirada un aljibe recubierto de cerámicas con un complicado ornamento de hierro, hasta que dio con él. Giró la cabeza hacia la derecha y vio un alero de tejas españolas sobre una arcada que daba a una galería lateral. Tuvo la certeza de que, en algún momento de la noche, Graciela le había hablado de ese aljibe y esa arcada. «Nunca recordé más tarde las precisas palabras que me habían guiado hasta ese lugar, ni el tono de su voz, esto último, sobre todo, me alegro de no recordarlo, pero yo estaba allí porque esas palabras, seguramente pronunciadas en voz baja, seguramente dichas sin mirarme, existieron». Subió a la galería sabiendo ahora, sin ninguna duda, que a unos pocos pasos había una puerta que daba a una escalera que daba al piso alto de la casa. Apoyada en una de las columnas estaba Graciela. La luz de un coche que maniobraba para salir de la quinta iluminó su alta figura inmóvil, su cara vuelta hacia el parque, su vestido negro empapado por la lluvia. «Seguí la dirección de sus ojos, esperé un segundo y, cuando la luz del coche terminó su giro, vi lo que ya sabía que iba a ver». Hay un muchacho inmóvil en el parque. Sola en esa galería, Graciela está a punto de abandonarse a un gesto de Esteban o del muchacho. «Me di cuenta de que Mariano sólo tenía que pronunciar una palabra o avanzar un paso para llevársela, y sentí que eso era precisamente lo que debía suceder y lo que, por alguna razón, yo había venido a impedir». Sintió la indecisión de ella, el amor y la desolación del chico; supo que Verónica y Bastián habían dicho la verdad. La ciudad y sus historias eran anteriores a él, la ciudad lo excluía y lo rechazaba; mirado desde los ojos de Mariano, él era el Mal. «Después me vi caminar hacia Graciela, me vi desde la mirada de Mariano, la vi abrir una puerta y entrar conmigo en esa casa». Graciela abrió la puerta y entraron. En algún lugar ella se detuvo y, con seguridad de sonámbula, buscó algo en un nicho de la pared. Un fósforo ardió en la oscuridad y

fue la última vez que Espósito le vio las manos. En el nicho había una palmatoria con una vela. Lo demás es el contorno de su espalda guiándolo por un pasillo, por una escalera, a través de puertas, hasta una habitación del piso alto desde cuya ventana podía verse, allá abajo, extendida como una constelación, la ciudad. Durante años Esteban Espósito recordará esa imagen, su última imagen de Córdoba, como inscrita en el cuerpo húmedo por la lluvia y ahora desnudo de Graciela junto a la ventana. Sentado en el borde de la cama, él mira su cuerpo y sólo ve la ciudad, del mismo modo que, durante años, creerá recordar a una mujer y sólo recordará la espadaña de las Teresas, una hilera de putas furtivas junto a un paredón, la ruina del Calicanto, se recordará a sí mismo recibiendo algo de una sirenita y pensando con asombro que nunca imaginó antes la niñez de una sirena, o recordará un cartel con el dibujo de un volcán, un puente de piedra, la espalda de Santiago yéndose por una galería condenada. Espósito fue hacia la ventana; acaso ni siquiera era cierto que la ciudad pudiera verse desde ahí. Pero allá estaba. Como un firmamento invertido; como si un mar inexistente reflejara las estrellas de un cielo que no era ese cielo. Tal vez un día regresara para tratar de comprender qué había significado todo esto. Tal vez le fuera concedido sentir, a través de las palabras, esa cosa enigmática y quizá imposible que los hombres llaman amor o, aunque sólo fuera, recobrar el efímero contacto de ese cuerpo que ahora, ya en la cama, se desvanecía como un fantasma entre sus manos.

—Gracias por haber venido —dijo Verónica.

—Graciela Oribe —dijo la señorita Etelvina.

—Y vos, ¿quién sos? —dijo Bastían.

—Lo comprendo, joven —dijo el doctor Cantilo—, no crea que no lo comprendo.

—El gusto ha sido mío —dijo un señor angelical con cara de mandioca.

—Alta —dijo el señor Ripul.

—Un temperamento, cómo le diré, novelesco —dijo Patricio.

Mariano no dijo nada.

—La guerra —dijo la Austin.

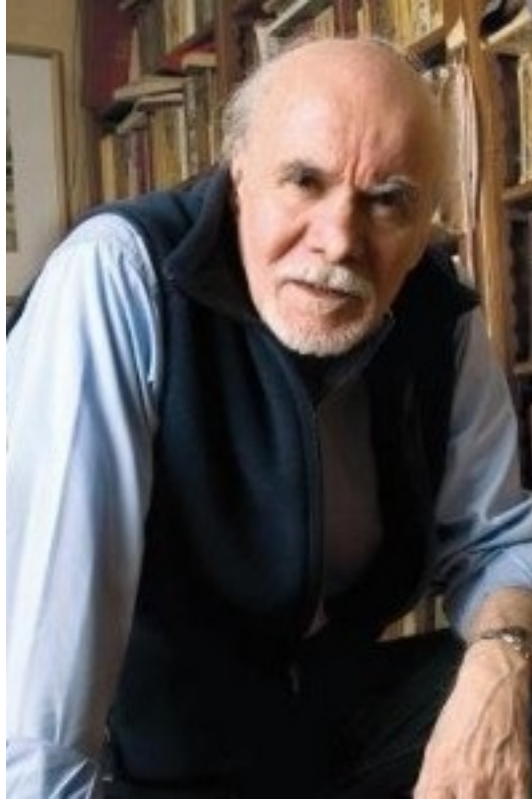
—Es una historia de amor —dijo Lalo. Inés no dijo nada.

—Graciela, te llamabas —dijo Esteban.

La Sirenita abrió la mano.

—Ceca —dijo.

—Canta, chango —dijo Santiago—. Toda la máquina canta.



ABELARDO CASTILLO. Nació en San Pedro en 1935. Fundó y dirigió las legendarias revistas *El escarabajo de oro* y *El ornitorrinco*, consideradas por la crítica como las más prestigiosas publicaciones literarias de los años '60.

Dramaturgo y narrador, ha publicado, entre otros títulos, *El otro Judas*, *Las otras puertas*, *Israfel*, *Cuentos crueles*, *Las panteras y el templo*, *El que tiene sed*, *Las palabras y los días*, *Crónica de un iniciado* y *Las maquinarias de la noche*. Traducida a varios idiomas, su obra ejerce una clara influencia en varios autores de promociones más tardías. Sus cuentos fueron galardonados con el premio Konex de Platino 1994.